EL FENÓMENO INTERNACIONAL

LESLIE WOLFE

# BAJO EL RÍO BLACK WATER

UN THRILLER DE KAY SHARP

JENTAS

EL FENÓMENO INTERNACIONAL

LESLIE WOLFE

# BAJO EL RÍO BLACKWATER

UN THRILLER DE KAY SHARP

JENTAS

# Bajo el río Blackwater

Bajo el río Blackwater
Título original: Beneath Blackwater River

ePub: Jentas A/S
Traducción: Ana Castillo

ISBN: 9788742812839



First published in Great Britain in 2021 by Storyfire Ltd. trading as Bookouture.

# AGRADECIMIENTOS

Doy especialmente las gracias a mi amigo y lince de las leyes de Nueva York, Mark Freyberg, quien me guio con pericia por los entresijos del sistema judicial.

# CAPÍTULO UNO

## Cataratas

Malia llevaba una flor en el pelo.

No cualquier tipo de flor; había pasado por el infierno de las compras por internet para que le entregaran una flor de plumeria en el hotel esa misma mañana, justo a tiempo para la excursión que había planeado a las cataratas del río Blackwater. Había pagado una fortuna por ella, pero valía cada céntimo.

Llevaba la flor perfumada sobre la oreja izquierda, una costumbre hawaiana que clamaba al mundo entero que su corazón estaba ocupado. Ocupado por un empollón informático de veintisiete años, guapo y un poco torpe de San Francisco llamado Tobias Grabowsky, que probablemente no entendería el significado simbólico de la plumeria, y eso si es que llegaba a fijarse en que la llevaba.

Pero a ella no le importaba. Quería que la flor estuviera perfectamente colocada en su pelo brillante, con el aroma de los pétalos rodeándola como una bruma celestial, portadora de amor y buena fortuna. Aunque le hubiera gustado ponerse otra cosa para esa ocasión especial. Le apenaba la idea de que le propusieran matrimonio con unos pantalones cortos elásticos de color crema y una camiseta de tirantes roja en lugar de con un vestido blanco con volantes que dejara al descubierto sus hombros. Pero, si Toby quería llevarla a las cataratas del río Blackwater esa mañana, tenía que fingir que no sabía por qué y llevar el atuendo apropiado para hacer senderismo.

Sin embargo, lo sabía, y la emoción la había embargado desde que encontró el anillo de diamantes en el bolsillo de su chaqueta.

Había estado preocupada por su extraño comportamiento la noche que llegaron a Mount Chester. Poco después de la cena —servida con maestría por una rubia con un escote tan pronunciado que debería haber estado restringido al público adulto—, se dio cuenta de que Toby no dejaba de tocarse el bolsillo derecho como si quisiera asegurarse de que algo valioso seguía allí, bien guardado. En ese

bolsillo había metido el cambio y la cuenta de la cena, y Malia temía que la señorita Escote hubiera colado su número de teléfono. Ansiosa durante el resto de la velada, Malia apenas podía esperar a volver a la habitación del hotel. Allí, aguantó con la paciencia de una araña hambrienta a que Toby se metiera en la ducha; después hundió la mano en el bolsillo y lo encontró.

Esa belleza de un quilate definitivamente no era para la señorita Pechos.

Antes de que Toby saliera de la ducha, ella ya tenía su plan preparado. Se aseguraría de que fuera un día inolvidable, y aunque tuviera que llevar pantalones cortos, al menos, todo lo demás sería perfecto.

Las cataratas del río Blackwater estaban a una hora a pie del hotel, subiendo suavemente por la vertiente occidental del pico de Mount Chester a través de un bosque otoñal de impresionante belleza. A medida que ganaban altura, los robles y arces daban paso a una variedad de pinos y abetos, cuyas piñas abarrotaban los senderos. Se cogieron de la mano y caminaron con entusiasmo. La impaciencia de ella hizo que Toby le preguntara un par de veces: «¿Por qué tienes tanta prisa?». Ella se limitó a sonreír en respuesta y aminoró un poco la marcha, incluso se detuvo para besar sus labios durante un instante, antes de volver a correr cuesta arriba.

Estaban a unos diez minutos de distancia cuando empezó a oírse el silbido de las cataratas, débil y distante, pero preciso, melodioso, resonando contra las laderas rocosas de la montaña.

—Ya las veo —anunció Malia, alegre, soltándose de la mano de Toby, y echó a correr hacia delante—. Ya casi estamos.

—Genial —respondió Toby, jadeando con fuerza—. Seguirán ahí dentro de unos minutos, ¿sabes? —bromeó, deteniéndose un momento y mirando a su alrededor.

Ella volvió corriendo, lo agarró de la mano y tiró de él hacia delante por el sendero.

—Vamos, ya descansarás cuando lleguemos —le respondió, y él la siguió con un suspiro resignado—. Tienes que hacer más ejercicio —añadió. Apenas le quedaba aliento, el aire fresco llenaba sus pulmones de pura energía—. Estás todo el día sentado delante de una pantalla. —Se mordió el labio. Tal vez debería esperar hasta después de la boda para empezar a criticarlo. Se echó a reír, imaginándose a sí misma como una esposa regañona, con las manos apoyadas en las caderas y

golpeando con la punta de la zapatilla el reluciente suelo de madera de su futura casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Toby.

—Ah, nada, que estoy contenta —respondió ella, levantando los brazos en el aire y girando en su sitio como un derviche—. ¡Yuuujuuu! —gritó, y la montaña respondió con un eco—. ¿Lo has oído?

—Sí, y también la mitad del estado de California.

Un golpe en el costado no se hizo esperar, y ella estalló en chispeantes carcajadas cuando él fingió que le dolía y se desplomó en el suelo, sujetándose el estómago y gimiendo como si estuviera a punto de sufrir una muerte miserable. Ahora tendría tierra y agujas de pino en la camiseta blanca con la que iba a declararse, pero a ella no le importaba tanto como creía. Le encantaba oírlo reír.

Cuando se puso en pie, se tocó un instante el bolsillo y se sacudió un poco la tierra de los hombros. Ella le limpió lo que le quedaba pegado en la espalda, y después volvieron a cogerse de la mano y echaron a correr hacia delante.

En unos minutos salieron del bosque y se detuvieron, sin soltarse, para admirar las altas y estrechas cataratas contra el cielo azul, flanqueadas por rocas teñidas de un rojo oxidado. Todavía jadeante, Toby le dirigió una mirada larga y cariñosa, como si intentara averiguar qué hacer a continuación, y luego se agachó para desatarse los cordones y quitarse las zapatillas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Malia, con la voz llena de decepción después de que su corazón se detuviera al pensar que iba a arrodillarse y pedirle matrimonio frente a las majestuosas cataratas, para al final verlo preocupado con los cordones enredados de su zapatilla izquierda.

Se descalzó y la animó a hacer lo mismo.

—Vayamos allí —señaló la cascada—, detrás de esa cortina de agua. He leído que hay una cueva, no muy grande, y que el agua solo tiene unos centímetros de profundidad.

Dudó al imaginarse sumergida con los pies desnudos en el agua helada. Forzó una sonrisa y se quitó los zapatos y los calcetines, se puso de puntillas y, titubeante, anduvo sobre las piedrecitas de bordes afilados que cubrían el camino hasta la cuenca de la cascada.

Él saltó primero sin dudarlo.

—Sí, está bastante fría, pero apenas lo notarás —la tranquilizó, una vez hubo recuperado el aliento—. Vamos. —Tiró con suavidad de su

mano—. Salta conmigo.

El rostro de Malia se iluminó con una sonrisa radiante. Estaba dispuesta a dar un salto con él, el mayor de todos, para el resto de su vida. Vacilante, metió un pie en el agua helada, y después el otro. Tenía razón. Al cabo de unos instantes, dejó de sentir tanto frío.

Chapotearon hacia la cortina de agua, y ella se estremeció al pensar que tenían que atravesar una lluvia gélida para llegar a la cueva, pero no hizo falta. Había una estrecha abertura lateral lo bastante amplia como para permitirles colarse. En el interior del espacio casi oscuro, el fuerte sonido de la cascada se atenuaba y parecía lejano, como si el silencio de la cueva absorbiera los golpes del agua al chocar. Filtrada e impotente, la luz que llegaba a través del torrente apenas tocaba las relucientes paredes.

Ella estudió el entorno. Las paredes estaban teñidas de verde y rojo óxido, con manchas blanquecinas aquí y allá, donde la piedra calcárea se mezclaba con el granito. Sumergió la mano en el agua helada y ahuecó la palma para coger un poco. Quiso probarla, pero Toby la detuvo antes de que el agua llegara a sus labios.

—Yo no lo haría —dijo—. Nunca se sabe lo que puede tener.

Miró el agua que aún se acumulaba en el cuenco de su mano.

—Parece que tiene un tono rosado, ¿o es por la luz?

—Podría ser lo que manchó estas paredes. —Echó un vistazo a su alrededor y luego sonrió con amplitud, visiblemente nervioso—. Pero no estoy aquí para hacer espeleología. —Se inclinó sobre una rodilla, sumergiéndola en el agua helada, mientras su mano revelaba el anillo anidado en una caja de terciopelo negro—. Quería que estuviéramos solos tú y yo, mi adorable Malia, cuando te preguntase: ¿quieres casarte conmigo?

Los ojos de ella se abrieron de par en par con fingida sorpresa y sincero placer mientras su sonrisa se ensanchaba. Juntó las manos, excitada, y extendió la izquierda hacia Toby. Él sacó el anillo de la caja y se lo puso en el dedo. Ella lo miró sonriendo, sellando cada detalle de la imagen en su memoria para recordarla siempre, hasta que la muerte los separara.

Entonces gritó, un chillido largo y abrasador de puro terror.

Una mano pálida de dedos largos y estrechos rozó la pantorrilla de Toby y se movió despacio en el agua ondulante.

Toby se levantó de un salto, corrió hacia ella y la agarró por los hombros.

—¿Qué? ¿Qué ha sido eso?

Sin palabras, ella señaló el cuerpo que se mecía de un lado a otro bajo la superficie del agua, apenas visible en la penumbra.

A la luz de la linterna que se proyectaba del teléfono de Toby, vio que una gran roca sujetaba el cuerpo de una chica, clavándolo en el fondo de la cueva. Su larga cabellera negra y su brazo derecho salían a la superficie, pues el agua solo tenía medio metro de profundidad, arrastrada por el constante golpeteo de la cascada.

Parecía viva, con el pelo flotando libre como si fluyera con el viento, su bello rostro inmaculado, sus labios rojos algo entreabiertos, como si dejara escapar su último aliento. Sus ojos parecían mirarlos, sorprendidos, atónitos, con el terror de sus últimos momentos aún vivo en sus iris. Un pequeño medallón rojo flotaba junto a su rostro, aún sujeto a su cuello con una cadena de plata.

No tendría más de diecisiete años.

# CAPÍTULO DOS

## Hogar

La detective Kay Sharp todavía se estaba acostumbrando a vivir de nuevo con su hermano en la casa de su infancia, que había dejado atrás en el retrovisor hacía ya ocho años. Sentía una amplia y a veces inquietante mezcla de emociones. Amaba a Jacob y lo había echado de menos durante todos esos años. Por otro lado, después de haber vivido sola todo ese tiempo, había desarrollado una baja tolerancia al desorden, la suciedad, los platos acumulados en el fregadero o cualquier otra forma de vida desorganizada, sobre todo cuando su hermanito también se había acostumbrado a ser el típico soltero desordenado. La propia casa guardaba recuerdos. Algunos eran dulces, de su madre horneando galletas y tartas de cumpleaños o cantándoles. Otros eran amargos y dolorosos, como los ataques de ira de su padre, alimentados por el alcohol, y sus desgarradoras consecuencias.

Y, aunque llevaba menos de un mes en Mount Chester, empezaba a sentir la necesidad de mudarse. Sin embargo, la última vez que se había puesto a la venta una casa en Mount Chester había sido hacía más de un año; se trataba de un lujoso refugio de esquí en lo alto de la montaña, y algún accionista de Silicon Valley se había apresurado a ofrecer una gran cantidad de dinero por ella. Desde entonces no había salido nada más al mercado. Incluso el agente inmobiliario local solo trabajaba por las mañanas.

Mount Chester era un lugar pequeño, estación de esquí incluida. La mayoría de los habitantes del pueblo trabajaban en la montaña, en restaurantes u hoteles, en el mantenimiento de los telesillas o atendiendo a los turistas. Mount Chester —un lugar estupendo para visitar y pasar un rato en las pistas de esquí o, durante el verano, en las interminables playas serpenteantes del Lago Silencioso— era el hogar de solo 3 823 habitantes, como rezaba en la señal de entrada a la ciudad. Aunque, hacía muy poco, al pasar en coche a gran velocidad, Kay se había dado cuenta de que la cifra se había ajustado

a 3 824, lo que le hizo preguntarse por un breve instante si la habitante adicional que alguien había censado era ella. Después de todo, había actualizado la dirección de su carné de conducir, y eso la convertía, oficialmente, en residente de Mount Chester. Pero no tuvo que preguntárselo durante mucho tiempo. Poco después, algo garabateado bajo el recuento de habitantes de la señal la hizo echar marcha atrás y mirar más de cerca. Con tiza blanca, alguien había escrito: «BIENVENIDA A CASA, DOCTORA SHARP» en letras mayúsculas sobre el cartel verde.

Así era la vida en un pueblo pequeño, algo a lo que todavía estaba intentando adaptarse después de todo el tiempo que había estado fuera.

Kay llevaba levantada desde el amanecer, aunque su turno no empezaba hasta más tarde. No era el turno tradicional propiamente dicho; la oficina del sheriff de Mount Chester apenas era lo bastante grande como para tener a dos detectives en nómina, y aún se preguntaba por qué el sheriff Logan había decidido hacerle la oferta de trabajo hacía tan solo una semana. Una de las ventajas de que el equipo fuera pequeño era que tenía más flexibilidad horaria, ya que trabajaba muchas horas cada vez que había un caso. La misma regla se aplicaba a su compañero, el hombre cuyos ojos azules y aspecto atractivo la habían convencido en gran medida para quedarse, el detective Elliot Young, de Austin, Texas. Ella lo había ayudado en un caso de un asesino en serie en calidad de asesora, de manera no oficial o semioficial. Tras ello, le sorprendió que le ofrecieran un puesto permanente en la oficina del sheriff local. Al final, se sorprendió a sí misma aceptándolo, y aquel detective en particular tenía parte de la culpa, aunque él no lo sabía.

Porque la vida era así: rara, enrevesada, más cargada de giros que una novela superventas. Había pasado años viviendo en la bahía de San Francisco, una ciudad de más de siete millones de habitantes, y nunca había conocido a nadie remotamente interesante. Sin embargo, regresó para una visita a Mount Chester, el lugar al que había jurado no volver jamás, y allí estaba él, con su sombrero de vaquero y su acento tejano, sonriendo al verla, muy brevemente, antes de bajar la cabeza y cubrirse los ojos bajo la amplia ala de fieltro.

Y se había quedado. Aún no estaba segura de no haber cometido un error, dado lo mucho que echaba de menos su antiguo trabajo como perfiladora de la oficina regional del FBI en San Francisco, pero no se

atrevía a abandonar Mount Chester de nuevo.

La cafetera emitió dos pitidos con su sonido urgente y agudo, y ella abrió las fosas nasales, dando la bienvenida al amargo aroma con toques de avellana. Cogió una taza del armario que tenía sobre la cabeza, la colocó en un lado y se sirvió una buena cantidad.

—Prepárame uno, hermanita —dijo Jacob, y luego bostezó con ganas, rascándose la nuca. Aún estaba en pijama, aunque eran casi las nueve.

Cogió otra taza, la llenó y se la entregó con una sonrisa.

—¿Trabajas hoy?

—Ajá —respondió él, mientras tomaba un sorbo del líquido caliente—. Estamos cambiando un tejado junto al hotel.

—¿Tan tarde?

—Es lo que quería el cliente. Seré feliz si terminamos antes del anochecer. —Dejó la taza sobre la mesa y abrió la nevera, cogió un cruasán frío y mordió la mitad, masticándolo apresuradamente.

—Puedo calentártelo —se ofreció su hermana.

—Tú no eres mamá —replicó—. Viví solo y me las arreglé para sobrevivir, ¿sabes?

Frustrada, levantó el brazo en el aire.

—No vayas por ahí, Jacob. La casa estaba...

—Gracias por la nueva aspiradora, y la nueva lavadora y la secadora, y por todo, pero estaba bien.

No, no estaba bien. Hacía años que no estaba bien, pero él se negaba a reconocerlo, por mucho que ella lo intentara.

—Encontraré un lugar donde pueda mudarme.

Dio dos pasos, se detuvo frente a ella y la agarró por los hombros.

—No tienes que irte, hermanita. Sé por qué quieres hacerlo —dijo, mientras su mirada se desviaba hacia un lado, oscureciéndose durante un breve instante—. Pero eres bienvenida aquí tanto como yo. También es tu casa.

Sonrió, reconfortada por el amor de su hermano. Era inútil intentar que lo entendiese.

—¿Y si quisieras invitar a una chica?

—Ja, ja, aquí no ha venido una chica nunca. Aunque ahora que la casa está tan limpia, podría intentarlo. Quizá tenga suerte. —Le acomodó un mechón rebelde de su cabello rubio detrás de la oreja—. No te preocupes por mí, Kay. Si llega el caso, lo haremos como cuando íbamos al instituto. Tú cuelga algo de la puerta, un calcetín o algo así.

Ella se rio y su reacción le sorprendió.

—Somos adultos, Jake, por el amor de Dios. La gente adulta vive en sus propias casas y…

El sonido de su teléfono interrumpió sus pensamientos. Cogió el aparato y leyó el mensaje.

Tenía un caso.

# CAPÍTULO TRES

## Escena

Cuando Kay llegó a la escena del crimen, el doctor Whitmore ya había empezado a trabajar y el coche de Elliot estaba aparcado junto al suyo. El trayecto hasta las cataratas del río Blackwater había sido todo un reto. Había ido de excursión muchas veces, pero nunca pensó que se pudiera llegar en todoterreno o, en el caso del doctor Whitmore, en la furgoneta del forense del condado. Lo había conseguido tras un largo y angustioso viaje a quince kilómetros por hora subiendo peñascos mientras temía que su coche la dejase tirada.

Salió del Ford Explorer blanco y contempló la escena. El pequeño claro estaba abarrotado de gente, algunos vestidos con los colores del sheriff, otros con las insignias del médico forense. Unos cuantos llevaban botas altas de goma y estaban trabajando en la cuenca de la cascada, tomando fotos, muestras y mediciones.

—Hola —la saludó Elliot—. Interesante escenario para matar a alguien, ¿eh?

—Sí —respondió Kay, preguntándose por qué lo habría elegido el asesino. ¿Tendría algún significado para él o ella? ¿Qué relevancia tenía el inusual lugar?—. Echemos un vistazo.

Sentados en una gran roca a un lado, un par de turistas permanecían muy juntos, el brazo del hombre rodeaba a la mujer por los hombros. Ella lloraba y temblaba bajo una manta que alguien había cogido de la furgoneta del forense.

—Buenos días, detectives —los saludó el agente Hobbs. Era regordete y jovial, y estaba sudando a pesar de la fresca brisa de noviembre, seguramente debido al esfuerzo que había llevado a cabo en las laderas que rodeaban la escena del crimen al establecer un perímetro y buscar pruebas—. Tengo unas botas para vosotros allí. —Señaló uno de los vehículos—. El doctor Whitmore dijo que os llevase adentro en cuanto llegaseis.

Las cejas de Kay se alzaron al instante, arrugando las líneas de su

frente.

—¿Adentro?

—Sí, hay una cueva detrás de las cataratas —dijo Hobbs—, pero no te preocupes, no te mojarás.

No estaba preocupada. Se quedó mirando a la pareja que estaba sentada en la roca y se preguntó por qué sollozaba la mujer. Por supuesto, encontrar un cadáver durante una excursión en tus vacaciones era inquietante, pero aquellos sollozos parecían personales, como si se le estuviera rompiendo el corazón. ¿Conocían a la víctima?

—¿Han encontrado ellos el cuerpo? —preguntó, señalando a la pareja.

—Sí —respondió Hobbs, esbozando una sorprendente sonrisa—. ¿Te lo puedes creer? El tío la trajo aquí para declararse. Será un compromiso que nunca olvidarán. —Se inclinó hacia delante, buscando entre varios pares de botas de goma hasta que eligió uno—. ¿Qué tienes, un treinta y nueve?

—Un cuarenta. —Kay se sentó en el borde del parachoques del todoterreno y se quitó los zapatos, luego se calzó las feas y malolientes botas y se metió los vaqueros por dentro de las pantorrillas para mantenerlos secos.

—Un cuarenta y cuatro —dijo Elliot, ocupando su lugar en cuanto ella se levantó.

—¿El doctor está dentro? —preguntó, señalando la entrada de la cueva.

—Sí —respondió Hobbs—. Lleva ahí un rato.

Cuanto más se acercaban a las cataratas, más fuerte tenían que gritar para hacerse oír, con las voces amortiguadas por el estruendo del agua al caer. Kay entró en la oscura cueva y se detuvo casi de inmediato, tomándose un momento para acostumbrar la vista a la oscuridad iluminada por potentes haces de luz procedentes de focos led instalados en trípodes portátiles.

Tres de los rayos convergían en el cuerpo, aún sumergido bajo las agitadas y frías aguas. Las ondulaciones provocadas por las cataratas fluían y alborotaban su pelo, meciéndolo rítmicamente alrededor de su rostro de forma que lo cubrían casi por completo. El cuerpo se movió un poco, una onda de agua le apartó el pelo de la cara y Kay gimió. Era como si la víctima siguiera viva y la mirara fijamente, con una pregunta implícita en los ojos. El agua resplandeciente hacía que pareciera que sus pupilas se movían siguiendo los movimientos de

Kay, mientras que la laceración abierta en su garganta contradecía esa impresión. Kay se obligó a apartar la mirada de aquellos ojos inquietantes y se volvió para hablar con el forense.

El doctor Whitmore estaba encorvado sobre el cadáver, con las manos hundidas hasta los codos, buscando algo.

—Por fin —dijo cuando los oyó acercarse. Se levantó y se sacudió las gotas de agua de sus manos enguantadas—. No hace demasiado calor aquí, y estas botas no ayudan nada a repeler el maldito frío. Me llega a los huesos. —Se movió hacia un lado para dejarles espacio y que se acercasen—. Aquí. —Señaló el cuerpo de la chica—. Quería que vierais cómo la encontraron, lastrada así, con una gran roca. Yo diría que pesa unos cien kilos. —Hizo una seña a los técnicos que esperaban junto a la entrada de la cueva, y los dos hombres retiraron con cuidado la roca y la dejaron a un lado.

El cuerpo de la chica permaneció sumergido, pero empezó a alejarse, arrastrado hacia el fondo de la cueva por el movimiento del agua. A continuación, los técnicos trajeron una camilla plegable y la montaron, luego abrieron la cremallera de una bolsa para cadáveres y la colocaron encima.

El doctor Whitmore agarró la muñeca de la chica y le dobló el brazo para comprobar la flexibilidad de la articulación del codo.

—Sin *rigor mortis* alguno —dijo—. Las condiciones ambientales le han afectado. Nos influirán para estimar la hora de la muerte. —Abrió su botiquín y extrajo un pequeño dispositivo provisto de una sonda larga y afilada en el extremo de un cordón azul—. Veamos la temperatura del hígado en su lugar. Por favor, ponedla en la camilla —dijo a los dos técnicos.

Estos levantaron el cuerpo con cuidado y el doctor Whitmore tuvo que intervenir para sostener la cabeza de la chica. Le habían abierto la garganta de lado a lado, una muerte que debió ser casi instantánea.

Un medallón colgaba de su cuello, y el forense lo cogió con cuidado y lo guardó dentro de una bolsa de pruebas. Kay se la quitó y lo examinó a través del plástico transparente. El medallón de madera era inusual, un hexágono alargado con esquinas redondeadas, y parecía haber sido tallado a mano. La forma era imperfecta; el tinte rojo y la laca del acabado, desiguales, como las joyas que se encuentran en ferias del condado y muestras de artesanía rural. La cadena también era barata, del tipo que llevaría un niño, comprada en un bazar.

Cuando levantó la mirada del medallón, descubrió al doctor

Whitmore a su lado mirando el extraño diseño. Él cogió la bolsa y lo estudió con detenimiento.

—He visto esto antes —dijo, girando el medallón por ambos lados —. Lo recuerdo. —Se rio ligeramente y se volvió hacia Kay y Elliot—. Puede que sea viejo y esté casi retirado, pero mi mente aún funciona. Fue en un caso de una persona desaparecida hace años. No creo que haya dos medallones de estos iguales. Está hecho a mano, es único.

—¿Una persona desaparecida? —preguntó Kay—. ¿Recuerdas su nombre? ¿O cuándo desapareció?

El doctor estuvo a punto de rascarse el cuero cabelludo con la mano enguantada, pero se detuvo justo a tiempo, antes de que sus dedos húmedos tocaran su pelo blanco.

—Oh, fue hace por lo menos diez años. Su edad coincidiría, creo; esta chica tiene dieciséis, diecisiete como mucho. La niña de la que hablo tenía tres años cuando desapareció de su habitación en mitad de la noche. —Hizo una pausa y sus ojos se desviaron hacia la izquierda mientras recordaba detalles de aquel caso—. Esa chiquilla llevaba un medallón como este cuando se la llevaron. Su madre se lo había hecho. —Su voz, cargada de emoción, vaciló un poco al hablar. Suspiró y volvió a centrar su atención en la sonda de temperatura del hígado—. Pero cada cosa a su debido tiempo. Cotejaré su ADN con el expediente del otro caso en cuanto llegue a la oficina, y pronto sabremos si es ella.

El doctor Whitmore levantó la blusa de la chica para dejar al descubierto su abdomen e introdujo la sonda en su hígado. El dispositivo digital emitió un pitido casi de inmediato.

—Debo tener en cuenta la temperatura ambiente, pero lleva muerta entre dos y cuatro horas. Calculo la hora preliminar de la muerte —miró su reloj— entre las ocho y las diez de la mañana de hoy. Sus córneas están muy claras, casi intactas.

Acercándose al cuerpo, Kay miró a la víctima. Con dedos vacilantes, retiró con suavidad los mechones de pelo que se aferraban al pálido rostro, conteniendo la respiración como si temiera que la chica pudiera volver a la vida, sobresaltada por su tacto. Tenía los labios rojos, probablemente pintados con uno de esos caros carmines que garantizan el color durante veinticuatro horas con una sola aplicación. Su piel, pálida como el alabastro, contrastaba con su cabello oscuro. Sus ojos seguían abiertos, casi vivos. Tal vez fuera por la tenue luz de la cueva, donde no llegaban los focos, pero sus ojos seguían

pareciendo temerosos, aterrorizados, como si su agresor siguiera allí, cuchillo en mano.

—Parece un asesinato premeditado —dijo Elliot—. ¿Murió desangrada?

—Todavía había sangre en el agua cuando llegué aquí —respondió el doctor Whitmore—. Tomé una muestra y la analicé. El agua tenía un tono rojizo, y eso era algo inusual. —Se encogió de hombros y señaló la cueva con una mano enguantada—. Como todo lo demás en este asesinato.

—¿La mataron aquí, doctor? —preguntó Kay. Intentaba descifrar cómo habían atraído a la chica hasta allí, hasta el lugar de su muerte. Los turistas iban de excursión todo el tiempo; quizá ella también lo era y había ido acompañada por un hombre en quien confiaba.

Porque solo un hombre habría sido capaz de levantar esa roca y colocarla sobre su cuerpo para inmovilizarla. Un hombre con mucha fuerza en la parte superior del cuerpo.

—Sí, fue asesinada aquí —respondió Whitmore—. El agua sobre la que estamos contiene suficiente sangre de la víctima para apoyar esa teoría.

El sonido de la cremallera de la bolsa con el cuerpo al cerrarse les indicó que estaban listos para salir de la cueva de las cataratas del río Blackwater. Kay sonrió triste, pensando en lo apropiado del nombre. Quizá el río había recibido el nombre refiriéndose a la oscuridad de sus aguas —o *katseka*, como se decía en la antigua lengua de la tribu indígena pomoana— por el óxido de hierro que manchaba las rocas; o quizá el torrente se había teñido de sangre mucho antes.

Al salir de la cueva, parpadeó bajo la luz del sol unas cuantas veces, hasta que pudo soportar mantener los ojos abiertos. Estaba ansiosa por dirigirse a la oficina del sheriff para buscar antiguos informes de personas desaparecidas relacionadas con un medallón.

Iba salir de la cuenca de las cataratas cuando el doctor Whitmore la alcanzó y le tocó el antebrazo con los dedos helados y sin guantes.

—La causa preliminar de la muerte es desangramiento debido a carótidas seccionadas —dijo con tono firme, profesional, pero rezumando tristeza—. Se desangró hasta morir. No hay señales de vacilación, pero sí una fuerza significativa en el asaltante y experiencia en quitar vidas. Estáis buscando a un hombre, detectives, un hombre fuerte que ha matado antes. Muchas veces.

# CAPÍTULO CUATRO

## Fugitiva

## Hace seis días

«Mi vida apesta».

Kirsten se quedó mirando durante un buen rato el techo manchado y luego maldijo en voz alta. Si su madre la hubiera oído, le habría dado una fuerte bofetada. Pero, aunque hubiera estado en casa, no habría podido oír nada con el jaleo que había en el salón.

Odiaba cuando su madre trabajaba en el segundo turno del hospital. Y odiaba aún más cuando trabajaba de noche. Era entonces cuando los amigos de su padrastro se reunían en el salón, gritaban, bebían y se drogaban durante toda la noche, olvidándose de irse. Rehén en su habitación, Kirsten pasaba las tardes tratando de ignorar los rugidos, abucheos y gritos mezclados con blasfemias que soltaban cada dos palabras mientras intentaba posponer el momento en el que tendría que salir para comer o ir al baño. Mientras deseaba que se hubieran ido ya.

Otro coro de gritos precedió a una cordial ronda de carcajadas. Cerró de golpe su libro de ciencias y sacó el móvil. Envió un mensaje a su mejor amiga, Marci, que no necesitó demasiadas palabras para darse cuenta de lo que pasaba.

Hey, están aquí otra vez. Mañana necesitaré tus deberes de ciencias. ¿Puedes venir pronto, por favor?

Esperó un poco, luego su teléfono sonó y se apagó. Estaba sin batería. Lo enchufó cerca de su mesita de noche y se dirigió de puntillas al baño, esperando que los hombres estuvieran demasiado entretenidos y no se dieran cuenta.

Cuando salió, tres de ellos la estaban esperando de pie en el estrecho y oscuro pasillo, con sonrisas de entusiasmo en sus rostros.

—Hump dijo que nos dejarías esnifar unas rayas en tu vientre —dijo uno de los hombres, aquel cuya barriga cervecera se desbordaba sobre la hebilla de su cinturón.

Hump era la abreviatura del apellido de su padrastro, Humphrey. Odiaba ese nombre y el día en el que se vería legalmente obligada a llevarlo.

El otro, un matón calvo y muy tatuado que trabajaba con su padrastro, soltó un gemido cargado de intenciones y la agarró del brazo para arrastrarla hasta el salón. Allí, el tercer hombre —un tipo delgaducho con ojos malvados que acababa de salir de la cárcel— limpió la mesa de un manotazo, y luego la agarró y la puso sobre ella, obligándola a tumbarse de espaldas. Kirsten pataleó, gritó y les arañó la cara, pero su resistencia no hizo más que avivar su frenesí. Pronto paró. Por desgracia, ya lo había hecho y conocía sus posibilidades. Su esbelto cuerpo no era rival para tres hombres borrachos.

«Esto da mucho mucho asco», pensó, mientras unas manos impacientes le subían el top y le marcaban líneas de polvo en el abdomen. Cerró los ojos, esperando ansiosa a que terminara.

Uno de los hombres tiró de sus vaqueros y ella abrió mucho los ojos, presa del pánico.

«Joder, no».

—¿Papá? —llamó, utilizando el apelativo que su padrastro le había exigido que usara. Sin embargo, este permaneció en silencio, observando desde el sofá mientras se fumaba un pitillo y se rascaba sus partes íntimas—. ¡Papá! —volvió a gritar, retorciéndose para liberarse de las manos que la sujetaban. No tenía ninguna posibilidad; eran demasiado fuertes para ella—. ¡Papá! —insistió, alzando la voz por encima del sonido del televisor.

Esta vez, él respondió.

—¿Eh?

—Papá, se lo diré a mamá. Diles que paren...

—Ajá, vale —respondió, sonando distraído—. Cuando termines ahí, tráeme una cerveza, ¿quieres?

Barriga Cervecera y Piel de Tinta esnifaban las rayas de polvo blanco de su vientre, y sus incipientes barbas arañaban su piel. Sus alientos acalorados y apestosos le quemaban la carne y le revolvían el estómago. Apoyó los talones contra la superficie de la mesa y luego empujó el abdomen hacia arriba, sin previo aviso, tan fuerte como pudo. Su repentino movimiento empujó la pajita que Barriga

Cervecera estaba usando hacia dentro de su nariz. Este gritó y retrocedió, tapándose la nariz con ambas manos. El otro, sumido en su propio estupor, se quedó mirando mientras ella propinaba una fuerte patada por debajo del cinturón al tercer hombre y se dirigía hacia la salida.

Solo se detuvo un instante para coger sus zapatillas y su chaqueta, y luego salió corriendo sin molestarse en cerrar la puerta tras de sí.

No paró de correr durante un par de manzanas, sin sentir las gotas de lluvia contra su cara; ni siquiera se detuvo para ponerse las zapatillas hasta que se quedó sin aliento y a una distancia prudencial de aquellos pervertidos. Después, se sentó en un bordillo, jadeando. Tras atarse los cordones, se puso la chaqueta y se subió la cremallera hasta arriba.

Hacía frío.

La calle estaba casi desierta, la lluvia hacía que todo el mundo se quedara en casa. Las pequeñas tiendas que se alineaban a ambos lados llevaban horas cerradas, atrincheradas tras verjas plegables de seguridad selladas con grandes candados. A pocos metros de donde se había detenido, se oían unos fuertes ronquidos provenientes de una gran caja de cartón arrimada al portal de un edificio de oficinas de dos plantas, donde el viento no podía hacer mucho daño. De vez en cuando pasaba algún coche, pero nadie se preocupaba por la encorvada silueta sentada en la acera, probablemente asumiendo que era un indigente más.

Sintió un escalofrío.

Buscó su teléfono en el bolsillo de los vaqueros, pero no estaba allí.

«Oh, mierda».

La imagen de su teléfono cargándose en la mesita de noche se burlaba de ella. Podría haber llamado a Marci y tal vez haber pasado la noche en su casa, como ya había hecho algunas veces. Pero era tarde; no podía aparecer en su puerta sin avisar antes.

El hospital donde trabajaba su madre estaba a unos treinta minutos a pie, y empezó a caminar en esa dirección, con las manos metidas en los bolsillos y el cuello de la chaqueta levantado para ocultar su pelo rubio y la mayor parte posible de su cara. Se mantuvo pegada a las paredes, distanciándose del escaso tráfico, con la esperanza de no llamar la atención de nadie.

Su anonimato no duró mucho; a los pocos minutos, un coche patrulla con la insignia de la oficina del sheriff del condado de Lane

pasó por allí y la vio. El policía encendió las luces intermitentes, se detuvo junto a la acera y bajó la ventanilla del acompañante.

—No deberías estar en la calle tan tarde —dijo el agente sonriendo.

Ella lo miró fijamente, presa del pánico durante un breve instante, hasta que lo reconoció. Era el primo segundo de su madre, técnicamente su tío, el agente Rutledge, un tipo regordete y jovial del que a menudo se burlaban en los actos familiares por ser demasiado simpático para ser policía.

Sabía que no debía decir la verdad a los adultos. Si susurraba una sola palabra sobre lo que ocurría en su casa, la policía los encerraría a todos y la meterían en un centro de acogida. Lo había aprendido de un compañero del colegio. Aunque su madre no estuviera en casa, podrían acusarla de poner en peligro a su hija, o de negligencia, o de lo que a esa gente se le ocurriera echarle en cara, cuando lo único que estaba haciendo era ganarse la vida para mantener a su familia. Kirsten nunca volvería a ver a su madre.

—Solo voy a por algo de picar —dijo, forzando una sonrisa, y señaló el 7-Eleven de enfrente—. Mis padres tienen visita en casa.

El tío Rutledge la miró durante unos interminables segundos y luego dijo:

—Date prisa y luego vete directa a casa, ¿de acuerdo?

Ella asintió y él se marchó, apagando las luces intermitentes en cuanto puso en marcha el coche patrulla. Se quedó allí, de pie, mirando cómo las luces traseras del coche desaparecían al doblar la esquina, preguntándose qué hacer, a dónde ir. Necesitaba salir de allí, de la pequeña ciudad de Creswell, Oregón, donde todo el mundo se conocía y nadie se ocupaba de sus propios asuntos.

Kirsten llegó a un cruce y se detuvo, aunque el semáforo estaba en verde y podría haber seguido su camino. Si continuaba unos veinte minutos más, llegaría al hospital donde trabajaba su madre. Tendría que explicarle lo sucedido y pelearse con ella, que se negaba a aceptar que las cosas fueran tan mal en su ausencia. El parásito cobarde con el que se había casado era un estafador con antecedentes, y muy bueno engañándola para que creyera cualquier mentira que le contara. Cada vez que había intentado contarle a su madre lo que pasaba, Kirsten había acabado castigada y llorando, incluso una vez le había dado una bofetada.

Pero, si giraba a la derecha, en pocos metros llegaría a la autopista, donde tal vez podría hacer autostop hasta llegar… ¿A dónde?

Lejos allí, a cualquier parte.

Encontraría la manera de sobrevivir. Acababa de cumplir catorce años, pero parecía mayor, más madura. Con su larga y sedosa melena rubia y sus labios carnosos, podría conseguir trabajo en cualquier parte, sirviendo mesas para ganar dinero al final del día o limpiando habitaciones de motel. Su complexión atlética y la resistencia que había adquirido corriendo carreras de quince kilómetros le decían que estaría bien, siempre que pudiera salir de donde estaba.

Al girar la esquina, entró en la autopista y empezó a caminar hacia el sur por los carriles casi desiertos. Cuando veía que se acercaban unos faros, alzaba la mano, pero nadie se detenía. Pasaban a velocidades aterradoras, y el silbido del aire chocando contra el metal era una severa advertencia para que se mantuviera alejada. La interestatal no era como la carretera de una gran ciudad, donde podría coger un autobús o algo así. Cientos de kilómetros de asfalto se extendían entre granjas, bosques y campos llenos de plantas rodadoras, sin otra opción para escapar que hacer autostop.

Al cabo de un rato, temblando bajo una fría llovizna que había empezado a caer del cielo plomizo, se dio cuenta de que había dejado muy atrás las luces de la ciudad. La oscuridad la rodeó, envolviéndola por completo. El pánico hizo que le subiera la bilis a la garganta mientras luchaba contra las ganas de vomitar.

Un par de potentes faros azulados aparecieron en la distancia, cegándola a medida que se acercaban. Entrecerró los ojos y contuvo la respiración. Tal vez este se detuviera. Extendió la mano, agitándola, e incluso salió al carril esperando que la vieran.

Y la vieron.

El camión de dieciocho ruedas se detuvo bruscamente tras rebasarla unos cien metros, pero ella corrió y se subió al escalón cromado, ansiosa por resguardarse un poco de la lluvia helada. Abrió la enorme puerta y miró dentro. El conductor podría haber sido el gemelo de Barriga Cervecera. La misma barba incipiente, el mismo olor a sudor y a alcohol rancio, los mismos dientes manchados y torcidos detrás de una sonrisa lasciva.

—Bienvenida a bordo, cariño —le dijo, invitándola con una risita excitada—. ¿A dónde vamos?

Dudó, aún de pie en el escalón, sin estar segura de si debía subir a la cálida cabina.

—Eh, a San Francisco —respondió ella, lanzando el único nombre

de ciudad que le vino a la mente. Estaba al sur de allí, y al sur era a donde ella quería ir.

El hombre se golpeó excitado las rodillas con las manos.

—Papá oso puede llevarte allí —respondió con voz áspera, cargada—. ¿Cómo vas a pagar el viaje? ¿Con gasolina, con hierba o con tu culo?

Tardó un buen rato en procesar lo que ese hombre acababa de decir. Aturdida, soltó el picaporte y bajó.

—Tú te lo pierdes, cariño —respondió—. Ahora, sé buena y cierra la puerta, ¿quieres?

La cerró de un portazo, deseando tener fuerzas para romperla en mil pedazos. Entonces echó a correr hacia el arcén, saltó el quitamiedos y se internó en el bosque, como si el camionero no se hubiera largado ya, tocando tres veces el claxon, riendo el último.

Sintió un líquido caliente en su rostro helado, y se dio cuenta de que eran sus propias lágrimas, que fluían a chorros constantes. Se apoyó en el tronco de un árbol y se dejó caer hacia el suelo; la carretera era apenas visible desde donde se encontraba, y se abrazó con fuerza las rodillas, intentando detener sus escalofríos. Las yermas copas de los árboles se agitaban con el viento, amenazadoras y oscuras sobre su cabeza, como monstruos a punto de abalanzarse sobre ella.

Con los dientes rechinando, se preguntó cuánto faltaba para que amaneciera. Una vez que saliera el sol, las cosas serían diferentes, se dijo a sí misma. No se sentiría tan sola.

Tan aterrorizada.

# CAPÍTULO CINCO

## Identidad

—Lo he encontrado —anunció Kay, aplaudiendo con entusiasmo e inclinándose hacia la pantalla.

Su voz resonó con fuerza en la oficina, donde la mayoría de los escritorios estaban vacíos, ya que sus inquilinos habituales se habían ido a trabajar al condado de Franklin. Un par de agentes se ponían al día con el papeleo y el sheriff Logan hablaba por teléfono con su voz de barítono, que se escuchaba sin esfuerzo. Uno de los presentes debía ser el responsable del fuerte olor a burrito calentado en el microondas que llenaba el espacio, aunque aún no era la hora de comer. Su estómago gruñó, recordándole que esa mañana se había saltado el desayuno y se había conformado con un café solo.

Al pasar junto a su mesa, un agente le echó una larga mirada, evaluándola de una manera que a ella le pareció insultante.

—Detective —la saludó el hombre al pasar, con mucho sarcasmo en la voz.

Esbozó una sonrisa forzada y asintió con la cabeza, luego miró a Elliot.

—¿Quién es ese? —Odiaba preguntar, pero aún era nueva. Recordaba las caras de todos, pero no los nombres. Sus caminos rara vez se cruzaban.

—El agente Daugherty, uno de los veteranos —respondió Elliot en voz baja. Por su tono, dedujo que a su compañero tampoco le caía bien. Había algo raro en aquel oficial, en la forma en que la miraba, como si ella no perteneciera a aquel lugar, como si las mujeres no fueran dignas de llevar una placa. Sin embargo, se encogió de hombros y dirigió sus ojos a la pantalla, donde se mostraban los registros antiguos en una lista organizada por el nombre de las víctimas.

Elliot se inclinó hacia ella, casi tocándole el hombro, y observó los registros del monitor.

—Creo que es este —dijo, mostrando la primera pantalla de un antiguo informe policial—. Me sorprende que este caso esté digitalizado al ser de hace catorce años.

Pulsó un par de teclas y la imagen cambió, mostrando la foto granulada de un medallón. A pesar de la baja calidad, estaba claro que el medallón era rojo y brillante. La forma era similar a la que habían encontrado en la otra víctima, el diseño coincidía y los eslabones de la cadena también parecían iguales, al menos, por lo que ella recordaba. El medallón actual ahora lo tenía el doctor Whitmore, que iba a tomar muestras y hacer pruebas forenses.

—Sí, podría ser —respondió Elliot, sin parecer convencido. Enderezó la espalda y se apoyó de lado en el escritorio, frente a ella—. El color se ve muy difuminado, y no estoy seguro acerca de las marcas. Yo no lanzaría mi sombrero por encima de un molino por eso.

Kay disimuló una sonrisa, imaginándose a Elliot de pie junto a un molino de viento giratorio, haciendo equilibrios con el sombrero en la mano, con el objetivo de lanzarlo por encima de las aspas giratorias. Por alguna razón, los tejanos hacían eso.

—Añade catorce años de desgaste y verás que coincide. El que encontramos está muy viejo, eso es todo. Estoy dispuesta a apostar a que antes era rojo y brillante, justo como este.

Elliot se tiró del ala del sombrero con dos dedos, acomodándolo mejor, aunque no parecía que se le hubiera movido. Eso nunca ocurría.

—Rose Harrelson —leyó el nombre de la chica en la pantalla—. No me suena, pero esto fue mucho antes de que yo trabajara aquí.

—Lo mismo digo —respondió en voz baja, con la mirada clavada en la foto de la niña de tres años. Tenía una sonrisa dulce, hoyuelos en las mejillas y la barbilla, el pelo largo y castaño en rizos ondulados y unos ojos color avellana que derretirían un corazón de piedra.

El caso de la desaparición de Rose estaba estancado, sin resolver, alimentando un cúmulo de estadísticas decepcionantes que marcaban uno de los tipos de investigaciones más difíciles de resolver por las fuerzas de seguridad, independientemente del estado o el condado. Una vez transcurridas las primeras veinticuatro horas sin que se recibiera ninguna llamada de rescate, las posibilidades de encontrar alguna vez a un niño secuestrado, vivo o muerto, caían en picado hasta casi cero. En el caso de Rose, las probabilidades habían coincidido con la estadística nacional, al menos, durante los últimos

catorce años.

Si la chica detrás de la cascada de verdad era Rose, ¿dónde había estado todo ese tiempo?

El detective que había investigado el secuestro de la niña había hecho un trabajo asombrosamente deficiente, o tal vez al digitalizar los archivos del caso se habían pasado por alto algunas páginas importantes. Hizo algunas entrevistas, habló con algunas personas y reunió algunos datos, pero no hubo seguimiento, no se sacaron conclusiones y las escasas pruebas no dieron respuestas.

—Es increíble que el doctor Whitmore se acordara de este caso —dijo Elliot, y silbó en voz baja entre dientes—. Tiene memoria de elefante. ¿No era médico forense en San Francisco cuando eras federal?

—Correcto —respondió Kay, mientras su mente divagaba. Había miles de niños, adolescentes y jóvenes desaparecidos. ¿Por qué el doctor Whitmore se acordaba de ese caso en particular? Kay se preguntó si se debía a que había comprado la cabaña donde vivía más o menos por aquella época; aún recordaba cuando el doctor había compartido con ella sus planes de jubilación, que incluían adquirir aquel terreno. Muchas personas encargadas de hacer cumplir la ley investigaban los registros de delincuencia locales antes de invertir en una propiedad.

Realizó una rápida búsqueda para saciar su implacable curiosidad y confirmó que el doctor Whitmore había comprado su cabaña unos meses después de que Rose desapareciera. Dejó escapar un suspiro frustrado; a veces, se metía en decenas de laberintos. Y esos laberintos tenían el don de ofrecer nuevas perspectivas y puntos de vista interesantes, pero no esta vez, y no en lo que respectaba al doctor. El hombre era un santo absoluto, dedicado a su profesión, apasionado por la resolución de crímenes, por dar voz a las víctimas desde el más allá.

Un timbre rompió su cadena de divagaciones, seguido inmediatamente por otro, procedente del teléfono de Elliot. El mensaje, nada menos que del sujeto de sus pensamientos, era simple:

El ADN confirma que la víctima es Rose Harrelson.

—Sí, lo tenemos —murmuró, empezando a revisar las notas del caso en detalle.

Elliot acercó una silla cercana y se sentó a su lado.

—¿Quieres dar tú la noticia?

Temía esa parte. Lo había hecho a menudo como agente federal, y no por ello le resultaba más fácil, por muchas veces que hubiera aporreado las puertas de la gente para decirles que un ser querido no volvería a casa. Como psicóloga, fue capaz de decir lo adecuado dadas las circunstancias y de protegerse emocionalmente en la medida de lo posible, pero aun así le pasaba factura. Porque había fracasado. El FBI, la oficina del sheriff, las fuerzas del orden en su conjunto habían fracasado cuando algunas personas habían perdido la vida, dejando a sus familias desconsoladas e intranquilas, algunas sin encontrar nunca un final o la respuesta a la inquietante pregunta: «¿Por qué?».

—Un momento —susurró, leyendo con rapidez las escasas notas de la carpeta, garabateadas a mano con una letra apenas legible—. No creo haber visto nunca un caso de secuestro tan mal llevado. ¿Por qué no llamaron a los federales? La niña tenía tres años —añadió, y la frustración elevó el tono de su voz—. Deberían haberles llamado. Nunca lo hicieron. Ellos tienen recursos, equipos especializados. Podrían haberla encontrado antes de que acabara...

Elliot le tocó el codo con suavidad.

—Solo es un policía haciendo un mal trabajo, no hay más. Ya lo has visto antes. —Su voz era tranquila y le mostraba apoyo, comprensiva pero tranquilizadora. Miró hacia él durante un instante, y entonces sus ojos se cruzaron con los del sheriff Logan. No se había dado cuenta de que había levantado demasiado la voz y de que todo el mundo en la oficina la estaba mirando.

Con los labios apretados, volvió a centrar su atención en la pantalla. Necesitaba que su mente estuviera clara y centrada, objetiva, analítica, libre de toda emoción, de todo resentimiento. Todavía algo turbada, se aclaró la garganta antes de empezar a leer la poca información que contenía el expediente del caso.

—»Rose Harrelson, de tres años, fue raptada de la casa de sus padres, Shelley y Elroy Harrelson, hace catorce años». —Pasó a la siguiente pantalla y empezó a hojear los registros manuscritos de lo que parecía ser el cuaderno del detective, escaneados en el sistema—. Los forenses no encontraron huellas dactilares, y el secuestrador había accedido a la casa sin forzar la puerta, aparentemente familiarizado con la propiedad, la familia y su rutina. Por ello, el investigador se apresuró a determinar que el padre, Elroy Harrelson, era de algún

modo responsable de su secuestro, aunque los progenitores no estaban separados. Y sigue… —añadió Kay, saltando por encima de interminables notas, aunque insustanciales, que documentaban las entrevistas con ambos progenitores—. Oh… —susurró, sin darse cuenta de que su mano había abandonado el teclado y le había tapado la boca—. El padre de Rose se suicidó unos meses después.

—¿Dice por qué? —preguntó Elliot, entrecerrando los ojos y acercándose a la pantalla.

—Aquí dice que fue exonerado del secuestro de Rose —añadió Kay, hablando despacio mientras observaba las notas casi ilegibles de las interminables páginas—. El mismo detective fue asignado al caso del suicidio, y algunas de las notas se cruzaron. Parece que la vida de Elroy quedó destrozada por la sospecha, aunque fuese absuelto. Perdió su trabajo y no pudo encontrar otro. —Miró a Elliot y, luego, de nuevo a la pantalla—. Se ahorcó en el garaje, siete meses después de que se llevaran a Rose.

—¿Quién era ese detective?

—Tengo sus iniciales aquí: H. S. —Y, volviendo a la parte superior de las notas, añadió—: Somos los únicos detectives aquí, así que sabemos que ya no está en nómina. Puede que esté jubilado. Deberíamos hacerle una visita. Pero antes tengo la última dirección conocida de los Harrelson. Vamos a hablar con la madre de Rose.

Cogió las llaves del escritorio y se dirigió al aparcamiento, percatándose de lo callado que se encontraba Elliot desde la escena del crimen y preguntándose a qué se debía.

# CAPÍTULO SEIS

## Buscando

Llevaba horas conduciendo bajo la lluvia, vagando sin rumbo por calles oscuras y casi yermas. Era más de medianoche, y el asfalto mojado brillaba con los tonos naranjas de las farolas y el rojo de las luces de freno, en ocasiones centelleante por el blanco azulado de los faros. Hacía tiempo que no se detenía, no desde que había repostado al norte de San Francisco. Su inquietud lo mantenía motivado para seguir adelante, kilómetro tras kilómetro, retrasando lo inevitable.

Pronto tendría que volver a la casa vacía, oscura y poco acogedora a la que temía regresar. Sin ella, sin su Mira, la casa no era más que una morada fría y húmeda, no un hogar. Sin su cálido cuerpo envolviéndolo como una enredadera no podía dormir en aquella cama, condenándolo a vagar sin rumbo, buscando lo que había perdido y que nunca encontraría.

Tuvo que darse por vencido y volver a casa.

Como había hecho la noche anterior, a eso de las tres de la madrugada, agotado, hambriento, con frío y frustrado, pues había vuelto a fracasar.

Ella no estaba ahí fuera, no bajo aquella lluvia que prometía convertirse en nieve antes del amanecer, dejando una capa peligrosamente resbaladiza de hielo negro en los tramos de la carretera azotados por el viento.

No había nadie.

Solo él, conduciendo, aferrado aún a la idea de que, tal vez, al doblar la siguiente esquina la encontraría.

Porque la noche anterior había sido insoportable. La vieja casa había vuelto a la vida en cuanto él conectó la electricidad y la calefacción se puso en marcha. En la fría oscuridad, aún podía sentir la presencia de Mira, esperando que cayera en sus brazos en cualquier momento, mientras vagaba por la casa vacía clamando su nombre, buscándola con los brazos abiertos, esperando escuchar su respiración

mientras él contenía la suya propia.

No estaba allí.

Desolado, encendió las luces, inundando la casa con la crudeza de la realidad. Estaba vacía, una carcasa sin alma a la que se había aferrado contra todo pronóstico y toda razón, el último y perdurable recuerdo que podía conservar de ella.

Porque, para Mira, ese era su santuario.

Pero él odiaba ese lugar que había conservado intacto desde el día en el que ella lo había dejado atrás, temiendo su vacío, su silencio, la ausencia de ella, más dolorosa allí que en cualquier otro sitio. Era insoportable, y también el último recuerdo perdurable de su amor abrasador. De la vida que ella había destrozado cuando se marchó.

No podía volver, no otra vez, no para otra noche de tortura.

Resignándose a lo que necesitaba hacer, giró el coche y se dirigió de nuevo al sur, hacia San Francisco, acelerando todo el tiempo, a pesar de que la lluvia había arreciado en cuanto había dejado las montañas.

Para cuando el Golden Gate empezó a dorar el cielo a lo lejos, la lluvia se había convertido en una ligera llovizna, casi indiscernible de la espesa niebla que envolvía la ciudad. Los limpiaparabrisas seguían funcionando, con su rítmico golpeteo casi orgánico, como si fuera el latido de su coche, mientras atravesaba la noche a toda velocidad.

Unas manzanas al este de la autopista, aminoró la marcha al entrar en el corazón de la ciudad y la buscó. Incluso a esas horas de la noche, San Francisco no dormía; no como Mount Chester, cuyos habitantes menos afortunados seguían apiñados en pequeños grupos en las frías y húmedas calles, intentando sobrevivir una noche más sin un techo bajo el que cobijarse.

No la vio en ninguna de las calles por las que había conducido hasta entonces. Se detuvo en un semáforo, el rojo brillante coloreando sus pálidas manos —que agarraban el volante— de un extraño y fantasmal tono carmesí. La luz cambió y giró a la izquierda, con la respiración entrecortada cuando decidió volver a la autopista. Forzando la salida del aire de sus pulmones, esperó un momento antes de inhalar profundamente y sentir el ardor del oxígeno en lo más profundo de su pecho. Entonces gritó, la rabia brotando de sus pulmones en un estruendo fuerte y ronco, que hizo retumbar las ventanillas mientras atravesaba a toda velocidad las calles casi desiertas, sin nadie que lo oyera, sin nadie que calmara su atroz dolor.

Fue entonces cuando la vio.

Una mera sombra por el rabillo del ojo mientras pasaba a toda velocidad, una figura pálida y temblorosa escondida en la oscuridad cerca de la entrada de un edificio de oficinas de cinco plantas. Su pelo largo y rubio se escapaba de la sudadera negra con capucha que llevaba puesta sobre la cabeza casi hasta los ojos, sus manos se escondían del frío metidas en el bolsillo frontal de la chaqueta.

¿Mira?

Frenó tan bruscamente que los neumáticos chirriaron y el coche se desvió al detenerse. Luego puso la marcha atrás y condujo de vuelta al lugar donde la había visto. Con la niebla filtrándose por la ventanilla del pasajero bajada, esperó; los interminables minutos pasaron volando mientras él la miraba, hipnotizado, y ella lo observaba con el miedo acumulándose en sus redondos ojos.

Vacilante, se acercó al coche tras mirar varias veces a izquierda y derecha, como si temiera que la descubrieran hablando con él. Se detuvo frente a la puerta del copiloto y se inclinó un poco hacia delante, probablemente para verlo mejor.

Sonrió, pero no dijo nada.

Era más baja que Mira y sus ojos eran marrones, no azules. Esa no era Mira… Ni siquiera se parecía. Pero ella podría ayudar a dispersar el frío vacío de aquella casa, al menos, durante una o dos noches.

No era una prostituta, no era una de esas zorras que deambulaban por el barrio de Tenderloin día y noche, vestidas con trajes ajustados de mala calidad que abrazaban sus curvas y exhibían su disponibilidad. No, esa chica era diferente, una fugitiva tal vez, alguien que con suerte nadie echaría de menos. Llevaba unos vaqueros sucios y rotos y un par de zapatillas gastadas que habían conocido días mejores.

—Tengo una habitación —dijo ella al fin, con una sonrisa inexperta que dejó ver unos dientes manchados. Probablemente llevaba un tiempo viviendo en la calle, aunque no parecía demasiado competente en el negocio. La vida callejera no era para todos.

Él negó con la cabeza.

—No hace falta. Mi casa no está muy lejos —dijo sin dejar de sonreír, y señaló con la mano el asiento vacío que tenía al lado—. Tengo buena comida, y puedes darte una ducha caliente. —Su sonrisa se amplió—. Te traeré de vuelta, lo prometo.

Ella se aferró a la puerta con ambas manos mientras se inclinaba hacia delante, con los ojos al mismo nivel que los de él, lo suficiente

para que notara la duda que anidaba en ellos. Tenía las manos hinchadas y enrojecidas por el frío, y se había mordido sus sucias uñas. Unos pocos detalles que contaban toda una historia de soledad y desamparo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, amable, metiéndose la mano en el bolsillo en busca de su cartera.

—Dieciocho —contestó ella con demasiada rapidez, desviando los ojos hacia un lado, y lo miró de nuevo durante un breve instante antes de bajar la mirada, cargada de mentira.

Abrió la cartera y sacó despacio varios billetes de cien dólares, uno a uno; el crujido del papel fue el único sonido entre ellos durante unos prolongados segundos. La chica se quedó mirando el dinero sin decir ni una palabra, luego agarró el tirador de la puerta y lo apretó. Abrió y metió un pie dentro, dispuesta a deslizarse sobre el asiento de cuero calefactado, mientras él metía la primera marcha con impaciencia.

Sin embargo, cambió de opinión a la velocidad del rayo, con los ojos clavados en el dedo con el que él había pulsado el botón de arranque. Se apartó y cerró la puerta tras de sí, lanzando una mirada de pesar al dinero que él todavía tenía en la mano.

—Lo siento —dijo tartamudeando un poco—, no puedo.

—Entra de una vez —respondió echando humo, alzando la voz a medida que la distancia entre ellos aumentaba con cada paso apresurado que ella daba—. ¡Vuelve aquí!

No se volvió para mirarlo; se metió las manos en el bolsillo frontal de la sudadera con capucha y se alejó a toda prisa. Su paso ligero se convirtió en un trote ligero y, luego, en una carrera rápida al doblar la esquina de un callejón.

Volvía a estar solo.

# CAPÍTULO SIETE

## Madre

La residencia de los Harrelson era un viejo rancho situado al sur de la ciudad, ubicado entre la ruta estatal y un barranco, con el pico nevado de Mount Chester elevándose hasta tocar el cielo unos kilómetros más atrás. El despejado cielo azul y los brillantes colores otoñales desentonaban con el estado de la propiedad. Estaba deteriorada, el revestimiento mostraba cicatrices de las tormentas que habían pasado por la ciudad, y el tejado lleno de parches debía ser el responsable de los charcos de agua que se formaban en el interior de la casa cada vez que llovía. El marchito césped llevaba años sin cortarse, y el estado de la maleza, que se abría paso obstinadamente por las grietas del estrecho camino de entrada, era testimonio de que hacía tiempo que no entraba ningún coche en el viejo garaje. La esquina más alejada del cobertizo había sido dañada por la caída de un tronco y desde entonces había sido ocupada por mapaches.

Pero, sobre todo, la residencia Harrelson estaba asegurada y sellada con tablones.

Todas las ventanas y puertas estaban cubiertas por paneles de fibra de madera que llevaban tiempo sujetos, con los clavos oxidados o rotos por las fuertes tormentas de invierno y los chaparrones de verano. Solo las cuatro esquinas de lo que solía ser un letrero fijado seguían aferradas con fuerza, el resto se lo había llevado el viento.

Sin palabras, Kay se quedó mirando lo que quedaba de la propiedad; mientras la rodeaba, un escalofrío recorrió su cuerpo. Eso fue todo lo que hizo falta: una fatídica noche, una niña secuestrada, un policía al que no le importó lo suficiente como para hacer su trabajo o llamar a otros que pudieran hacerlo por él, para que la existencia de toda una familia fuese borrada, reducida a un montón de escombros.

—Discúlpenme.

Kay oyó una voz frágil y algo temblorosa detrás de ella, y se volvió para encontrarse con una mujer regordeta vestida con una bata

turquesa y unas pantuflas a juego. Debía tener al menos setenta y cinco años, tenía el pelo blanco teñido de amarillo y despeinado, y la piel apergaminada salpicada de manchas.

—¿Qué podemos hacer por usted? —preguntó Elliot.

La sonrisa vacilante de la mujer se ensanchó.

—Oh, nada, querido. Quizá pueda hacer yo algo por ustedes. Los he visto mirando la casa de Shelley. —Señaló hacia la casa de al lado con dedos temblorosos y aquejados por la artritis—. Vivo allí, detrás de esos arces.

Su vista tenía que ser impresionante si los había distinguido rodeando la propiedad desde al menos cien metros de distancia y a través de las ramas bajas de arce plagadas de hojas otoñales. Kay sonrió y se acercó a la mujer, que aguardaba paciente, pues la presencia de los detectives era probablemente un extraño momento de excitación en su vida.

—¿Vive sola, señora...?

—Señora Duncan —respondió enseguida, con una ligera inclinación de cabeza—. Pero puede llamarme Martha. Todo el mundo lo hace.

—Gracias, Martha —respondió Kay, estrechando la mano cálida y seca de la mujer. Su apretón de manos seguía siendo fuerte, aunque sus dedos parecían incapaces de dejar de temblar. Quizá por el Parkinson—. Soy la detective Sharp, y este es mi compañero, el detective Young. —Al notar que Martha fruncía el ceño, añadió—: Kay y Elliot. —La expresión de la mujer se relajó—. ¿Qué ocurrió aquí?

—Es extraño que lo pregunte, siendo policías y todo eso —respondió, y sus ojos se desviaron durante un momento hacia la placa de Kay, con la estrella dorada de siete puntas de la oficina del sheriff del condado de Franklin—. Bueno, a la pobre Rose se la llevaron, debe hacer casi quince años ya, cuando era solo una niña. Nunca la encontraron —añadió, secándose una lágrima con el lado rugoso del dedo índice—. Esa pobre niña... ¿Quién sabe qué le pasó?

—¿Usted vivía aquí cuando ocurrió? —preguntó Elliot.

—Querido, siempre he vivido aquí —se rio entre dientes—, y ya estoy rozando los setenta y nueve. —Volvió a ponerse seria—. Es curioso que vengan ahora, después de todos estos años. ¿Han encontrado a Rose?

Kay y Elliot intercambiaron una breve mirada. Había normas estrictas: no se podía revelar el nombre de la víctima a nadie antes que a los familiares más cercanos. Ni a los medios, ni a los amigos, ni

a la familia menos directa. Y el pariente más cercano de Rose era su madre.

—Tenemos unas preguntas para la señora Harrelson —contestó en su lugar, deseando poder saltarse esa norma por una sola vez.

—Oh, querida —respondió Martha, secándose otra lágrima del rabillo del ojo con los dedos—. Pobre Shelley, nunca se recuperó después de perder a Rose y, luego, a Elroy. Tuvo un ictus unos meses después de la muerte de Elroy. No estoy segura de que vaya a ser de mucha ayuda, la pobre mujer.

—¿Sabe dónde se encuentra? —preguntó Elliot.

—Sí, e intento visitarla cada vez que puedo, pero está lejos, ya sabe. Ya no puedo conducir como antes. —Debió notar la expresión de Elliot, porque añadió—: Está en un lugar que se llama Glen Valley Commons, o algo así, en Redding. Es una de esas residencias de recuperación gestionadas por el estado. Un lugar terrible, en mi opinión.

Todas las pistas habían parecido desintegrarse en el caso de la desaparición de Rose, pero Kay sabía que tenía que averiguar qué había ocurrido catorce años atrás antes de poder atrapar al asesino de la chica. Con Shelley en una residencia asistida, no podía esperar mucho, pero cualquier indicio, cualquier dato podría resultar valioso. El detective que había investigado el secuestro había sido descuidado, pero la madre aún podría recordar algo útil.

Dio las gracias a Martha por su ayuda y se volvió para marcharse, pero aquella mujer parecía tener algo más que decir, porque agarró a Kay de la manga.

—¿Sabe? —dijo, bajando la voz, como si temiera que la escucharan —, nunca entendí cómo pudo ocurrir algo así. Shelley y Elroy estaban en casa cuando se llevaron a su hija y, sin embargo, la policía los acusó a ellos en lugar de buscar a otras personas que solían venir y conocían el lugar. —Sonrió, con los ojos llorosos brillando—. Veo programas de crímenes en la televisión, todo el día, en realidad. No tengo nada mejor que hacer. —Kay asintió con una sonrisa, pero Martha siguió aguantando—. Otras personas solían venir aquí. Yo, por supuesto, pero no me la llevé —aclaró enseguida—. Compañeros de trabajo de Elroy... La niñera de Rose, que ya está muerta... Tuvo cáncer de ovarios, según oí, pero desapareció justo cuando se llevaron a la niña. Su madre dijo que se había trasladado a Sudamérica por aquel entonces. Pero había otros. ¿Han hablado con alguno de ellos?

¿Alguien lo ha hecho?

# CAPÍTULO OCHO

## Preliminar

—Redding está a una hora —dijo Elliot, pero Kay se apresuró a interrumpir.

—No si conduzco yo. —Le dirigió una rápida mirada, con un brillo divertido en sus ojos color avellana.

«Seguro» pensó, porque esa mujer que sujetaba el volante conducía a la velocidad de un incendio en un bosque con el viento atizando a su favor. Cualquiera que fuera la distancia que tuvieran que recorrer, ella se lo tomaría como un reto personal y llegaría en la mitad de tiempo.

Ocultó la sonrisa que se le dibujaba en la comisura de los labios, temiendo que ella pudiera percatarse. Era sistemática, con una inteligencia brillante, y preciosa también. Una excelente policía, con unos instintos sólidos como una roca, respaldados por toda esa ciencia que manejaba como si fuera una pistola cargada; leía las emociones de la gente y se anticipaba a lo que dirían y harían, y sin equivocarse nunca.

Su sonrisa se ensanchó, pero mantuvo el rostro apartado del de ella, fingiendo mirar la linde del espeso bosque que bordeaba la carretera, en el que aún quedaban pinceladas del verde de las agujas de pino y abeto, mientras que otras zonas ya se percibían desnudas donde robles y arces se habían despojado de su follaje, ensuciando el suelo húmedo con colores de fuego. Evitó deliberadamente su escrutinio de dos segundos, porque ese era el tiempo que ella tardaría en leer sus pensamientos como un libro abierto.

Agradecía la posibilidad de aprender de una de las mejores perfiladoras del FBI. Por un repentino y favorable giro del destino, una de las mejores criminalistas del país había regresado a su ciudad natal y había decidido quedarse, convirtiéndose en su compañera. No podía haber tenido mejor suerte en su carrera.

«Vaya montón de mierda seca».

¿A quién pretendía engañar? Aprender a trazar el perfil de un

delincuente o estudiar la victimología no era la única razón por la que se quedaba después de terminar el turno, armándose de valor para invitarla a cenar. Pero la última vez que había mezclado el trabajo con el placer se había enamorado de su compañera, y la cosa acabó tan mal que tuvo que abandonar Texas. Ahora, cada vez que se acercaba el invierno, recordaba el juramento que se había hecho aquel día: nunca más.

Su sonrisa se desvaneció.

Ella captó el cambio en sus pensamientos de forma asombrosa, como parecía hacerlo todo, sin siquiera apartar los ojos de la carretera.

—¿Qué pasa? —le preguntó con indiferencia, y él tuvo que tragarse una palabrota.

—Incluso con tu forma de conducir, se tarda más de tres horas en llegar a Redding, más el tiempo que pasaremos allí. Vayamos a ver al doctor Whitmore primero.

—De acuerdo —concedió ella, mirándolo de nuevo con la misma brevedad. Después, sin mediar palabra, tomó la siguiente salida y giró a la izquierda.

No la había engañado ni por un momento.

Cogió la botella de agua que había junto al asiento, desenroscó el tapón y bebió con sed casi la mitad. Para cuando quiso dejar de beber, Kay ya estaba aparcando delante de la morgue del condado. En el otro extremo del aparcamiento, una furgoneta de algún medio de comunicación esperaba con el motor en marcha.

Se apresuraron a entrar, sin querer responder a ninguna pregunta de los periodistas. Sostuvo la puerta para Kay, y ella entró sin ninguna vacilación o cualquier indicio de que no estaba cien por cien cómoda visitando el territorio del doctor Whitmore. El lugar se mantenía frío, por razones obvias, y el aire estaba cargado del pesado hedor de la muerte y los productos químicos, unos olores que mezclados eran más molestos de lo habitual.

—Hola, doctor —saludó Kay al forense.

Vestido con una larga bata blanca de laboratorio y con una cinta en la cabeza con luces led y lentes de aumento, estaba de pie junto a una de las mesas de autopsias, donde yacía el cuerpo de Rose, con el corte en la garganta abierto y descolorido por la ausencia de sangre. Cuando oyó la voz de Kay, se volvió y le ofreció una amplia sonrisa, visiblemente contento de verla, y luego saludó a Elliot con una cortés

inclinación de cabeza. Se subió la cinta, dejando al descubierto sus gafas de montura fina y sus ojos cansados.

—Parece que te mantenemos ocupado —añadió Kay, con la voz teñida de tristeza—. Interrumpimos tu jubilación con demasiada frecuencia.

—El problema no es la interrupción —afirmó Whitmore—. El problema es esta joven vida desperdiciada. —Suspiró, apoyándose en la mesa con las manos enguantadas como para aliviar el peso de sus pies—. Solo diecisiete años, ¿podéis creerlo?

Hubo un momento de silencio en la fría habitación y Kay se acercó al médico.

—Veo que aún no has empezado la incisión en Y —comentó—. ¿Algún dato preliminar que puedas darnos? Me muero por ponerle las manos encima al bastardo que hizo esto.

«Sí... Y no lo dice en broma», pensó Elliot. Quería agarrar a ese hijo de puta de los pelos y dejarlo tirado para que los buitres se dieran un festín.

El detective se acercó, pero prefirió permanecer a varios metros de la mesa de autopsias. Aún se sentía incómodo mirando el cuerpo parcialmente cubierto de la chica. De algún modo, mirar a una joven vulnerable expuesta de ese modo contradecía todo lo que le había enseñado su modesta y creyente madre. Esa era una parte del trabajo que se alegraba de ceder en favor de su compañera, la psicóloga que podía encargarse de cualquier autopsia sin inmutarse. Kay tenía un talento innato para todo lo que la vida le deparaba, mientras que él era el torpe policía formado en las calles de Austin, Texas, que había hecho de Mount Chester su hogar cinco años atrás, pero que seguía sintiendo que no pertenecía a él.

—Hemos confirmado la identificación —dijo el médico, sonando un poco pedante, como si estuviera dando una clase—, así que puedo ratificar que le faltaban un par de meses para cumplir los diecisiete. —Se aclaró la garganta y murmuró una disculpa tras toser un par de veces—. La causa de la muerte es desangramiento debido a la laceración de ambas arterias carótidas. —Abrió la herida del cuello retirando el bloque de espuma que sostenía la cabeza de la chica y señaló con el dedo enguantado el tejido fibroso descolorido—. Como podéis ver, el ataque fue contundente. Un corte atravesó ambas carótidas, las cuatro venas yugulares, el esófago y la tráquea; la hoja dejó marcas en las vértebras cervicales, aquí.

Kay se inclinó para estar más cerca y examinó la herida abierta; luego asintió, y el doctor volvió a colocar el bloque que sostenía la cabeza de la víctima.

—Es zurdo, ¿verdad? —preguntó.

—Excelente observación —respondió Whitmore—. Sí, lo es. El corte se originó aquí. —Señaló el lado derecho de la garganta de la chica, colocándose detrás de la cabecera de la mesa y blandiendo un cuchillo imaginario con la mano izquierda—. El hombre que buscáis es fuerte y alto. El corte comenzó en una posición ligeramente más baja en su garganta de lo que terminó, el ángulo hacia arriba es una indicación de su altura. —Frunció el ceño un momento, como si intentara recordar algo más de lo que quería decir—. La sujetó por la barbilla y la boca, así. —Volvió a hacer la demostración, simulando tapar la boca de Rose por detrás y tirando de su cabeza en el mismo sentido—. Se puede observar en el borde terminal de la laceración, donde la piel se desgarra unos milímetros después de que finalice el corte. Eso significa que continuó forzando su cabeza hacia atrás incluso después de terminar de cortar.

—¿Qué tipo de arma estamos buscando? —preguntó Elliot.

—Diría que una hoja de treinta a treinta y cinco centímetros, probablemente dentada, pero no puedo estar seguro.

Elliot mantuvo los ojos clavados en el rostro del doctor, insistiendo en silencio en que les diera algo que pudieran utilizar.

—Si tuviera que adivinar —añadió el doctor Whitmore con un suspiro—, yo buscaría un cuchillo militar, pero eso son conjeturas, y los médicos forenses estamos obligados a ceñirnos a los hechos y las pruebas.

—Así que un cuchillo del ejército… —empezó a decir Elliot, pero el médico le interrumpió.

—Posiblemente un cuchillo del ejército.

—Entendido. Hombre alto, fuerte, posiblemente un cuchillo del ejército, asesino experimentado. —Elliot arrugó la frente, preguntándose si debía decir lo obvio. Para él, la conclusión era evidente—. ¿Estamos buscando a un antiguo militar?

—Antiguo o que continúe en activo —intervino Kay—. Alguien que haya pasado años en el ejército, y que lo más probable sea que haya sentido la acción y aprendido a quitar vidas rápida y silenciosamente. El corte de la tráquea la dejó completamente muda durante los pocos segundos que pudo vivir después de ese momento. He visto este *modus*

*operandi* en las Fuerzas Especiales, en los Rangers del Ejército, en la Marina.

—Lo capto —respondió Elliot.

Kay entrecerró los ojos bajo las luces punzantes y preguntó:

—¿Fue agredida sexualmente?

—No veo ninguna evidencia de abuso —respondió el forense—. Era sexualmente activa, pero no encontré nada reciente. —Se acercó a un lado de la mesa de autopsias, se quitó los guantes, los tiró a la papelera y se metió las manos en los bolsillos—. Gozaba de excelente salud. —Su tono cambió al añadir—: Un dato preliminar, por supuesto. —Kay asintió y él continuó—: Dientes blancos perfectamente alineados, sin caries, limpieza reciente. Manicura y pedicura también recientes, todo realizado por un profesional. —Se dio la vuelta y se dirigió a la mesa de pruebas, donde rebuscó en unas cuantas bolsas grandes que contenían la ropa de Rose—. Sus pantalones llevaban una etiqueta de Anne Klein. Su blusa era de Neiman Marcus, una de esas marcas exclusivas. —Miró hacia otro par de bolsas, pero no dijo nada más. Volvió a meterse las manos en los bolsillos de la bata y regresó junto a la mesa de autopsias.

—¿Cómo una víctima de secuestro de hace catorce años acaba vistiendo moda de alta gama y degollada en una cueva detrás de una cascada? —preguntó Kay, empezando a caminar despacio por la sala.

—Eso lo tenéis que averiguar vosotros dos —respondió el doctor Whitmore, poniéndose un nuevo par de guantes azules de nitrilo.

—¿Crees que permaneció en la zona cuando se la llevaron? —dijo Elliot, preguntándose cómo habría sido posible eso. Cualquier secuestrador en su sano juicio habría puesto una distancia considerable entre la escena de su crimen y la condena de veinticinco años hasta cadena perpetua que conlleva el delito.

—Es posible —respondió Kay hablando despacio, como hacía cuando parecía estar pensando cada las detalle—. ¿Dónde fue al colegio? ¿Cómo es que nadie la reconoció? Esta no es precisamente una gran ciudad. —Se volvió hacia el médico y le dijo—: Doctor, recuerdas bien este caso. Fue impresionante, por cierto, que te acordaras de ese medallón después de catorce años.

Él sonrió y bajó la mirada un momento, visiblemente halagado.

—Recopilo determinados casos que plantean interesantes retos forenses —explicó—. Hay unos doscientos casos en mi archivador; la mayoría, sobre secuestros de niños. Cuando era más joven y

ambicioso, pensé que podría encontrar la manera de mejorar el procedimiento de respuesta rápida en casos de secuestro de preadolescentes. —Su mirada se desvió hacia los lados—. De aquel esfuerzo no salió gran cosa, aparte de una colección de expedientes de casos sin resolver que he ido llevando conmigo allá donde voy. A veces reabro alguno de ellos, extraoficialmente, por supuesto, y empiezo a indagar.

—¿Deberíamos pedirle al sheriff que le dé una placa, doctor? —bromeó Kay, sonriendo.

—No, solo soy un viejo y aburrido criminalista jubilado que no puede desvincularse de su trabajo. —Acercó un taburete de cuatro patas a la mesa de autopsias y cogió un bisturí de la bandeja de instrumental. Apoyó el brazo en el lateral de la mesa, con el bisturí congelado en el aire—. La ciencia nos ha proporcionado muchas herramientas forenses nuevas que podemos utilizar en la investigación de delitos. El ADN es la más importante de todas, y algunos de mis casos sin resolver preceden al uso a gran escala del ADN en medicina forense. Cuando tengo tiempo libre, hago algunas pruebas —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Recuerdas haber oído algo sobre Rose Harrelson en el año o los años posteriores a su secuestro?

El médico se pasó la manga de la bata por la frente, donde los mechones de pelo blanco tocaban la piel estriada.

—Por desgracia, no recuerdo mucho. Me acuerdo de haber oído hablar del suicidio de su padre; fue descorazonador. Pero nada más, me temo. —Ladeó la cabeza y frunció el ceño—. Había una cosa... Mientras vivió tras la desaparición de Rose, Elroy Harrelson empapeló todos los árboles de Mount Chester con carteles de su hija. Los recuerdo con nitidez. Si se quedó en la zona, es increíble que nadie reconociera a esa dulce niña. Mi mujer y yo acabábamos de comprar nuestra cabaña aquí, y allá donde íbamos veíamos esos carteles.

Kay tocó el brazo del médico con suavidad, justo cuando este bajaba el bisturí hacia el pecho de la víctima.

—Gracias —dijo la detective con un suspiro pesado que Elliot rara vez le oía—. Me parece que tenemos que resolver el caso del secuestro de hace catorce años antes de saber nada de la vida de esta chica.

—Tenéis mucho trabajo por delante —dijo el doctor Whitmore, y Kay se dio la vuelta para marcharse—. Por cierto —añadió—, ¿os habéis fijado en el equipo de noticias de la KYBC que ha aparcado

delante la morgue? No se irán hasta que les dé la identificación de la chica.

—Nuestra siguiente parada es para ver a la señora Harrelson —explicó Elliot—. Te avisaremos cuando se haya entregado la notificación al pariente más cercano, y entonces podrás atenderlos.

Cuando salieron del edificio, el equipo de informativos se abalanzó sobre ellos y una joven esbelta y morena colocó un micrófono delante de la cara de Elliot, irritándole más que una espina seca clavándose en la montura de un semental.

—¿Es cierto que la chica de las cataratas del río Blackwater está relacionada con Rose Harrelson? Se rumorea que están investigando ese caso.

«Gracias, Martha —pensó Elliot amargamente—. Muchas gracias».

—¿Quién es la chica de la cascada? —insistió la morena—. ¿Es Rose Harrelson? ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

Kay se abrió paso entre los tres periodistas y se puso al volante, Elliot se apresuró a ocupar el asiento del copiloto. Desde allí, a través de la ventana abierta, Kay dijo:

—Solo tengo un comentario en este momento: si fuese tú, me quitaría de en medio.

Aceleró el motor lo suficiente para llamar su atención, metió la marcha y arrancó en medio de una nube de polvo y hojas caídas.

Elliot no pudo evitar sonreír. No había holgura en la cuerda de Kay. Ni un solo centímetro suelto.

# CAPÍTULO NUEVE

## De viaje

## Hace cinco días

Una gran gota de agua rodó sobre una hoja marchita de arce y luego cayó, golpeando su frente al salpicar. Se despertó de manera instantánea, mirando a todos lados, con el pulso palpitándole en la garganta. Con los sentidos reanimados, Kirsten empezó a notar el frío húmedo que se había filtrado a través de su ropa y le había entumecido los miembros, los músculos doloridos y agarrotados de tanto temblar y el dolor agudo en la boca del estómago.

Insegura de que sus piernas fueran capaces de sostener su peso, permaneció agachada en el suelo, abrazándose con fuerza las rodillas, respirando sobre el cuello de su empapada sudadera. Miró a su alrededor, atenta a cada sonido y a cada movimiento, agradeciendo que el alba pusiera fin a la oscuridad, al menos por un tiempo.

La luz grisácea del amanecer revelaba una gruesa capa de hojas cubiertas de rocío y caídas a sus pies, cuyos colores, antes brillantes, ya se estaban tornando marrones. Los húmedos troncos de los árboles se alzaban a su alrededor como gigantes oscuros y ominosos, pero ella había encontrado cobijo en la ancha circunferencia de un roble; las pocas hojas que quedaban en la majestuosa copa la protegían de la lluvia, al menos en parte.

Cuando pudo ver bien lo que tenía delante, se puso en pie, vacilante, insegura sobre sus piernas entumecidas. En cuanto la sangre empezó a fluir por sus extremidades, los pinchazos le recordaron que seguía viva. Dio un par de pisotones, agradeciendo el calor que le aportaba el movimiento. Entonces, al ver que el tráfico aumentaba en la autopista, se atrevió a abandonar el abrigo del bosque y se dirigió a la carretera. Cruzó el guardarraíl y extendió la mano con el pulgar levantado, llamando a los coches que pasaban con la esperanza de que alguien se detuviera. ¿Quién llevaría en su coche a una autostopista

empapada que ensuciaría sus asientos y la alfombrilla con el espeso barro de sus zapatillas?

La amenaza de las lágrimas le quemó los ojos, pero las apartó. Necesitaba sobrevivir, alejarse todo lo posible de aquel lugar, antes de que su tío y todos sus compañeros la persiguieran como un pelotón persigue a un fugitivo en busca y captura.

La lluvia había cesado, dejando paso al aroma de la tierra mojada y las hojas caídas y empapadas, y una fina niebla se levantaba del suelo bajo los rayos filtrados del sol. Los nubarrones persistían, amenazando con más chubascos, pero el corazón de Kirsten se hinchó cuando un camión de reparto redujo su velocidad y se apartó a un lado de la carretera, adelantándola unos metros.

Se apresuró a alcanzarlo, esperando no encontrarse con otro bicho raro como el que había conocido la noche anterior, el pervertido del camión de dieciocho ruedas. Cuando llegó al vehículo, se asomó por la ventanilla y respiró con un alivio casi asfixiante.

La conductora era una mujer de mediana edad con mirada amable.

Kirsten abrió la puerta y dudó un poco antes de decidirse.

—Sube, cariño —dijo la mujer. Su voz áspera y seca delataba años de fumar, y el hedor del hábito aún prevalecía, a pesar de los dos ambientadores con forma de pino que colgaban del espejo retrovisor.

Kirsten se paró, mirando cómo el agua goteaba de su chaqueta y sus pantalones. La mujer, como si le hubiera leído el pensamiento, disimuló su preocupación.

—No importa, se secará. Toma, coge esto —dijo, metiendo la mano en una bolsa de viaje que había detrás del asiento, y sacó una toalla de colores con olor a humedad y jabón—. Sécate con ella, quítate esa chaqueta y luego póntela debajo del culo.

Kirsten siguió sus instrucciones en silencio, luchando por encontrar palabras que decir. La amabilidad había sido algo poco frecuente en su vida. Luchando contra las lágrimas, se puso el cinturón y acercó las manos a las rejillas de la calefacción para calentárselas.

La mujer puso en marcha el camión con un ruido de engranaje, y el motor rugió mientras luchaba por coger velocidad.

—Este viejo cacharro ya no aguanta más —dijo, dedicándole una rápida sonrisa de dientes amarillentos—. Soy Hazel. ¿Cómo te llamas?

Kirsten vaciló, el pánico le subió a la garganta.

Hazel se rio, pero había tristeza y comprensión en su voz, ni un ápice de burla.

—Invéntatelo, cariño. Tengo que llamarte de alguna manera, ¿no? No hay que avergonzarse por decir una mentirijilla piadosa.

—Mmm, Kirsten —murmuró, tartamudeando su propio nombre, pero decidiendo que la amabilidad de la mujer merecía su honestidad.

—¿Y a dónde vas, Kirsten?

—A California —respondió ella, un poco más segura de sí misma—. A San Francisco, si puedes llevarme hasta allí.

Hazel volvió a reír.

—Con esas pintas, pensaba que ibas a Hollywood. —Su sonrisa se transformó en un suspiro y su pecho se hinchó con él—. Puedo llevarte hasta la frontera con California, pero tengo que parar allí. Allí es a donde va esto —añadió, dando dos golpecitos en el centro del volante, justo donde estaba pegado el logotipo de Ford, arañado y descolorido por los largos años de uso—. A Granjas Caldwell.

—Gracias —respondió Kirsten.

Entonces su estómago gruñó, y se inclinó hacia delante intentando ocultar los sonidos que emitía. Hazel le lanzó una mirada rápida, pero no dijo nada. Cuando apareció la siguiente salida, puso el intermitente y cogió el desvío.

Presa del pánico, Kirsten se removió en su asiento.

—¿A dónde vamos?

—A echar gasolina —respondió Hazel—. El maldito trasto no funciona sin ella. —Le guiñó un ojo y, tras un breve instante, se rio a carcajadas de su propia broma.

Kirsten esperó junto al camión mientras Hazel repostaba. Observó los números que cambiaban rápidamente en el surtidor y miró con recelo los vehículos que pasaban, temerosa de ver pronto el coche patrulla de su tío acercándose a toda velocidad, con las luces intermitentes y las sirenas, dispuesto a arrastrarla de nuevo a su propio infierno.

Cuando Hazel terminó de repostar, convenció a Kirsten para que saliera para ir al baño. Aceptó encantada, y tardó lo menos posible allí dentro, donde se lavó a conciencia la cara y las manos, con el olor a agua de lluvia y suciedad aún muy presentes en ella.

Cuando salió, encontró a Hazel sentada en una mesita frente a la hamburguesería. Le esperaban dos platos cargados de hamburguesas con queso y patatas fritas, y el olor a *bacon* chisporroteante y queso fundido le clavó una daga en el estómago vacío.

—¿Para mí? —preguntó ella, con los ojos entornados por la

sorpresa, señalando el plato frente al asiento libre.
Tomando un bocado de su hamburguesa, Hazel la invitó a sentarse con un gesto de la mano. Masticó ruidosamente y luego dijo:
—No veo a nadie más aquí.
Kirsten sintió que era la comida más sabrosa que había probado nunca. Cada bocado que daba le llenaba la boca de jugos de carne asada y queso fundido. Las patatas fritas estaban en su punto —crujientes por fuera, un poco ásperas por los granos de sal y blandas por dentro— y su olor le llenó las fosas nasales al morderlas.
Cuando casi había terminado de devorarlo todo, lamentó no haberse tomado más tiempo para saborearlo. Recogió con la punta del dedo las semillas de sésamo caídas en el plato, e incluso la más pequeña mota de patata frita sobrante encontró el camino a su boca.
—Gracias —dijo, mirando brevemente a Hazel, y desvió la mirada, temerosa de que la mujer viera cómo se le humedecían los ojos.
—De nada, cariño —respondió Hazel en voz baja—. No es mucho, pero me imaginé que te morías por comer algo. —Se limpió las manos en una servilleta de papel, se pasó los dedos por el pelo ralo y decolorado y se levantó—. ¿Lista para salir a la carretera?
—Sí —respondió Kirsten con entusiasmo.
Viajaron en silencio durante unos kilómetros, en los que Kirsten luchó por mantenerse despierta, dividida entre la comodidad de la cabina con calefacción y el pensamiento de lo que iba a hacer una vez que llegara a San Francisco. Nunca había estado allí. ¿A dónde iría? Estuvo a punto de preguntarle a Hazel, pero habría sonado como si estuviera presionando a la mujer. Su vida no era problema de Hazel.
—¿Qué te hizo irte de casa, cariño? ¿Y qué harás cuando llegues a San Francisco? ¿Conoces a alguien allí? —le preguntó la mujer, como si le leyera el pensamiento.
Kirsten se removió en su asiento y lanzó a Hazel una rápida mirada llena de temor.
—Escucha, estoy bastante segura de que estoy infringiendo la ley al llevarte en vez de denunciarte a la policía —dijo Hazel, con la misma voz amable y comprensiva—. No debes tener más de quince años. ¿Quieres saber por qué lo hago?
Kirsten no contestó. Se quedó mirando a la mujer, esperando a que continuara, con la ansiedad atenazándole el pecho.
—Yo fui como tú —dijo al fin—. Una fugitiva de una familia desestructurada que creyó que podría vivir mejor por su cuenta que

con una madre borracha y un padre ausente. —Bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo, luego inhaló el humo bruscamente y lo retuvo un momento—. Y lo hice muy bien yo sola. —Palmeó la rodilla de Kirsten—. Podrás con ello; ya lo verás. No dejes que nadie te presione y no vendas tu cuerpo como algo barato.

Las mejillas de Kirsten se encendieron. Bajó la mirada y se quedó un rato mirando el barro de sus zapatos. No había huido de su casa para vender su cuerpo a un loco. La idea de que un desconocido la tocara le resultaba tan horrible que sacudió la cabeza como si quisiera hacer desaparecer esa pesadilla. Apretó los ojos apartando las imágenes que se agolpaban en su mente, retazos de recuerdos recientes. Las manos de Barriga Cervecera sobre ella, Piel de Tinta sujetándola de espaldas sobre la mesa del comedor, el tacto de la barba incipiente de ese hombre, su lengua viscosa dejando estelas en su abdomen, cada vez más abajo.

Alejó todas esas imágenes recordándose a sí misma que por eso había huido. Nunca le volvería a pasar, otra vez no. Cuando abrió los ojos, dejando que la luz del sol disipara los recuerdos, se encontró con la mirada preocupada de Hazel.

La mujer giró enseguida la cabeza y miró hacia la carretera.

—¿Te he dicho a dónde voy, cariño? —le preguntó, soltando otra bocanada de humo del cigarrillo, y tiró la colilla por la ventana abierta—. Transporto equipo agrícola para Caldwell. ¿Has oído hablar de ellos?

—No —respondió Kirsten, y sacudió el humo persistente en la cabina del camión de un manotazo. —Es una granja muy importante —continuó Hazel, subiendo la ventanilla—. En cuanto crucemos a California, verás sus tierras. Se extienden a lo largo de kilómetros, a ambos lados de la autopista.

Kirsten miraba por la ventanilla, escuchando las historias de Hazel sobre la granja, los Caldwell y el equipo agrícola para vender o alquilar que transportaba. En poco tiempo, la dejaría a un lado de la carretera y volvería a estar sola.

Casi no vio el cartel de «BIENVENIDOS A CALIFORNIA», amarillo, con letras cursivas en azul, adornado con lo que parecían tres flores. No estaba segura de haberlo visto, Hazel iba a ciento diez kilómetros por hora, y Kirsten no se atrevió a preguntar; no era importante. Pero pronto la mujer empezó a aminorar la marcha y se apartó a un lado de la carretera.

—Aquí es donde te bajas, cariño —dijo Hazel, provocándole una sacudida de pavor por todo el cuerpo. Señaló un camino lateral que conducía a un gran portón, junto a la siguiente salida—. Tus posibilidades son mejores aquí, en la autopista, que en la vía de servicio. —Apretó la mano de Kirsten con las suyas—. Te deseo la mejor de las suertes.

Dio las gracias a la mujer, se bajó y observó cómo el camión volvía a su carril, desaparecía por la rampa de salida y atravesaba la valla de la granja.

Se puso la chaqueta y se subió la cremallera. El aire era fresco y el viento soplaba del norte, cogiendo velocidad a lo largo de la autopista. Se metió las manos en los bolsillos y sintió algo desconocido en el izquierdo. Cuando sacó la mano, tenía en la palma cinco billetes de veinte dólares arrugados y una nota. En ella había escrito un número de teléfono bajo el nombre de Hazel y unas palabras: «Para cuando necesites dejar de correr».

Apartó las lágrimas de su rostro y empezó a caminar con el dedo en alto, esperando que alguien se detuviera. Un camión de plataforma tocó el claxon al pasar a gran velocidad, cubriéndola de polvo y piedrecitas. Sobresaltada, dio unos pasos apresurados hacia los lados, sin mirar. Su pie resbaló en la gravilla y se torció el tobillo. Chilló y, de repente, cayó en una zanja profunda y rodó por debajo del quitamiedos hasta unas hierbas altas, donde se estrelló contra una roca.

# CAPÍTULO DIEZ

## Familiar cercano

Era media tarde cuando Kay se detuvo frente a la residencia. Le bastó una ojeada para ver en qué tipo de instalación estaban a punto de entrar. El letrero de la fachada, que rezaba «Glen Valley Commons» en letras cursivas oxidadas sobre un bloque de piedra manchado por la lluvia, era solo el primer indicio del estado de la propiedad. Las ventanas del edificio estaban empañadas, probablemente el presupuesto del lugar para su limpieza era cero; la pintura estaba agrietada y los trozos de revestimiento apenas se aferraban a las paredes.

Se preparó antes de entrar y dudó frente a la puerta que Elliot le había abierto. Los olores que aguardaban en el interior le produjeron escalofríos y le trajeron dolorosos recuerdos de la última batalla de su madre contra el cáncer. El desinfectante se esforzaba por cubrir el hedor penetrante de los cuerpos humanos derrotados, de la orina y las heces y de la nauseabunda comida quemada.

Al entrar, Elliot la siguió con el sombrero en la mano. Al acercarse a la recepción, Kay enseñó su identificación. Una mujer corpulenta con una bata de laboratorio demasiado ajustada los recibió con una mirada poco acogedora bajo unas cejas pobladas y una frente estrecha.

—Detectives Sharp y Young, estamos aquí para hablar con la señora Harrelson —dijo Kay.

La mujer se quedó mirando la identificación y, apretando los labios, descolgó el teléfono y marcó una extensión interna.

Varios minutos después, una enfermera alta y huesuda entró con la señora Harrelson, que iba sentada en una silla de ruedas que había visto días mejores. La enfermera les hizo señas para que la siguieran a una habitación y luego cerró la puerta.

La mujer de la silla de ruedas parecía distraída, con la mirada fija en la nada, aparentemente ajena a la presencia de los detectives. Su

piel estaba pálida y arrugada, como si el tiempo pasado en aquel horrible lugar hubiera transcurrido a un ritmo distinto que en el exterior, donde el aire era fresco y el sol aún brillaba en el cielo. Las rodillas y los hombros se le marcaban bajo la bata como si fueran delgadas ramas; no podía pesar más de cuarenta kilos.

—La señora Harrelson sufrió un ictus hace unos doce o trece años —explicó la enfermera, sin preocuparse en absoluto de si su paciente la podía oír—. Conserva algunas capacidades cognitivas, pero no esperen mucho. Tiene paralizado el lado izquierdo y no puede realizar las tareas más básicas sin ayuda.

Kay notó el comprensible ceño fruncido de Elliot mientras miraba a la enfermera. La mujer a su cargo había perdido toda voluntad de vivir cuando perdió a su familia, y merecía un poco de consideración. Parecía que los pasillos amarillos de Glen Valley Commons no habían visto a una enfermera empática y sensible en mucho tiempo.

—Gracias —respondió Kay, tratando de no rechinar los dientes al hablar, con una voz cortante que delataba su enfado—. Ya nos hacemos nosotros cargo. —Esperó a que la enfermera saliera de la habitación. Estaba segura de que a esa mujer le encantaría escuchar y conseguir algún cotilleo jugoso sobre su paciente; no todos los días un inquilino de una residencia de recuperación recibía visitas de la policía.

—Lo siento —respondió la enfermera con frialdad—. No puedo dejarla sola con ustedes. Podría tener necesidades médicas...

—Y yo soy doctora —respondió Kay—. La llamaremos cuando la necesitemos.

Con los labios fruncidos y la barbilla proyectada hacia delante, la enfermera salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí un poco más fuerte de lo normal.

En cuanto se quedaron solos, Kay se agachó junto a la silla de Shelley Harrelson y le tocó la mano derecha.

—¿Señora Harrelson?

La mirada perdida de la mujer se centró en ella durante un breve instante, y luego su atención se desvió.

—Señora Harrelson, soy la detective Kay Sharp, y este es mi compañero, el detective Elliot Young. Estamos aquí para hablarle de Rose.

En cuanto oyó el nombre de su hija, los ojos de Shelley se agitaron rápidamente, parpadeando un par de veces, y luego se centraron en

Kay, encontrándose con su mirada.

—¿Qué... pasa con mi hija? —preguntó—. ¿La han encontrado? —La mujer agarró la mano de Kay con sus dedos finos y temblorosos en un apretón inesperadamente fuerte.

Kay cerró los ojos un momento y se llenó los pulmones de aire, preparándose para asestar lo que bien podría ser un golpe mortal a aquella mujer. ¿Debía marcharse? Sabía que sería mucho peor que Shelley se enterara del fallecimiento de su hija en los pasillos poco iluminados de aquel espantoso lugar por gente como aquella horrible enfermera.

Cuando volvió a mirar a la señora, una lágrima rodaba por el rostro prematuramente envejecido de la mujer. Antes de que Kay pudiera replicar, Shelley empezó a hablar, con palabras entrecortadas al principio, ahogadas por la pena que se avecinaba.

—Sé por qué están aquí —dijo Shelley. Mientras hablaba, mantenía los ojos clavados en los de Kay—. Soñaba con el día en el que la policía vendría a mi puerta. —Se detuvo un momento, bajando la mirada—. Pero no así... No como usted, con miedo a decir lo que ha venido a decir. —Tragó saliva, luchando por hablar. Sus palabras eran apenas comprensibles, su parálisis le dificultaba articularlas.

—Lo siento mucho —susurró Kay—. No puedo ni empezar a entender cómo debe sentirse. Solo desearía que hubiera algo que pudiera...

—Esta era la pesadilla que no me dejaba dormir cada noche después de que se la llevaran —susurró Shelley—. Esto, policías como usted, diciéndome que mi pequeña se ha ido. —Las lágrimas empaparon su vestido, cayendo una tras otra de sus ojos cerrados—. Pronto me reuniré con ella y volveremos a estar juntas.

—Señora Harrelson —dijo Kay con dulzura—, ¿puede contarnos qué pasó aquella noche?

La comisura derecha de la boca de la mujer esbozó una sonrisa.

—Solía tener pesadillas, mi dulce y pequeña Rose. No paraba de decir que los monstruos golpeaban su ventana intentando entrar. Dijo que había visto sus caras, pero solo tenía tres años... —Su voz se entrecortó, paralizada por la tristeza—. No la creímos.

Kay y Elliot intercambiaron una rápida mirada. La detective se preguntó si ese dato tendría alguna relevancia. ¿Había notado la niña algo fuera de lo normal al otro lado de su ventana? ¿O había estado durmiendo profundamente, sin saber que su vida estaba a punto de

dar un giro equivocado?

—Quizá tenía razón. Debería haber escuchado a mi bebé. Ahora, nunca lo sabré —continuó Shelley. Su voz se quebraba, pronunciaba las palabras despacio, cargadas de dolor—. Elroy pensaba que se refería a las ramas de los arces que golpeaban los cristales de las ventanas cuando hacía viento. Él las quitó con una motosierra, yo colgué cortinas en la ventana, y aun así lo revisamos todo al menos dos veces durante la noche, para asegurarnos de que ella estaba bien. —Dejó de hablar, apartó la mano de Kay y se la llevó a la garganta, como si quisiera aflojar el nudo que se le había hecho allí—. Esa noche, cuando fui a ver cómo se encontraba, ya no estaba. La ventana estaba abierta apenas un centímetro, como yo la había dejado; era verano. La mosquitera estaba en su sitio, no tenía agujeros, y el viento movía un poco las cortinas. —Hizo una pausa, con la cabeza gacha—. Eso fue todo lo que vi. Era como si hubiera desaparecido. Entonces... ese policía acusó a Elroy y dejó de buscar a mi bebé.

Shelley levantó la cabeza, pero sus ojos volvían a mirar al vacío a través de un valle de lágrimas.

Kay se levantó y le tocó el hombro con suavidad.

—Gracias, señora Harrelson. Si hay algo...

—¿Cómo murió mi bebé? —preguntó, su voz era apenas un susurro.

Kay dudó un momento.

—Rápido y sin dolor, se lo prometo. —Se agachó frente a la silla de ruedas de Shelley y la miró a los ojos—. Y le prometo que atraparemos al asesino de su hija. Se lo haremos pagar.

# CAPÍTULO ONCE

## Error

El viaje de vuelta de Redding comenzó con un silencio prolongado y pesado en el coche. Kay tenía los nudillos blancos, pues agarraba con fuerza el volante y pisaba el acelerador a fondo. Mantenía la vista en la carretera, pero su mente estaba en el expediente del caso de Rose Harrelson y en las notas que había leído allí. ¿Cómo se la llevaron? ¿Cómo accedió el secuestrador a la habitación de la niña? Y lo que era más importante, ¿por qué no respondió primero a esa pregunta el detective original del caso? ¿O es que no se le ocurrió ninguna respuesta y tomó el camino más fácil y acusó al padre?

Miró a Elliot durante una fracción de segundo y percibió su gesto preocupado, la tensión en sus mandíbulas. Parecía que un torbellino de pensamientos mantenía su mente ocupada, pero no estaba dispuesto a compartirlos.

¿Por qué estaba tan callado últimamente? ¿Le preocupaba su trabajo? ¿Había ella dicho o hecho algo que le molestara? A veces se hacía cargo de escenas de crímenes, interacciones o interrogatorios, dejando atrás a sus compañeros mientras seguía sus propias ideas, corriendo y avanzando a la velocidad de su experiencia como perfiladora del FBI. Era una solitaria; desde luego, no era una gran trabajadora en equipo, y lo sabía. A algunos los desanimaba, sobre todo a los jóvenes y ambiciosos detectives de Texas con experiencia en la oficina del sheriff.

Como si respondiera a sus pensamientos, un timbrazo del teléfono de Elliot rompió el silencio.

—Vaya —dijo Elliot, leyendo el mensaje—. Me han dado un nuevo caso. —Su voz sonaba con un matiz de sorpresa.

—¿Qué caso? —preguntó ella, procesando las señales de la voz y el lenguaje corporal de Elliot. El pesar que había notado era una nota inesperada para la cual necesitaba tiempo para comprender. ¿Por qué no le convencía la reasignación?

—Una chica desaparecida del condado de Lane, Oregón. —El teléfono volvió a sonar—. Y el doctor Whitmore acaba de revelar la identidad de Rose Harrelson. —Se desplazó por el mensaje antes de escribir una respuesta—. Dijo que el equipo de noticias iría después a entrevistar al sheriff.

Kay apenas contuvo una sonrisa.

—Y el jefe odia todo lo mediático —comentó ella con un gran sarcasmo en la voz—. Me pasaré por la oficina a por tu coche.

—Muy bien —respondió Elliot, aparentemente distraído, esquivo.

—Háblame del nuevo caso. ¿Alguna conexión con nuestra investigación de asesinato?

—Ni la más mínima. —Miró un instante la pantalla de su teléfono y se lo metió en el bolsillo—. Es la sobrina de uno de los ayudantes del sheriff del condado de Lane, que se escapó de casa tras una discusión con su padrastro. Encontraron a un testigo que sitúa a la chica en la autopista, subiendo a un camión con matrícula de California.

—Ah, vale —contestó ella, antes de que los persistentes pensamientos sobre el secuestro de Rose Harrelson se apoderaran de su mente y volvió a quedarse callada. Al cabo de un poco, pensó que sería buena idea hablarlo con Elliot mientras aún lo tuviera cerca—. ¿Cómo crees que se la llevaron?

—¿A quién? ¿A la chica de Lane?

Por un momento, la pregunta la confundió. ¿No era la chica del condado de Lane una fugitiva? Se encogió de hombros.

—No, a Rose. La ventana estaba abierta apenas unos centímetros, según dijo Shelley, y la mosquitera estaba en su sitio, intacta. ¿Cómo crees que se la llevó el sudes? —Seguía utilizando la terminología del FBI; le parecía más sencilla, más fácil, apenas cinco letras para sustituir la larga definición de un sujeto desconocido, el autor no identificado de un delito.

—No había huellas dactilares, ¿verdad?

—N-no —respondió ella, dudando un poco al preguntarse sobre la minuciosidad de la recogida de pruebas. No había ningún informe en el expediente, solo una nota manuscrita del detective en la que se indicaba que todas las huellas dactilares recogidas en el lugar de los hechos estaban contabilizadas—. Me pregunto… —empezó a decir, pero se detuvo en seco—. Han pasado catorce años, de ninguna manera podríamos reabrir la escena del crimen ahora. Ya has visto el estado de la propiedad.

—Debió ser alguien cercano a la familia, alguien que conocía la casa. —Elliot miró la hora en su teléfono y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

Él desvió la mirada un momento.

—No puedo aceptar la forma en la que se manejó el caso, eso es todo.

Kay se rio entre dientes.

—No me digas.

—Tendremos que volver y entrevistar a toda esa gente de la que nos habló Martha Duncan. Los amigos del trabajo de Elroy, la niñera que Martha dijo que había muerto… Hemos de verificarlo todo. —Él volvió a fruncir el ceño, esta vez más visible—. Tendrás que entrevistarlos tú, mientras yo persigo a una fugitiva de catorce años del condado de Lane, Oregón.

—Cierto —respondió ella, girando hacia la izquierda, y aparcó delante de la oficina del sheriff—. Empezaré de nuevo desde el principio y reabriré la escena del crimen. Quién sabe lo que podemos encontrar. —Elliot la miró con una pregunta tácita en la mirada—. Algo me dice que encontrarás a tu fugitiva en poco tiempo. Hasta entonces, me pondré manos a la obra. Tenemos que averiguar quién se llevó a Rose Harrelson, y por qué. Y dónde estuvo todo este tiempo.

Subieron los escalones de hormigón que conducían a la entrada principal. Al entrar en el edificio, comenzaron a tomar caminos separados. Elliot quería hablar con el sheriff sobre el nuevo caso y Kay, realizar otra búsqueda en el sistema de las personas que en su momento fueron identificadas como cercanas a la familia Harrelson. Lo que más ansiaba era conseguir la dirección del detective que había llevado la investigación original; ya era hora de hacerle una visita. Se moría de ganas de empezar a machacarle a preguntas, su espantosa incompetencia era la razón por la que llevaba todo el día rechinando los dientes. Su incapacidad para encontrar a Rose y el misterio de por qué no había pedido ayuda a los federales eran las razones por las que una familia entera había sido destruida. Podría haber colgado a Elroy con sus propias manos y haber puesto a Shelley en el lugar donde ahora se encontraba.

Pero nada de lo que ambos detectives pretendían hacer ocurrió como estaba previsto. El sheriff Logan se apresuró a reunirse con ellos en cuanto los vio entrar.

—El teléfono no ha parado de sonar —dijo, sin ni siquiera saludar.

Su voz estaba teñida de frustración y tenía los puños apretados, una postura poco habitual en el audaz sheriff.

Varios agentes atendían los teléfonos, y en cuanto uno colgaba el auricular, le entraba otra llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó Kay.

—Nos equivocamos con la identificación de la chica, eso es lo que pasa —respondió, y resopló mientras se pasaba las manos por las canas de las sienes—. En el momento en el que revelamos que la víctima era Rose Harrelson, los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia y la publicaron con fotos, una de cuando fue secuestrada y otra más reciente que proporcionó el forense. Entonces todo el mundo empezó a llamar para reírse en nuestra cara y decir que nos habíamos equivocado. Que la víctima es Alyssa Caldwell, nada menos que la hija de Bill Caldwell. Con un perfil como el suyo, todo el mundo había visto la foto de esa chica en los medios de comunicación o en internet. Algunos de ellos recordaban con claridad lo que se publicó en la prensa sensacionalista, a diferencia de nosotros. Joder.

—¿Bill Caldwell de Granjas Caldwell? —preguntó Kay, dejando sin respuesta el amargo discurso del sheriff.

—Sí, él —respondió Logan—. ¿Cómo demonios ha ocurrido? ¿Cómo lo ha hecho tan mal el doctor? Ve allí y resuélvelo —le ordenó, mirándola.

—Eso no es posible —dijo Elliot—. El doctor tenía el ADN, lo comparó con el que aparecía en el archivo original del secuestro.

—Tú de momento te ocupas de la chica desaparecida —le dijo Logan a Elliot, y luego se volvió hacia Kay—. ¿Has visto alguna vez una situación así? Parecemos idiotas y la gente se ríe de nosotros. Justo lo que necesitábamos.

Kay no se apresuró a contestar. En su mente, repasó los hechos con rapidez. Había información de ADN en el archivo de Rose Harrelson. El doctor Whitmore había tomado una muestra de la víctima y la había comparado con la muestra del archivo, y coincidía. Una coincidencia al cien por cien, sin margen de error, admisible ante un tribunal y considerada sólida desde un punto de vista forense, más allá de toda duda razonable.

Entonces, ¿cuál podría ser la explicación?

—Me gustaría saber… El ADN que el doctor Whitmore tenía en su archivo —dijo al fin—, ¿era una muestra de tejido real almacenada en algún lugar de las oficinas médico-legales o tan solo se adjuntó el

resultado de la prueba de ADN al expediente del caso?

El sheriff Logan la miró fijamente, como preguntándose por qué le hacía preguntas en lugar de darle respuestas.

—Estoy pensando —continuó Kay— que tal vez el ADN adjunto al expediente del caso de Rose Harrelson procedía de un caso diferente, uno en el que estaba implicada Alyssa. Quizá los informes se mezclaron de alguna manera. ¿Se había denunciado la desaparición de Alyssa Caldwell?

El sheriff apretó los labios en una fina línea, era evidente que la paciencia se le había agotado.

—¿Tú qué crees? Averigua qué demonios ha pasado y piensa qué vamos a decirle a la prensa cuando dejen de reírse lo suficiente para preguntarnos qué excusa tenemos para tanta ineptitud.

—Entendido —respondió ella, y luego intercambió una rápida mirada con Elliot antes de darse la vuelta para marcharse.

Hasta hacía unos momentos, creía saber quién era la víctima, y ese único dato era todo lo que tenía en un caso sin resolver de secuestro. Catorce años congelado. Ahora, incluso esa prueba, el ADN de Rose Harrelson, su identidad, era discutida.

Mientras caminaba hacia su escritorio, un pensamiento intrusivo tomó forma en su mente. ¿Qué tuvo el secuestro de Rose Harrelson que hizo que todas las pistas, todas las pruebas, desaparecieran como partículas de niebla al sol de la mañana?

# CAPÍTULO DOCE

## Deshaciendo

A diferencia de Rose Harrelson, Alyssa Caldwell, de diecisiete años, tenía una sólida huella en las redes sociales que se remontaba a muchos años atrás, cuando era preadolescente. Kay no tuvo problemas para localizar sus cuentas y rebuscar entre años de pruebas fotográficas de su identidad. Alyssa, la única hija de William Earnest Caldwell II, ocupaba un lugar destacado en los archivos de la prensa local, remontándose a la fecha de su nacimiento, un día celebrado por la familia Caldwell con el habitual aluvión de mensajes, comunicados, entrevistas y artículos en los medios de comunicación.

Después de todo, Granjas Caldwell era la mayor empresa agrícola del condado de Franklin.

Kay se quedó mirando una foto de la pequeña Alyssa en brazos de su madre y con Bill Caldwell sonriendo a su lado, sus caras rozándose. No estaba segura de lo que pensaba. Tal vez, por una fracción de segundo, se había aferrado a la esperanza de que la chica de la morgue fuera Rose Harrelson. No porque quisiera que Rose estuviera muerta, sino porque necesitaba un punto de partida para descubrir qué había sido de la niña todos aquellos años. Ese punto de partida, el hilo que podría haber llevado a Kay hasta su secuestrador, se había desvanecido.

Porque la chica que yacía en la mesa de autopsias de la morgue del doctor Whitmore era Alyssa Caldwell. No había ninguna duda. Diecisiete años de historia documentada, impresa y en línea daban fe de ello.

Eso significaba que Rose Harrelson seguía desaparecida, ausente desde el día en el que se la habían llevado catorce años atrás, y que aún podía estar viva.

La mayor pregunta era: ¿cómo se había mezclado el ADN de Rose con el de Alyssa? ¿Qué hipótesis podría explicarlo? El doctor Whitmore sería capaz de dar alguna respuesta al asunto; estaba

segura, incluso sin hablar con él, de que ya se encontraría investigando diligentemente la metedura de pata del ADN, ansioso por descubrir la verdad y restaurar su intachable reputación profesional. Catorce años antes, cuando se llevaron a Rose Harrelson, el doctor Whitmore era el médico forense de otro condado, en San Francisco. De ahí que no hubiera sido él quien manejara o adjuntara el ADN original de Rose Harrelson al expediente de su secuestro. Pero el forense del condado de Franklin ya había fallecido. En cualquier caso, ahora era la reputación del doctor Whitmore la que estaba en juego, un golpe inmerecido para el dedicado profesional que abandonaba la jubilación siempre que se necesitaban sus servicios para ayudar al condado, que, falto de liquidez, podía así llegar a fin de mes sin mantener en plantilla a un médico forense a tiempo completo. El estigma del error del ADN pondría fin a su distinguida carrera bajo una nube de vergüenza tan espesa que probablemente lo mataría.

Pero, antes de que pudiera visitar al doctor Whitmore, tenía algo más que hacer. Acababa de entregar una notificación a Shelley Harrelson, informándole de que su hija había sido asesinada. Eso ya no era cierto, y aquella pobre mujer estaba de luto por una muerte que podría no haber ocurrido todavía. Porque, por lo que Kay sabía, Rose podía seguir viva, en alguna parte.

Mascullando un largo improperio, cogió las llaves y salió corriendo de la oficina, para luego conducir en dirección a la salida del aparcamiento levantando remolinos de polvo.

La carretera hacia Redding parecía pasar volando, kilómetro tras kilómetro, mientras los pensamientos de Kay daban vueltas, construyendo diferentes escenarios que podrían explicar que el ADN de Alyssa se hubiera archivado en el sistema como el de Rose Harrelson. ¿Cuándo había sido recogido el ADN de Alyssa por el forense del condado y bajo qué número de caso? ¿Se había encontrado en la escena de un crimen, sin identificar, y archivado por error a nombre de Rose? Una búsqueda en la base de datos no había revelado ningún caso actual o antiguo relacionado con la hija de Caldwell.

Había intentado contactar con el doctor Whitmore, pero sus llamadas habían ido directas al buzón de voz. Le había dejado un mensaje alentador, prometiéndole su apoyo para desentrañar qué había ocurrido y explicar la confusión, pero él no le había devuelto la llamada.

Estaba casi completamente oscuro cuando llegó a Glen Valley

Commons. El hedor de las instalaciones le repugnó igual que por la mañana. Tuvo otro *déjà vu* al encontrarse con la recepcionista, cuya cortesía había disminuido otro peldaño con la desaparición del día.

—Son más de las cinco —dijo la mujer con frialdad, sin apenas mirar la placa que Kay le presentaba—. Si no fuera policía, le tendría que pedir que volviera mañana, en horario de visita. —Marcó un número y luego habló por el auricular—: Es esa policía otra vez, para Shelley. Ajá, ya le he dicho que aquí nadie paga las horas extra. —Luego colgó e invitó a Kay a tomar asiento mientras esperaba, con un gesto severo de la mano y la frente arrugada.

Kay no obedeció. Las sillas alineadas a lo largo de las paredes de color amarillo apagado estaban sucias y desgastadas.

—Detective. —Kay oyó la voz de la enfermera. Se dio la vuelta y caminó enérgicamente en su dirección—. ¿O debería llamarla doctora? —La sonrisa torcida de la mujer estaba llena de desdén.

—Detective está bien —respondió Kay, siguiéndola a la misma habitación donde habían hablado antes con Shelley—. O doctora Sharp, si lo prefiere. —Luego miró a la mujer fijamente hasta que salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Shelley observaba a Kay con ojos inquisitivos, aún rojos por las lágrimas que había derramado. Kay se agachó frente a su silla de ruedas, como había hecho por la mañana, y tomó la mano de la mujer entre las suyas.

—Señora Harrelson, no sé cómo decirle esto…

—Sea lo que sea, debe ser grave, ya que ha conducido hasta aquí —susurró, con la voz llena de dolor—. Ya no tengo miedo, así que adelante, dígame. Ya no tengo nada que perder.

Llenando los pulmones de aire y tomando fuerzas, Kay eligió con cuidado sus palabras antes de dejarlas salir de sus labios.

—Me temo que hemos cometido un terrible error, y solo puedo esperar que pueda perdonarme. —Siguió dudando, sin saber cómo expresar lo que estaba a punto de decir—. Verá, la chica cuyo cuerpo encontramos en las cataratas del río Blackwater no era su hija.

—¿No era mi Rose? —preguntó la mujer, enarcando las cejas.

—No, no lo era. Por alguna razón, el ADN que teníamos archivado era erróneo…

—¿Eso significa que mi niña aún podría estar viva?

—Sí —dijo Kay, todavía sosteniendo la mano derecha de Shelley—. Eso es justo lo que significa. No tenemos ninguna información nueva

sobre Rose; todo esto ha sido un desafortunado caso de confusión de identidad, por lo que le pido que acepte nuestras más sinceras disculpas…

La mujer le apretó la mano con tanta fuerza que a Kay le pareció increíble, teniendo en cuenta lo frágil que era.

—Encuéntrela —suplicó, con la voz llena de lágrimas y una pizca de esperanza—. Encuentre a mi pequeña, por favor. Si alguien puede encontrarla, es usted.

—Le prometo que moveré cielo y tierra hasta que averigüe qué le pasó a su hija aquella noche de hace catorce años, y tal vez, si tenemos suerte de encontrarla con vida, se la traigamos de vuelta. —Se atragantó un poco al ver la intensa emoción de la mujer y se preguntó si no le estaría dando falsas esperanzas. Pero, de hecho, Rose podía seguir viva en alguna parte, y ella la encontraría. La llevaría a casa.

—Gracias, querida —respondió Shelley, con lágrimas cayendo por su rostro mientras una tímida sonrisa se dibujaba en sus labios—. Dígame, ¿quién era la chica que encontraron asesinada?

Kay vaciló, preguntándose si podía revelar la información, ya que aún no había avisado a los familiares de Alyssa. En ese caso concreto, parecía justificado que incumpliera la norma.

—Aún no se ha hecho público, pero la chica era Alyssa Caldwell.

La sangre se esfumó de las mejillas de Shelley, dejándolas de un tono gris cadavérico.

—¿La hija de Bill Caldwell? —preguntó con voz susurrante y las manos temblorosas.

—Sí, Alyssa era la hija de Bill Caldwell. ¿La conocía?

Shelley apartó la mano de Kay y se la llevó al pecho. Con dedos frágiles y temblorosos, agarró la tela de la bata y tiró con fuerza, como si se asfixiara. Se esforzó por llenar sus pulmones de aire y soltó un sollozo desgarrador.

—Oh, Dios… Oh, Dios… Todo este tiempo… Mi bebé… No, por favor, no…

Kay frunció el ceño al ver que la boca de la mujer, antes abierta por la agonía, se torcía y su pupila izquierda se dilataba.

—¿Conocía a Bill Caldwell? ¿Lo conoce? —preguntó Kay, mientras sacaba la linterna y comprobaba la reacción de las pupilas de Shelley.

—No… no… mi bebé… —gritó, con la voz cada vez más débil. Sus palabras cada vez eran menos inteligibles.

La linterna iluminó su ojo izquierdo, pero su pupila no se contrajo. Shelley Harrelson estaba teniendo otro ictus.

Kay corrió hacia la puerta y la abrió de par en par, para a continuación llamar a la enfermera; luego corrió de nuevo al lado de Shelley y marcó el número de los servicios de emergencias para pedir una ambulancia. Quitó una manta de la cama cercana y cubrió con ella a la mujer, antes de llevarla con la silla de ruedas hasta la entrada principal.

—¿Cuál es su tiempo estimado de llegada? —preguntó al teléfono, con el operador del 911 al otro lado de la línea—. Necesito esa ambulancia de inmediato o esta mujer morirá.

# CAPÍTULO TRECE

## Tocado

## Hace cinco días

Un dolor agudo le atravesó el tobillo. Kirsten seguía tumbada de lado, con la pierna derecha flexionada a la altura de la rodilla para poder mantener una mano fría y calmante sobre la articulación hinchada. No contó los minutos ni se preocupó por lo que estaba por venir. Permaneció tumbada, esperando paciente a que el agudo dolor se convirtiera en leves punzadas que remitieran despacio, mientras mantenía la vista fija en el cielo azul cristalino de la mañana californiana.

No hay nada como el azul del cielo despejado del Estado Dorado, sobre todo después de la lluvia. Hasta ese momento solo lo había visto por televisión y había anhelado presenciarlo con sus propios ojos alguna vez. Ese día por fin había llegado, y la encontró tirada en una zanja con un tobillo hinchado y sin ningún sitio al que ir más que de frente.

No iba a detenerse ahora ni a volver atrás para servir de bandeja desnuda para su padrastro y sus colegas. Aunque algo la matara, seguiría adelante. De algún modo llegaría a San Francisco y encontraría trabajo, cualquier cosa, no importaba si era demasiado humilde siempre que fuera un trabajo honrado. Viviría con lo mínimo y se valdría por sí misma en poco tiempo.

Moviéndose lentamente, se puso de rodillas al principio. Se agarró a un lado de la barandilla para apoyarse, se puso de pie sobre el pie izquierdo y luego probó a poner algo de peso sobre el derecho. Apretó los dientes y un desesperante suspiro se le escapó con un fuerte silbido cuando sintió que el dolor le subía por los huesos.

Se sentía mejor si apoyaba la mayor parte del peso en el talón; y ese sería su plan, al menos, por un tiempo. Luego, volvería a montar en otro vehículo y podría descansar la pierna un poco más. El dinero de

Hazel le había asegurado llegar a donde quería. Quizá algún día la buscase para devolverle su amabilidad de alguna manera.

Se subió despacio al guardarraíl, con cuidado de no volver a caerse, pues la grava suelta del arcén era traicionera y resbaladiza. Después, se apoyó en la barandilla y levantó la mano cada vez que se acercaba un vehículo.

Era media tarde cuando por fin un coche aminoró la velocidad, se detuvo y luego dio marcha atrás hacia ella, probablemente cuando el conductor se dio cuenta de que cojeaba y comprendió que iba a tardar una eternidad en llegar. El coche era lujoso, de una marca con la que no estaba familiarizada, y de un impresionante color azul grisáceo que brillaba bajo los tenues rayos del sol.

Con un billete de veinte dólares apretado en la palma de la mano sudorosa, se asomó al interior del coche a través de la ventanilla abierta del copiloto. Estaba dispuesta a pagar por el trayecto. Al volante, un hombre vestido de traje le sonrió amable.

—¿A dónde te diriges? —preguntó, con una sonrisa que dejaba ver dos hileras de dientes perfectamente blancos.

—A San Francisco —respondió ella—. Puedo pagar...

—Tonterías. Sube, vamos a dejar descansar a ese pie.

Su desconfianza se disparó. Ese hombre estaba acostumbrado a dar órdenes y a que la gente lo obedeciera; se notaba en su forma de hablar. ¿Sería un policía?

La idea le causó escalofríos al verse detenida y arrastrada de vuelta a casa, donde no la esperaba nada bueno. Pero no, ese hombre no era policía. Ningún policía que ella conociera podía permitirse ese coche, esa ropa o el fino aroma que llenaba el espacio que lo rodeaba.

Con una tímida sonrisa, agarró el tirador de la puerta y la abrió.

—Gracias —susurró, sintiéndose ahogada por alguna razón. No por miedo, sino por algo conocido, intenso, algo entre la excitación y el instinto de huir. Pero eso era ridículo. Ese hombre no era el conductor del camión de la noche anterior.

—¿Qué te ha pasado en el pie? —preguntó, con genuino interés y preocupación coloreando su voz.

Ella sonrió, le dirigió una breve mirada y luego apartó la vista. Tenía más de cuarenta años, tal vez incluso cincuenta, pero eso no parecía importar, no cuando ella lo miraba ni cuando él le sonreía. Era atractivo, con un elegante encanto de una fuerza poderosa y adormecedora, a pesar de su edad. Nunca había sentido eso en un

hombre, nunca.

—Resbalé con la gravilla del suelo. No es nada.

—De acuerdo. —Su sonrisa se amplió—. Si tú lo dices.

—¿Vas hacia San Francisco? —preguntó ella, desconociendo el tipo de emoción que estrangulaba su garganta seca con un puño enguantado de hierro.

—Sí, voy hacia allí. —Él mantuvo los ojos en la carretera y apenas la miró, pero ella pudo sentir la sonrisa que acompañaba a su voz—. Gracias por hacerme compañía. Estos viajes pueden volverse aburridos muy rápido.

No se le ocurrió nada que decir, así que se quedó callada, odiándose por parecer tonta y muda al mismo tiempo. Mantuvo los ojos clavados en la inmaculada alfombrilla que cubría el suelo del coche y en el contacto que hacía con sus zapatillas manchadas de barro. Temía que se enfadara cuando viera el desastre... Pero quizá no le importara. Lo que sí importaba era que pronto llegaría a San Francisco, donde podría empezar su nueva vida.

Cuando se atrevió a mirar a su alrededor, empezó a fijarse en algunos detalles del conductor. Su traje, color carbón, parecía nuevo. El brillo del cuello y los puños de su camisa, como el satén. Los gemelos, grabados con un monograma. El lustre de sus zapatos de cuero negro, impecable, como si nunca jamás hubiera llovido en su mundo.

—Escucha —le dijo, lanzándole una breve mirada—. Iba a pasar por casa de todos modos para dejar algo. ¿Te importa si nos desviamos un poco?

El corazón le dio un vuelco. Aterrorizada, juntó las manos, estrujándolas sin darse cuenta. ¿Podía negarse y arriesgarse a enfurecer al hombre y perder su viaje? Pronto anochecería, y eso significaba pasar otra velada en el bosque, en completa oscuridad, calada hasta los huesos por la niebla que se pegaba a su ropa y la helaba hasta la médula. Pero ¿ir a casa de ese extraño? Cada célula de su cuerpo le gritaba que no lo hiciera, a pesar de que una pizca de excitación la empujaba a dar el salto. Probablemente no volvería a conocer a nadie como él.

Mirándola y leyéndola como si fuera un libro abierto, añadió:

—Podríamos comer algo rápido, y estoy seguro de que podrías coger prestada ropa seca del armario de mi mujer. No le importará, lo prometo.

Soltó un suspiro cuando lo oyó mencionar a su mujer, pero seguía sin estar segura de poder confiar en él. Vivir rodeada de su padrastro estafador y sus amigos le había enseñado a no creerse ni una palabra. Un ángel de los cielos podría intentar ayudarla, y ella lo trataría con recelo. Eso era lo que la vida le había enseñado hasta ahora, y aún no tenía ni quince años.

—Eeeh, no estoy segura —murmuró, un susurro de disculpa fue lo único que le salió.

Él tomó la siguiente salida reduciendo la velocidad. Kirsten se tensó en el asiento y la sangre se le heló. ¿Se la iba a llevar a su casa?

Se detuvo en el arcén y encendió los intermitentes.

—Este es el camino a mi casa, pero, si dices que no, iremos directos a San Francisco. Prometí que te llevaría allí, y soy un hombre de palabra.

La miró con fijeza, la amabilidad de su rostro parecía real y su encanto, irresistible.

—De acuerdo —dijo, sintiéndose inesperadamente aliviada al pronunciar las palabras.

—De acuerdo —repitió él, y arrancó—. No está lejos, serán solo unos minutos.

A cada kilómetro que se acercaban a su casa, su tensión crecía, sus instintos gritaban. ¿Qué pensaría su mujer cuando lo viera llegar con una adolescente a casa? Probablemente querría matarla allí mismo. Si ella fuera la mujer de ese hombre, no vería con buenos ojos que trajera extraviados a casa, y menos aún rubias jóvenes, delgadas y adolescentes.

Cuando al fin se detuvo en el camino de entrada de una granja, tenía el corazón en la garganta y le palpitaba con fuerza en los oídos. El hombre apagó el motor, salió del coche, fue a la puerta del copiloto y le tendió una mano para ayudarla a salir sin cargar demasiado peso en el pie.

El tacto de su piel era eléctrico, y Kirsten sintió escalofríos y se le hinchó el pecho al mismo tiempo que se le helaba la sangre. Sin palabras de nuevo, lo siguió hasta la casa.

Todo estaba oscuro; no había ni una sola ventana iluminada. La luz del porche estaba apagada y los focos de seguridad del garaje no se encendieron cuando se acercaron. El número de la casa, 1301, colgaba torcido junto a la puerta; sus dígitos de metal pulido estaban tan oxidados como los clavos que sujetaban la placa de madera.

Abrió la puerta y encendió las luces sin tocar el interruptor de la pared, utilizando algo que emitió un pitido casi inaudible.

La casa era antigua y estaba amueblada con piezas desgastadas que parecían haber sido caras y elegantes hacía, al menos, treinta años. Era como si hubiera entrado en una cápsula del tiempo, sin rastro de nada moderno a la vista. Incluso el televisor era una antigüedad, un viejo trasto cubierto de una fina capa de polvo.

La cocina era blanca y el comedor, sencillo, de roble barnizado. Todo el espacio estaba decorado con elementos rústicos, cuadros escoceses, volantes y gallos de cobre martillado que daban a la casa un aire hogareño a pesar del olor a aire viciado, un poco rancio y demasiado frío.

Su mujer no estaba a la vista. Ella probablemente habría ajustado el termostato, aumentando el calor y haciendo que el aire fuera más seco dentro la casa. Y también habría quitado el polvo al viejo televisor o, lo que es más probable, le habría dicho a su marido que comprara uno nuevo, plano, de sesenta pulgadas.

Pero ella no estaba allí.

Sin saber si debía sentirse preocupada o aliviada, Kirsten entró vacilante en la casa y tomó asiento en una silla que el hombre le tendió, junto a la mesa del comedor.

Él se quitó la chaqueta, abrió la nevera y sacó comida, que colocó delante de ella. Puso platos y cubiertos y le ofreció embutidos y quesos mientras calentaba en el microondas unos panecillos que había sacado del congelador.

—Si quieres una comida caliente, puedo...

—Oh, no, gracias —respondió ella, sintiendo que sus mejillas se encendían—. Esto es perfecto.

Engulló unas lonchas de queso y aprovechó que el hombre le daba la espalda para tragar con rapidez y coger un poco más, antes de que él pudiera darse cuenta de lo hambrienta que estaba. Los panecillos calientes olían de maravilla cuando los sacó del microondas, y a ella se le hizo la boca agua enseguida.

Cortó uno por la mitad, lo untó con mantequilla por ambos lados y se lo puso en el plato. Sonrió, con una mirada de ternura intensa e inquietante. Ella no era la hija, la amante, la hermana o la mujer de ese hombre. Y él era un completo desconocido, pero parecía haberlo olvidado.

Le puso una loncha de jamón en uno de los panecillos cortados por

la mitad, luego añadió un par de trozos de queso suizo y un chorrito de mayonesa. Estaba delicioso. Se obligó a comportarse como una adulta educada y masticó despacio con la boca cerrada.

Cuando terminó, él recogió todo y dejó los platos en el fregadero. Luego fue a uno de los dormitorios y volvió con una camisa de mujer y unos pantalones.

—Creo que estos te quedarán bien —dijo, ofreciéndoselos.

Ella los cogió y se los colocó contra su cuerpo. Sí, le vendrían bien. Su mujer debía saber muy bien cómo mantener la figura esbelta. A pesar de todo, había algo muy desconcertante en él; la ropa, el aire viciado de aquella casa, todo desentonaba con su encanto.

—Gracias —dijo, con una voz más temblorosa y temerosa de lo que deseaba—. ¿Cuándo nos vamos?

—En unos minutos —respondió, sin molestarse en mirar el reloj—. Solo hay unas tres horas hasta San Francisco; tenemos tiempo. —Se quedó de pie, mirándola con una extraña expresión en los ojos—. ¿Te gustaría darte una ducha antes de irnos? Puedo esperar —le ofreció—. Puedo hacer café para el camino.

Con la ropa en las manos, ella vaciló. La idea de una ducha caliente tras el calvario de la noche anterior era tentadora. No sabía cuándo tendría la oportunidad de volver a lavarse, probablemente sería en demasiado tiempo.

Él tomó asiento, se giró de lado para observarla, como diciéndole que tenía tiempo y que le dejaría espacio para ducharse tranquila.

Ella se dirigió hacia el baño y abrió la puerta. La luz ya estaba encendida en el interior. El mismo olor a humedad llenaba el aire frío. Se frotó las manos contra los brazos para entrar en calor.

—Oh, lo siento mucho —dijo él, que se levantó de un salto y encendió el termostato. En cuestión de segundos, el olor a polvo quemado llenó sus fosas nasales, transportado por chorros de aire caliente que salían de las rejillas de ventilación del suelo—. No me había dado cuenta.

Ella sonrió avergonzada.

—No pasa nada. —Entró en el cuarto de baño, cada vez menos acogedor a medida que observaba sus baldosas agrietadas y sus grifos de cobre manchados de verde, pero sabiendo que pronto se volvería apetecible en cuanto el aire se calentase y desapareciera el olor a humedad. Cuando el agua caliente le cayera por el cuerpo, lavando el frío de sus huesos.

Se dio la vuelta para cerrar la puerta y se quedó helada cuando lo encontró allí de pie, con una intensa mirada en los ojos.

Acarició su largo cabello rubio con dedos suaves, recorriendo con las yemas la longitud de un mechón, sintiendo su textura. Eso le produjo escalofríos, le heló la sangre, le erizó la piel.

—Dime, querida —preguntó con voz ronca—. ¿Te han tocado alguna vez?

# CAPÍTULO CATORCE

## Nuevo caso

Kilómetro tras kilómetro, la carretera de vuelta a Mount Chester era un tramo recto de asfalto, cuyas marcas reflejaban los faros del coche, pero la mente de Kay seguía estando en la habitación de Glen Valley Commons, con Shelley, cuando sufrió el ictus.

Repasó los acontecimientos una y otra vez, las reacciones de la mujer no tenían ningún sentido. Nada en la desaparición de Rose tenía sentido, y ahora la reacción de su madre ante el hecho de que su hija pudiera seguir viva había quedado superada por la noticia de la muerte de Alyssa Caldwell.

¿Por qué le importaba tanto a Shelley que le había provocado otro ictus, esta vez potencialmente mortal? ¿Quién era Alyssa Caldwell para ella?

Kay recordó haberle preguntado si conocía a Bill Caldwell; en realidad, se lo había preguntado dos veces, y la respuesta había sido «no» en ambas ocasiones. Pero ¿de verdad le había contestado eso? Quizá Shelley no había respondido «no» a su pregunta; quizá sus palabras habían sido una súplica desesperada que no iba dirigida a Kay, sino a Dios o a la vida misma. Fuera cual fuese la verdad, Shelley la había encerrado en lo más profundo de su mente, y era probable que nunca volviera a hablar de ella.

Cuando los sanitarios subieron su frágil cuerpo a la ambulancia, sus constantes vitales eran tan débiles que no aseguraron que pudiera sobrevivir al trayecto hasta el hospital. Kay condujo delante de ellos con las luces intermitentes encendidas, abriéndoles paso, y cuando llevaron a Shelley al quirófano, su corazón aún latía. Apenas.

Kay dejó a Shelley en manos del equipo de urgencias y anotó el nombre y los datos de contacto del médico para hacer un seguimiento más adelante, a pesar del sombrío pronóstico.

Luego regresó a Mount Chester, con la intención de hacer una visita a Bill Caldwell y notificarle oficialmente que su hija había fallecido;

en el supuesto caso de que no lo supiera ya, teniendo en cuenta el error mediático con la identidad de Rose Harrelson. Los medios de comunicación y las cadenas de televisión locales ya habían difundido la foto de la víctima, aunque con el nombre de Rose, y no habían podido detener el aluvión de comentarios y preguntas desencadenado por la identificación errónea, a pesar de la intervención del sheriff y del juez local.

Impaciente, comprobó en su GPS la hora estimada de llegada a la residencia de los Caldwell y se tragó su frustración. De repente, sus pensamientos volvieron a Shelley y a su extraña reacción. Se había emocionado al saber que no habían matado a su hija. Pero parecía como si hubiera algo más, y Kay desconocía qué era, por mucho que reprodujera la conversación mentalmente.

Una llamada interrumpió sus cavilaciones. Al reconocer el nombre en la pantalla, sus ojos se abrieron de par en par, pero sonrió mientras respondía.

—Greg, qué alegría. —Su sonrisa persistió, preguntándose por qué su antiguo agente supervisor del FBI la llamaba un par de meses después de haberse marchado.

—Lo mismo digo —respondió, sonando relajado—. Debería haberte llamado antes. ¿Cómo van las cosas en Mount Chester?

—Mmm, rurales —respondió ella riendo—, pero no hay ningún sitio como el hogar. Echo de menos la oficina, el equipo, pero estoy feliz de pasar tiempo con mi hermano.

—Eso está bien —respondió el agente.

—Y trabajo como policía, ¿puedes creerlo? —añadió, con una amplia sonrisa acompañando a su voz—. Soy detective y estoy a punto de hacer el examen para teniente.

—Entonces, ¿te vas a quedar allí? —preguntó, la alegría en su voz había desaparecido.

Kay hizo una pausa y respiró.

—Por ahora, sí —acabó diciendo—. Pero no será para siempre, lo prometo. Volveré.

—De acuerdo. Que sepas que te tomo la palabra.

—Trato hecho —respondió ella—. ¿Cómo están todos? Diles que los echo mucho de menos.

—Pásate un día, Kay, no eres una extraña.

—Entendido, jefe —respondió ella, llamándole como solía hacerlo, sabiendo que le haría curvar el labio antes de volver a reír.

—Hasta entonces, me preguntaba si podrías hacerme un favor.

—Claro, dime.

—Nos ha llegado un caso, algo de tu jurisdicción, detective. —Hizo una pausa y ella oyó un ruido de papeles sobre el escritorio. Podía visualizarlo, hablando con ella por el manos libres mientras revisaba el expediente del caso guardado en un archivador—. Es un caso de abuso doméstico.

—¿Y por qué es federal? —preguntó. Eso casi nunca ocurría. De hecho, no recordaba ninguna ocasión en la que hubieran estado implicados en casos de violencia doméstica, por graves que fueran.

—Es por quién es el supuesto cónyuge maltratador. Un policía de tu nuevo equipo.

—¿Qué? ¿De verdad? No se me ocurre nadie que... —Se detuvo a mitad de la frase, recordando que nunca se conoce de verdad a nadie, e incluso los perfiladores perspicaces como ella podían ser engañados para que creyeran una mentira, una fachada cuidadosamente construida. Sobre todo si no estaban prestando mucha atención.

—Sí, así es —respondió el agente Strickland. Había trabajado con ella desde el día en que se incorporó a la oficina regional como novata y le había enseñado a pensar, a no sacar conclusiones precipitadas—. La mujer afirma que denunció los abusos varias veces, todo para que al final la denuncia quedara enterrada y el marido se enterase de la acusación.

—Eso es terrible —dijo Kay, imaginando lo horrible que debía ser —. Pero ¿ella está...?

—Ella sigue allí, en la ciudad, y nos suplicó que no siguiéramos los procedimientos habituales, porque él se enteraría. La última vez, la mandó al hospital con un pómulo roto y cuatro costillas fracturadas.

—Lo investigaré —dijo—. Necesitaré acceso temporal a los sistemas del FBI. Si es así, no puedo investigarlo en el portátil de la oficina.

—Considéralo hecho. Se llama Nicole Scott, y está casada con el agente Herbert Scott.

—Lo conozco. Todos le llaman Herb. —El tipo tenía un punto de crueldad, algo que ella había visto manifestarse en detenciones más duras de lo necesario e interrogatorios brutales, pero nada tan extremo como para justificar una acción por su parte. Había supuesto que el sheriff habría hablado con él sobre el tema, pero ahora se encontraba dudando de esa suposición. A Herb le encantaba pasar el rato y beber con los demás policías en el bar del pueblo, y le gustaba

machacarse en el gimnasio en cuanto tenía ocasión; sus bíceps casi caricaturescos daban fe de ello.

—Sí, me encaja perfectamente.

—Infórmame solo a mí, y no lo hables con nadie de tu nuevo equipo. Mantengamos esto con la mayor discreción. No creo que Nicole pueda sobrevivir a otro ataque de ira de su marido.

Kay se quedó callada mientras esbozaba en su mente un plan de ataque.

—Estas cosas pueden ponerse difíciles —acabó diciendo—. Te avisaré si necesito algo.

El agente le deseó buena suerte y colgó, dejando que el silencio reinara en su espacio, que volvieran los fantasmas no deseados de su pasado. Su difunto padre, borracho y fuera de sí, golpeando a su madre. Gritos de dolor desgarrando el aire lleno de tensión de su casa. Su propia impotencia al ver que eso ocurría día tras día. Se le partía el corazón cuando limpiaba las heridas de su madre, preguntándose por qué nadie los ayudaba. Alguien debió oír alguna vez los gritos de su madre, los bramidos de su padre, los golpes, los insultos y los sollozos.

Se secó una lágrima con el dorso de la mano. Quizá nadie había ayudado a su madre, pero Nicole Scott ya no estaba sola. La historia no se repetiría, y Herb Scott pronto pagaría caro cada magulladura y cada costilla rota.

Deseaba tener a Elliot a su lado para compartir lo que sentía tanto como se atreviera, pero él no estaba, y de pronto se dio cuenta de que lo echaba de menos. Frunció el ceño cuando ese pensamiento pasó por su mente; él era su compañero, nada más. Las emociones no tenían cabida. Pero, aun así, habría agradecido su aportación en el nuevo caso, y se sintió tentada a saltarse un poco la orden de confidencialidad absoluta de Greg. Confiaba ciegamente en Elliot; habría apostado su carrera a la bondad sincera de su gran corazón tejano.

Saliendo de la autopista, Kay se dirigió hacia Granjas Caldwell. La entrada a la propiedad estaba cerca de la autopista, justo al lado de la vía de servicio, pero no perdió de vista el GPS para asegurarse de no que no se equivocaba de camino y retrasaba aún más su llegada. Quería que la notificación de la muerte terminara de una vez para poder hacerle a Caldwell la pregunta que seguía rondando su cabeza. ¿Por qué Shelley había sufrido un ictus cuando se enteró de la muerte de Alyssa? Cuando creyó que su propia hija, Rose, era la víctima, se le

rompió el corazón, pero no tuvo esa reacción extrema. Quizá no era nada... Quizá era solo el efecto del estrés reciente y las noticias devastadoras, que se habían acumulado y habían provocado el ataque.

Giró en el amplio y bien iluminado camino de entrada de Caldwell, aún sumida en sus pensamientos, completamente ajena al hecho de que un todoterreno que la seguía de cerca desde que había salido del hospital de Redding se había detenido a un lado de la carretera, detrás de unos arbustos, apagando las luces.

La ventanilla del todoterreno bajó en silencio y el hombre que iba al volante encendió un cigarrillo, ahuecando la llama del mechero en la mano. Inhaló profundamente y retuvo el aire un momento. Luego exhaló, murmurando entre una nube de humo:

—Esto no me gusta. No me gusta nada.

# CAPÍTULO QUINCE

## Padre

La residencia Caldwell era más grande de lo que había previsto. Se había añadido una nueva ala a la casa original, en un ángulo de noventa grados y con un estilo y diseño que hacían juego; la estructura resultante era armoniosa, aunque visiblemente cada parte servía para fines distintos. La casa de estilo *craftsman* dio la bienvenida a Kay con luces y apliques amarillentos en el porche y un revestimiento de color cálido en el segundo nivel que contrastaba muy bien con el tejado de tejas oscuras. En el amplio porche delantero, las lámparas de araña iluminan la mesa del patio y el salón. La sección derecha tenía menos accesorios, parecía más fría, menos hospitalaria.

Los Caldwell poseían la granja más grande del condado, y era una de las más extensas de todo el estado. Kay había leído una breve historia de su negocio antes de bajarse del coche: había pertenecido a la familia durante tres generaciones, pero solo la última había hecho crecer el negocio hasta su tamaño actual. El primer William Caldwell, padre de Bill, había adquirido más y más tierras a medida que crecía su negocio, con la ambición de convertir la granja que había heredado en lo que ya era cuando falleció, el pasado abril.

Kay optó por caminar hasta la entrada más cercana y llamó al timbre. En cuestión de segundos, una mujer de mediana edad vestida con un uniforme muy bien almidonado abrió la puerta y miró con desaprobación y desconfianza la placa de la detective.

—Todas las visitas de negocios tienen que utilizar aquella entrada —dijo con frialdad, señalando con un dedo severo hacia la otra sección de la casa.

—No vengo por negocios —respondió—. Necesito hablar con el señor Caldwell inmediatamente. —Hizo una pausa esperando a que la mujer accediera, pero en lugar de ello comenzó a escanearla con la mirada, insolente, de la cabeza a los pies, como si quisiera probar su valía antes de anunciar la llegada de la inoportuna policía a sus jefes

—. Si le parece bien —añadió Kay, con un deje de sarcasmo en la voz.

—¿Tiene cita? —preguntó la empleada sin pestañear.

Kay levantó las manos, exasperada, y luego las dejó caer.

—Se trata de un asunto policial urgente. ¿Preferiría que volviera en unos diez minutos con una docena de agentes y órdenes de arresto para todas y cada una de las personas de esta casa?

La mujer vaciló, irritada. Después se apartó a un lado de la puerta e invitó a Kay a entrar sin decir palabra ni hacer otro gesto que no fuera mantener el labio superior rígido. Cerró la puerta tras de sí, antes de demandar a Kay, con un tono de voz helado, que la siguiera.

El ama de llaves la guio escaleras arriba, y sus pasos fueron absorbidos por la gruesa moqueta burdeos. Kay se fijó en la decoración, que hablaba de los logros generacionales de la familia. En las paredes del salón principal colgaban retratos descoloridos, algunos centenarios, a juzgar por los peinados y el atuendo.

Una vez arriba, la mujer llamó dos veces a una puerta, la abrió y anunció a Kay.

—Ha venido una detective y exige verlo. Dice que es urgente.

Caldwell debió asentir o expresar en silencio su aprobación, porque el ama de llaves permitió que Kay entrara y cerró la puerta en cuanto esta entró.

Kay se encontró en un gran despacho, profusamente decorado con muebles clásicos, un enorme escritorio junto a la ventana y estanterías en las paredes. Bill Caldwell estaba sentado detrás de la mesa de caoba, con la camisa blanca desabrochada, la corbata floja y las mangas remangadas. Sostenía en una mano unas hojas de papel llenas de una fina letra, desplegadas en abanico como si buscara algo en ellas. Cuando Kay se acercó, él las dejó sobre la brillante superficie del escritorio y se levantó en un gesto de cortesía.

También se encontraba ahí una anciana, que se sentó en una silla frente al escritorio, con las piernas delgadas cruzadas por los tobillos y una expresión de fastidio por la interrupción. Sin embargo, tuvo la clase suficiente para mostrar una leve sonrisa a Kay. Llevaba un jersey negro de cuello alto con un colgante de tres vueltas de perlas y pendientes a juego. Completaban su atuendo unos pantalones negros y unos zapatos también negros de tacón bajo, uno de los cuales golpeaba nerviosamente la alfombra oriental.

—Pase, detective —dijo Bill, de pie, con las manos apoyadas en las caderas—. ¿Qué puedo hacer por usted? Como puede ver, estoy en

mitad de una reunión.

—¿Su mujer está disponible para acompañarnos en esta conversación, señor Caldwell? —preguntó Kay.

Caldwell frunció el ceño y apoyó las palmas de las manos en el escritorio, inclinándose hacia delante sobre ellas.

—Mi mujer lleva años sin estar disponible. Tiene esclerosis múltiple. —Se detuvo un momento y miró a la mujer que permanecía al otro lado del escritorio—. Terminal.

—Oh, lo siento...

—Suéltelo ya de una vez —la invitó la anciana con un gesto impaciente de la mano.

—¿Y quién es usted, si se puede saber?

La mujer se burló y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Esta es mi madre, Carole Burgess Caldwell —especificó Bill—. Lo que tenga que decir puede hacerlo en su presencia.

Kay respiró hondo, calmando los nervios antes de abordar el emotivo tema. Esperaba encontrar a la familia afligida por la pérdida de Alyssa, esperaba haber tenido noticias del alcalde, del gobernador o de alguien en una posición de poder sobre su metedura de pata al no habérselo notificado a la familia antes de que la identidad de la víctima se diera a conocer a los medios de comunicación. Esperaba cualquier otra cosa menos eso, estar interrumpiendo una reunión rutinaria de negocios entre madre e hijo.

—Se trata de su hija, Alyssa —dijo Kay, observando sus reacciones. Ninguno de los dos Caldwell mostró emoción alguna—. ¿Cuándo fue la última vez que la vieron?

Los dos Caldwell se miraron un instante.

—Ayer por la mañana —contestó Bill, con la incertidumbre marcando su voz—. Anoche llegué tarde a casa —añadió, pasándose rápidamente la mano por la punta de la nariz, como si le picara, lo que delataba una mentira—. No quise despertarla.

—¿Y esta mañana?

—Anoche estuve de viaje y me quedé dormido; me he despertado hace una hora. No le di mucha importancia cuando vi que no me acompañaba a comer. —Esa vez no hubo otros signos de engaño que Kay pudiera notar. Pero ¿qué ocultaba? ¿Se arrepentía de no haber comprobado cómo estaba Alyssa cuando volvió del viaje? Su conducta era abierta, relajada, no lo que ella esperaría ver de un hombre que esconde cualquier tipo de implicación en la muerte de su hija.

Kay inspiró, preparándose para lo que se avecinaba, lista para notar cualquier comportamiento inusual.

—Me temo que tengo malas noticias. Su hija fue asesinada ayer.

La sangre abandonó el rostro de Bill Caldwell, volviéndolo de un gris enfermizo, mientras se dejaba caer en su silla. Nadie podría fingir eso. Fuera lo que fuera lo que ocultaba, no tenía nada que ver con Alyssa. Quizá estaba preocupado por algo que hacía que su madre estuviera en la habitación.

—Oh, Dios, no —susurró Carole Caldwell, sollozando, y escondió la cara entre las manos. Le pesaban los hombros, pero se controló y lloró en silencio.

—¿Está usted segura? —preguntó Bill, levantándose con tanta fuerza que empujó la silla hacia atrás. Esta rodó hasta chocar con la pared y rebotó unos centímetros—. Quiero verla. —Y apretó los puños —. Quiero ver a mi hija.

—Estamos bastante seguros —respondió Kay con cautela, ignorando su petición—. Hubo un problema con la identificación, como habrán visto en las noticias.

—No hemos visto nada —respondió Bill, lleno de rabia. Parecía que controlar el dolor era agotador para el devastado padre—. ¿De qué está hablando?

Kay dudó, sabiendo que estaba a punto de empeorar las cosas para los Caldwell.

—La víctima fue identificada originalmente a partir del ADN encontrado en un expediente de una persona desaparecida hace catorce años. Parece que ha habido cierta confusión. Creemos que la muestra de ADN se había archivado por error con otro nombre. —Bill se quedó boquiabierto, con el ceño fruncido y los ojos fijos en algún lugar detrás de Kay, intentando comprender lo que ella había dicho—. ¿Alguna vez se ha denunciado la desaparición de Alyssa?

—No —susurró.

—¿Había alguna razón para que la policía tuviera su ADN fichado? —preguntó, dándose cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Las respuestas que el padre le diera podrían tener la clave de la desaparición de Rose Harrelson.

—Mmm, no —respondió, aparentemente perdido en sus pensamientos plagados de dolor—. Mi hermana le hizo una de esas pruebas de ascendencia y envió su ADN, pero no estoy seguro de cómo…

—¿Con qué nombre había sido identificada antes? —preguntó la señora Caldwell, presionándose los ojos y la nariz con un pañuelo. Aparte de esos ojos rojos e hinchados que aún brillaban, no había rastro de la crisis anterior. Se colocó el pelo con las manos, para asegurarse de que cada mechón estaba en su sitio, y luego se arregló la ropa como si se estuviera preparando para una sesión de fotos en alguna revista. La mujer estaba hecha de acero, pero la angustia que Kay había presenciado antes era real.

—Rose Harrelson —respondió Kay, y contuvo su siguiente pregunta al ver cómo Carole lanzaba a Bill una mirada extraña, persistente e inquisitiva.

Bill evitó el escrutinio de su madre y tocó el botón con la luz parpadeante que haría sonar el buzón de voz de su teléfono de escritorio.

—El ama de llaves dijo que los teléfonos estuvieron sonando toda la mañana —susurró—. El personal de la casa debía saberlo... Toda esa gente lo sabía... Todos sabían que mi hija estaba muerta, menos yo. —Cerró los ojos y respiró, luchando visiblemente por mantener la compostura—. ¿Puedo ver una foto?

Kay enarcó las cejas.

—¿De Alyssa? ¿De su cuerpo?

—Sí —respondió él, enfadado—. Después de que ustedes la hayan cagado tanto, ¿no cree que tengo derecho a verla?

Sus labios, apretados en una línea, mantuvieron su reacción bajo control, porque los Caldwell no tenían la culpa del error. Las fuerzas del orden eran las responsables; ella era la representante de dichas fuerzas en la residencia Caldwell en ese momento, y debía asumir el error y aguantar lo que decidieran decirle. Al fin y al cabo, eran un padre y una abuela desconsolados, con todo el derecho a enfadarse y hacer preguntas.

Sacó su teléfono y buscó en algunas de las fotos de la escena del crimen hasta que encontró una que no mostraba el enorme tajo en la garganta de Alyssa.

—Señor Caldwell, ¿es esta su hija? —preguntó, mientras le mostraba el teléfono a Bill.

El padre rompió a llorar, con la cara enrojecida.

—Oh, no, mi preciosa niña —gimoteó, y se tapó la boca con las manos como si quisiera contener los sollozos.

Sin decir palabra, la abuela le acercó una caja de pañuelos por la

superficie lacada del escritorio.

—¿Cómo murió? —preguntó la señora Caldwell. Sus ojos se habían secado y la breve mirada que le dedicó no reveló nada de su agonía.

—Fue rápido e indoloro, se lo aseguro —respondió Kay con voz suave.

La mujer se secó una lágrima rebelde que brotaba de uno de sus ojos.

—Debe creer que soy una floja, detective, pero le estoy pidiendo detalles. ¿Le dispararon? ¿La apuñalaron?

Kay no podía creer la insensibilidad de la mujer. Mientras su hijo luchaba por contener su dolor, ella no mostraba ni rastro de empatía. No lo había abrazado, como suele hacer la gente cuando se dan noticias devastadoras a los miembros de la familia; es instinto humano aferrarse a los demás cuando llegan tiempos difíciles.

La señora Caldwell no tenía ese instinto, y su hijo tampoco. Ambos habían permanecido en sus respectivos lados del enorme escritorio de caoba, como mundos apartados en lugar de unidos por la pena que compartían.

—La causa oficial de la muerte es desangramiento debido a la rotura de las carótidas —contestó ella, mirando a Bill, y se preguntó cómo se estaría tomando el enfoque frío y objetivo de su madre sobre el fallecimiento de su hija.

La señora Caldwell seguía con los ojos clavados en ella, esperando más.

—La degollaron —añadió, y exhaló, volviendo su atención a Bill—. Señor Caldwell, si puede, necesitamos que vaya a la oficina del forense mañana por la mañana, para identificar formalmente el cuerpo.

Bill abrió los ojos y asintió.

—¿Tienen ya a algún sospechoso? —Su voz grave y contenida era amenazadora, cargada de ira como un barril de pólvora a punto de estallar a la menor chispa.

Kay cambió el peso de una pierna a la otra, incómoda con la respuesta que estaba a punto de dar.

—Estamos investigando —respondió, con un tono pausado y profesional, tranquilizador—. Su cuerpo fue encontrado ayer, no hemos tenido mucho tiempo...

—Porque no acertaron con su identidad, ¿no? —espetó el padre—. Perdieron el tiempo mientras el asesino de Alyssa anda libre. ¿Tienen,

al menos, alguna pista?

—No, de momento no —respondió ella, lamentando al instante no haberle informado de que la policía no tiene libertad para hablar de los detalles de una investigación en curso.

Bill rodeó el escritorio y se detuvo a un par de metros delante de ella. Kay necesitó toda su fuerza de voluntad para no dar un paso atrás, sabiendo que la gente como los Caldwell leía el significado de cada gesto, y que todas sus interpretaciones tenían que ver con el poder y la debilidad, el estatus y la confianza, y la oportunidad de ejercer presión y salirse con la suya.

—Entonces, déjeme indicarle la dirección correcta —dijo con un tono oscuro y amenazador en la voz.

Su madre se levantó de un salto y lo agarró del brazo.

—¡William Earnest Caldwell, estás fuera de lugar!

Bill ignoró a su madre, manteniendo los ojos clavados en Kay.

—¿Por qué no empieza por investigar a mi hermana? —preguntó con indiferencia, el cambio en su voz fue tan inesperado como sus palabras—. Y después puede continuar con mi madre, ella le podrá explicar los motivos que tienen mi hermana y su hijo bastardo. La mantendrán entretenida hasta que yo vuelva.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

## Atrapada

### Hace cinco días

A Kirsten se le cortó la respiración, pero se las arregló para sonreír y cerrar la puerta del baño. Quizá se había confundido. Su presencia no le producía ninguna sensación de asco; bueno, tal vez solo un poco, porque parecía muy interesado en su bienestar.

Pero ¿en realidad le había hecho algo malo? Sus palabras aún resonaban en su mente. «¿Te han tocado alguna vez?». Su extraña pregunta podría haber sido sobre otra cosa, ¿estaba preocupado por si había sido asaltada, tal vez? Cerró los ojos, repitiendo de nuevo el momento en su mente mientras su instinto le decía a gritos que saliera corriendo de allí.

Ella quería que fuera un hombre amable y carismático que se interesara de verdad por ella, alguien en quien pudiera confiar. Y de verdad deseaba que así fuera, pero, si algo le había enseñado la convivencia con su padrastro y sus compinches, era que el mundo estaba lleno de asquerosos y que su intuición nunca mentía.

Contuvo la respiración y pegó la oreja a la puerta, escuchando atentamente. No oyó ningún ruido, ni el más leve murmullo, era como si estuviera sola en la casa. Algo aliviada, empezó a mirar a su alrededor en busca de una salida.

Encima de la bañera había una ventana corredera con cristal opaco, lo bastante grande para que cupiera por ella su delgado cuerpo. La granja no estaba lejos de la autopista. En diez o quince minutos de carrera por los campos estaría a salvo.

Giró el grifo del lavabo para dejar correr el agua. Ese sonido serenaría cualquier sospecha del hombre y acallaría cualquier ruido que ella pudiera hacer. Después, pensando que el agua corriente no era lo bastante ruidosa, tiró de la cadena y se metió en la bañera. Estirándose un poco, pudo alcanzar la cerradura de la ventana y

empujarla para abrirla. Luego, agarrando los bordes, tiró de ella hacia la izquierda y la abrió al máximo.

Al principio no vio los barrotes de seguridad. Fuera estaba casi totalmente oscuro, y el hierro forjado de un centímetro se camuflaba contra el cielo nocturno. Ignorando el ardor de las lágrimas, se agarró a los barrotes con ambas manos y empujó hacia fuera con toda la fuerza que podía, gimiendo por el esfuerzo.

No se movieron.

No había salida.

Sin aliento, cerró la ventana y echó el cerrojo, dejándola tal como la había encontrado. Luego se sentó en el borde de la bañera durante un rato, perdida en una pesadilla de la que no podía despertar.

Sopesó sus opciones intentando averiguar qué hacer. ¿De verdad ese hombre iba a hacerle daño? ¿O iba a cumplir con lo que había dicho y la llevaría a San Francisco? Aún temblando, decidió que la mejor opción era una ducha, aunque se sentía vulnerable al quitarse la ropa, incluso con la puerta cerrada entre ellos. ¿Quién le podía asegurar que no derribaría la puerta en cualquier momento?

Dejó que su ropa cayera al suelo, se metió en la bañera y abrió el grifo, ajustando el agua a la temperatura más alta que podía soportar. Aun así, no podía dejar de temblar, como si el miedo se hubiera aliado con la fría lluvia de la noche anterior, conquistando su cuerpo y decidiendo no marcharse jamás.

Se lavó el pelo con champú, poniendo especial cuidado en que la espuma no le entrara en los ojos para poder mantenerlos bien abiertos. ¿Y si era un poco raro, un poco espeluznante, pero un buen tipo? ¿Y si era alguien a quien le excitaba su juventud y quería pasar tiempo con ella? ¿Quizá engañar a su mujer con ella? Incluso eso, ella lo entendería. Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios, pero enseguida se marchitó y se convirtió en una mueca de miedo. Era guapo, rico, poderoso y se comportaba con elegancia, como ella solo había visto en las películas, pero las cosas rara vez salían así y ella había aprendido que las apariencias engañaban. Estaría mejor a kilómetros de distancia de aquel hombre; a pesar de su aspecto tranquilizador, su instinto le enviaba todo tipo de señales, sembrando el pánico en su cansada mente.

Guapo o no, era un asqueroso.

Lamentando tener que abandonar la relativa comodidad de la ducha, cerró el grifo y salió de la bañera. Se secó bien con una toalla

limpia que había encontrado en un montón apretado en el armario abierto bajo el lavabo, después miró a su alrededor y encontró un secador en el fondo de un cajón. Lo enchufó y se secó bien el pelo. Un pensamiento furtivo sobre la mujer de aquel hombre le hizo volver a dejarlo todo como estaba, el champú con infusión de hierbas que olía a lilas, el secador y la toalla, aunque estuviera mojada.

Se puso la ropa limpia que el hombre le había ofrecido, notando de nuevo lo bien que le quedaba, y se preguntó qué clase de mujer adulta era capaz de mantener una figura tan delgada a pesar de la edad. Podría tener unos cuarenta años, teniendo en cuenta la edad de él.

Fue entonces cuando todo se oscureció.

Se quedó inmóvil durante un rato, con un grito silencioso atascado en su garganta oprimida, y escuchó. Retrocedió con cuidado desde la puerta hasta llegar a la pared, tanteando con las manos, temerosa de tropezar y caerse. Luego esperó a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad lo suficiente como para armarse de valor y explorar la casa en un silencio sepulcral.

Tanteó hasta la puerta del baño y encontró el pomo, luego lo giró despacio, temiendo que chirriara y la delatase. Abrió la puerta con toda la suavidad que pudo y se obligó a intentar ver en la oscuridad más absoluta. No podía distinguir nada, con la única excepción de la ventana del salón, que dejaba entrar la más tenue de las sombras gracias a cualquier atisbo de luz de la luna que atravesara el follaje de los árboles detrás de la casa.

Se acercó a la ventana, tanteando las paredes por donde podía. Cada pocos pasos se detenía, apoyándose en la pared, escuchando, forzándose a ver. ¿Dónde se había metido? Dio un paso más, sintiendo el borde de una alfombra bajo sus pies, y recordó que la había visto antes, que la había sentido bajo sus pies mientras estaba sentada a la mesa, comiendo.

Se estiró hacia delante con ambas manos, tanteando el aire en busca del borde de una silla, algo a lo que pudiera agarrarse. La encontró apartada de la mesa, tal como él la había dejado cuando se había sentado allí y la observó mientras se preparaba para entrar en el baño. La silla estaba vacía.

¿Dónde se había metido?

Sintiendo la garganta reseca, tragó con fuerza y susurró:

—¿Estás aquí? —Escuchó, pero nadie respondió—. ¿Dónde estás? —volvió a preguntar, esta vez un poco más alto—. ¿Estás aquí?

El silencio rugía en su mente cada vez más fuerte, alimentado por los frenéticos latidos de su corazón. Se alejó de la silla del comedor hacia el ventanal que daba al bosque, tenuemente iluminado por la luna, que comenzaba a ponerse. Pronto, incluso esa diminuta pizca de luz desaparecería, una vez que la delgada media luna se ocultara tras el horizonte. El hecho de no saber si seguía en la casa con ella hizo que se le erizaran los pelos de la nuca, jugando con su imaginación teñida de miedo.

Necesitaba salir de allí.

Moviéndose un poco más rápido, se dirigió hacia la puerta principal. Recordó haber visto un interruptor de la luz en esa pared. Lo encontró y lo pulsó, pero no pasó nada. Gimoteando, recordó cómo le había parecido que el hombre había encendido todas las luces sin tocar la pared.

Luego palpó la puerta por ambos lados, buscando un picaporte, un pomo o algo con lo que pudiera abrirla, pero no encontró nada. Bajo las frenéticas yemas de sus dedos, todo lo que podía sentir era el lugar donde había estado el picaporte, una hendidura apenas perceptible donde había estado encajado el bombín de la cerradura, ahora cubierto con algún tipo de masilla y pintado. Lo que mantuviera esa puerta cerrada no estaba en su poder controlarlo.

Pero había una ventana que podría romper.

Tanteando por la habitación, llegó a la ventana y palpó los bordes del gran cristal en busca de algo que la abriese. No había nada. Rápida de reflejos, agarró la silla del comedor y, tras balancearla en el aire para tomar impulso, la lanzó contra la ventana con todas sus fuerzas. Rebotó y cayó al suelo con un ruido metálico.

La ventana estaba intacta, ni un rasguño.

Sintiendo que el miedo le volvía a hacer cosquillas en las raíces del pelo, apoyó la cara contra el cristal y miró fuera, con la esperanza de ver a alguien, a cualquiera que pudiera ayudarla. Pero no había nadie. Hasta donde le alcanzaba la vista, solo había un bosque envuelto en la oscuridad que se extendía a ambos lados, apenas iluminado por la luna, cuya luz tocaba las ramas superiores de los robles, arces y álamos.

Un coyote salió del bosque, husmeando, buscando algo de comida. Se detuvo a unos metros de la ventana, se rascó detrás de la oreja y luego empezó a aullar, con el cuello extendido hacia el cielo, la boca abierta y los ojos casi totalmente cerrados.

El pánico hizo que le subiera la bilis a la garganta cuando se dio cuenta de que no oía ningún ruido del exterior. Frenética, golpeó el cristal de la ventana tan fuerte como pudo, pero el coyote continuó imperturbable su concierto de medianoche.

Nadie podía oírla.

Estaba atrapada.

# CAPÍTULO DIECISIETE

## Abuela

—¡William Earnest Caldwell! —gritó su madre—, ¡vuelve aquí ahora mismo! —La mujer se levantó y golpeó el suelo con el pie, visiblemente frustrada por su incapacidad para controlar a su hijo. La gruesa alfombra oriental se tragó el ruido casi por completo.

La compostura de Carole Caldwell se esfumó durante unos instantes. Su sonrisa sofisticada y su frente relajada fueron sustituidas por una expresión amarga que revelaba su verdadera naturaleza; era una mujer acostumbrada a que sus órdenes se cumplieran sin demora.

El portazo que Bill dio al salir de la habitación fue la única respuesta que recibió. Miraba hacia la puerta con ojos ardientes, como si de algún modo pudiera alcanzar a su hijo con la mente y mantenerlo en su sitio.

Kay no tenía ni idea de lo que Bill Caldwell planeaba hacer. Esperó con paciencia, observando el desarrollo de los acontecimientos, sabiendo que Carole estaría encantada si su hijo cambiaba de opinión y volvía. Para sorpresa de Kay, cuando Carole desvió su atención de la puerta y la miró, sonreía amable, sin una arruga en la frente, sin rastro de la exasperación que acababa de exhibir.

—Vamos, detective, por favor, tome asiento. —Señaló una silla frente a la suya.

Kay se lo agradeció con una sonrisa y una rápida inclinación de cabeza.

—¿Alguien se ha molestado en ofrecerle algo de beber? ¿Agua, café?

Kay frunció el ceño; el cambio de actitud de Carole hacia ella era una bandera roja que ondeaba en el aire.

—No, gracias, estoy bien.

Carole la miró durante un momento, como si sus pensamientos escaparan a su control. Una nube de tristeza emborronó su rostro, en contraste con su pulcro maquillaje y su peinado perfecto.

—Qué tragedia tan terrible —dijo, con la voz baja apagada por el dolor—. No puedo entender cómo alguien tan joven, tan inocente, puede acabar asesinado. —Se puso la mano en el pecho—. Mi hijo está fuera de sí por la pena; por favor, perdónelo. Seguro que lo entiende.

Kay esperó por si añadía algo más, pero Carole había terminado con su aportación.

—Lo entiendo —respondió ella—. Por favor, acepte mis condolencias.

La mujer asintió con una sonrisa perfectamente apropiada; la cantidad justa de tristeza transmitida en su comportamiento. Kay se preguntó si lloraría a lágrima viva más tarde, en la intimidad de su propia habitación, o si seguiría con sus asuntos, planeando el funeral, haciendo los preparativos, presionando a todo el mundo.

Tras consultar discretamente la hora, Kay se preguntó cuánto tiempo tardaría en volver Bill, y si lo que había ido a buscar era de verdad tan relevante para el caso. Él la había instado a esperar, y ella no iba a ir a ninguna parte hasta que él volviera. Sus ojos se desviaron hacia las paredes, donde varias fotos enmarcadas de edificios y personas adornaban el papel pintado de raso plateado con finos detalles dorados.

Carole siguió su mirada y se apresuró a ofrecer algunas explicaciones.

—Esa foto se tomó hace casi cien años, cuando mi padre fundó el molino —explicó—. Oh, estaba tan orgulloso ese día... ¿Lo imagina? —Se inclinó hacia delante, como si fuera a compartir un precioso secreto con Kay—. Nuestra familia siempre había acertado en cuanto a los matrimonios. Cuando me casé con mi marido, yo conseguí la granja y él, que en paz descanse, comenzó el negocio forestal. —El orgullo iluminó sus ojos—. Luego tuvimos hijos, cuatro.

Kay se reclinó en su asiento, ansiosa por saber más.

—Bill, a quien ha conocido, es mi hijo mayor. Dirige la explotación del bosque, el negocio maderero y la fábrica de papel. Su hermana, Blanche, dirige las granjas. —Su sonrisa se ensanchó; hablar de Bill y Blanche había disipado la nube de tristeza de sus facciones. Se encontraba cómoda hablando del negocio familiar, su logro de toda la vida—. Madelyn, mi hija menor...

—Dios mío, acabo de darme cuenta —interrumpió Kay—. Madelyn Caldwell, la estrella de cine, ¿es su hija?

Carole asintió con una sonrisa forzada.

—Sí, eligió Hollywood antes que el negocio familiar —respondió ella, con la voz tocada por la decepción—. Bueno, mientras sea feliz con su vida de actriz, ¿qué más puede pedir una madre? Casi nunca la vemos... Todo el tiempo está filmando por ahí. —Cogió el vaso de agua de cristal tallado de la bandeja de plata del escritorio, se humedeció apenas los labios y volvió a dejarlo en su sitio con cuidado —. Por último, Kendall, el más joven, es otro fracaso. Debería haber dejado de tener hijos después de Blanche. —Esta vez, la amargura tiñó su voz, sin freno, aguda.

—¿A qué se dedica Kendall? —preguntó Kay con cautela.

—A lo más cercano a nada —respondió Carole con un largo suspiro —. Cogió el poco dinero que le dejó su padre tras su muerte, lo metió en unos fondos de alto riesgo y decidió vivir de las plusvalías en lugar de construir algo con sus propias manos, en lugar de marcar la diferencia. —Apretó los puños en su regazo—. Una existencia sin sentido, parasitaria y hedonista. —Hizo una pausa, pero Kay no la interrumpió, curiosa por saber a dónde iba todo aquello—. Aunque es inteligente, a su manera —añadió, soltando las manos, y las cruzó sobre su regazo—. Es brillante.

Kay siguió escuchando, animando a la mujer a continuar.

—Interesante. ¿Qué le hace decir eso?

—Gasta lo mínimo, porque su única y verdadera pasión es su propia pereza. Este chico ha hecho un arte de hacer lo menos posible. Pero le encanta el lujo, y para conseguirlo sin gastar, se aprovecha de mujeres ricas desprevenidas que bajan la guardia, ya que saben que él no va mal de dinero. Es brillante. —Su amarga voz se apagó, como si soportar la carga de la decepción la hubiera dejado sin aliento.

—Ya veo —dijo Kay, preguntándose si Carole había terminado de compartir la historia de su familia. Tenía docenas de preguntas que quería hacerle sobre la vida social de Alyssa, sus amigos, su rutina diaria. Sobre Shelley, y si Bill Caldwell la conocía.

—Estos dos, Madelyn y Kendall, no tenían ningún motivo para deshacerse de la heredera —dijo Carole, con voz severa y decidida—. Bill le dirá que Blanche y su hijo, Dylan, tenían todos los motivos, pero no crea ni una palabra de un padre desconsolado. Se equivoca. —Había levantado un poco la voz, suplicando a Kay que la creyera. Toda la historia que había compartido sobre la familia no era más que un preámbulo calculado—. Mi Blanche no haría daño ni a una mosca —continuó, con el brillo de las lágrimas en los ojos—. Ella no haría

nada para dañar a Bill o a su familia. Ella… quiere mucho a su hermano.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

## Tía

«¿Heredera? ¿Qué heredera?», se preguntó Kay, observando la exhibición de Carole, su cóctel de pena y persuasión perfectamente calculados. Los Caldwell tenían una granja, la más grande del condado, pero al fin y al cabo solo era una granja. No era una megacorporación ni una empresa multimillonaria. Heredera, ¿de una granja? Uf. Se preguntó qué pensaría Elliot al respecto.

Y, aun así, Carole se comportaba con la sofisticada elegancia de alguien que había nacido rica y lo había sido toda su vida. Había sido educada para reprimir sus emociones y no decir una sola palabra que no tuviera un propósito. El cambio en su actitud hacia Kay demostraba que tenía algo que temer, algo que intentaba controlar desesperadamente. Una especie de amenaza, tal vez un secreto que intentaba proteger. Estaba claro que Carole ocultaba algo de vital importancia, lo suficiente como para mantenerla clavada frente a Kay, con las piernas cruzadas por los tobillos y las manos agarradas entre sí sobre el regazo; el único signo de la tensión que sentía era la rigidez de su mandíbula y el fuego acerado de sus ojos.

Sin embargo, la noticia de la muerte de Alyssa la había pillado desprevenida; no tenía conocimiento previo de ella. En cuanto logró contener su respuesta emocional inicial, su interés por atrapar al asesino de su nieta se redujo a cero. Quizá temía que el asesino fuera alguien cercano a ella, alguien a quien intentaba proteger, aunque eso significara proteger a un asesino.

Era hora de averiguar cuánto valía en realidad el negocio agrícola de los Caldwell. Los granjeros típicos no se refieren a sus descendientes como herederos o herederas. ¿Estaba Carole viviendo un delirio de grandeza, siendo en su mente la reina del país, o su arrogancia se basaba en su realidad financiera? ¿Había sido extremadamente lucrativa la empresa agrícola familiar? Aun así, ¿qué ocultaba Carole y por qué parecía aterrorizada ante lo que su hijo se

había propuesto hacer?

—Hábleme de Alyssa —le pidió Kay, decidiendo no indagar en su aparente temor a las acciones de su hijo. Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en los reposabrazos de la silla, y mantuvo un tono suave y tranquilo, decidida a alcanzar las respuestas de las docenas de preguntas que tenía.

Carole se palpó el rabillo del ojo con el pañuelo arrugado que sostenía en la mano.

—Era una niña muy dulce, incluso de adolescente —dijo, con una voz teñida de auténtica tristeza—. Creció con una madre enferma, como ya sabe, y todos intentamos compensarlo. Yo, mi hija mayor Blanche e incluso el personal de la casa la mimábamos muchísimo, pero no creció con aires de superioridad ni con la actitud desagradable que tienen algunos niños hoy en día.

Se levantó y empezó a pasearse despacio por la habitación, estudiando las paredes como si nunca las hubiera visto antes, manteniendo su rostro oculto del escrutinio de Kay. La anciana era lista.

—Siendo sincera, no sé por qué Bill no se divorció y se volvió a casar —añadió, dándole la espalda a la detective. Su voz se había endurecido, la decepción se filtraba con cada palabra. Se volvió y miró a Kay durante un breve instante, luego apartó la mirada—. Debe pensar que soy una insensible, pero la madre de Alyssa, bueno, ha estado enferma toda su vida. ¿Qué clase de matrimonio es ese para mi pobre Bill? Le habría ido mejor si se hubiera divorciado de ella y hubiera encontrado una mujer que le hiciera feliz. Una mujer fuerte y sana que podría haberle dado hijos.

Kay se quedó boquiabierta, agradecida de que Carole mirara hacia otro lado y fuera incapaz de ver la consternación en su rostro. Pero eliminó cualquier indicio rápidamente.

—Creo que es admirable la lealtad que le ha profesado a su mujer enferma, a la madre de su hija.

—Sí, eso es lo que usted cree, ¿no? —respondió ella con frialdad. En ese momento debió darse cuenta de que estaba yendo demasiado lejos, porque sonrió y se disculpó—. Disculpe, solo pienso en el bienestar de mi hijo, eso es todo. Ha perdido a su hija, y pronto perderá también a su mujer. Cualquier madre estaría preocupada.

—¿Quién era la persona de la familia más cercana a Alyssa? —preguntó Kay—. ¿Quién era su persona de mayor confianza?

Carole se acercó a la ventana y miró hacia el exterior, a los campos ondulados de color dorado y marrón claro, llenos rastrojos y revueltos por donde habían pasado las cosechadoras.

—Diría que Blanche, la hermana de Bill, aunque muchas veces pillé a Alyssa charlando con el servicio. Los empleados domésticos no están aquí para ser amigos de nadie; estoy segura de que usted estará de acuerdo.

—Por supuesto —replicó Kay, incapaz de ocultar el sarcasmo en su voz, pero eso pasó desapercibido para Carole, concentrada en su distanciamiento y en cualquier pensamiento ansioso que la mantuviera en pie, paseándose inquieta—. Oh, le quería preguntar, ¿conocen a una mujer llamada Shelley Harrelson?

El ambiente se llenó de un silencio inquietante mientras Kay miraba atentamente la espalda de Carole. La tensión hizo que los hombros de la mujer se levantaran un poco.

—¿A quién?

La puerta se abrió de golpe y Bill irrumpió en el interior arrastrando del brazo a una mujer rubia, delgada y de mediana edad. No se resistía a él, se dejaba llevar, su expresión resignada destilaba tristeza. Parte del pelo se le había escapado del moño que llevaba en la nuca y unos mechones sueltos le cubrían la cara. Cuando se percató de la presencia de Kay, se quedó inmóvil, ruborizada de vergüenza.

Kay había visto a Bill solo unos momentos antes, pero ahora apenas lo reconocía. Estaba despeinado, con el pelo alborotado como si hubiera intentado arrancárselo, la camisa cubierta de sudor y sin un par de botones. Sus ojos destilaban furia; su rabia lo consumía todo, llenando el aire de la habitación con una especie de carga muy pesada.

Tras ponerse en pie de un salto, Kay dio dos pasos hacia Bill, preocupada por la seguridad de todos los presentes. Ya lo había vivido en otras ocasiones, cuando algunas personas, destruidas por el dolor de perder a un ser querido, se lanzaban a la violencia, entregándose a momentos de locura alimentados por un desconsuelo insoportable.

—Le presento a mi querida hermana Blanche —gritó Bill, soltando del brazo a la mujer, y miró a Kay. Blanche vaciló un poco, pero luego se mantuvo erguida, con la cabeza alta, aunque sus ojos mostraban una pena indecible. Se envolvió el cuerpo con la rebeca roja que llevaba puesta y cruzó los brazos sobre el pecho—. Dile lo que nos contaste —ordenó Bill.

Kay se quedó mirando a la mujer un instante, sorprendida.

—¡Vamos! —insistió Bill, alzando la voz—, ¡dile que es una asesina!

Las pupilas de Blanche se dilataron mientras miraba a Kay a los ojos.

—¿Qué...?

Kay se aclaró la garganta y dijo:

—Me temo que hoy he traído malas noticias para la familia. Alyssa Caldwell ha sido asesinada.

Blanche jadeó, y sus manos se apresuraron a tapar su boca abierta.

—¿Qué ha pasado? —consiguió articular con la voz estrangulada. El nudo en la garganta parecía lo bastante doloroso como para que tragar saliva fuera un esfuerzo.

—¿Y tú tienes el valor de preguntarlo? —espetó Bill, con la mirada lanzando flechas ardientes a su hermana—. Tú la mataste, Blanche. —La agarró por los hombros y la zarandeó, pero Kay se interpuso entre ellos y retiró suavemente las manos del hombre.

—Espero que no haya necesidad de violencia aquí —dijo Kay, con una amenaza tácita en su voz, muy clara—. Si prefieren continuar esta conversación en la comisaría, estaré encantada de llevarlos yo misma.

Bill dio un paso hacia un lado, mirando furioso a su hermana; después se volvió hacia Kay y levantó las palmas de las manos en el aire, agitándolas.

—Ya está, ¿contenta? No voy a tocar a su preciada asesina.

Carole se acercó a Bill y le rozó el brazo.

—Hijo, tienes el corazón roto, y lo entendemos —le dijo—. Blanche te perdonará...

Él se apartó de su contacto, como si le quemara la piel.

—¿Cómo? ¿Que me perdonará? —Estaba poniéndose lívido, el carmesí le coloreaba la cara y en el cuello le aparecieron manchas poco saludables. El hombre estaba a punto de sufrir un infarto. Tartamudeó tratando de decir algo; su incapacidad para articular palabra alimentaba su ira—. Tiene que confesar —dijo al fin, señalando con un índice tembloroso a su hermana.

Blanche lloraba en silencio, mirándolo a través de las lágrimas. No estaba enfadada ni se sentía insultada por sus acusaciones; tenía el corazón roto. No había nada en la reacción de la mujer a la noticia de la muerte de Alyssa y a las acusaciones de su hermano que indicara que había estado implicada en el asesinato o que supiera algo al respecto. Por lo que Kay podía ver, Blanche Caldwell no era una

sospechosa viable, aunque seguía queriendo saber por qué Bill había pensado en ella en el momento en el que supo que su hija había sido asesinada y a qué venía todo aquel asunto de la heredera.

Sin embargo, había algo raro en el comportamiento de Blanche. Acababa de ser maltratada física y emocionalmente por su hermano y, sin embargo, no mostraba más que empatía por su dolor, comprensión por su pena y perdón por sus palabras amargas y sus gestos imprudentes. Carole tenía razón; Blanche quería mucho a su hermano.

—Venga, adelante —bramó Bill—, llora lágrimas de cocodrilo.

—¡Bill! —intervino Carole, alzando la voz y agudizando el tono—. Es suficiente. Blanche no ha hecho nada.

—¡No me lo creo! —gritó, volviéndose hacia su madre, y dio un par de pasos amenazadores hacia ella.

Kay le agarró el hombro con firmeza, deteniéndolo en su sitio.

—Señor Caldwell, por favor, ya está bien.

Bill se quedó petrificado.

—¿Cómo sabe que no mató a mi hija? ¿Eh? ¿Solo porque está llorando? —Se pasó las manos por el pelo en un gesto de pura desesperación—. Es tu maldito deseo, madre, es lo que siempre quisiste, vernos luchar por tu preciada finca. —Se detuvo un momento, jadeando, sin aliento, mientras Carole se quedaba boquiabierta—. Sí, madre, eso es lo que siempre has querido, que nosotros y nuestros hijos nos matemos por tu dinero. —Escupió la palabra, como si fuera venenosa—. Bueno, pues ya está hecho. Uno de nosotros ha matado por tu capricho —añadió, con la voz cargada de lágrimas—. Maldito sea el día en el que acepté quedarme aquí y ser tu marioneta, madre. Madelyn y Kendall fueron los más inteligentes, huyendo lo más lejos posible de ti.

Kay dirigió brevemente su atención a Carole y se sorprendió al ver a la orgullosa mujer llorando, con la espalda encorvada, los hombros agitados y las huesudas manos apretadas contra el pecho.

—Nunca quise esto —gimoteó Carole. Ya no le importaba su aspecto. No se secó las lágrimas que emborronaban su maquillaje ni se tocó el pelo para asegurarse de que cada mechón estaba en su sitio. Algo de lo que Bill había dicho debía afectarle mucho—. Y te equivocas —dijo ella, con la voz modulada por los sollozos—, Blanche no estaba aquí, estaba en Nueva York.

Kay miró a Blanche. Estaba tranquila, pálida, agotada, en silencio. ¿Por qué no había dicho nada en su defensa si había estado fuera de la

ciudad?

—¿Es verdad? —preguntó Bill, mirando a Blanche.

Ella bajó los ojos ante la intensa mirada de su hermano. Cuando habló, su voz estaba ahogada por la emoción.

—Dylan y yo nos reunimos ayer con los inversores chinos en Nueva York.

Bill se retorcía las manos, el ceño fruncido, la mirada agónica.

—Si no fuiste tú, entonces, contrataste a alguien para matar a Alyssa —dijo, sonando poco convencido. Cuando pronunció esas palabras, Blanche se estremeció y lo miró durante un breve instante, profundamente dolida—. Vamos, admítelo —continuó—, nunca te gustó Alyssa. Aunque fuera tu sobrina, la odiabas por ser la heredera del negocio. Ella estaba en el camino de tu hijo, y tú querías que...

Blanche dio un paso adelante, se acercó a él y con las yemas de los dedos rozó apenas la tela de la camisa de su hermano. Entonces los hombros de Bill cayeron y exhaló, bajando la cabeza. Era como si aquel efímero tacto hubiera borrado toda su rabia, dejándolo cansado y miserable, dominado, derrotado.

Kay observó su transformación con incredulidad, como quien ve a un león furioso someterse a las caricias de una mujer frágil, sin látigos ni cadenas, como por arte de magia. Entonces Blanche se puso de puntillas y acortó la distancia hasta que sus frentes se tocaron.

—Bill, sabes que eso no es verdad —susurró ella—. Ambos lo sabemos muy muy bien.

Él gimió y le puso los brazos sobre los hombros, el comienzo de un abrazo frenado por algo que Kay no pudo descifrar.

«¿Qué demonios acaba de pasar?», pensó Kay, preguntándose cuál era el secreto de Blanche. Había domesticado a su hermano con solo un toque, con unas pocas palabras.

Le habría gustado interrogarlos hasta descubrir todos sus secretos, pero ese no era su trabajo. Por lo que parecía, ninguna de esas personas había matado a Alyssa ni tenía conocimiento previo de su muerte. Nadie podía fingir las reacciones fisiológicas que la detective había presenciado: pupilas dilatadas, palidez, hipertensión, sudoración. Su sudes no estaba en esa habitación. Era hora de que siguiera adelante y retomara el camino en otra dirección.

—Bueno, detective —intervino Carole, interponiéndose entre Kay y sus hijos, obligando a la agente a dar un paso atrás. Tan volátil como un camaleón, había vuelto a su estado normal, erguida, con la barbilla

hacia delante, y solo una mancha de lápiz de ojos como prueba de su anterior crisis—. ¿Podemos acabar?, tenemos que organizar un funeral.

—Sí, hemos terminado —respondió Kay—. Señor Caldwell —llamó ella, y Bill levantó la cabeza para mirarla, rompiendo el contacto con Blanche despacio, con pesar—. Le agradeceríamos que se pasara por el depósito mañana por la mañana, digamos ¿a las diez?

Él asintió, desviando la mirada. Toda la rabia que lo consumía había desaparecido. Lo que quedaba de él apenas se mantenía en pie, una cáscara vacía que se desintegraría a la menor brisa.

—Gracias —respondió Kay—. Y, por favor, acepte mi más sentido pésame.

Unos instantes después, Kay respiró sedienta el aire fresco del atardecer, agradeciendo el refrescante frío y el olor de la tierra empapada de rocío bajo las hojas caídas. Lo que había presenciado allí dentro era inexplicable y, muy probablemente, irrelevante.

Sin embargo, su instinto le decía lo contrario. ¿Por qué tenía una sensación punzante en las tripas que la instaba a volver atrás, a remover cada piedra y cuestionarlo todo, a desgarrar las apariencias cuidadosamente preparadas que la familia había desplegado ante ella?

El asesino de Alyssa podía estar más cerca de lo que parecía.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

## Preguntas

Era casi de noche cuando Elliot atravesó las puertas de Granjas Caldwell, pero aún tenía esperanzas de encontrar a la mujer que buscaba, o al menos a alguien que la conociera y pudiera darle un nombre y una dirección. Comprobar la matrícula del camión que había recogido a Kirsten en la carretera le había llevado a la granja, pues el vehículo había sido visto en varios puntos a lo largo de la interestatal.

Se detuvo en una bifurcación y tomó una decisión con rapidez: dejó la residencia a su derecha y optó por acercarse al complejo de edificios industriales de la izquierda. Estaba bien iluminado y la gente se arremolinaba a su alrededor, cargando y descargando equipos, moviendo camiones de un lado a otro mientras las órdenes de trabajo se registraban en las tablillas con sujetapapeles que llevaban los supervisores, que se distinguían por los cascos de color amarillo brillante adornados con el logotipo de Granjas Caldwell. Los días eran largos y ajetreados al final de la temporada de cosecha de noviembre.

Algunos de ellos ralentizaron su rutina de fin de jornada para lanzar una mirada larga y suspicaz al vehículo sin matrícula del detective antes de fingir que seguían a lo suyo, pero en lugar de eso se reunieron en pequeños grupos para observar y comentar desde una distancia prudente. Las luces intermitentes rojas y azules ocultas en el techo del vehículo lo delataban, al igual que la marca y el modelo del vehículo, un Ford Explorer optimizado. Quizá alguno de ellos incluso lo hubiera reconocido; no había tantos policías tejanos en el condado de Franklin, California.

Elliot bajó del vehículo antes de ponerse el sombrero y ajustarse la hebilla del cinturón. Después sacó su teléfono y revisó las imágenes que había recibido de su homólogo de Oregón, todas tomadas de vídeos de vigilancia en blanco y negro de una gasolinera. Una de ellas mostraba a la chica, que se sentaba a comer en una mesa con una

mujer de mediana edad y algo pasada de peso vestida de azul y con el mismo logotipo que podía ver en los cascos de los trabajadores de aquel lugar y en la puerta principal. Otra revelaba la parte trasera del camión de la mujer, marcado con lo que parecían ser los mismos colores de la marca, parado en el surtidor, repostando. Por último, una tercera imagen era una toma borrosa de la cara de la mujer cuando salía del aseo.

Miró la fotografía del camión y memorizó su matrícula, después caminó un poco hasta que lo vio, parado en el muelle de carga, esperando la mercancía. Se acercó a un grupo de cuatro hombres, reunidos a unos metros de distancia, y los saludó tocándose con dos dedos el ala del sombrero.

—¿Qué tal? —dijo, notando cómo su presencia impulsaba a las cuatro personas a cerrar filas, como si se defendieran del depredador que se acercaba. Les mostró la imagen y preguntó—: ¿Dónde puedo encontrar a esta mujer?

Se miraron unos a otros y, luego, a sus botas. Uno de ellos parecía especialmente interesado en un camión que retrocedía desde el muelle de carga, aunque estaba a más de veinte metros.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en los labios de Elliot. Los obreros tenían fama de solidarios, y él lo apreciaba.

—Es una testigo importante que puede ayudarnos a encontrar a una niña desaparecida —aclaró—. Seguro que querrá ayudarnos a localizarla —añadió, pasando las imágenes hasta que pudo mostrarles una foto buena y nítida de Kirsten.

—La persona que busca es Hazel Fuentes —respondió uno de los hombres—. Está allí, donde la luz verde. Es nuestra sala de descanso.

Elliot volvió a tocarse el sombrero.

—Gracias. —Caminó con rapidez hacia la luz verde que marcaba una puerta con el rótulo «SOLO EMPLEADOS», y estaba a punto de agarrar el picaporte cuando Hazel salió del edificio con un cigarrillo apagado en la mano.

—¿Señorita Fuentes? —preguntó Elliot.

Un destello de miedo iluminó los ojos de la mujer.

—Sí —respondió ella—. ¿Quién es usted?

—Soy el detective Elliot Young, de la oficina del sheriff del condado de Franklin. —Mostró su placa, pero sonrió. No quería que la mujer se asustara, y el detective a cargo de la investigación sabía que las sonrisas funcionaban mucho mejor que los gestos iracundos—.

Buscamos a Kirsten Humphrey. —Le enseñó la foto.

La mujer le devolvió la sonrisa.

—Vaya... Me dio su verdadero nombre —susurró para sí misma. Luego, dirigiendo su atención a Elliot, dijo—: ¿Le importa si enciendo esto? —Encendió el cigarrillo con dedos algo temblorosos e inhaló con ganas—. Dispare. —A pesar de su gesto de indiferencia, estaba asustada.

—Llevó a esta chica en su camión hace cinco días, ¿correcto?

Ella dio otra calada a su cigarrillo y lanzó al aire una nube de humo con olor a menta.

—Escuche, ¿necesito un abogado?

Elliot le dirigió una larga mirada a Hazel. No iba a castigar a una mujer trabajadora por recoger a una autostopista bajo la lluvia y darle una comida caliente. El día que la policía empezara a detener a la gente por eso, se acabaría todo atisbo de humanidad civilizada.

—Si lo que le preocupa es no haber denunciado la fuga de una menor y haberla llevado al otro lado de la frontera del estado, lo que constituiría un delito federal —dijo, observando cómo palidecía a medida que hablaba—, está libre de culpa. Viendo la foto de esta chica, es imposible saber que es menor de edad. Parece más mayor.

Ella se apresuró a coger el salvavidas y nadar con él.

—No, no tenía ni idea de que fuera menor —dijo, con una mirada de gratitud inconfundible—. Dígame, querido, ¿qué necesita saber?

—¿De qué hablaron durante la comida? —preguntó Elliot.

—Ahh, también lo sabe, ¿eh? —respondió ella—. Es increíble cómo funciona el mundo hoy en día. —Cerró los ojos un momento, como si intentara recordar todos los detalles de la conversación—. No me dijo de qué huía, pero me di cuenta de que no era nada bueno. —Frunció el ceño al abrir los ojos y miró un instante en dirección a Elliot, pero evitó establecer contacto visual—. La pobre estaba empapada y hambrienta. Se zampó esa hamburguesa como si no hubiera comido nunca.

—¿Mencionó a dónde se dirigía?

—Dijo que a San Francisco —respondió Hazel—. Pensé que podría dirigirse a Hollywood. Ya sabe, siendo tan guapa, podría ser una estrella algún día. Pero no, estaba decidida a ir a la ciudad y conseguir un trabajo, limpiando habitaciones, sirviendo mesas o de cualquier cosa que le permitiera mantenerse. Buscaba un trabajo honrado.

Elliot le lanzó una mirada inquisitiva.

En respuesta a su gesto, Hazel aclaró:

—Tuvo una reacción extraña a una sugerencia que le hice sobre los hombres, sobre tener cuidado con ellos. Apostaría un sueldo entero a que esa chica ha sido maltratada.

—¿Dónde la dejó?

—Justo ahí, junto a la rampa de salida. Le dije que tenía más posibilidades de ser recogida por otro vehículo en la autopista. —Dudó un momento, como si estuviera decidiendo si compartir más información con él—. Le di mi número de teléfono; metí una nota en su bolsillo. Luego, seguí con mi trabajo.

—¿Por casualidad vio si alguien la recogió?

Una sonrisa triste coloreó el rostro de Hazel.

—No, estuvo sola durante un buen rato. Fui a comer y miré hacia la autopista. Seguía allí, apoyada en el guardarraíl, con la mano en alto. —Sacudió la cabeza con decepción—. La gente tiene miedo de parar hoy en día. Nunca se sabe con qué monstruo te puedes encontrar. Cariño, algunas de las personas que deambulan por estas carreteras podrían matarte por cuatro monedas y los restos de tu taza de café.

Elliot le dio a Hazel su tarjeta y le agradeció su ayuda.

—Si sabe algo de ella, por favor, llámenos.

La mujer asintió con cara de preocupación.

—¿Cree que está bien? ¿Me avisará?

Elliot respondió:

—Lo haré. —Y se tocó el sombrero antes de dar media vuelta y marcharse.

Esa chica podría estar ya en cualquier parte. En San Francisco o en cualquier otro lugar. Una adolescente de catorce años, desesperada, huyendo de los malos tratos en casa, se dirige hacia lo desconocido con el corazón lleno de esperanza. Innumerables investigaciones de asesinatos empezaban con esas palabras: adolescente huido de una familia desestructurada, encontrado apuñalado, o tiroteado, o estrangulado al borde de una carretera, o en el baño de una gasolinera.

¿Podría encontrar una aguja en un pajar? Lo único que sabía era que tenía que intentarlo. Justo el día anterior, Kirsten no era más que otra fugitiva para él, una que obtenía el beneficio de la atención debido a los favores personales solicitados en la oficina del sheriff Logan, y él detestaba ese tipo de trabajo. Ahora sabía que tenía que encontrar a la chica como fuera. Podía manejarlo; todo lo que se

necesitaba era esforzarse al máximo, y él era capaz.

Salió de allí, dejando atrás los muelles de carga, y se dirigió a la autopista. Llegó a la bifurcación justo después de que otro vehículo, idéntico al suyo, hubiera girado hacia la carretera procedente de la residencia. Con una amplia sonrisa en los labios, encendió las luces intermitentes y activó la sirena durante un breve instante.

El vehículo de delante se detuvo enseguida y Kay salió de él.

¿Eran imaginaciones suyas o estaba radiante?

Inclinó la cabeza y se quitó el sombrero un momento mientras se acercaba a ella. El fino polvo del camino de tierra se veía como niebla agitada en los faros de su coche, y ella se mantuvo ahí de pie, deslumbrante, sonriente y saludándolo con la mano, con el pelo al viento como remolinos de humo dorado.

—¿Qué tal, señorita? —dijo Elliot, preguntándose si debía aprovechar la oportunidad para invitarla a salir. Tal vez ese fuera un buen momento para hacerlo, ya que habían estado trabajando en casos distintos y él podría utilizar eso como excusa en caso de que ella se negara en redondo, para salvar las apariencias. Como si cubrirse las espaldas fuera a importar si ella decía que no. Se quedaría allí, congelado como un témpano de hielo, deseando que la tierra lo tragara entero.

—Hola, vaquero —respondió ella con tono juguetón—. ¿Me he pasado del límite de velocidad? —bromeó, fingiendo una temerosa preocupación—. Nunca me habían parado. ¿Va a arrestarme, detective?

Con esas palabras, Elliot sintió encenderse un fuego en su interior. Bajó la mirada un momento para ocultar el calor de sus ojos bajo el ala de su sombrero, agradecido por la oscuridad que los rodeaba, por el fino polvo que flotaba en el aire y que le llenaba las fosas nasales con el olor a tierra seca, que le recordaba el batir de los cascos de caballo en las áridas llanuras de Texas.

La miró fijamente, siguiendo su juego.

—No esta noche, señorita, ya que es su primera infracción. Estaba pensando que podríamos discutir los detalles de su crimen durante la cena.

Ella inclinó la cabeza mientras su sonrisa se dibujaba en sus ojos.

—Me ha abierto el apetito.

# CAPÍTULO VEINTE

## En la oscuridad

## Hace cinco días

El frío se había apoderado de la casa oscura y vacía, helando la sangre de Kirsten, avivando sus temores. Recorrió las habitaciones una tras otra, probando todas las ventanas, todas las puertas, buscando salidas que no existían. Sus pies descalzos estaban helados por el contacto con las frías tablas del suelo, y de vez en cuando se sentaba en el sofá, doblando las piernas debajo de sí misma para mantenerlas calientes. Los calcetines con los que había llegado colgaban para secarse en el cuarto de baño, después de haberlos enjuagado en la ducha.

Sintiendo que el aire frío le atenazaba los hombros, rebuscó en uno de los armarios del dormitorio y encontró una vieja manta. Se envolvió el cuerpo con ella y volvió al sofá, donde se sentó, se apoyó en el respaldo y se abrazó las rodillas bajo la manta, mirando fijamente la oscura ventana. Todo estaba húmedo y olía a moho; la atmósfera húmeda se veía agravada por el frío que se filtraba sin que hubiera ningún sistema de calefacción para contrarrestarla. ¿Cuánto tiempo llevaba el lugar sin gente viviendo en él? ¿Quién mantendría una casa así y por qué?

Las respuestas a esas preguntas la aterrorizaban, así que apartó sus temores y miró por la ventana.

El coyote había desaparecido, al igual que la luna, lo único que había aportado una pizca de luz al interior de la casa. Y el hombre... ¿cuándo volvería? ¿La dejaría marchar? Se dio cuenta de que no iba a llevarla a San Francisco; ese barco había zarpado, incluso en una mente ingenua como la suya, ese escenario no se sostenía. Pero ¿qué haría con ella?

La ansiedad le hizo un agujero en el estómago. Recordó cómo el hombre había abierto la nevera y encontrado embutidos, quesos y aquellos deliciosos panecillos. Estaban frescos en ese momento.

¿Seguiría funcionando el frigorífico? ¿Y el microondas? Reavivadas sus esperanzas por la idea, recorrió rápido la habitación y abrió la puerta de la nevera.

Una luz tenue la hizo sonreír, tan débil que ni siquiera llegaba a la mesa del comedor, pero era mucho más de lo que tenía antes. Aún quedaba mucha comida dentro, y ella la devoró, de pie con la puerta abierta, engullendo con prisa lonchas de jamón, salami y queso suizo. Después, alcanzó la puerta del microondas y la abrió.

—Sí —susurró ella cuando otra tenue luz venció una parcela de oscuridad en la cocina. Calentó un panecillo, lo untó con mantequilla y lo cubrió con jamón y queso; luego le dio otros treinta segundos en el microondas y lo sacó. Un bocadillo suizo caliente y derretido que hacía la boca agua.

Estaba a punto de hacerse otro bocadillo cuando se dio cuenta de que debería conservar recursos. ¿Y si no volvía pronto? ¿Y si no volvía nunca? ¿Y qué haría si volvía?

Despacio, con pesar, cerró la puerta de la nevera y la oscuridad recuperó algo de terreno. Dejó abierta la puerta del microondas y cruzó la habitación de vuelta al sofá, donde se agazapó bajo la manta húmeda, tiritando, sin apartar los ojos de aquella tenue luz como si fuera la primera vela de una vigilia que durara toda la noche.

Debió quedarse dormida cuando el movimiento del aire a su alrededor la despertó. Vio una sombra que se movía junto a la puerta y gritó, muerta de miedo.

El hombre encendió las luces con el mando a distancia que tenía en la mano, y ella parpadeó un par de veces, cegada. Entonces se puso en pie de un salto y trató de correr hacia la puerta, pero él la agarró y la sentó en una silla, sin hacer caso a sus patadas, gritos y arañazos.

—Estate quieta —dijo, y la firmeza de su tono tuvo un efecto más fuerte que sus propias palabras.

Sus brazos eran fuertes, y la proximidad de su cuerpo le llenaba las fosas nasales con un popurrí de finos aromas. Su colonia, la ropa almidonada, el cuero nuevo, el ambientador al que olía su coche. Ella obedeció, sintiéndose como gelatina en sus manos, pero incapaz de dejar de llorar.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó, lloriqueando y temblando.

—Ahora mismo no —respondió él—. ¿Te vas a portar bien? —le preguntó, quitándole una mano del brazo.

Ella asintió y él la soltó, se puso de pie y se alejó un poco.

—Dios mío, qué guapa eres —susurró como en trance—. Te pareces mucho a ella.

—Por favor, déjame ir —suplicó Kirsten, removiéndose en el asiento bajo su intensa mirada. Nunca nadie la había mirado así. Nunca nadie le había hablado así. Solo en las películas había oído a los hombres decir esas palabras.

—Calla, calla —susurró, tocándose los labios con el dedo índice. Se quitó la chaqueta sin importarle el frío que ya se filtraba bajo los fuertes chorros de aire que salían de las rejillas de ventilación. Luego se arrodilló frente a ella y le acarició los pies—. Estás helada, y es culpa mía. Lo siento mucho, querida.

Ella moqueó y arrugó la frente al ver cómo le masajeaba los pies con manos fuertes y cálidas. También había visto películas en las que chicas como ella eran mantenidas como rehenes, solo para ser asesinadas al final. Intentó zafarse, pero el suave agarre de él se volvió férreo, y no tuvo más remedio que someterse a su voluntad.

Se levantó y suspiró, mirándola como si fuera alguien a quien hacía tiempo que no veía.

—¿A quién me parezco? —preguntó ella en cuanto reunió el valor necesario.

—¿Cómo?

—Has dicho que me parecía...

Se atragantó con sus palabras cuando él sacó un cuchillo de una funda que llevaba en el cinturón y lo puso sobre la mesa, a su alcance. La hoja larga y dentada reflejaba las bombillas del techo, lo que la hizo entrecerrar los ojos y mirar hacia otro lado.

Su instintos habían estado en lo cierto. No era tan amable, después de todo. Era un asqueroso, como todos los demás.

Comenzó a acariciarle el pelo, sintiendo su textura, y luego frunció un poco el ceño, aparentemente descontento.

—Me gustan las cosas de una determinada manera —dijo, con la voz aún suave y cálida, pero también inflexible. El tamaño de la hoja sobre la mesa la avisó de que sus súplicas no tenían sentido—. Cuando te duches, no te vuelvas a secar el pelo.

Su mandíbula se desencajó ligeramente. La extraña petición le hizo un nudo en el estómago. El miedo le erizó la piel, haciendo que oleadas terror emanaran de los lugares que él tocaba.

—Por favor, déjame ir —le dijo, mirándolo a los ojos—. No se lo diré a nadie, lo juro.

Él sonrió, mirándola con los ojos llenos de algún tipo de extraño anhelo. No era como los impulsos repugnantes que tenían los colegas de su padrastro cada vez que veían porno. Era distinto pero a la vez lo mismo. Distinto, porque parecía amable, paciente, cariñoso, casi dulce, incluso electrizante. Y lo mismo, porque parecía igual de exigente e inquieto, con la misma urgencia.

—Tan perfecta —susurró, casi en trance—, y nunca has sido tocada.

Ella se apartó e intentó huir, pero él le agarró el brazo con fuerza.

—No lo estropees —dijo, amenazante—. No me obligues a hacer cosas que no quiero.

Kirsten asintió con la cabeza, tragando saliva, con la imagen del enorme cuchillo en primer plano. Le soltó el brazo y le pasó los dedos por la mejilla.

—Ahora ve a darte otra ducha, querida. Y no te seques el pelo. —De repente se detuvo un momento, pensativo—. Mejor aún, no te seques en absoluto; envuélvete en una toalla y sal enseguida. Esta vez estaré aquí, lo prometo.

Kirsten lloró bajo el agua caliente, lloró hasta que se le acabaron las lágrimas. El miedo la estrangulaba y le recordaba que no podía quedarse en esa ducha para siempre. Pronto tendría que salir y enfrentarse a lo que él hubiera planeado para ella.

Se escurrió el exceso de agua del pelo e hizo lo que le había ordenado, envolviéndose el cuerpo con una gran toalla de baño, y abrió la puerta. Creyó haberlo visto sentado a la mesa del comedor, esperándola, pero solo alcanzó a percibir su presencia antes de que volviera la oscuridad. Gritando, volvió al cuarto de baño, pero enseguida él estuvo allí, abrazándola, susurrándole palabras tranquilizadoras y cariñosas al oído, acariciándole el pelo mojado mientras ella sollozaba y temblaba, con los hombros agitados y los dientes rechinando.

Cedió y se dejó abrazar, pues sabía que podía gritar todo lo que quisiera, pero que nadie la oiría; solo conseguiría enfadarle.

La levantó y la llevó hasta la cama, donde la dejó con cuidado. Las sábanas eran como de un satén suave y perfumado que acariciaban su piel. La toalla se le resbaló y trató de cubrirse, pero él la hizo parar y obedecer. Despacio, le quitó la toalla del cuerpo y se quedó mirándola en la oscuridad casi total, que empezaba a disiparse con el amanecer. Luego le puso una venda de seda en los ojos, acallando de nuevo su resistencia.

—Verás que todo está bien —susurró—. Tendrás que confiar en mí.
Cuando ella gritó, el coyote aulló.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

## Una noche fuera

Kay llenó la cafetera con el agua del grifo y golpeó con los dedos la encimera de la cocina, impaciente. Había salido de la cama con las primeras luces del alba, con un torbellino de pensamientos perturbadores arremolinándose en su mente, y no veía la hora de empezar el día.

La noche anterior había empezado bien, con una relajante cena de sobremesa con un colega y amigo del trabajo.

«Sí... claro. Vamos, sigue diciéndote eso».

Ya ni siquiera podía ser sincera consigo misma. Sus sentimientos por Elliot distaban mucho de los típicos sentimientos que tenía o, mejor dicho, no tenía, por ningún otro colega. Por eso se le había hinchado el corazón cuando la detuvo junto a la verja de Granjas Caldwell, por eso se había comportado de forma tan ridículamente juvenil, jugando al viejo juego de «¿Va a arrestarme, detective?» y flirteando de manera descarada con él.

La llevó a cenar una hamburguesa al Hilltop Bar and Grill, el lugar de reunión habitual de los polis. Era tarde cuando llegaron, pasadas las nueve, y ella esperaba no encontrarse con ninguna cara conocida, pero no tuvo esa suerte. Cuando cruzaron la puerta, una pandilla de agentes armados gritó y ella necesitó toda su fuerza de voluntad para no salir corriendo de allí. Un vistazo al rostro de Elliot le dijo que él estaba igual de molesto, e igual de reacio a admitirlo y marcharse. Si lo hubieran hecho, tendrían que haber aguantado demasiados cuchicheos.

Se sentaron en una mesita y, aunque ella esperaba que los agentes encontraran algo mejor que hacer, no fue así. Se iban turnando y le ofrecían bebidas para celebrar su incorporación al equipo, su primer arresto... Aunque ella sabía que no era por eso. Desfilaron solo para cotillear y recoger chismes para los días posteriores. Aun así, controló con cuidado cada uno de sus movimientos, expresiones y palabras, y

un sombrío y visiblemente frustrado Elliot hizo lo mismo, sentado frente a ella como un triste y apenas funcional mudo. Para cualquiera que los viera, eran dos colegas que comían y bebían juntos al final de su larga jornada y que, al parecer, habían acogido a sus otros compañeros en su mesa durante un rato.

Aun así, no creía que pudiera rechazar las invitaciones de los agentes a brindar con ellos sin poner en peligro la dinámica del equipo y su integración como nuevo miembro de la oficina del sheriff del condado de Franklin. Las personas pueden recordar o no las acciones de alguien durante un tiempo, pero nunca olvidan cómo les hizo sentir ese alguien. El rechazo es lo que más duele y el comportamiento más imperdonable e inolvidable.

Aquel trago se había convertido en tres o cuatro, bajo el constante bombardeo de invitaciones de los agentes. El agente Leach pagó una ronda de chupitos de tequila, y ella tuvo que complacerlo, comprendiendo que era un rito de iniciación común en las comisarías de todo el mundo en el que el novato tenía que demostrar su valía en más de un sentido. Se bebió el suyo mientras todos gritaban, y Daugherty pidió dos rondas más, sin rendirse hasta que Kay se hubo bebido las dos, aunque hubiera preferido no tener nada que ver con lo que el agente podía ofrecerle. Se paró junto a su mesa, sin importarle que no lo hubieran invitado a unirse a ellos, y empujó las bebidas hacia Kay como si fuera un hombre con una misión. Tal vez lo era, o tal vez pensó que él podía beber más que ella y, así, avergonzarla para que dejara la comisaría.

Se bebió el segundo vaso bajo su insolente mirada y lo golpeó contra la mesa con una sonrisa maliciosa.

—Si tienes dinero para malgastar, Daugherty, que nos sigan sirviendo chupitos. Podemos hacer esto toda la noche.

Se quedó boquiabierto y se alejó murmurando algo, acompañado por las carcajadas de sus colegas.

—Esa tía puede beber hasta dejarte inconsciente, Daugherty —gritó la agente Farrell, la única mujer del grupo—. Es de los nuestros. Métetelo en esa gorda cabeza que tienes.

Pero a Kay no le importaba el aprecio que recibía, su mente estaba fija en un policía en particular.

Le fastidiaba ver al agente Scott en ese grupo, cuando sabía exactamente quién era: un maltratador, un violento que debía estar en la cárcel. Para empeorar las cosas, se acercó.

—Hola, detective —murmuró de forma casi ininteligible con una voz cargada de desprecio y lujuria. Le ofreció un vaso de chupito lleno hasta el borde, con la mano algo temblorosa, y mientras se lo bebía la observó con una sonrisa que se desvaneció enseguida bajo la mirada de Elliot. Ninguno de sus compañeros parecía saber nada sobre quién era en realidad o, si lo sabían, no parecía importarles. Alguien debía saber que era un hombre violento; el mismo alguien que había enterrado las denuncias de su mujer y luego la había delatado ante él sabiendo muy bien el daño que le haría. Y ese alguien probablemente estaba bebiendo con él, pasándoselo bien, sin pensar en su mujer maltratada.

Mirando de reojo al grupo, rechinó los dientes y murmuró un improperio que habría enorgullecido a un marinero veterano.

—Error mío —dijo Elliot en voz baja. Apenas podía oírlo por encima del jaleo del bar.

—¿De qué estás hablando?

—Traerte aquí —respondió, mirando el tablero de melamina rayado.

Ella sonrió y luego soltó una risita al darse cuenta de que mirarlo a los ojos la ponía aún más nerviosa de lo que ya estaba.

—Bueno, tenía que aceptar, ¿no? —Ladeó la cabeza sin dejar de sonreír, pero entonces recordó que los estaban observando y corrigió su aspecto, dejando que su divertido gesto se marchitara.

—Repitamos mañana —dijo Elliot, mirándola a los ojos—. En otro lugar, lejos, muy lejos. —Su mirada estaba cargada de emociones intensas, lo que la hizo desear no haberse bebido tantos chupitos con los agentes del sheriff para poder descifrar los misterios de aquellos tejanos ojos azules.

Terminaron de comer y se marcharon tras despedirse de los agentes, que vociferaban en círculo de pie mientras Scott bailaba solo en el centro, con unos movimientos obscenos que alimentaban los gritos y vítores de sus compañeros.

Kay siguió a Elliot hasta el aparcamiento, donde ambos vehículos estaban aparcados uno al lado del otro, y sacó las llaves.

—Por favor —dijo Elliot, cogiéndole la mano, y le cerró el puño alrededor de las llaves. El contacto con su cálida piel le produjo un escalofrío por todo el cuerpo, que la calentó a pesar del frío de noviembre—. Déjame llevarte a casa.

—De acuerdo —asintió, y tragó saliva sin saber si era su tacto, las

bebidas o su imaginación la culpable de que le flaquearan las rodillas, de que el corazón le palpitara en el pecho.

Entonces le tiró de la mano, deteniéndolo en su sitio. Él se volvió hacia ella, mirándola con una mezcla de anhelo y preocupación. Lo miró a los ojos un momento, luego su mirada se detuvo en sus labios y, después, en el ala de su sombrero de vaquero. Se imaginó levantando la mano y acercando su cara a la suya, sintiendo sus labios en un beso desesperado y exigente. El alcohol zumbaba en sus oídos, aumentando su coraje, enloqueciendo sus sentidos.

Entonces oyó un fuerte grito procedente del bar y se giró repentinamente. A través de la ventana empañada por el humo, vio al agente Scott bailando sobre la mesa, descamisado, con una camiseta interior sin mangas manchada de sudor.

Muy apropiada.

La realidad la empujó con la fuerza de miles de malos recuerdos. Su padre, volviendo a casa borracho y cachondo, golpeando a su madre, a ella y a Jacob; sus manos agarrando a Pearl, e incluso a ella; la lasciva urgencia en sus ojos, repugnante.

Sin embargo, ahí estaba, borracha, en un aparcamiento, a punto de agarrar a Elliot y besarlo, impulsada por los mismos deseos. La orgullosa hija de su padre.

La bilis le subió a la garganta, y enseguida se arrodilló y descargó el contenido de su estómago junto a la rueda trasera de su todoterreno. Elliot le sujetó el pelo con suavidad y mantuvo la palma de la mano fría sobre su frente para sostenerla mientras ella se agitaba.

El resto de la velada, durante el trayecto a casa en el vehículo de Elliot, lo pasó en silencio, mortificada por la vergüenza, y cómo se las había arreglado para meterse en la cama era todo un misterio. Nunca se había sentido tan humillada en su vida.

Esa mañana, la cafetera se había llenado de agua mientras ella seguía sumida en sus pensamientos.

—Mierda —murmuró, cogiendo la jarra de la máquina, e intentó quitar el agua sobrante. Derramó al menos un tercio sobre la encimera porque las manos le temblaban mucho, quizá por la vergüenza que la invadía, pegada a su alma como una mancha de aceite, o quizá por las lágrimas no derramadas que amenazaban con desbordarse. Luego, intentó colocar la jarra en su sitio, pero ya no parecía encajar. Ya lo había hecho muchas veces, pero la maldita no encajaba.

—Métete ahí, maldita. No sirves para nada, pedazo de mierda

patética —dijo, su voz subiendo con cada palabra que marcaba un nuevo intento de forzar la cafetera, cada nuevo intento más brusco que los anteriores.

—Vaya —dijo Jacob, entrando en la habitación descalzo y con un pijama arrugado y desparejado.

Sobresaltada, se volvió para mirarlo mientras su mano empujaba por error la jarra ofensiva contra el borde de la encimera, haciéndola añicos.

Se quedó mirando los fragmentos esparcidos por el suelo, sosteniendo aún el asa del recipiente roto.

—Joder... —murmuró, cerrando los ojos como para alejar la imagen. Miró a su hermano e intentó disculparse—. Compraré una nueva hoy, lo prometo. Esta ya era vieja...

—¿Estás bien? —preguntó él, cogiendo la escoba y el recogedor, y se acercó a ella.

—No, para —lo instó ella, cogiéndole la escoba de la mano, y le miró los pies descalzos—. Te puedes cortar.

Barrió el suelo con cuidado, recogiendo todos los fragmentos en el recogedor antes de vaciarlo en la basura. Luego humedeció un trapo y lo pasó por el suelo para recoger todas las minúsculas y apenas visibles motas de cristal que pudieran haberse escapado de la escoba.

—Ya está —dijo, volviendo a colocar la escoba en su sitio—. Pero, gracias a mí, no hay café. —Intentó hacer una broma, pero la tristeza de su corazón era demasiado penetrante.

—¿Qué ocurre, hermanita? —dijo Jacob, empujándola suavemente hacia un lado—. Siéntate, ya has hecho bastante —añadió, y ambos estallaron en carcajadas—. Haré algo de café a la antigua usanza.

—Sí, ya he hecho bastante —dijo ella, su risa ya desaparecida, sustituida por lágrimas inoportunas.

—¿Por qué te has despertado hoy con el pie izquierdo?

Se mordió el labio, temerosa de compartir lo que le preocupaba, temerosa de traer miseria y recuerdos indeseados al corazón de su hermano. No se lo merecía. Pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Soy igual que él —soltó refiriéndose a su padre, sabiendo que Jacob la entendería—. Salgo, me tomo unas copas y luego quiero... —Se detuvo, ahogándose con las palabras—. Igual que él... borracho y cachondo, buscando echar un polvo.

La mano de su hermano encontró su hombro y lo apretó con suavidad. Kay se apoyó en él y escondió la cara en la manga de su

pijama.

—Así que después de todo eres humana, hermanita, ¿quién lo diría? —Las palabras de Jacob fueron inesperadamente tranquilizadoras, sin prejuicios—. Y elegiste bien. Ese *ranger* de Texas tuyo es un buen tipo.

—No es un *ranger*, Jake. Es detective. Y es probable que nunca vuelva a salir conmigo.

La sonrisa de Jacob iluminó sus ojos. Se apartó de ella y buscó una botella vacía en el armario, luego procedió a lavarla a conciencia.

—Puede que esto le sorprenda mucho, doctora Sharp, pero los hombres se sienten bastante halagados por la atención femenina, borrachas o sobrias. Si se hubiera especializado en psicología del comportamiento, lo entendería.

Irritada y al mismo tiempo divertida con su sarcasmo, le dio una bofetada en broma, y luego lo vio encajar un embudo en la botella y colocar un filtro dentro, seguido de dos cucharadas de café. Después llenó una olla pequeña con agua y la puso al fuego para que hirviera.

—Vomité en las botas de ese hombre, Jake —confesó, mirando hacia el suelo y sintiendo cómo se le encendían las mejillas.

—Y una taza de este fuerte café te borrará todo ese mal sabor de boca. Dale una oportunidad a tu hermano, ¿quieres?

Esperó a que el agua caliente se escurriera por el filtro, luego retiró el embudo y vertió el café de la botella en dos tazas. Entregándole una, añadió:

—Volverá, ya lo verás.

—No, no lo hará —respondió ella con un largo suspiro—. Para cuando llegue al trabajo, ya lo habrán trasladado de vuelta a Texas o a algún lugar lo más lejos posible de mí.

El primer sorbo le quemó los labios, pero era justo lo que necesitaba. No llegó a tomar otro antes de que sonara su teléfono. Un mensaje del agente Strickland preguntaba por el caso de Nicole Scott.

Tecleó su respuesta tras fruncir el ceño ante el reloj de pared, un simple: «Te mantendré informado».

El día anterior había estado deseando hablar con Nicole, pero, cuando le asignaron el caso, Scott ya había terminado su turno. Si hubiera sabido que pasaría toda la noche en el bar, no habría hecho pasar a Nicole por el calvario de tener que vivir otro día más con ese bastardo.

Pero, esa mañana, Scott tenía que presentarse a las ocho. Si se daba prisa, podría hablar con Nicole antes de dirigirse a la morgue para la

cita de las diez con Bill Caldwell.

Dejó la taza de café sobre la mesa y se levantó, ansiosa por marcharse.

—¿Puedes llevarme? Dejé mi coche en el bar.

Como un auténtico borracho.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

## Delincuente

A unos cien metros al sur de la residencia de Scott, una cuadrilla de trabajadores estaba reparando una fuga en la tubería principal de agua. Varios camiones estaban aparcados en las inmediaciones, y una excavadora perforaba el suelo casi helado para llegar hasta la tubería responsable, que rebosaba sobre el asfalto en riachuelos de barro parduzco.

Kay metió su todoterreno entre dos camiones y enseñó su placa a un curioso trabajador que se dirigía hacia ella.

—Dejaré esto aquí un rato —dijo.

El trabajador asintió con la cabeza y enseguida se dio la vuelta, ocupándose de sus asuntos.

Caminó por el lado opuesto de la carretera mientras comprobaba si alguien podía percatarse de que se acercaba a la residencia Scott. Cruzó con rapidez, luego trotó de puntillas hasta el camino de entrada y tocó el timbre.

La puerta se abrió unos centímetros y una mujer la miró con desconfianza.

—¿Sí?

Kay mostró su placa discretamente.

—¿Nicole Scott? El agente Strickland y el FBI de San Francisco me envían a hablar con usted. Soy la doctora Sharp. ¿Puedo pasar?

Nicole asintió rápidamente, lanzó un par de ojeadas preocupadas a derecha e izquierda y abrió la puerta.

—Que sea rápido —dijo, apartando la mirada.

Su ojo izquierdo casi se había curado, pero hacía unos días debía haber estado amoratado e hinchado. Tenía el labio agrietado e inflamado, esa herida era más reciente. Su ceja derecha presentaba una pequeña cicatriz, a lo largo de la línea donde habría recibido el golpe, cuya piel rota había requerido al menos tres puntos de sutura en algún momento del pasado.

Avergonzada, se acobardó ante la mirada inquisitiva de Kay y se alejó.

—Puede sentarse ahí. —Señaló el sofá cubierto con una manta desgastada—. Dese prisa, por favor; podría volver en cualquier momento.

—Hoy está trabajando —respondió Kay en tono tranquilizador.

—¿Cómo lo sabe?

Kay alargó la mano y cogió la de Nicole.

—He sido agente especial del FBI desde durante ocho años y me han asignado su caso. Ahora soy detective aquí, en Mount Chester…

Nicole gimoteó y se retiró, dándole la espalda a Kay.

—No… Me lo juró.

—Y mantiene su palabra, Nicole. Se lo prometo. No tengo relaciones aquí; he empezado a trabajar hace una semana. —Esperó, pero Nicole seguía sollozando, de espaldas a Kay, con la cara enterrada entre las manos—. Estoy con usted, lo juro.

No presionó a Nicole; le dio tiempo para procesar sus emociones y decidir si confiar en ella o no. Mientras esperaba, los recuerdos de su madre, agazapada en el suelo mientras luchaba por escapar de los puños implacables de su padre, invadieron su mente e hincharon su pecho con una rabia como nunca antes, quemando sus ojos con las lágrimas que había retenido desde que tenía doce años.

Dicen que todas las familias felices lo son por igual, pero que todas las familias desgraciadas lo son cada una a su manera. Tal vez fuera cierto, pero todos los hombres maltratadores eran iguales, dejaban tras de sí un rastro de dolor y sufrimiento que nunca terminaba, y se salían con la suya durante demasiado tiempo.

Cuando Nicole se dio la vuelta, moqueó y se secó los ojos con la manga mientras su otra mano se posaba protectora sobre su vientre. A Kay le dio un vuelco el corazón.

—¿Está embarazada? —preguntó, tratando de eliminar la preocupación en su voz.

Nicole asintió.

—De casi cuatro meses.

—¿Él lo sabe?

Una nueva lágrima rodó por su mejilla, pero se la secó con los dedos.

—No le importa.

¿A dónde podía ir una mujer en la situación de Nicole? Si hubiera

estado en San Francisco, podría haberla enviado a una de las varias organizaciones que ayudan a las mujeres maltratadas a escapar de los abusos, al tiempo que construyen una nueva vida para ellas y sus hijos. Pero allí, en Mount Chester, una ciudad de 3 824 habitantes, incluida ella misma, ¿a dónde podía ir? Cualquier momento que pasara con su marido podría resultar fatal.

—Dígame, ¿con quién ha hablado en la oficina del sheriff?

Nicole miraba por la ventana por detrás de los visillos, preocupada; cada ruido la sobresaltaba como a un ciervo pastando en un claro, a la espera de convertirse en presa.

—Al principio, escribí una carta y la llevé allí yo, en persona; la dejé en recepción en un sobre cerrado. Estaba dirigida al mismísimo sheriff Logan. —Un estremecimiento la sacudió y recuperó el aliento —. Fue hace un año, creo —añadió, rodeándose el cuerpo con sus delgados brazos, como si la habitación se hubiera vuelto insoportablemente fría—. Esa tarde, cuando Herb volvió, llevaba la carta consigo. —Se ahogó con sus propias lágrimas—. No se lo imagina —gimoteó—. En el hospital dijo que me había caído por las escaleras del sótano para explicar las costillas rotas y esto —añadió, levantándose la manga del jersey, y le mostró a Kay una larga cicatriz que le cruzaba el antebrazo.

Kay escuchó, recogiendo con atención todos los detalles que pudieran ayudarla a identificar quién era la otra persona, la que había delatado a Nicole ante su marido. Llegaría un día, no lo bastante pronto, en el que con gusto le pondría un par de esposas a ese lamentable bastardo.

—Eso me mantuvo callada durante un tiempo —continuó. Su voz sonaba cansada, agotada, cada palabra le pasaba factura—. Ir al hospital lo asustó un poco, y mejoró. —Hizo una pausa—. Siempre se disculpaba, me decía que me quería, y yo le creía. En ocasiones, era culpa mía. —Se secó otra lágrima y miró un instante a Kay—. A veces, meto la pata —añadió, sonando culpable, arrepentida.

—Nadie mete la pata tanto como para merecer algo así, Nicole —dijo Kay con firmeza—. Ningún ser humano merece ser tratado así, haga lo que haga.

La mujer miró a lo lejos, mordiéndose la uña del dedo índice.

—Pero luego la cosa volvió a ponerse fea y envié una carta por correo, también al sheriff —continuó, con la voz cargada de sentimientos contradictorios—. Volvió esgrimiendo esa carta un par de

días después, y me castigó por destruir su reputación profesional. Y... Ya sabe... Tenía razón. Pero no pude soportarlo más.

Antes de que Kay pudiera contestar, pasó un coche por la carretera, y Nicole se sobresaltó y corrió hacia la ventana para mirar fuera.

—¿Haría algo por mí? —preguntó Kay. Nicole asintió, con los ojos abiertos y las pupilas dilatadas—. Siéntese conmigo aquí, en el sofá, cierre los ojos y visualícese en esa cama de hospital, hace un año. —Ella obedeció, moviéndose despacio, vacilante. Kay le cogió la mano y la sostuvo entre las suyas—. Ahora, imagine lo que le diría a la Nicole de entonces, la que sangraba y estaba dolorida, la que no podía respirar porque tenía las costillas rotas.

Su rostro se contrajo y se lamentó, dejando escapar un grito gutural y profundo que sacudió todo su ser, y terminó emitiendo fuertes sollozos. Cuando se calmó lo suficiente como para hablar, susurró, sus palabras llevadas en una respiración entrecortada:

—Le diría... Aguanta... Sobrevivirás. Algún día serás libre.

Kay le apretó los dedos congelados.

—Exacto. ¿Está preparada para tomar las riendas de su vida?

Nicole la miró boquiabierta.

—No puedo... Me matará.

—¿Ha hablado con el sheriff en persona sobre esto? —preguntó Kay, conteniendo la respiración y esperando que su jefe no estuviera entre la escoria de la comisaría.

—Nunca me atreví... Herb siempre bebe con todo el mundo, incluido el sheriff, y es el mejor amigo de todos. Por eso contacté con el FBI. No sabía a quién más llamar. —Una oleada de tristeza la sacudió de nuevo—. Me matará si se entera, lo sé.

Kay se levantó y rodeó con el brazo los delgados hombros de la mujer.

—Se enterará en algún momento, pero, cuando lo haga, tendrá las esposas puestas y no podrá hacer nada al respecto.

Moviéndose para liberarse de su abrazo, Nicole se echó hacia atrás.

—No puedo testificar, por favor, no me obliguen. Saldrá en un par de años y vendrá a por mí. Me matará, juro que lo hará.

Kay dudó. ¿Cuáles eran en realidad sus opciones? Si Nicole no testificaba, poco podía hacer.

—Podríamos citar su historial hospitalario, obtener el testimonio de otras personas que hayan presenciado los abusos o las marcas en su cuerpo. —Cuanto más hablaba, más negativa se mostraba Nicole,

sacudiendo la cabeza y retrocediendo hasta chocar con la pared—. O presentaremos pruebas y se declarará culpable. Parte de ese acuerdo será no volver a hablar con usted, no buscarlos a usted ni a su hijo y no acercarse a usted a menos de treinta metros. —Kay miró a Nicole, deseando poder transmitirle lo personalmente comprometida que estaba a mantenerla a salvo. Sentía como si estuviera protegiendo a su madre de su padre, todos esos años atrás. Se sentía vengativa y justa al mismo tiempo—. Aceptará el trato; se lo prometo. —Sonrió y vio que los hombros de Nicole se relajaban un poco—. No tendrá elección.

Pasó otro coche y ella tuvo la misma reacción: se precipitó hacia la ventana, con la mano en el pecho, jadeando, muerta de miedo. Una furgoneta de reparto de *pizzas* aminoró la marcha y se detuvo en la casa de enfrente.

—Venga conmigo hoy, Nicole. La llevaré a un lugar seguro, donde nunca la encontrará.

—¿A dónde? —preguntó—. No hay tal…

—A mi casa —respondió Kay—. Puede quedarse allí el tiempo que necesite, hasta que lo encerremos y pueda rehacer su vida. Pero tenemos que irnos ya.

Nicole la miró durante un largo momento, sopesando sus opciones.

—Vendrá a por mí furioso —susurró, empezando a recoger algunas cosas. Luego se detuvo y miró a Kay con los ojos llorosos de nuevo—. Pero… gracias… Nadie había hecho algo así por mí antes.

Unos instantes después, salieron de la casa cargadas con una bolsa de lona con algunas mudas de ropa y artículos de aseo, y caminaron a paso ligero hasta el todoterreno de Kay. Después, tras veinte minutos de viaje, Kay presentó a Nicole a Jacob y puso a su hermano al corriente. Le hizo jurar que guardaría el secreto y aseguró a una Nicole asustada y tímida que él moriría antes de permitir que le hicieran daño.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

## Por la mañana

## Hace cuatro días

Era de día cuando por fin se fue.

Los rayos del sol entraban por la ventana, se filtraban entre las ramas de los árboles y enviaban destellos danzantes de luz y sombra a la pared mientras el viento agitaba el bosque.

Se tumbó de lado, acurrucada, aún gimoteando, temblando, con todo el cuerpo dolorido. El frío volvía a instalarse en la casa, como ya sabía que ocurría en su ausencia, como si su presencia fuera la única forma de tener luz y calor. Como para enseñarle a esperarlo con impaciencia, a considerarlo un cuidador y no el monstruo que en realidad era.

A la luz del sol moteado, las sábanas de satén brillaban. Su tejido, exquisito, contrastaba con la casa sumida en el desorden, con los muebles cubiertos de polvo y las anticuadas instalaciones. Los ojos de Kirsten se detuvieron en las manchas de sangre que salpicaban las sábanas color crema, y el recuerdo de aquel momento hizo que un escalofrío recorriera todo su ser.

Él había prometido que volvería pronto y que la liberaría. Ella creía la primera promesa, y solo deseaba que la segunda también fuera cierta.

«Por favor, que sea verdad».

Pero ella no iba a quedarse ahí, esperando a que él regresara. No era otro objeto de su propiedad que él había dejado en algún lugar, entre otras piezas olvidadas por el tiempo, lista para que el polvo se asentara sobre ella hasta que él quisiera volver a jugar con su cuerpo. No se había escapado de casa para eso. No era para eso por lo que no se había pasado por el hospital, en un intento más de contarle a su madre lo que estaba sucediendo.

Quizá esa vez la hubiera creído.

Si se hubiera arriesgado y le hubiera pedido a su madre que viera los restos de polvo blanco que quedaban en su abdomen, la habría creído y se la habría llevado a un lugar seguro, donde su padrastro no tuviera las llaves de la puerta de entrada.

Se acurrucó más, abrazándose las rodillas y enterrando la cara en la almohada.

—Oh, mamá, lo siento mucho —gimoteó, mientras sus pesados ojos liberaban su carga.

Pronto se le secaron las lágrimas; al fin y al cabo, era una chica lista y, si había alguna forma de salir de aquel infierno cubierto de polvo y abandonado, la encontraría.

Primero, quería librarse de su hedor. Una ducha rápida se encargó de eso, a pesar de la repulsión que sintió al usar el mismo gel y champú de lavanda que él le había exigido utilizar. Se secó el pelo rápido, se lo recogió en una coleta y se vistió.

Era el momento de explorar su prisión, de conocer cada uno de sus detalles, y si no podía escapar de ella, tenía que encontrar la manera de hacerla más soportable.

Recordó que el frigorífico y el microondas aún tenían electricidad. Abrió la puerta de la nevera y celebró su débil luz cogiendo un par de lonchas de jamón, que devoró en un instante. Luego sacó la nevera de su sitio, gruñendo por el esfuerzo, y dejó al descubierto un trozo de suelo cubierto de polvo espeso y una toma de corriente libre.

Probó la toma de repuesto colocando el enchufe de la nevera. El motor volvió a arrancar. Volvió a colocar el enchufe en el zócalo superior como lo había encontrado y luego movió el frigorífico a su sitio, con cuidado de no dejar ningún rastro de polvo o suciedad removidos. Cuando volviera la noche, podría desenchufar una de las lámparas de mesa y colocarla allí, junto a la nevera, y tendría luz.

Luego, encendió la estufa, feliz de ver que se calentaba, poniéndose roja. Sonriendo, subió la potencia al completo y se pasó unos instantes frotándose las manos, sintiendo que la sangre empezaba a fluir de nuevo.

Después comenzó a explorar las habitaciones, una por una.

Su primera parada fue el dormitorio que acababa de dejar, uno de los más pequeños de la casa.

Intentó abrir la ventana, pero no cedió. Era una vertical de dos hojas, y la inferior debería haberse deslizado hacia arriba, pero no se movió. Tampoco tenía cerradura, y al pasar los dedos por todo el

marco no vio nada que pudiera agarrar, desbloquear o utilizar para abrirla. Golpeó el cristal con ambos puños y, más tarde, con la pata de metal cepillado de la lámpara que había cogido de la mesilla de noche, pero nada pudo romper aquella ventana. Ni siquiera sonaba a cristal cuando lo golpeaba o arañaba con las uñas.

Con un largo y doloroso suspiro, renunció a la ventana y siguió adelante. Al abrir los armarios, encontró faldas, tops, camisas, jerséis y pantalones, la mayoría de ellos perfectos para su cuerpo. Sin embargo, no parecían pertenecer a la misma mujer.

O chica.

Los estilos eran muy diferentes, al igual que la calidad del tejido y las marcas de las etiquetas. Desde tiendas baratas hasta Neiman Marcus, desde ropa nueva hasta desgastada, en el armario había de todo.

Los zapatos que sacó del pequeño armario del pasillo confirmaron sus sospechas. En ellos no solo variaban la calidad y el nivel de desgaste, sino también la talla. Temerosa de sacar la única conclusión lógica posible, eligió un par de zapatillas que le quedaban bien y procedió a buscar unos calcetines para acompañarlas.

La ropa interior estaba en el gran cajón de la cómoda del primer dormitorio. Había de seda, de encaje, de algodón, muy femenina, cutre y elegante. Con dos dedos, cogió un par de bragas del montón y las olió con cautela. Estaban limpias, los únicos olores que podía percibir eran los del detergente y el suavizante. Se las metió en el bolsillo, deseosa de quitarse las que llevaba y ponerse unas limpias, al menos hasta que las suyas se secaran después de lavarlas. El último cajón reveló un tesoro de calcetines emparejados. Se puso un par, agradecida de mantener el frío a raya aunque fuera un poco y no sentir las frías tablas del suelo bajo sus pies descalzos.

Un ruido en el exterior hizo que su corazón se detuviera durante un momento, antes de golpear salvajemente contra su pecho. Corrió hacia una ventana y escudriñó el exterior, pero nadie entró en la casa. Debió ser un pájaro que se posó en el tejado o una rama de árbol que arañó el revestimiento.

Aún no había vuelto. Aún tenía tiempo.

Con cuidado, como si esperara encontrar a alguien allí dentro, abrió la puerta del dormitorio principal y se asomó al interior. La cama extragrande estaba arreglada, con un edredón de seda e innumerables cojines, ordenados por tamaños, acogedores y exuberantes. Tocó la

cubierta y luego se frotó los dedos, sintiendo las partículas que se habían adherido a su piel.

Polvo.

Hacía años que nadie dormía en esa cama.

Encima del cabecero, una foto enmarcada mostraba a una pareja el día de su boda en un retrato realizado por profesionales. El hombre era alto y orgulloso; su sonrisa, audaz, tranquilizadora. La mujer era hermosa, y le recordaba un poco a su captor. Tenía los mismos ojos, la misma boca y la misma barbilla obstinada marcada con un pequeño hoyuelo. Era joven en esa foto, veintitantos. La casa en la que Kirsten estaba prisionera debía ser de ella y su marido. Era la casa de la infancia de su captor.

La ropa de mujer y de hombre de los armarios coincidía con las figuras que había visto en el retrato, y estaba pulcramente organizada, como si nadie hubiera tocado una sola prenda desde que las dos personas que habían dormido en aquella cama se habían mudado. ¿Por qué habían dejado atrás todo su vestuario? ¿Quién conservaría una casa así, atrapada en el pasado como una antigüedad, y a la vez la dejaría deteriorarse?

¿O no había ocurrido así?

Las ventanas eran nuevas e irrompibles, y todas las luces se accionaban con el mando a distancia que su captor guardaba en el bolsillo. El hombre tenía medios para mantener la propiedad de cierta manera, y toda la podredumbre que había permitido que apareciera debía haber sido a propósito.

La tercera habitación parecía haber pertenecido a un chico, basándose en la ropa que encontró, en las sencillas sábanas de algodón y en la falta de cojines en la cama. El chico había disfrutado leyendo los clásicos —como demostraban los innumerables títulos colocados en las estanterías—, había practicado deportes universitarios y había sido fan de grupos de *rock and roll* de los ochenta. Pero lo más importante era que la ventana del dormitorio era igualmente irrompible.

Estaba atrapada.

De solo pensarlo, se le hizo un nudo en el estómago y expulsó el aire de sus pulmones mientras el pánico se apoderaba de su cuerpo. No podía pensar en lo que le depararía el futuro; apartó de su mente ese pensamiento y las preguntas que lo acompañaban, dispuesta a respirar y aceptar que no podía huir. No en ese momento.

Resignada, fue al salón y se acurrucó en el sofá, mirando al exterior a través del ventanal, ahora bañado por la luz del sol. Había intentado obsesivamente no pensar en lo que significaba todo aquello, alejar el horror de sus descubrimientos, pero sus pensamientos acelerados ya no se silenciarían.

¿Dónde estaban todas esas chicas que se habían dejado la ropa y los zapatos?

Entonces la cruda realidad de sus circunstancias la golpeó como un puñetazo en la boca del estómago.

Nunca iba a dejarla marchar.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO

## Identificación

El tiempo se había pasado volando, a pesar de los esfuerzos de Kay por ir a contrarreloj y estar en la morgue antes de la llegada de Bill Caldwell. Esperaba poder hablar un par de minutos con el doctor Whitmore, los dos solos, para averiguar qué había pasado con el ADN de Rose Harrelson. ¿Había algo más? Un recuerdo fugaz del inusual comportamiento de los Caldwell la noche anterior le hizo fruncir el ceño cuando entró en el aparcamiento del depósito y estacionó justo al lado de un sedán de lujo que debía ser de Bill Caldwell.

Aspiró una última bocanada de aire fresco justo antes de abrir la puerta y entrar en la morgue. En la recepción, las luces eran tenues y el aire no apestaba tanto a formaldehído y muerte. Una ayudante de laboratorio se movía inquieta, paseándose de un lado a otro entre la puerta de la sala de autopsias y el mostrador de recepción, visiblemente incómoda con su tarea, que, al parecer, consistía en entretener a Bill Caldwell hasta la llegada de la detective. En cuanto reconoció a Kay, soltó un sonoro suspiro de alivio.

—Bien, ya está aquí —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos de la bata, dejando fuera solo los pulgares en un gesto bastante habitual entre el personal médico.

Bill Caldwell —que estaba sentado en una de las sillas alineadas contra la pared, apoyado en el respaldo, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados— se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre ella, con ojos oscuros y amenazadores.

—Por fin está aquí —dijo, con voz grave, amenazadora—. Esperaba que al menos fuera puntual —añadió, clavando en ella su mirada furiosa—. Sobre todo desde que ni siquiera puedo ver a mi propia hija sin que haya un policía presente.

—Le pido disculpas por mi tardanza, señor Caldwell —dijo, sabiendo que no debía enfadarse por la justificada frustración de un padre de luto—. Es el procedimiento que tenemos que seguir. Ahora,

si me disculpa, voy a confirmar que todo está listo con el doctor Whitmore y podremos proceder con la identificación.

No esperó a que él respondiera; cruzó corriendo las puertas de la sala de autopsias y encontró al forense apoyado en un taburete de cuatro patas frente a su escritorio, con la alta frente cobijada en la palma de la mano.

Su repentina intrusión lo sobresaltó y, hasta que se percató de la realidad, pareció perdido durante un breve instante, como si hubiera ido cuesta abajo sin poder detenerse.

—N-no puedo explicarlo —susurró, derrotado, saltándose los saludos habituales—. Estudié los datos durante toda la noche, intentando construir escenarios que pudieran explicar lo ocurrido, y no hay ninguno.

Kay asintió con la cabeza, en silencio, sabiendo cuánto podía pesarle al reputado forense un error como ese, y cuánto pendía de un hilo para él, después de cuarenta años encorvado sobre las mesas de autopsias. Si no se podía explicar el fallo en la identificación de Alyssa, se arriesgaba a que se reabrieran todos sus casos, se examinara todo su trabajo y todos los delincuentes que había ayudado a encarcelar utilizando pruebas de ADN o pruebas forenses, y que estos tuvieran nuevos motivos para apelar.

—Hagamos las cosas de una en una —dijo ella, cogiéndole la mano, y tiró suavemente de ella. Él se levantó con un gemido cansado, con la cabeza baja por el peso de la vergüenza—. Vamos a terminar esta identificación y luego volveremos atrás. Lo miraremos todo juntos, una vez más, y lo solucionaremos de alguna manera. Tiene que haber una explicación lógica para este lío, y la encontraremos. —Se detuvo un momento justo antes de llegar a las puertas batientes de la sala de autopsias y bajó la voz a un susurro—. Creo en ti, en tu trabajo. He visto lo riguroso que eres, lo disciplinado, organizado y meticuloso. Sea cual sea la explicación a este lío, tú y yo, doctor, la encontraremos.

El hombre le lanzó una larga mirada llena de preguntas y dudas. Entonces sus ojos se desplazaron muy ligeramente y ella creyó descifrar un agradecimiento tácito y un atisbo de sonrisa que arrugó las sienes de su rostro cansado.

Le apretó la mano una vez más, salió de la habitación y se detuvo frente a Bill Caldwell, cuya paciencia se estaba agotando.

—Si puede seguirme, señor —dijo Kay, y se dirigió hacia una

pantalla en la que aparecía el logotipo del condado. Al otro lado de la pared, una cámara apuntaba a la cara de Alyssa, que llenaría esa pantalla, lista para ser encendida. El forense había colocado el cuerpo de la niña sobre una mesa y lo había dispuesto para que lo viera la familia, envuelto en una sábana blanca que le llegaba hasta la barbilla y que cubría casi por completo la profunda laceración descolorida que había acabado con su vida. Una cosa era que un padre supiera que habían asesinado a su hija degollándola y otra muy distinta, verlo con todos los detalles. La imagen de aquello atormentaría las pesadillas de Bill Caldwell durante años, manchando cada recuerdo que tenía de su hija; su psique conmocionada sería incapaz de aferrarse a los buenos recuerdos y erradicar el único que ardería para siempre en su mente.

Golpeó el marco de la puerta y la pantalla se activó, dejando a la vista la cabeza de Alyssa.

Kay observó la respuesta de Caldwell, atenta a cualquier reacción que pudiera decirle algo, cualquier cosa, sobre la confusión del ADN o sobre su implicación en la muerte de su hija. Pero él se limitó a mirar la imagen, con los puños apretados con fuerza, los nudillos crujiendo, los músculos tensándose a lo largo de su mandíbula.

—Quiero verla —insistió—, no así. Quiero tocarla, cogerle la mano.

Sin saber cómo proceder, Kay levantó la vista hacia el monitor, provisto de una cámara y un micrófono que grababan la identificación formal. Obviamente, el doctor Whitmore había oído la petición, porque abrió la puerta de la sala de autopsias, invitándolo a pasar.

Bill Caldwell entró en la estancia con la cabeza alta y los puños pegados al cuerpo, como si se dispusiera a luchar contra un agresor invisible. Se acercó a la mesa donde yacía su hija y la miró a la cara, con los ojos secos y la boca en una fina y tensa línea. Luego cogió la sábana y la despegó con un gesto rápido, dejando al descubierto toda la parte superior de su cuerpo. No se inmutó al ver su herida, ni tocó su piel, ni acarició su rostro para despedirse. Con la expresión grabada en piedra, se volvió hacia el doctor Whitmore y le dijo:

—Esta es mi hija, Alyssa. ¿Es esto lo que necesita que le diga?

El doctor Whitmore asintió, anotó la hora de la identificación formal en un formulario y luego le entregó el portapapeles para que lo firmara. Caldwell lo cogió y firmó con una violencia tal que casi rasgó el papel bajo la punta de su bolígrafo.

—Ya está —dijo, sosteniendo el portapapeles en el aire, esperando que alguien se lo quitara.

Kay se acercó y lo agarró, asintiendo con la cabeza.

—¿Está completamente seguro? —Ella vio el brillo de rabia en sus ojos y enseguida le ofreció una explicación—. No sé si recuerda que hubo un problema con el ADN de una chica desaparecida...

—¡Ustedes me van a volver loco! Tome —gritó, arrancándose unos mechones de pelo de la cabeza, y los dejó caer sobre la sábana blanca que aún cubría parte del cuerpo de la chica—. Tome esto y tendrá su maldita prueba. Era mi hija, estúpidos y despreciables despistados.

El doctor Whitmore cogió una bolsa de pruebas y unas pinzas, y recogió los cabellos de la sábana.

—¿Sería posible acceder también al ADN de su mujer? —preguntó Kay, imperturbable. Si él estaba jugando duro, ella también podía. El ADN de ambos progenitores ayudaría a despejar el velo de confusión que rodeaba al ADN de Rose Harrelson en los registros.

Caldwell se volvió hacia ella y la miró con las pupilas dilatadas y el rostro contraído por la rabia.

—No se acercará a mi mujer moribunda. ¿Me oye?

—Pero, señor, considerando...

—¡Ni una palabra más! —bramó, cortando a Kay—. Ni siquiera le he dicho que han asesinado a Alyssa; eso la mataría en el acto. Sus patéticos esfuerzos por limpiar las secuelas de su incompetencia no me conciernen, ¡y no valen la vida de mi mujer!

La cara de Bill Caldwell se encontraba cerca de la de Kay; su aliento le quemaba la piel, pero ella no se inmutó, no retrocedió ni un centímetro. Le sostuvo la mirada, inflexible, aunque al mismo tiempo admitió que su reacción era de entender. Cualquiera en el lugar de Caldwell habría reaccionado igual, dadas las circunstancias.

Fue el primero en apartar la mirada, aunque fuera por un breve instante.

—¿De verdad cree que no sé quién es la madre de mi hija? Compruebe los registros del hospital, por el amor de Dios. Haga su trabajo, detective; investigue.

Se dio la vuelta para irse, pero Kay se interpuso en su camino.

—Tengo otra pregunta, si me permite.

Él gruñó y ella asintió.

—Gracias —susurró, mientras se daba la vuelta, cogía una bolsa de pruebas de la mesa y se la enseñaba—. Su hija llevaba este medallón cuando murió.

—¿Y? —preguntó él, apenas echando un vistazo al collar.

—Es un simple trozo de madera en una cadena de plata, algo que llevaría un niño —dijo ella, dándole unos segundos, pero él permaneció en silencio, con el rostro arrugado, aparentemente confuso—. Algo que llevaría un niño pobre, no alguien como su hija.

—Ah —reaccionó él, metiéndose las manos en los bolsillos—. Eh, su madre se lo hizo cuando era pequeña. Por eso lo llevaba.

Hubo un atisbo de vacilación en su voz al pronunciar las palabras, y Kay se preguntó a qué se debería. ¿Qué podría estar ocultando? ¿No era su madre quien había hecho el medallón? A Kay le pareció intrascendente, pero, si había considerado necesaria la mentira, tal vez había algo que valía la pena explorar. Algo que, potencialmente, se convertiría en una pista.

—Si no hay nada más —dijo el señor Caldwell, dándose la vuelta para marcharse, pero Kay le tocó el codo con los dedos. Él se quedó inmóvil y volvió a mirarla—. ¿Y ahora qué, detective? Ya le he dicho que es mi hija la que yace en esa mesa. Ya le dije quién lo hizo. ¿Qué más quiere?

Obviando la bomba que acababa de lanzarle, ella respondió:

—¿Por qué sospecha que su hermana o su hijo la mataron?

—No tengo ninguna duda —replicó fríamente, hablando rápido, sus palabras disparándose como balas de una pistola automática—. Mataron a Alyssa. Mi hermana, Blanche, o su hijo, Dylan, o ambos. Tenían el motivo y los medios. En cuanto a cómo lo hicieron, en mi familia todo se ha comprado y vendido durante generaciones.

Kay enarcó las cejas.

Si no hubiera presenciado ella misma la escena la noche anterior, no se habría sorprendido tanto. No podía creer que Caldwell hubiera dado marcha atrás, acusando de nuevo a su hermana. Después de deshacerse en brazos de la mujer, después de unir su frente a la de ella en un gesto que Kay no había olvidado desde que lo vio.

—¿Qué motivo podrían tener? —preguntó; la palabra «heredera» resonaba en su mente, con la voz de Carole Caldwell.

—La finca —respondió, cerrando los ojos durante un breve instante —. Hace muchos años, mi madre decidió dirigir la empresa familiar como una monarquía. No hay reparto equitativo de bienes ni poder de decisión entre hermanos. El hijo mayor lo hereda todo y dota al resto como mejor le parezca. He pagado su locura con mi hija —añadió, rechinando los dientes al pronunciar las palabras—. Dylan es el siguiente en la línea sucesoria y decidirá el destino de todo el negocio

cuando se haga cargo. Al ser su madre, la autoridad de Blanche ahora excede la mía. —Se detuvo y miró a Kay a los ojos—. Y por eso, detective, merece la pena matar.

«Tiene sentido en cierto modo, aunque retorcido», pensó Kay, recordando que los dos hijos menores de Carole habían optado por distanciarse del negocio. Despojados de sus derechos, debieron optar por lo único que podían hacer: marcharse. Pero ¿por qué se había quedado Blanche? ¿Había algo de cierto en las sospechas de Bill Caldwell sobre su hermana y su hijo?

—Señor Caldwell, tengo que preguntarle —dijo Kay, lanzando una rápida mirada al doctor Whitmore para ver si prestaba atención—, ¿de qué tipo de finca estamos hablando?

Él llenó sus pulmones de aire y luego lo dejó salir despacio, probablemente pensando cuánto revelar.

—Granjas Caldwell posee más de cuarenta mil acres de tierras de labranza, varias bodegas, un molino de grano, unos veinte mil acres de bosque para su explotación, un aserradero y un negocio de venta y alquiler de maquinaria agrícola. —Se detuvo un momento, como dándose tiempo para asimilarlo todo—. ¿Qué le parece el motivo ahora?

No esperó a que ella le contestara y salió de la sala de autopsias sin ni siquiera mirar por última vez a su hija.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

## Recuerdos

Pensar en Kirsten —por fin le había revelado su nombre— lo mantuvo activo durante el sombrío e interminable día.

El sol ya había comenzado a descender y pronto la casa quedaría envuelta en la oscuridad, agudizando sus sentidos y preparándola para su llegada. Tendría frío, temblaría, sería vulnerable y estaría asustada, acurrucada en el sofá, tapada con la vieja manta, esperándolo. Anticipando el roce de sus manos por su cuerpo. Temiéndolo, y al mismo tiempo, deseando que llegara, para cuidarla, para hacerla fuerte.

Y, sin embargo, seguía suspirando por ella, la primera chica que su carne había conocido, el único amor de su vida. Su Mira.

Cerró los ojos un instante y su recuerdo le llenó la mente, un fantasma bienvenido, efímero como la perfección evanescente de un copo de nieve justo antes de derretirse, intocable y distante como las nubes en el cielo; pero ahí, presente, vívido en sus sueños, noche tras noche.

Aún veía sus ojos, redondos de inocencia, su esbelto y tembloroso cuerpo, frío y anticipador, y temeroso y deseoso al mismo tiempo, lleno de deseos que no tenían nombre. Allí, en plena oscuridad, él la había alcanzado con ambos brazos y ella se había plegado, envolviéndose alrededor de su cuerpo como una enredadera en flor, haciéndose más fuerte y más hermosa una vez unidos. Él se había convertido en su fuerza interior, su apoyo, la esencia que ponía la fragancia en su floreciente feminidad. Mientras que ella, su Mira, como le gustaba llamarla, se había convertido en toda su razón de vivir. Era su maravilla, su océano sin límites, siempre tranquilizador, su propio milagro.

Al recordar sus noches de felicidad, momentos robados de puro júbilo y alegría sin fin, se negaba a abrir los ojos, temiendo que la luz del día se colara y desintegrase el frágil tejido del preciado recuerdo.

Cuando ella formaba parte de su vida, todo tenía sentido. Los dos tenían el mundo abierto ante ellos, como si fuera un catálogo de venta por correo, con todo lo que podían desear ya perteneciéndoles, al alcance de la mano, fácil de conseguir si estaban juntos. El amor que compartían tenía un efecto sinérgico en ambos. Ella había sacado fuerza y valor de él, y se estaba convirtiendo en una belleza de infarto, inteligente, poderosa y amable. Él había tomado su cariño y había llenado su corazón, inspirado e impulsado a alcanzar la grandeza, un anhelo primitivo de llevar una ofrenda a sus pies y hacer que se sintiera orgullosa.

En los raros momentos en los que no pensaba en ella, daba gracias a los dioses por su increíble fortuna de haberla descubierto, de tenerla en su vida, de poder susurrar su nombre en mitad de la noche mientras ella se revolvía dormida, envuelta en sus brazos, y a él le hervía la sangre de deseo.

Mira.

Su asombrosa Mira.

Pero entonces ella lo traicionó. Dos veces.

El vacío que había dejado atrás era crudo y hueco, manchado de sangre y colmado por el olor de la muerte, tan atroz como un matadero, tan triste como un marinero perdido en el mar, que nunca volvería a la orilla, que nunca volvería a conocer su hogar.

Después de ella, su primer amor, nadie había conseguido acercarse a su corazón.

Había estado buscando, intentando, desesperado, llenar el vacío que ella había dejado tras de sí, ferozmente frenético por hacer desaparecer el dolor y borrar para siempre su nombre de su dolorida memoria.

El día en que el destino había puesto en su camino a la primera chica, perdida, vagando sin rumbo, una joven fugitiva a la que nadie echaría de menos, pensó que los dioses la habían enviado en respuesta a sus plegarias. La había llevado a casa y se había esforzado al máximo. Era joven e inocente, estaba asustada y fue un placer poseerla, pero no era ella. Y nada de lo que aquella chica hiciera o dijera podría cambiar eso.

Al cabo de unos días, se cansó de sus lágrimas interminables, sus lloriqueos y sus miedos. Le hastiaba, y eso le hacía sentirse frustrado y amargado. Mientras su cuerpo yacía tenso a su lado, temeroso de moverse y desesperado por mantener la distancia como si su piel la

quemara, él estaba despierto, con los ojos fijos en el techo que había sido testigo de tan increíble amor.

Esa chica no merecía estar allí… Tenía que irse. Su presencia era un insulto a la memoria de Mira. Tal vez hubiera otra ahí fuera que llenase el vacío, una que abrazase el amor que él tenía para dar, una que nunca lo traicionara. Pero sabía que nunca podría dejar marchar a la chica, a pesar de sus promesas llenas de lágrimas; en el momento en el que quedara libre, correría hacia el primer policía y haría que lo encerraran entre rejas como a un animal.

No tenía elección.

Nunca había pensado en quitar una vida. No le hacía feliz; la idea de matar a aquellas chicas no le emocionaba ni le excitaba lo más mínimo. Era una tarea, algo que hacía rápidamente, por necesidad, como sacar la basura. No le gustaba hacerlo, pero tampoco le molestaba; tan solo no pensaba en ello. Era algo que tenía que hacer para dejar sitio a la siguiente chica, que podría ser la elegida, la que podría aliviar su angustia y darle lo que tanto necesitaba.

Esa primera chica fugitiva se había ido hacía ya muchos años. Otras habían ido y venido desde entonces, dejándolo más vacío y dolorido de lo que había creído posible. Y ahora estaba Kirsten, que podría ser la elegida. Se parecía a Mira, tal y como él la recordaba, con su larga melena rubia, sus maravillosos ojos azules y su fina cintura que tan bien se ajustaba a sus manos. Había permanecido callada y no se había resistido, incluso fingió rodearlo con los brazos, haciendo que la mentira pareciera más cercana a la verdad. Era obediente, estaba resignada a pasar los días esperando y las noches en la fría oscuridad que él había diseñado para que el escenario fuera lo más similar a la realidad de aquel entonces.

Pero ni siquiera Kirsten era ella, aquella por la que haría cualquier cosa con tal de poder tocarla de nuevo. Su primer amor, el verdadero, nunca olvidado. Su Mira.

Le había puesto ese nombre, diminutivo de Miramar, porque significaba todo lo que ella era para él. La belleza del océano, el azul infinito de las olas, su movimiento inquieto; todo ello le cautivaba, le llevaba a pasar horas dichosas admirando la vista, la visión de ella. Y él quería llamarla de una forma que nadie más usaría. Había elegido ese nombre para ella después de que pasearan cogidos de la mano por la playa de Miramar, con susurros seguros bajo la brisa marina, los ojos de ella brillando como los rayos del sol rotos en un millón de

fragmentos, deslumbrantes por olas interminables.

Nunca había soñado con vengarse de su doble traición, aunque el dolor que había dejado tras de sí fuera tan punzante como la mordedura letal de una serpiente venenosa. Nunca se había imaginado a sí mismo haciendo daño a su Mira de ninguna manera, o haciéndole pagar por lo que había hecho todos esos años atrás; la quería demasiado para eso. Pero últimamente se había encontrado pensando que, mientras ella siguiera viva, él nunca podría curarse. Nunca podría olvidarla de verdad, superarla, por muchas Kirstens que se quedaran en la casa con él y le hicieran compañía por la noche, si lo único en lo que podía pensar era en ella, en cómo deseaba abrazarla una vez más, saborearla, susurrar su nombre una y otra vez mientras ella iba a su encuentro.

Quizá había llegado el momento de apagar el fuego él mismo, con sus propias manos, aunque eso le quitara la vida para siempre.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

## Medallón

Un zumbido silencioso llenó la habitación, ningún otro sonido competía con él en la quietud de la morgue. Bajo las brillantes luces fluorescentes, la máquina que extraía el ADN de las raíces del pelo de Bill Caldwell hacía su trabajo mientras un ligero y desagradable olor a productos químicos saturaba el aire.

Kay y el doctor Whitmore observaron la centrifugadora durante un largo y silencioso instante, y después el forense se acercó a la mesa donde yacía el cuerpo de Alyssa cubierto con una sábana blanca e impoluta.

—Vamos —le susurró al cuerpo, empujando la mesa sobre sus ruedas hacia la pared del fondo, donde estaban los armarios frigoríficos, alineados en filas de cuatro—. No te preocupes... Él te quiere mucho —continuó, hablando de Bill Caldwell como si Alyssa pudiera oír sus palabras—. Por eso ha reaccionado así. Creo que está en estado de *shock*.

Abrió la puerta de uno de los armarios frigoríficos y apoyó la camilla contra los rieles; luego soltó las abrazaderas que sujetaban la camilla y empujó el cuerpo hacia dentro con un movimiento firme. Cerró la puerta con un suspiro.

—Qué pena, morir tan joven.

Kay miró al médico un momento, preocupada. Parecía como si hubiera envejecido diez años en los últimos dos días, con el ánimo doblegado por el peso del error del ADN, como los medios de comunicación locales seguían refiriéndose a lo ocurrido, revolviéndolo y agitándolo sin cesar en un desagradable intento por mantener el interés del público. Su pequeña ciudad no disfrutaba demasiado a menudo de semejante drama, y había muchos que salían ganando con la prolongación del calvario, sin mostrar ningún respeto por las vidas de todos los implicados.

Kay lo observó desde la distancia mientras se llevaba el cuerpo de

Alyssa, y las palabras que le dijo la chica sin vida le rompieron el corazón. El doctor caminaba un poco más despacio que de costumbre, con la cabeza inclinada, los hombros rígidos y levantados como si quisiera protegerse el cuello de un golpe fatal que aún estaba por llegar. Sus ojos parecían atormentados, y las largas horas de trabajo e inquietud le habían marcado ojeras bajo ellos.

Kay comprobó el temporizador del aparato y se dio cuenta de que aún quedaban unos minutos antes de que supieran la verdad sobre la chica cuyo cadáver acababa de ser almacenado en la unidad seis.

—¿Puedo usar tu ordenador? —preguntó la detective, recordando que tenía otro misterio que resolver mientras esperaba a que la centrifugadora dejara de girar. Alguien había traicionado a Nicole Scott, entregando sus cartas desesperadas a su marido, y ella pensaba averiguar quién había sido.

—Adelante —respondió el médico, rebuscando entre las bolsas de pruebas que había sobre la mesa.

Kay tecleó algo con rapidez, imprimió la página y la dobló con cuidado.

—¿Tienes un sobre?

—Cajón superior izquierdo —respondió el doctor, sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

Kay extrajo un sobre y sonrió con un deje de picardía en la voz.

—¿Y un poco de tinta fluorescente? La necesito en polvo, no líquida, y mejor si es blanca —aclaró.

Esta vez, el doctor Whitmore le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Hay algo que deba saber?

—No... Solo estoy preparando una trampa para atrapar a un pedazo de escoria, eso es todo.

El médico entró en el almacén contiguo y regresó al cabo de un minuto con un pequeño recipiente de plástico.

—Colócate en esa mesa, junto a la esquina. Es estéril. Y usa guantes, o brillarás bajo la luz negra como una camiseta blanca en una discoteca.

Ella se rio por lo bajo mientras seguía su consejo, y terminó de preparar la carta con rapidez antes de devolverle el recipiente.

—Gracias —dijo. Luego cerró el sobre y miró a su alrededor, buscando un lugar donde ponerlo para no olvidarlo.

—Déjalo en mi bandeja de salida —dijo el doctor, señalando una pila de bandejas de plástico codificadas por colores que había en el

escritorio—. Mi recepcionista se lo dará al cartero.

—Gracias —respondió ella, que dejó caer el sobre y se reunió con el médico junto a la mesa de pruebas—. ¿Sabes?, estaba pensando, ¿y si no te equivocaste? —preguntó ella, con el molesto pensamiento a medio formar dando vueltas en su mente.

—¿En qué? —preguntó él, cortando el precinto de la bolsa de pruebas que contenía el medallón de Alyssa.

—Mmm, en el ADN —respondió, rascándose la nuca. Odiaba sacar el tema, pero le había prometido que lo ayudaría a encontrar respuestas.

—¿Cómo que no me equivoqué? —replicó él, volviéndose hacia ella con enfado y alzando la voz—. ¿Cuántas veces en tu vida profesional has tenido que retirar una notificación de parentesco y empezar de nuevo con otra familia?

Kay sabía que no debía ofenderse. Estaba enfadado consigo mismo, se culpaba de lo ocurrido, de la mancha en la reputación de la oficina del sheriff, en su carrera.

—Pero ¿y si en realidad es Rose Harrelson la que está ahí? —preguntó, señalando el armario frigorífico donde estaba guardado el cadáver de la chica.

Él se burló y apoyó las manos enguantadas en las caderas.

—¿No hemos establecido ya que es Alyssa Caldwell? Juraría que tenemos una identificación formal firmada, atestiguada y registrada. Hay miles de fotos de Alyssa Caldwell en las redes sociales, y coinciden con la chica que tengo aquí. —Llenó sus pulmones con el aire frío y ligeramente químico, y luego exhaló despacio, en un esfuerzo por calmar sus agitados nervios—. Escucha, sé lo que intentas hacer y te lo agradezco. Pero no hay forma... —Se detuvo a mitad de la frase, con la mirada clavada en el medallón que había sacado de la bolsa de pruebas sellada—. Pero, claro, está esto —añadió, sosteniendo el collar en el aire.

—Exacto —dijo Kay, llegando a la mesa con unos pasos rápidos—. Este medallón y el ADN original indican que el cuerpo es de Rose Harrelson. Todo lo demás dice que es Alyssa Caldwell, incluido su padre.

—Podría haber otros medallones iguales —dijo el doctor Whitmore, tirando de un taburete de cuatro patas, y tomó asiento frente a la mesa. Encendió las luces sobre su cabeza e inundó de un blanco brillante la bandeja de examen que contenía el medallón—. A pesar de

lo que dijo Caldwell, podrían haber estado de oferta en ese momento en cualquier tienda local —murmuró, examinando el medallón bajo los cristales de sus lupas—. Podría haber cientos de estos por ahí, quién sabe. No es concluyente.

—El ADN lo es —respondió Kay—. ¿Has encontrado alguna prueba de que se hubiera cometido algún error en el caso de Rose? ¿Existe alguna constancia documental que muestre cómo el médico forense tuvo acceso al ADN de Alyssa Caldwell para poder archivarlo erróneamente como si fuera el de Rose Harrelson?

Se hizo el silencio, el zumbido de la centrifugadora parecía más fuerte cuando Kay dejó de hablar. La máquina giró rápido, separando los componentes de la muestra.

—No te molestes en decir nada —dijo Kay, tocándole un instante el codo—, ya sé las respuestas a estas preguntas.

Él la miró con una mezcla de tristeza, gratitud, vergüenza y esperanza.

—En unos minutos lo sabremos con seguridad —respondió el doctor Whitmore, desviando la mirada hacia la centrifugadora—. Si el ADN de Bill Caldwell coincide con el de nuestra víctima, entonces es Alyssa Caldwell la que está ahí. —Dejó de hablar, y Kay le permitió procesarlo, sabiendo que la culpa aún bloqueaba su percepción—. Bueno, hasta cierto punto —se corrigió, frunciendo el ceño al darse cuenta de lo que había pasado por alto—. Solo probará que Bill Caldwell es el padre de la niña, nada más. Al diablo con ello.

—Vamos a investigar un poco —ofreció Kay, después rodeó la mesa y tomó asiento detrás del escritorio, frente al ordenador. Accedió al portal de sistemas del FBI, introdujo sus credenciales y ejecutó una búsqueda de la partida de nacimiento de Alyssa—. Alyssa Caldwell —murmuró, hablando consigo misma—. Nacida aquí, en Mount Chester, unos cuatro meses antes que Rose Harrelson. Fue al colegio aquí, tuvo su primera tarjeta de crédito a los catorce, el carné de conducir cuando cumplió dieciséis. —Salió del sistema con un quejido—. No hay nada que destaque. Es tan auténtica y real como nos hacen creer, y Rose también lo era.

—He conseguido abrirlo —dijo el doctor Whitmore, acercando el medallón a sus gafas—. Echa un vistazo.

Kay acercó su silla a la mesa y observó. Había devuelto al medallón su aspecto original de hexágono alargado, pero luego había girado la parte inferior en el sentido de las agujas del reloj, y el hexágono se

había convertido en un corazón estilizado. Entonces tiró del gancho que sujetaba la cadena y dejó al descubierto una foto diminuta, desgastada y dañada por el tiempo que había pasado sumergida.

—¿Quién crees que es? —preguntó el doctor Whitmore, ofreciéndoselo.

Ella se puso un par de guantes nuevos, lo cogió y estudió la foto con atención. Le recordó a una imagen que había visto en la residencia Caldwell, de Bill Caldwell y su mujer, tomada el día de su boda. Volvió al ordenador e hizo una búsqueda rápida para confirmarlo, luego anunció:

—Es Evangeline Caldwell, la mujer de Bill.

—La madre de Alyssa —murmuró el doctor, volviendo a fruncir el ceño. Se quitó la cinta que llevaba en la cabeza y la apoyó sobre la mesa, después apagó la lámpara led—. Me temo que nuestra invitada es Alyssa Caldwell después de todo.

La centrifugadora emitió un pitido y el zumbido cesó, lo que indicaba que la extracción de ADN había finalizado.

El doctor Whitmore se levantó y corrió hacia la máquina. Sacó la muestra y la cargó en otro aparato, donde el ADN extraído iba a ser escaneado y visualizado, y luego comparado con la muestra existente que había tomado de la víctima.

El ordenador tardó unos minutos, pero finalmente anunció el resultado con una campanada, y Kay se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—Coincide —anunció el doctor Whitmore, frotándose la barbuda barbilla con los dedos—. Bill Caldwell es el padre de Alyssa, porque esa chica de mi nevera es Alyssa, y no hay duda de ello. —Se encogió de hombros y dejó escapar un largo y doloroso suspiro—. En algún lugar, de alguna manera, se ha cometido un error, y lo asumiré. Yo soy el forense, es mi morgue, y yo soy el responsable.

Kay estaba decepcionada, aunque no sabía muy bien por qué. Había supuesto cuál sería el resultado desde que Bill había ofrecido voluntariamente la muestra; era lógico. Y, aun así, saberlo le producía una fuerte sensación de pérdida, como si le faltara algo.

Dándose tiempo para ordenar sus pensamientos y comprender lo que su instinto trataba de decirle, siguió estudiando el medallón; lo recompuso y lo volvió a abrir, siempre siguiendo los mismos pasos: sujetar la punta del hexágono con la mano izquierda, luego girar la parte inferior con la derecha, en el sentido de las agujas del reloj, y

después tirar del gancho hacia la izquierda para ver la foto. Admiró el intrincado y delicado trabajo manual que hacía que el mecanismo funcionara tan suavemente, incluso después de haber estado sumergido durante un tiempo. La laca había protegido la madera, evitando que se hinchara demasiado.

Un pensamiento intrigante cruzó su mente, y enseguida restauró el medallón a su forma hexagonal original. Procedió a girar la parte inferior en sentido contrario, hacia la izquierda, probando suavemente para ver si funcionaba. Se alineó de nuevo como un corazón estilizado, pero, cuando tiró del gancho hacia la izquierda, no ocurrió nada. Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios cuando tiró del gancho hacia la derecha y se abrió, mostrando una foto diferente. Era otra mujer, más o menos de la misma edad que tenía Evangeline en aquella primera foto, que también le resultaba familiar.

—¿Y esta quién es? —preguntó el doctor Whitmore. Llevaba un rato viendo trabajar a Kay, sin decir una palabra, aparentemente cautivado.

El corazón le palpitó en el pecho y un escalofrío le recorrió la espalda al reconocer a la mujer de la foto. Era Shelley Harrelson.

—Necesitamos el ADN materno, doctor —dijo, poniéndose en pie bruscamente, dispuesta a salir corriendo por la puerta.

—Pero ¿no has oído a Bill Caldwell? No nos dejará acercarnos a su mujer moribunda. Necesitarás una orden…

—Te traeré una muestra de control —respondió ella, subiéndose la cremallera de la chaqueta—. Volveré a la residencia de recuperación y te traeré una muestra de pelo. Necesitamos saber de una vez por todas si esta chica podría ser Rose Harrelson.

—Quieres decir que es…

—Shelley Harrelson —dijo, señalando el medallón abierto—. Si la que yace ahí en la unidad número seis es Rose, doctor, entonces, ¿cómo y por qué se convirtió en Alyssa? —Frunció el ceño y se quedó mirando la etiqueta de la puerta de la cámara, como si el dígito de metal pulido contuviera la respuesta a todas las preguntas que se agolpaban en su cabeza—. ¿Y dónde diablos está la verdadera Alyssa Caldwell?

# CAPÍTULO VEINTISIETE

## Reflexiones posteriores

Los brillantes rayos del sol hacían poco para vencer el frío cortante que descendía por las laderas nevadas de Mount Chester, pero Elliot mantuvo la ventanilla un poco bajada mientras conducía por la serpenteante carretera que cruzaba la montaña. Remolinos de pensamientos se perseguían unos a otros en su mente. Kay sonreía mientras lo miraba desde el otro lado de la hortera mesa del bar cubierta de vasos de chupito vacíos. El brillo de sus ojos, el fuego implícito en sus pupilas dilatadas, su tacto tembloroso cuando rozó con sus dedos el dorso de la mano de él.

Quería darse una patada a sí mismo por haberla llevado a Hilltop, donde los agentes del sheriff pasaban el rato, y por no haberlos mandado a paseo cuando empezaron a turnarse para hacerla beber en un asqueroso intento de emborracharla y avergonzarla para siempre delante de toda la comisaría.

Pero ella se había mantenido firme, desafiante, más dura que la corteza de un tronco, fingiendo no ver la verdadera razón de las supuestas copas de bienvenida a la oficina, mientras sus ojos se clavaban en los de él con la misma impaciencia insoportable. Se había bebido los chupitos uno tras otro, sin vacilar un ápice en su gesto, aunque una pizca de asco curvó sus labios tras el primer trago. Kay probablemente odiaba el tequila tanto como él.

Y entonces ella le había tocado, instándolo a marcharse, y le había tendido la mano.

¿Había sido así? ¿O se estaba imaginando cosas? Ella no había dicho nada ni había vuelto a tocarlo después de aquel fugaz momento en que sus dedos helados habían sembrado fuego en su sangre. Quizá empezaba a sentirse mal y quería salir de allí, lejos del escrutinio de los agentes del sheriff.

En el camino de vuelta a casa, ella no había dicho ni una sola palabra, y la velada había terminado de una forma muy distinta a la

que él había imaginado. No había levantado los ojos llenos de lágrimas para volver a mirarlo, aparentemente mortificada.

Y él no había soltado ni una palabra para animarla. No pudo pronunciar nada de lo que le vino a la mente: que él también había estado allí, que admiraba su valentía resistiendo a aquellos matones y probándose a sí misma ante ellos de la única manera que importaba. Que nunca había admirado tanto a una mujer ni había visto a alguien tan valiente, no por la forma en la que había aceptado aquellos chupitos, sino por cómo la había visto defenderse de un delincuente con el arma apuntándole al pecho, por cómo perseguía la verdad con una mentalidad abierta.

Eso era lo que hacía a Kay formidable; borracha o sobria, era digna de admiración.

Esa mañana, antes de dirigirse de nuevo a Granjas Caldwell, había pasado por su casa para llevarla, pero nadie había abierto la puerta y la camioneta de Jacob no estaba aparcada en su lugar habitual de la entrada. Después condujo hasta Hilltop, donde se había quedado su todoterreno la noche anterior.

No estaba.

Tarde y mal: la historia de su vida.

Maldijo en voz baja. Ahora, el pesado silencio de la noche anterior perduraría durante todo el día, dejando marcas, sembrando dudas, abriendo una brecha entre ellos. Todo porque no pudo decir unas palabras mientras la llevaba a casa.

Como si acabara de salir del nido.

Pero, al mal tiempo, buena cara.

Ya habría tiempo de encontrarla y decirle todo lo que no había podido. O tal vez pudiera saltarse todo eso y repetir la noche anterior; hacer borrón y cuenta nueva y empezar de cero.

Se ajustó el ala del sombrero y salió en dirección a la propiedad de los Caldwell. Condujo hasta el lugar donde Hazel había dejado a Kirsten y se detuvo junto a la carretera, con las luces intermitentes encendidas.

No estaba seguro de lo que buscaba después de tanto tiempo, pero quería visualizar lo que ella había visto cuando había esperado a que otro transporte se detuviera para llevarla.

A plena luz del día, se dio cuenta de cosas que había pasado por alto la noche anterior. Había un tramo de unos treinta centímetros en el que habían quitado las rocas que bordeaban la carretera, dejando al

descubierto un terreno estéril. Una huella estaba grabada parcialmente en el barro seco, de una zapatilla, por el dibujo de la misma, y posiblemente de mujer, por su tamaño.

Quizá Kirsten se había quedado allí, apoyada en la barandilla, con los pies en el suelo que había despejado, porque debía ser incómodo pasar tanto tiempo haciendo equilibrios sobre aquellas rocas redondeadas que resbalaban y giraban bajo su peso.

Tomó algunas fotos de la huella; primero, desde lejos, para documentar su ubicación y la sección de terreno despejado. Después, cogió una escala de medición en forma de L de su equipo de campo, la colocó junto a la huella del zapato y tomó unos cuantos primeros planos.

Estaba a punto de marcharse cuando un coche pasó a toda velocidad por encima del límite. Segundos después, detrás de él, un coche patrulla con las luces intermitentes y la sirena encendidas pasó en su persecución; el agente al volante era una cara conocida.

Un atisbo de sonrisa iluminó los ojos de Elliot cuando reconoció al hombre, y la efervescencia de la idea recién surgida lo llenó de energía.

Era el agente Leach.

Podría haber visto algo el día que Kirsten desapareció.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

## Secretos

Era un desastre de proporciones épicas, a punto de estallarle en la cara y de envolver su legado en una nube de vergüenza y destrucción tan espesa que ni una mota de tierra, ni una parcela de terreno, ni un grano de maíz sobrevivirían intactos.

Carole necesitaba hacer frente a la situación, controlarla, sofocar sus llamas antes de que se convirtiera en un infierno abrasador. ¿Por qué había sido bendecida con una mente para construir un imperio a partir de una granja de diez acres, solo para ser maldecida con hijos débiles y egoístas? Su hijo mayor, Bill, era un fantasma que vivía con otro fantasma, esa mujer gris que no quería morirse de una vez para hacer sitio a otra alianza, una que aumentase el patrimonio familiar y le diera a Bill, ese inútil, unos cuantos hijos que perpetuaran el apellido. No parecían importarle las mujeres, ya que llevaba dos décadas viviendo como un monje. ¿Qué clase de hombre hace eso? Por mucho que lo intentara, no conseguía entender a su hijo mayor.

En cuanto a Blanche, se había resignado a una vida solitaria y sin amor mientras ese mal marido suyo se paseaba por la República Dominicana con su última puta del brazo, todo ello financiado con el estipendio mensual que sacaba del negocio. Blanche podría haberse divorciado de él hacía años y haber encontrado a un hombre bueno, fuerte y cariñoso. Terca como una mula, su hija se había negado a divorciarse de ese bastardo sórdido y tramposo, y había chantajeado a su propia madre cuando se había opuesto. ¿Cómo pudo amenazarla con dejar el negocio? ¿Por qué? No es que aún amara a su marido ni que tuviera esperanzas de que volviera. No... Solo quería vivir su vida en paz, ayudar a su hijo Dylan a aprender los entresijos del negocio y gestionar las granjas con él a su lado; cada vez que él entraba en la habitación, a Blanche se le iluminaba la cara. Carole también era madre, pero el amor de Blanche por su único hijo no era normal.

Y ahora Alyssa se había ido, el orgullo de la vida de Carole, su

amada heredera. Alyssa había poseído una mente como nadie en la familia, y resistencia, el impulso de ganar, de conseguir logros, como si su sangre ardiera todo el tiempo. Probablemente lo había heredado de la propia Carole, porque su nieta le recordaba a sí misma a esa edad, deseosa de desplegar las alas y volar, de demostrar lo que podía hacer. Toda esa grandeza desaparecida en un instante. Toda la promesa de lo que esa chica podría haber hecho por el legado Caldwell se convirtió en polvo, dejándolo todo en manos de Dylan.

Dylan era un buen hombre, pero no se atrevía a amarlo, a querer que llevara a las riendas de la empresa, no como había querido a Alyssa para ello.

¿Podría tener razón Bill? ¿Podría la muerte de Alyssa haber estado motivada por la codicia, por la lucha por el legado que había construido? Un escalofrío recorrió su delgado cuerpo. Acercó los bordes de su chal de cachemira y rechazó la idea sin vacilar. Eso nunca podría haber ocurrido. La muerte de Alyssa no había sido más que un desafortunado golpe de mala suerte, un crimen motivado por razones que nada tenían que ver con la familia, ni con ella ni con ninguno de sus hijos.

El desastre que debía evitar tenía muy poco que ver con la muerte de Alyssa, si es que tenía alguna relación. Sin embargo, la fina capa de polvo que se había asentado sobre la historia antigua y sus secretos profundamente enterrados corría el riesgo de ser arremolinada en el aire por aquella detective entrometida y por los propios hijos de Carole, que, sin carácter y debilitados por la buena vida que habían estado viviendo, no podían soportar ninguno de los despiadados golpes del destino sin desmoronarse, sin poner en peligro su herencia y el honor que acompañaba al apellido Caldwell.

Vergonzoso y patético.

Se levantó del sillón de su dormitorio y se puso los zapatos, se arregló el pelo y se retocó el pintalabios. Inspeccionando su reflejo en el espejo, enderezó el dobladillo de su chal burdeos donde se había enganchado con el botón de su chaqueta negra. Se aplicó una breve y discreta pizca de perfume en la muñeca izquierda y luego se la frotó contra la derecha. Con el aroma del jazmín rodeándola como un halo, estaba lista para librar otra batalla.

Un vistazo por la ventana le confirmó que el coche de Bill había desaparecido, pero el de Blanche seguía allí. Todas las mañanas, el personal acercaba los vehículos a la entrada y los preparaba para el

día.

Tal vez que Bill ya se hubiera ido fuera lo mejor. Blanche era el eslabón más débil en ese momento, su visión excesivamente sentimental de la vida la convertía en la más propensa a resquebrajarse bajo presión. Si esa detective aparecía de nuevo, no sabía lo que podría pasar. Como nudos de la misma cuerda entretejidos en la tela del tiempo, el asesinato de Alyssa podría sacar a la luz secretos nuevos y viejos, igualmente peligrosos, que amenazaban con destrozar sus vidas.

Carole se dirigió con rapidez a la *suite* de Blanche —sus pasos decididos no hacían ruido, sofocados por las exuberantes alfombras— y golpeó la puerta con las uñas cuando llegó. No esperó a que la invitara a pasar; poco después entró, esperando encontrar a su hija acurrucada en la cama o todavía vistiéndose. Pero no estaba allí, ni en el salón, ni en su dormitorio, donde la cama deshecha con las sábanas arrugadas y las fundas de almohada manchadas de lágrimas eran testimonio de la agitada noche que había pasado.

Con una mueca irritada, Carole abandonó la *suite* de Blanche y empezó a buscarla por todas partes, perdiendo la paciencia en cada habitación. Al final, después de llamar a su teléfono móvil y recibir como respuesta el contestador, recordó que a Blanche le gustaba esconderse en la biblioteca del piso de arriba cuando estaba disgustada.

Carole subió las escaleras con un brío envidiable para sus setenta y nueve años y entró en la biblioteca. De pie, junto a la ventana, y mirando al exterior, Blanche sollozaba en silencio, sin saber que su madre había entrado en la estancia. Las paredes estaban repletas de estanterías con todas las novelas que la familia había poseído durante generaciones, ya que Carole era una coleccionista empedernida. La ventana, protegida con finos visillos blancos, dejaba entrar la luz del sol filtrada, pero eso no disipaba la solemnidad del espacio.

Tras acercarse a Blanche, Carole extendió la mano y le tocó el brazo con suavidad. Blanche dio un respingo, sobresaltada, y volvió los ojos rojos e hinchados hacia su madre con una súplica implícita.

—Por favor, madre —susurró—, déjame contarle lo que pasó de verdad. —Su voz se quebró, estrangulada por un sollozo.

Carole agarró con firmeza el brazo de su hija, obligándola a girarse y mirarla. Blanche desvió la mirada y cerró los ojos, dejando que más lágrimas rodaran por sus mejillas.

—Escucha, querida —dijo Carole, pero, cuando Blanche no abrió los ojos, aparentemente desconectada de la realidad, la agarró por los hombros y apretó un poco más fuerte—. Escúchame.

Reticente, Blanche abrió los ojos y se encontró por un momento con la mirada acerada de su madre, antes de volver a apartar la vista.

—Este secreto tiene el poder de destruirnos a todos —dijo Carole, sin miedo a dejar que la firmeza de su voz cortara como una cuchilla —. Has hecho un buen trabajo manteniéndolo enterrado hasta ahora. —Acarició el pelo de Blanche, apartándole un mechón suelto de la cara con la punta de los dedos—. No lo estropees todo ahora —añadió, bajando el tono hasta casi un susurro y queriendo sonar cariñosa, empática, cuando en realidad tenía ganas de sacudir a su hija para que volviera en sí y gritarle que se despertara de una maldita vez—. No te preocupes, cariño. Bill está molesto. Pero sabes que te quiere mucho. No lo decía en serio; sabes que no.

—Pero si lo supiera…

—Calla —dijo Carole, al límite de su paciencia—. No hay nada que saber. No le harías ningún favor a nadie excepto a ti misma. —La miró fijamente hasta que sintió que sus hombros cedían bajo su firme tacto —. Pregúntate, ¿es tu egoísmo una razón tan buena como para amenazar el bienestar de toda nuestra familia?

Blanche suspiró con una resignada liberación del aire que había mantenido cautivo en sus pulmones, señal de su derrota.

—Esa es mi chica —dijo Carole, sonriendo. Abrazó a su hija y la estrechó con fuerza durante un momento; luego la apartó. Blanche se había debilitado con la edad en lugar de hacerse más fuerte, más independiente, más segura de sí misma. No tardarían en desatarse todas sus emociones y entonces, oh, Dios, no pararía de llorar.

Era un pelele.

—¿Estarás bien? —preguntó Carole, buscando los ojos de Blanche.

Ella asintió, pero apartó la mirada. Las heridas seguían abiertas, pero se recompondría en breve. Y se callaría, y podrían sobrevivir a la tormenta, pero solo si esa detective no volvía a aparecer.

Tenía que vigilar a Blanche como un halcón, asegurarse de que no se quedaba a solas con aquella policía, ni siquiera un minuto.

Kay Sharp… Doctora Kay Sharp, nada menos. Carole había pedido a su asistente que investigara los antecedentes de la detective, porque parecía demasiado lista para Mount Chester, California, donde la mayoría de los policías apenas tenían el graduado escolar. En cambio,

esta mujer tenía agallas y sabía leer a la gente con agudeza, como si pudiera hojear sus pensamientos como se pasan las páginas de un libro. Y se estaba acercando demasiado a sus secretos familiares, cuidadosamente guardados durante décadas, para el gusto de Carole.

La doctora Kay Sharp era peligrosa.

Y, en caso de apuro, estaría dispuesta a hacer lo que fuera necesario.

Se podía comprar a la mayoría de la gente, aunque, cuando se trataba de dinero, la inteligencia de la policía parecía desaparecer, sustituida por una estupidez absoluta y descarada. Podría haber sido una psicóloga de éxito con una consulta en auge en San Francisco, forrándose a costa de los cientos de dólares por hora que hoy en día se pueden cobrar por terapia, con los ansiosos ejecutivos y las amas de casa mimadas de Silicon Valley como clientes. En lugar de eso, había elegido trabajar para el FBI y ganarse la vida atrapando asesinos. Aun así, era algo digno. Pero incluso eso lo había dejado atrás por el mísero sueldo que ganaba como detective en la policía local de una ciudad de menos de cuatro mil habitantes.

No era tan inteligente, al fin y al cabo. O tal vez tan solo no podía ser comprada.

«Bueno —pensó, acariciando la mejilla de Blanche una vez más antes de salir de la biblioteca—, la gente tiene accidentes extraños al azar todo el tiempo. Y eso es algo que se puede comprar».

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

## Desobediencia

Desde que él se había ido, apenas había salido de la cama, con el cuerpo dolorido por todas partes y la mente enfurecida y gritando por dentro. Era la última hora de la tarde, el sol descendía ya, a punto de alcanzar la árida arbolada del bosque visible a través de la ventana del salón.

Hacía frío, y Kirsten temía salir de la cama, aunque eso fuera lo que tuviera que hacer para encontrar otra manta o pedir prestado un jersey a una chica sin nombre que una vez estuvo en su lugar.

Pronto oscurecería.

Una lágrima quemó su sien helada mientras se deslizaba hacia la almohada. Recordaba la noche anterior con imágenes vívidas y desgarradoras que no podía sacarse de la cabeza. Cómo lo había esperado durante horas después de que cayera el manto de la noche, calentando la casa con la estufa y utilizando como luz una lámpara de mesa del dormitorio, enchufada a la toma libre detrás del frigorífico. Cómo había oído su coche aparcando en la entrada y había corrido a cortar la luz y apagar la estufa. Cómo él se había detenido en la puerta, olfateando el aire, sintiendo que hacía demasiado calor.

Entonces había desatado su ira contra ella por su desobediencia.

—¡Te he dicho cómo me gusta que se hagan las cosas! —le había gritado, tan cerca de ella que podía sentir el aire vibrar con su rabia —. Te lo advertí, no me obligues a hacer cosas que no quiero hacer.

Ella sollozaba y suplicaba clemencia mientras él la miraba fijamente, consumiendo con lentitud su ira hasta reducirla a fuego lento. Luego fue hacia la puerta con el mismo mando que nunca soltaba en la mano y la abrió de par en par, dejando que el aire frío y húmedo llenara la casa. Pronto volvieron a castañetearle los dientes y empezó a temblar bajo las tres capas de ropa que se había puesto.

Eso tampoco le gustó. La desnudó y la mandó a ducharse, recordándole con una voz que no dejaba lugar a discusiones que no se

secara el pelo, que se envolviera en una toalla y saliera.
Sabía por qué, y sabía lo que la esperaba cuando lo hiciera.
Bajo la ducha, aún temblando a pesar del agua caliente que le escaldaba la piel, recordó lo cariñoso y anhelante que le había parecido la noche anterior. También recordó cómo, cuando estaba en casa de su padrastro luchando contra Barriga Cervecera y sus secuaces, sus intentos de zafarse de las manos que la sujetaban solo conseguían excitar más a los lujuriosos hombres, alimentando su hambre.
¿Y si la oportunidad de huir requiriera que fuera inteligente y astuta? La mera fuerza no había servido de nada contra los cristales de la ventana, y tampoco lo haría contra su enorme cuchillo.
Cuando salió del baño aquella noche, sabía lo que la esperaba. La casa, fría y envuelta en la oscuridad. Él, todavía un poco enfadado, pero bastante predecible, repitiendo los mismos movimientos de la noche anterior y de todas las otras noches, como si ensayara un papel en una obra sin público ni luces.
Ella había interpretado bien su papel, fingiendo que lo deseaba, que disfrutaba acurrucándose contra su cuerpo, acariciándolo con dedos helados y temblorosos, mientras deseaba que se fuera más de lo que había deseado cualquier cosa en su vida.
Luego fingió dormitar en un intento de pillarle amodorrado el tiempo suficiente para coger el cuchillo y acabar con su miserable existencia. Pero él la vigilaba, como si la protegiera de peligros invisibles.
Cuando las primeras luces del alba empezaron a vencer a la noche, él se levantó y se vistió; durante un momento el hombre carismático que ella había esperado alguna vez que le gustara seguía allí, con sus ojos cálidos y tiernos y su sonrisa genuina.
Entonces aquella mirada extraña y cariñosa se desvió, y su ceño se frunció.
—No vuelvas a desobedecerme, joder —dijo fríamente, y se marchó sin decir ni una palabra más.
Vio cómo su coche se alejaba de la entrada y respiró tranquila cuando giró hacia la carretera principal, desapareciendo de su vista. Corrió hacia la estufa y la encendió, pero se mantuvo fría y oscura. Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, abrió la nevera y la encontró igual de oscura y casi vacía, con el aire del interior ya viciado.

Ya no había energía. No había calor. No había luz. Nada.

Presa del pánico, recorrió los armarios en busca de algo que ponerse, pero, tocara lo que tocara, la misma pregunta la hacía retroceder, asqueada y temerosa. ¿Qué chica habría llevado antes ese jersey y dónde estaba ahora? ¿Habría escapado y regresado con su familia? ¿O estaba enterrada en alguna tumba poco profunda, en el bosque de detrás de la casa, no tan lejos de allí?

Al final, ganó su sentido común y se puso ropa gruesa. Si esas chicas estaban vivas o muertas, no importaba; ya no les importaba, y de todos modos ella pronto compartiría su destino.

No había escapatoria.

A menos que pudiera darle la vuelta a la tortilla de alguna manera.

Parecía obsesionado con algo: la oscuridad, el frío, la escalofriante rutina de la ducha que preludiaba sus interminables noches juntos. Tal vez ella estaba allí para recordarle a alguien más, como las otras chicas podrían haberlo hecho.

Entonces, tal vez había una manera de engañar a ese hombre para que se enamorara de ella. Debía intentar averiguar en quién tenía que convertirse.

Mientras recorría la casa a la tenue luz de la tarde con un claro propósito en mente, se fijó en el retrato de una joven vestida con una blusa rosa con volantes y una sencilla falda lápiz negra. Colgaba de la pared del dormitorio al que la llevaba todas las noches, y mientras ella fingía estar dormida en sus brazos, él permanecía despierto, sin apartar los ojos de aquella imagen. Recordó cómo miraba a veces aquel retrato, justo antes de salir de la habitación, una mirada larga y anhelante, como de despedida.

Kirsten se parecía a esa chica. Era rubia, alta y delgada, con el pelo largo como el suyo y una sonrisa amable y cariñosa, un poco tímida. Llevaba las uñas pintadas de rosa y los labios también, más claros. El pelo ondulado le colgaba suelto sobre el hombro derecho, haciendo que su cabeza se inclinara un poco de manera juguetona.

Kirsten se tocó el suyo, se lo pasó por encima del hombro y luego imitó la tímida sonrisa de la chica.

Podía hacerlo. Ella podría ser esa chica.

# CAPÍTULO TREINTA

## Pensamientos

Kay empezó a conducir hacia Redding, pero, tras cruzar el valle, llegó a lo alto de la colina y se detuvo en el aparcamiento de la cafetería Katse. El sol disparaba rayos laterales, ya demasiado débiles para combatir el frío que bajaba de las laderas de las montañas. Pronto desaparecería tras Mount Chester, iniciando un largo crepúsculo que comenzó dos horas antes de la puesta de sol real. Un viaje de ida y vuelta a Redding la llevaría a primera hora de la tarde, y ya se había saltado el almuerzo. Decidió tomarse otro café y un cruasán recién hecho y mitigó su sentimiento de culpa convirtiéndolo en una comida de trabajo.

La terraza exterior había cerrado por temporada baja y las mesas estaban apiladas unas sobre otras, encadenadas contra la valla. Las sillas habían desaparecido, probablemente estaban guardadas en algún lugar del interior. Sin opciones tranquilas para un almuerzo de trabajo apacible, decidió entrar después de todo.

Cogió su pedido del mostrador y buscó una mesa, pero el local estaba abarrotado y la ruidosa charla ahogó sus propios pensamientos. Al darse cuenta de que eso no iba a funcionar según lo previsto, optó por el todoterreno y se sentó al volante con la puerta abierta, para dejar que el aire fresco de la tarde le llenara los pulmones mientras mordisqueaba el cruasán de mantequilla caliente. Nadie hacía cruasanes como Katse: crujientes, hojaldrados, ligeros, perfectamente dorados y deliciosamente dulces. A través del parabrisas, el frío sol aún conseguía calentarla y levantarle el ánimo, haciendo que confiara en que podría descifrar el enredado misterio de la chica de las cataratas del río Blackwater.

¿Quién era en realidad?

¿Era Rose Harrelson? Entonces, ¿por qué se había convertido en Alyssa Caldwell, y cómo? ¿Alguien se llevó a Rose y sustituyó a Alyssa, sin que nadie de la familia —padres, abuelos, hermanos—

notara la diferencia? ¿Por qué alguien haría eso, y qué pasó con la verdadera Alyssa Caldwell?

Porque una cosa era cierta: aunque en algún momento Rose se hubiera convertido en Alyssa, originalmente había dos niñas nacidas con cuatro meses de diferencia entre sí. Había historiales hospitalarios completos de ambas, con fotos y todo.

Observando a lo lejos los picos nevados de la montaña perfilados contra el cielo azul, dejó vagar su mente y jugó con los escenarios como los niños juegan con los Lego. Los montaba y veía si le gustaba la configuración, si encajaban; luego los desmontaba y construía otros con las mismas piezas.

Antes había dos niñas, Alyssa y Rose.

Después, solo había una.

Terminó el cruasán, estiró las piernas fuera del todoterreno y se sacudió las migas que le ensuciaban los pantalones y el jersey. Después de limpiarse las manos con un pañuelo humedecido en desinfectante rociado con la botellita que guardaba en el segundo portavasos, entre los asientos, agitó las manos en el aire para secárselas y encendió el portátil.

Revisó las notas del caso del expediente de Rose Harrelson y miró la foto envejecida. Luego sacó de internet una de las fotos más antiguas de Alyssa, tomada en su cuarto cumpleaños. Para un lugar como Mount Chester, el cumpleaños de la heredera de Granjas Caldwell era noticia, y lo había sido desde que nació, lo que hacía aún menos probable que Alyssa hubiera sido sustituida por Rose sin que nadie se diera cuenta.

No... Todo el escenario era estúpido, una invención de su mente porque no podía averiguar la verdad.

Aunque las niñas se parecían.

El mismo pelo castaño, o casi, unos bonitos hoyuelos en la barbilla y los mismos ojos marrones. ¿Coincidencia? Posiblemente. Un porcentaje bastante grande de la población tenía ese rasgo, y las dos niñas no eran las únicas que tenían hoyuelos en la barbilla en Mount Chester. En cuanto al color del pelo y de los ojos, ninguno era único.

Kay suspiró. No tenía nada.

Pero quizá el camino de Shelley Harrelson se había cruzado con el de los Caldwell. Se lo había preguntado a Carole, pero, antes de que pudiera responder, se distrajeron con la llegada de Bill. Si quería resolver el secuestro original, necesitaba trazar la línea temporal de

todas aquellas interacciones de catorce años atrás, y para ello requería de una pista que pudiera seguir. Tenía que volver a visitar a los Caldwell, cuyo inusual comportamiento era indicio inequívoco de secretos cuidadosamente guardados, uno de los cuales podría ser la respuesta que estaba buscando.

Volviendo a su juego imaginario de Lego, derrumbó todas las teorías que había construido y decidió dividir los hechos en dos montones diferentes, uno para Rose y otro para Alyssa, dejando de lado toda especulación.

¿Qué sabía de Rose Harrelson? Una cosa era segura: la habían secuestrado. Ninguno de sus padres estaba implicado; eso era otro hecho. Un tercer hecho era que la investigación sobre su desaparición había sido un modelo de incompetencia y falta de seguimiento. Nunca se respondió a preguntas críticas ni se interrogó a testigos clave.

Cogió un bolígrafo de la guantera y empezó a tomar notas en el expediente de Rose. «¿Quién se la llevó? ¿Por qué? Volver a hacer el recorrido en la escena del crimen. Entrevistar a los amigos del trabajo del padre. Encontrar al detective que cerró la investigación y hacerle un par de preguntas. ¿Incompetencia o segundas intenciones? Conseguir el ADN de Shelley y establecer la identidad de la chica de la morgue, más allá de toda duda razonable».

Esa mismo día lo sabrían. El doctor Whitmore con gusto se quedaría despierto toda la noche para hacer la prueba.

Bebió otro sorbo de café solo y cambió de tarea después de dejar la carpeta de Rose en el asiento del copiloto y volver al ordenador. Antes de partir hacia Redding, quiso averiguar un poco más sobre Alyssa, para su segundo montón de datos.

Alyssa había nacido cuatro meses antes que Rose y sus padres seguían vivos. Había sido el centro de atención de los medios de comunicación locales durante su infancia, y eso significaba que había un rastro de testimonios gráficos sobre su crecimiento. Y se había convertido en una adolescente normal, con cuentas en las redes sociales llenas de *selfies* y amigos… Amigos a los que Kay podía entrevistar y así saber más sobre ella.

Cerró el portátil y volvió a mirar los picos de las montañas, los colores de la tarde tan vivos que parecían surrealistas. El verde oscuro de los pinos. Los rojos, naranjas y amarillos nítidos del follaje caído. Y ahí fuera, en la distancia, nieve blanca sobre piedra gris contra un cielo de un azul perfecto.

Hacía catorce años, Kay luchaba contra sus propios problemas, y cualquier noticia que pudiera haber visto sobre el secuestro de Rose o sobre Alyssa en aquel momento había quedado en el olvido. Pero toda esa gente de ahí fuera, los amigos de Facebook de Alyssa, la gente que no perdía de vista a los Caldwell, a falta de otro pasatiempo, deberían ser un buen punto de partida.

Pero, primero, la verdadera identidad de la chica. El ADN de Shelley pronto revelaría lo que necesitaba saber.

Con una sonrisa tensa en los labios, arrancó el motor y giró a la izquierda para coger la autopista en dirección sur.

Al menos, Nicole estaba a salvo en su casa con Jacob, instalándose, viviendo su primer día como mujer libre. La tensión de su sonrisa se alivió un poco; las cosas empezaban a mejorar.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

## Encargos

El agente Herb Scott pasó con su coche patrulla por delante del Hilltop Bar and Grill, reduciendo la velocidad al acercarse al viejo edificio, pero decidió dirigirse directamente a casa. Todavía le latía la cabeza, la resaca se había pegado a él como el barro a un cerdo. Un lingotazo se la quitaría de golpe, pero, hasta que eso no ocurriera, no podría aguantar los gritos del bar.

Por suerte, tenía mucho alcohol en casa, y aquella mujer inútil se apresuraba a traerle un vaso lleno hasta el borde con el mejor *whisky* de malta que tenía, guardado especialmente para los días en los que solo el mejor *whisky* de malta le servía.

Detuvo el coche patrulla en el camino de entrada y se quedó parado, demasiado resacoso para darse cuenta de que todas las luces de la casa estaban apagadas, aunque el sol se había puesto hacía un buen rato. La luz del porche tampoco estaba encendida, y maldijo en voz alta cuando tropezó con el escalón más bajo y estuvo a punto de caerse. Luego abrió la puerta y entró.

Ningún olor a cena recién hecha lo recibió, solo el oscuro silencio. Encendió el interruptor y gritó, impaciente:

—¡Nicole! —Se quedó de pie en medio del pasillo, esperando a que ella saliera corriendo de donde demonios estuviera y atendiera sus necesidades, pero no ocurrió nada—. ¡Nicole! —volvió a gritar, y el eco de su propia voz fue la única respuesta que obtuvo—. Maldita sea esa mujer —murmuró, soltándose el cinturón de su uniforme, y lo dejó caer sobre una silla cercana. Se quitó la chaqueta y se desabrochó el botón del pantalón con un suspiro de alivio. Últimamente, la ropa le apretaba cada vez más, lo que aumentaba su malhumor diario.

Cuando entró en la cocina y encendió las luces, no encontró nada en los fogones. Por costumbre, comprobó el horno, pero estaba vacío y apagado. Los platos se encontraban apilados en el fregadero, sin lavar, y la mesa no se había recogido desde el desayuno.

—Será vaga —gimió—. ¿Dónde diablos estás? Ya basta. —Maldijo de nuevo, pensando que podría haber ido a la tienda. Había una razón por la que no se le permitía salir de casa sola, y ella lo sabía bien. Si se le había olvidado, estaría encantado de recordárselo justo después de ese *whisky* de malta y la cena, que más le valía tener preparada.

Después revisó el dormitorio y vio que las puertas del armario estaban abiertas y faltaban algunas de sus cosas. La maleta había desaparecido, al igual que su bolso. Atónito, se quedó de pie en medio de la habitación, rascándose la cabeza. Como aturdido, recordó que ella guardaba algo de dinero en una lata en su mesilla de noche, probablemente pensando que él no lo sabía. Pero él lo sabía todo; era su trabajo, su deber como cabeza de familia.

Abrió el cajón y rebuscó en su interior intentando encontrar la lata. Había desaparecido, al igual que el anillo de boda de su madre, que conservaba aunque nunca se lo ponía, porque tenía los dedos demasiado finos y no quería perderlo.

La muy zorra se había marchado.

La resaca volvió de golpe, apretó los puños hasta que le crujieron los nudillos y soltó un rugido lleno de rabia. Corrió al salón y abrió el armario de los licores, se bebió un par de tragos de *whisky* de la botella y luego la golpeó contra la mesa, sin importarle las gotitas que encontraron la salida y aterrizaron en la brillante superficie lacada.

Fue entonces cuando lo vio.

Un sobre sin cerrar, apoyado junto al mando a distancia del televisor, con su nombre escrito a mano en letras mayúsculas.

Lo abrió y lo leyó, aunque su visión era borrosa y los caracteres bailaban en la hoja de papel que tenía delante.

**No volverás a verme.**
**No vengas a buscarme.**

Aunque solo había dos frases cortas, tuvo que leer la carta dos veces para captar su significado.

Su mujer lo había abandonado.

¡A él!

¡Zorra ingrata, ignorante e irrespetuosa! Era una cobarde por dejarle una nota en vez de enfrentarse a él, de decírselo a la cara. Le habría dado una buena lección.

Su rostro se tiñó de un tono rojo oscuro mientras las venas de sus sienes palpitaban en sincronía con su atronador corazón, avivando su dolor de cabeza. La rabia creció en su interior hasta que ya no pudo ver bien, y buscó algo a lo que golpear, pero Nicole se había ido, escapando cobardemente de la lección que se le venía encima. Sus puños se estrellaron contra la pared, que no era rival para sus bien desarrollados brazos. El agujero que hizo tenía manchas de sangre en los bordes, pero no sintió el dolor, solo la furia. Se precipitó de nuevo al dormitorio, y allí arrancó la ropa de las perchas, la pisoteó y la hizo jirones. Luego pasó a las sábanas, y cuando terminó con ellas, volvió a la cocina, donde los platos del fregadero se convirtieron en su siguiente objetivo. Los envió volando por toda la estancia, donde chocaron con la pared de azulejos y cayeron al suelo en pedazos y fragmentos.

—¡Aargh! ¡Esa puta de mierda! —bramó, girando sobre sus talones, en busca de más cosas que romper—. La mataré con mis propias manos, eso es lo que haré. —Una olla salió volando por la habitación y golpeó la ventana, rompiéndola antes de caer en el fregadero—. Aunque sea lo último que haga, mataré a esa puta.

Fue entonces cuando sonó su teléfono, el alegre tono de llamada en contraste con el concierto de rugidos y choques.

—¡Me cago en todo! —gritó, como si la persona que llamaba pudiera oírlo. Jadeaba sin aliento, sin saber si quería atender al teléfono o no, desquiciado. Nunca se había sentido tan enfadado en su vida.

Entonces vio la pantalla del teléfono, que asomaba por el bolsillo de la chaqueta. En lugar del nombre de la persona que llamaba, aparecía un triple signo de dólar, cuyo significado solo conocía él. Tragándose la rabia, cogió el teléfono y contestó.

—Hola —dijo, jadeando con fuerza, sin aliento.

—¿Interrumpo algo? —La voz del interlocutor era fría y severa, el hombre no estaba dispuesto a aceptar ninguna de sus tonterías.

Scott sabía que no podía hacer otra cosa que prepararse para recibir órdenes.

—No, señor —respondió, apenas recuperando el aliento—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Esa nueva policía, Kay Sharp, necesito que la vigiles las veinticuatro horas del día —dijo, e hizo una pausa de un segundo, pero Scott no fue lo bastante rápido para responder, todavía sin

aliento—. Te quiero sobre ella como si fueras su sombra, ¿me oyes?

—S-sí, señor —respondió Scott—, pero ella es una federal, ya sabe. Seguir a un federal es peligroso. Lo he hecho un par de veces, pero…

—Pues que no te pillen —contestó el hombre con una burla desdeñosa—. Haz tu trabajo. Y, si se acerca demasiado, deshazte de ella.

Se preguntó si era el momento adecuado para pedir más dinero, ya que iba a trabajar las veinticuatro horas del día y a correr un riesgo tremendo.

—Sobre eso —empezó a decir—, ya que es una federal y todo eso, creo que deberíamos discutir un acuerdo diferente…

—¿Te gusta estar vivo? ¿Qué te parece ese acuerdo? —preguntó el hombre con calma, y Scott sintió un escalofrío recorriendo sus venas —. Entonces, deja que lo decida yo —añadió con la misma calma, pero con un tono de resolución en la voz que no podía malinterpretarse.

Terminó la llamada antes de que Scott se atreviera a entenderlo todo.

Definitivamente, tenía que pedir más dinero. Triple Dólar siempre le había pagado bien.

Seguir a un federal era peligroso, pero matarlo se castigaba con la pena de muerte.

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS

## ADN

El azul del cielo se había vuelto gradualmente púrpura, luego negro como el carbón, y los colores cambiaban con rapidez, como siempre ocurría en esa época del año. Una media luna creciente aún permanecía sobre los árboles yermos, dando al paisaje vibraciones residuales de Halloween a cuatro días de comenzar noviembre.

Kay había llegado a tiempo al hospital de Redding, ignorando el dolor que había anidado entre sus hombros y que ahora trepaba por su cuello como puñaladas. De vez en cuando, se pasaba la mano por la nuca intentando aliviar la tensión que agudizaba los pinchazos de dolor, distraída, mientras sus pensamientos giraban con obsesión en torno a Rose Harrelson y Alyssa Caldwell.

¿Cuál de ellas yacía en la morgue del doctor Whitmore? Pronto ambos lo sabrían, y ese conocimiento definiría el curso de su investigación. Ese descubrimiento sería la primera pista sólida que conseguiría desde que vio el cuerpo de la chica sumergido bajo las cataratas.

Durante un breve instante se dio cuenta de que echaba de menos las investigaciones sobre asesinos en serie de su pasado como perfiladora del FBI, la disciplina que había en ellas, el rigor, los procedimientos claros y sencillos. La victimología. El perfilado. La geografía. Elliot podría haber creído que esos casos eran sencillos para ella, porque era buena haciendo ese trabajo, y eso era todo, pero le gustaba creer que había algo más, como su comprensión de la psique criminal, su capacidad para ponerse en la piel de un sudes y anticiparse a su próximo movimiento. Y, si era capaz de atrapar a un asesino en serie, sin duda podría atrapar al sudes que secuestró a una niña de tres años hacía catorce o al que degolló a otra bajo las cataratas del río Blackwater.

«¿Eran la misma persona? —Frunció el ceño al pensar en ello—. ¿Sería posible?».

El problema con el caso de asesinato de Alyssa era simple: había demasiadas preguntas y ni de lejos suficientes respuestas. El caso del secuestro de Rose adolecía exactamente del mismo problema.

Extrañas coincidencias dondequiera que mirara.

Kay se acercó al hospital conduciendo a poca velocidad, temiendo el momento en el que tendría que atravesar aquellas puertas giratorias e inhalar el aire que le recordaba a los últimos días de su madre, con sus múltiples olores mezclados y recirculados por el aire acondicionado del edificio. Desinfectante, yodo, detergente para la ropa, almidón, la tela rancia de las sillas y sofás de las salas de espera, el cuero de imitación agrietado de los sillones del vestíbulo principal y los protectores de plástico de los colchones de todas las habitaciones, calentados por el calor corporal.

El día anterior había estado allí, escoltando la ambulancia de Shelley Harrelson hasta el hospital, con la esperanza de que los médicos pudieran salvarle la vida del último ictus. No albergaba muchas esperanzas; había visto casos como el de Shelley y conocía bien el pronóstico. Fuera consciente o no, lo recordara o no, Kay le había hecho a la afligida mujer una promesa que tenía toda la intención de cumplir. Y, para poder llevarla a cabo, necesitaba una muestra de su ADN.

Detuvo el todoterreno en la acera y enseñó su placa al guardia de seguridad que se acercaba.

—Solo necesitaré un minuto —dijo ella, y el rostro del hombre se relajó.

Tras pasar junto a él y cruzar las puertas giratorias, volvió a mostrar su placa en recepción y le dieron un número de habitación. Un momento en el ascensor y luego encontró la habitación de Shelley.

El rítmico pitido del monitor cardíaco saludó a Kay en cuanto abrió la puerta corredera y entró. A su lado, un hombre alto con uniforme de hospital comprobaba sus constantes vitales.

Shelley tenía los ojos cerrados y respiraba a través de un tubo conectado a un respirador, pues sus pulmones ya no eran capaces de hacerlo por sí solos. Su cabeza estaba envuelta en gasas. Debían haberla operado para aliviar la presión intracraneal provocada por el ictus. Una palidez grisácea había aparecido en su piel, como si la muerte se hubiera adueñado ya de su débil cuerpo.

—¿Es de la familia? —preguntó el hombre con voz amable.

Escrito sobre la bata, Kay leyó «Doctor Fieldmore». Era joven,

probablemente residente.

—No —respondió ella, mostrando de nuevo su placa—. Soy la doctora Sharp, de la oficina del sheriff. ¿Cómo está?

Él miró a Shelley durante un instante y luego consultó su portapapeles antes de hablar.

—Aliviamos la presión intracraneal y detuvimos la hemorragia, pero entró en coma. Es probable que nunca despierte. —Se pasó la mano por el pelo y suspiró—. Ella tiene un siete en la Escala de Coma de Glasgow. No va a volver.

Kay asintió.

—Entiendo. ¿Cuál es el plan?

—La desconectaremos mañana por la mañana.

Por alguna razón, ese comentario hizo que a Kay se le hiciera un nudo en la garganta.

—¿Tan pronto?

—Protocolo estándar para los dependientes del Estado. No hay familia ni esperanza.

Kay volvió a meterse en el bolsillo la bolsa de pruebas que había estado sujetando con la palma sudorosa de la mano. El pelo de Shelley había desaparecido; no iba a poder obtener su ADN cogiendo un par de fibras capilares con las raíces aún unidas al cuero cabelludo. Pero tampoco iba a irse con las manos vacías; estaba segura de que a Shelley no le habría gustado.

—¿Me da un hisopo flocado estéril en envoltorio individual?

El médico la miró inquisitivamente, pero decidió no preguntar. Los hospitales exigían órdenes judiciales para la recogida de ADN de sus pacientes, ya estuvieran vivos, muertos o en un punto intermedio.

—Hay algunos en este cajón, ahí los encontrará. —Se lo mostró dejando el cajón un poco abierto—. ¿Necesita un minuto o dos?

—Sí, gracias —respondió ella, tragando con dificultad.

El doctor salió de la habitación y cerró la puerta en silencio.

Kay agarró el taburete que había dejado libre el médico y lo acercó al cabecero de la cama. Los recuerdos de la muerte de su madre se agolparon en su memoria y, durante un largo y confuso instante, se sintió cerca de Shelley, atraída hacia ella como si fuera su propia madre la que yacía en aquella cama, agonizando de nuevo.

Tomó la fría mano de la mujer entre las suyas y la sostuvo durante un rato, luchando contra las lágrimas y las palabras que exigían ser pronunciadas.

Entonces dejó de contener sus emociones, sabiendo que había una mínima posibilidad de que Shelley pudiera oírla.

—Te prometí que averiguaría lo que le había pasado a Rose —dijo, su voz no era mucho más que un susurro—. Creo que tengo una idea, pero necesito tu ayuda. Necesito estar segura.

Metió la mano en el cajón y extrajo el bastoncillo, luego le quitó el precinto del extremo y, a continuación, el capuchón. Con suavidad, introdujo la punta en la boca de Shelley y frotó su mejilla; después selló el bastoncillo en su recipiente. Sacó la bolsa de pruebas del bolsillo, introdujo la prueba de ADN y cerró la bolsa; después la firmó y anotó la fecha y la hora.

Cuando acabó, volvió a tomar la mano de Shelley entre las suyas.

—Gracias —susurró, con la voz cargada de lágrimas. La idea de cómo el destino de una familia se había hecho añicos por un único y fatídico acontecimiento la ahogó, quemándole los ojos e hinchándole el pecho. Era inexplicable; era una criminalista curtida que durante ocho años había visto las escenas de los crímenes más horripilantes y atrapado a los delincuentes más enfermos y violentos. Pero había algo desgarrador en ver a Shelley en esa cama de hospital, muriendo sola.

—Te prometí que encontraría a quien os hizo esto, a todos vosotros. Me lleve el tiempo que me lleve… —dijo, y luego se detuvo, recordando la insólita reacción de Shelley cuando sufrió su segundo ictus.

¿Qué era lo que había dicho?

Kay cerró los ojos, intentando recordar palabra por palabra. «Todo este tiempo… Mi bebé…» era lo que Shelley había dicho el día anterior, antes de que la sangre se le subiera a la cabeza con tanta violencia que rompió vasos dentro de su cerebro, impulsada por una fuerte reacción emocional a… ¿qué, exactamente? ¿A la noticia de la muerte de Alyssa? ¿Por qué le importaba? ¿Quién era Alyssa para Shelley Harrelson?

—Intentabas decirme otra cosa, ¿verdad? —susurró Kay—. Creo que sí, y creo que sé lo que era.

Tras apretar la mano de la mujer, Kay la dejó suavemente sobre la cama y se despidió mientras el doctor Fieldmore regresaba. Le dio las gracias y se marchó, pero se detuvo en el umbral de la puerta para volver a mirar a la mujer.

—Lo averiguaré —murmuró, y se marchó corriendo hacia su vehículo. Mientras esperaba el ascensor, envió un rápido mensaje de

texto al doctor Whitmore:

Tengo la muestra. En camino.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

## Copia

Al cabo de un tiempo, todas lo acababan sabiendo.

No desde el principio, pues se agarraban con esperanza a un espeso velo de incredulidad y autoengaño que las mantenía aferradas a la idea de que pronto recuperarían el control sobre lo que les estaba ocurriendo.

Pero, al final, tarde o temprano todas lo acababan sabiendo, y cuando por fin se daban cuenta de su destino, perdían su atractivo tan rápidamente que él tenía que obligarse a darles más tiempo. Más oportunidades, más noches para hacerle compañía, más intentos de que funcionara, aunque él ya conocía el resultado.

Kirsten estaba a punto de darse cuenta de algo que cambiaría por completo su actitud hacia él. Lo había percibido en ella, en su desobediencia equivocada, en la rigidez de su cuerpo tumbado en la cama a su lado, en el brillo indómito y odioso de sus ojos. Probablemente estaría cambiada para la próxima vez que él la visitase y, al igual que otras antes que ella, armada con algún plan para intentar escapar.

Nunca le había funcionado a ninguna.

Y eso envenenaba sus noches, haciendo que tuviera que permanecer alerta, listo para defenderse de un ataque que podía llegar sin previo aviso. Su miedo hacia él solo llegaría hasta cierto punto; más allá de eso, ella sola —como todas las demás que habían estado en su lugar— decidiría que ya no tenía nada que perder.

Qué triste.

Podría tener una vida con él que otras solo soñarían, sin una preocupación en el mundo, siendo amada con todo su corazón. Si tan solo sus ojos dejaran de lanzarle dagas envenenadas y se ablandaran un poco, lo suficiente para alimentar sus sueños con Mira. Si tan solo pudiera aprender a ir más despacio, relajarse en sus brazos y pasarle los dedos por su rostro, como ella solía hacer. Entonces, podría cerrar

los ojos y revivir el amor que había perdido, aunque solo fuera por un momento fugaz, antes de verse obligado a volver a la realidad que le ahuecaba el corazón, tocándolo con la guadaña de la muerte.

Pero al cabo de un tiempo, cansadas y llenas de la desesperación por los repetidos fracasos, se instalaban en su cautiverio, perdiendo poco a poco las ganas de vivir. Y el recuerdo de su amada Mira se desvanecía de nuevo, manchado por el desafío de aquellas chicas, su rechazo, su incapacidad o falta de voluntad para sustituir la visión sagrada por una copia viva de la mujer que una vez había llenado su corazón de alegría.

Una copia, nunca la original, aunque la copia a veces intentara mentirle, emborracharlo con su propia fantasía, enredarlo en un lío de engaños tan espeso que perdiera todo el sentido de la realidad. A pesar de sus penosos intentos, seguiría siendo una copia.

Nunca más sería Mira, nunca volvería a estar en sus brazos, a tocar su piel impecable, a sentir su aliento contra su mejilla mientras le susurraba palabras tiernas al oído. Solo copias que utilizaba durante un tiempo y luego desechaba, cuando su propia vileza burlona manchaba la imagen que consideraba más sagrada, quemando el sueño como el ácido el papel.

Pronto Kirsten llegaría allí también, a ese punto de no retorno. No podía hacer nada para evitarlo.

# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

## Invitación

Kay no tenía la paciencia suficiente para volver a Mount Chester y empezar a buscar la información que quería mientras la muestra de ADN giraba en la centrifugadora del doctor Whitmore. A pesar de la fría oscuridad, prefirió entrecerrar los ojos bajo la luz mortecina para ver la información del expediente de Rose Harrelson, hasta que al final cedió y encendió la linterna, sosteniéndola sobre las páginas mientras con la otra mano las pasaba, una a una, después de haberlas hojeado, paciente, leyendo cada palabra.

La información que necesitaba tenía que estar en alguna parte. ¿Había conocido Shelley Harrelson a Bill Caldwell o a algún otro miembro de la familia de acaudalados granjeros? Las dos familias eran mundos aparte en todo, desde el estatus social hasta los círculos de amigos y los lugares donde llevaban a cabo sus actividades diarias. Pero ¿qué sabía de la rutina de Shelley Harrelson para estar segura de que nunca se cruzaría en el camino de los Caldwell?

Nada. Cero. Un inmenso cero.

Si estuviera investigando un caso federal, habría tenido acceso a analistas de datos y a un equipo de apoyo. Habría podido elaborar historiales detallados de empleo, direcciones residenciales e incluso registros bancarios de todos los implicados, identificando enseguida cualquier punto en el que sus vidas se hubieran cruzado. Pero ya no era perfiladora; había decidido volver a casa, contra todo pronóstico, y convertirse en detective allí, en Mount Chester, donde la oficina del sheriff carecía de analista. Solo tenían un informático que reajustaba las contraseñas de vez en cuando y arreglaba las impresoras, seguramente el hijo de alguien, porque no estaba en plantilla. La oficina del sheriff de la pequeña ciudad no podía permitirse un técnico a tiempo completo, y Mount Chester probablemente tendría que superar el medio millón de habitantes antes de que el sheriff considerara la posibilidad de añadir un analista.

No obstante, la información debería haber estado ahí, en las páginas del caso peor llevado de toda la historia de las investigaciones de secuestros. «Creo que este podría llevarse el oro si hubiera un campeonato nacional de casos mal gestionados», pensó con amargura. El recuerdo de Shelley muriendo sola en aquella habitación de hospital aún la atormentaba. El hombre que había hecho tan mal trabajo encontrando a su hija era tan culpable de su muerte como el secuestrador de Rose, al menos, en el sistema de valores de Kay.

Debería haber una lista de personas de interés en el caso. Todas las personas que habían estado en contacto con los padres y la niña desaparecida en la semana anterior a su secuestro, los jefes de los padres y cualquier contacto laboral relevante, cualquiera que pudiera guardar rencor a alguno de los padres, cualquiera que visitara su casa de forma habitual o lo hubiera hecho en la semana anterior a la desaparición de Rose, cualquiera que cuidara de la niña. Todas esas personas deberían haber estado claramente identificadas en una lista, y las notas de las entrevistas con cada persona, adjuntas al expediente.

Casi nada de eso existía en los registros. El detective que había trabajado en el caso había anotado algunos nombres en una página arrancada de un cuaderno. La niñera de la niña. La vecina que Elliot y ella habían conocido el día anterior, Martha Duncan. Un par más de los que nunca había oído hablar.

Ninguna referencia a ningún Caldwell, pero el archivo del caso estaba lejos de estar completo.

Harta de la forma en que se había llevado la investigación, decidió dejar de quejarse y visitar al detective que había firmado la mayor parte del papeleo solo con sus iniciales, H. S. Para eso, tenía que identificarlo.

Pasó las páginas hacia atrás. En algún lugar en el informe original de la persona desaparecida, justo debajo de la narración en la segunda página, estaba el nombre del oficial informante, y debajo de eso, el oficial que aprobó el informe. Reconoció ambos nombres, pertenecían a agentes que trabajaban en la misma oficina que ella. Pero entonces vio el nombre escrito en la casilla «Internamente dirigido a», que indicaba qué detective había sido asignado al caso.

Herbert Scott.

Leyó el nombre y no pudo comprenderlo al principio. El Herbert Scott que ella conocía era agente del sheriff, maltratador de mujeres y borracho, pero agente, al fin y al cabo. No le había quedado más

remedio que ofrecer refugio a su pobre mujer en su propia casa, para mantenerla a ella y a su bebé a salvo de las violentas iras de aquel hombre. Sin embargo, el informe indicaba que el agente Scott había sido detective hacía catorce años, cuando investigó la desaparición de Rose e hizo un trabajo impresionantemente malo.

Kay cerró el expediente y se recostó en su asiento, deseando que los miles de pensamientos que le rondaban por la cabeza se asentaran y construyeran una imagen clara de lo que significaba aquello.

Había pensado en cómo tratar con Scott el tema del maltrato conyugal. Había urdido un plan que podría meterlo en la cárcel sin tener que arrastrar a Nicole al juzgado para testificar, pero necesitaba un par de días antes de poder ejecutarlo. Primero tenía que identificar la filtración, el hombre o la mujer del personal del sheriff que había interceptado la carta enviada por Nicole y la había puesto en manos de su marido en lugar de en las de su destinatario. Podría enterrar a esa persona bajo una serie de cargos, desde el delito federal de robo de correo hasta el de obstrucción a la administración pública, porque la carta que Nicole había enviado iba dirigida al sheriff Logan con la intención de denunciar y detener un delito.

Y, después de presentar esos cargos, la situación daría un giro. Le ofrecería a esa persona un trato. Tendría que cumplir condena en un centro federal, porque la sola idea de que esa persona saliera libre le hacía subir la bilis a la garganta. Ese trato vendría a cambio de que testificara contra Scott. Entonces Scott aceptaría un trato él mismo, y eso significaría que Nicole y su bebé podrían librarse de él. Para siempre.

Ese había sido su plan cuidadosamente urdido, pero se había hecho trizas por la aparición del nombre de él escrito en una denuncia de desaparición de hacía catorce años.

No podía demorarse en hablar con él sobre el caso Harrelson, pero al mismo tiempo necesitaba sincerarse con el sheriff sobre lo que estaba pasando.

Sacó el teléfono del bolsillo, buscó en su agenda y pulsó el nombre del sheriff. Este cogió la llamada casi de inmediato.

—Detective —dijo, con voz enérgica y atrevida sobre un fondo de charla y ruido de oficina—. ¿Cómo va la investigación Caldwell?

Forzó la entrada de aire en sus pulmones.

—Sobre eso, señor, ¿estaría disponible para una conversación extraoficial conmigo?

Él guardó silencio durante un momento.

—Mmm, claro. ¿Qué tienes en mente? —Su tono se había vuelto más sombrío, más pausado.

—¿Cuándo puede salir de la oficina? —preguntó ella, mirando la hora y planeando el resto de su día. En primer lugar, tenía que conducir de regreso desde Redding, luego debía pasar a dejar la muestra de ADN en la morgue y quería acercarse a la antigua residencia Harrelson para echar otro vistazo a esa casa. Quizá quedaban pruebas que habían pasado desapercibidas para el entonces detective Scott y que podrían ayudar con el caso. Necesitaba unas dos horas, si no más.

—No antes de las siete —respondió el sheriff.

Kay podía percibir el ceño fruncido en su voz, las preguntas no formuladas.

Eran casi las cinco.

—Perfecto —respondió ella—. Digamos, ¿a las siete y media en Katse? —Durante un momento, solo el ruido de fondo le llegó a través del teléfono—. Encontrémonos en la terraza exterior. Ahora se encuentra cerrada y estará oscuro.

El largo silencio indicó a Kay que Logan tenía dudas, que cuestionaban sus motivos y probablemente su cordura. Llevaba menos de una semana en su equipo de forma oficial, y lo más factible era que aún no se hubiera ganado su confianza.

—¿Y esta, eh, conversación no puede tener lugar en mi despacho? —preguntó él.

—Me temo que no —respondió ella, y luego le dio tiempo para decidir.

—Vale, sí, nos vemos luego —respondió al fin, antes de terminar la llamada.

Ya no había vuelta atrás.

# CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

## Ultimátum

El agente Leach devoró su burrito con el apetito de un jabalí tras un largo invierno, sin apenas tomarse tiempo para masticar los grandes bocados que daba cada pocos segundos. Parecía capaz de comerse cualquier cosa que no se lo comiera a él antes, con una barriga incipiente que empezaba a sobresalir por encima del cinturón de su uniforme.

Elliot esperó paciente a que Leach terminara su almuerzo; de todos modos, no iba a tardar mucho más. Desde las siete de la mañana, había recorrido ese tramo de autopista de arriba abajo, estudiando las pautas del tráfico, fijándose en los camiones que pasaban por el lugar donde se había visto a Kirsten por última vez después de que Hazel Fuentes la dejara junto a la entrada de Granjas Caldwell.

Sobre las diez, había recibido una llamada de Hazel, que había preguntado a todos los camioneros de Caldwell si habían visto a la chica y había conseguido acotar la franja horaria de su desaparición. El primero de sus colegas que había visto a Kirsten cuando se marchó de la granja se había ido a las 15:15 horas de aquel día. El último, que estaba seguro de que ninguna chica había estado merodeando por la rampa, se dirigía al sur para una entrega y había salido casi a las cinco.

Eso significaba que quien recogió a Kirsten había pasado por allí entre las 15:15 y las 17:00 del 28 de octubre, hacía exactamente una semana. Con ese plazo en mente, Elliot le había pedido ayuda a Leach. El agente realizaba controles de velocidad en ese tramo de autopista todos los días, excepto los lunes y los miércoles, que estaba libre. Como Kirsten había sido vista por última vez un jueves, esperaba que el oficial le ofreciera alguna pista.

—Entonces, detective, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó Leach, limpiándose la boca con una servilleta de papel, y dejó escapar un pesado suspiro de satisfacción, cargado de potentes olores a salsa

picante y guacamole, apenas perceptibles en el aire espeso y maloliente de la cafetería. Se inclinó hacia delante, apartó el plato vacío y apoyó los codos en la grasienta superficie de melamina de la mesa. Tras limpiarse los dientes con la lengua y eructar un par de veces, consiguió sonreír.

—Estoy intentando localizar a una chica —dijo Elliot, mostrándole la foto de Kirsten en su teléfono—. Fue vista por última vez por la salida de Hilt, en dirección sur.

Leach sacudió la cabeza, sin dejar de mirar la foto de la chica.

—No, no la he visto.

—Hoy hace una semana que estuvo ahí —especificó Elliot.

El agente volvió a sacudir la cabeza.

—Suelo quedarme en la carretera secundaria, justo al fondo de ese valle, para que no me vean. El límite de velocidad cambia en la frontera estatal, y bajan rodando por esa colina, directos a mí. —Se rio entre dientes, frotándose las manos—. Cubrí el cupo del mes pasado el 23 de octubre, ¿puedes creerlo? Es un buen sitio.

—¿Qué tráfico has notado? —preguntó Elliot, ocultando una risita bajo el ala de su sombrero.

—¿Tráfico? —preguntó Leach, mientras sus ojos escrutaban el menú del restaurante.

—¿Algún vehículo marcado que te llamara la atención? ¿Ese día paraste en algún control de tráfico a alguien con quien pueda hablar? —Elliot se detuvo un momento, pero Leach estaba mirando el menú mientras se chupaba los dientes manchados—. Vamos, hombre, dame algo que pueda usar. Esta chica lleva perdida una semana.

—Los de UPS pasan todos los días a eso de las cuatro —dijo Leach, aparentemente pensativo, pero Elliot no estaba seguro de que no estuviera intentando decidirse entre otro burrito y algún postre—. Y también veo camiones de Amazon Prime, pero esos nunca sobrepasan la velocidad.

—¿Por qué no sacas tu libreta y me das las matrículas de los vehículos que paraste hace una semana entre las tres y las cinco de la tarde?

Leach lo fulminó con la mirada, pero mantuvo la boca cerrada. Se inclinó hacia un lado para aliviar el peso de su nalga derecha, luego extrajo un cuaderno curvado encuadernado en cuero y lo arrojó sobre la mesa.

—Ahí tienes, teniente —dijo, marcando el rango de su superior con

veneno en la voz.

Elliot cogió el cuaderno; estaba caliente al tacto y desprendía un ligero olor que no quiso identificar. Hojeó las páginas hasta el 28 de octubre y no encontró ninguna entrada de esa tarde. Solo un coche, a última hora, a eso de las siete, había superado el límite en diecinueve kilómetros y se le impuso una multa de doscientos treinta y ocho dólares.

—¿Eso es todo? —preguntó Elliot, frunciendo el ceño.

—Nadie iba a gran velocidad esa tarde, señor —respondió Leach, con gran sarcasmo, justo en la cara de Elliot—. ¿Qué puede hacer un buen policía si la gente no infringe la ley?

Probablemente habría dormido la siesta todo el tiempo, abatido por una comida como la que Elliot acababa de pagar, sabiendo que ya había cumplido su cuota del mes. Pero, si una cosa era cierta de todo lo que Leach había dicho, era que no había visto a Kirsten. Eso suele pasar cuando la gente duerme; no ve mucho.

Elliot cerró el cuaderno, lo dejó sobre la mesa y se levantó.

—Gracias, agente. Espero que hayas disfrutado de tu comida.

Salió de la cafetería, contento de respirar el aire fresco y frío de la tarde. Justo al otro lado de la autopista, sobre las colinas, el sol comenzaba a ponerse, alargando las sombras de todo y de todos, como si el avance lento del atardecer creara zonas más oscuras en distintos lugares, sobre todo donde las sombras se tocaban y se superponían.

Extendió la mano hacia su teléfono, esperando ver un mensaje o una llamada perdida de Kay, pero no era posible. Habría oído su llamada o la campanilla que avisaba de nuevos mensajes. Había estado atento todo el día, y nada había perturbado la soledad de su infructuosa búsqueda de la adolescente de Oregón desaparecida.

Resistió el impulso de llamar a Kay y preguntarle a dónde iría ella después a buscar a Kirsten. En vez de eso, pensó en lo que ella haría si estuviera en su lugar.

Hasta ahora, nadie había visto a la chica, nadie había oído ni una palabra de la fugitiva, y lo único que sabía era que se dirigía a San Francisco. Podría haber llegado a su destino el mismo día, el jueves anterior, como muy pronto sobre las seis o las siete de la tarde. No tenía ni idea de qué vehículo la había recogido ni quién lo conducía.

Lo único que sabía era que todos los vehículos necesitaban gasolina. El que se había llevado a Kirsten podría haber parado en algún lugar del camino a San Francisco, y alguien podría acordarse. Puede que

hubiera algún vídeo de vigilancia que mostrara la matrícula si tenía suerte. O alguien podría haber visto algo, uno de los conductores habituales que hacían la misma ruta. Esos tenían sus paradas favoritas para repostar, y ahí era a donde él tenía que ir.

Por desgracia, al ser Kirsten una fugitiva, no se podía emitir una alerta AMBER. Pero podría hacer lo siguiente mejor: publicar carteles.

Quince minutos y unos cuantos dólares gastados en UPS le permitieron mecanografiar e imprimir carteles con la foto de Kirsten y el número de teléfono de la oficina del sheriff impreso en letra grande y negrita. El cartel indicaba el lugar donde había sido vista por última vez, con fecha y hora. Ahora todo lo que tenía que hacer era recorrer el pavimento de una gasolinera a otra y pegarlos junto a los aseos, el único lugar que ningún conductor dejaba de visitar.

Ya había anochecido cuando terminó de entrevistar al primer empleado de la gasolinera y pegó el primer cartel. A ese ritmo, le iba a llevar un buen rato.

—Gracias —dijo, señalando con la cabeza al cajero, y le ofreció su tarjeta—. En caso de que oigas algo.

El hombre la cogió y la metió en el cajón sin mirarla, luego hizo una seña a la siguiente persona de la fila y continuó con su trabajo. La secuencia de pitidos resonó con fuerza en la tienda casi vacía. Elliot se tocó el ala del sombrero en un gesto que nadie percibió y luego se dirigió a su todoterreno en medio del frío cortante.

Cuando sonó su teléfono, lo primero que pensó fue en Kay. Una mirada a la pantalla mostró el nombre del sheriff Logan en su lugar. Cogió la llamada y se encaminó hacia su coche.

—Señor —saludó al sheriff, abrió su todoterreno y se puso al volante. Arrancó el motor y encendió la calefacción. La temperatura estaba bajando rápidamente y se preveía que esa noche cayera por debajo del punto de congelación. Un pensamiento sobre Kirsten pasó por su mente. Por un breve instante, se preguntó si estaría a salvo y abrigada durante la noche o si la pasaría en la calle, como muchos otros niños fugitivos, tiritando, hambrienta y asustada en algún callejón oscuro.

—¿Cómo vamos con lo de esa chica? —preguntó el sheriff—. ¿Algún progreso?

—Alguno —respondió Elliot, procurando ocultar la decepción en su voz—. He conseguido rastrear sus movimientos hasta la salida de Hilt.

—¿Y a partir de ahí?

—Pues… aún no lo sé. Ahora estoy preguntando en gasolineras y a transportistas. Sabré más por la mañana. Puede que empiecen a llegar llamadas a nuestra línea de teléfono.

—Así que, en resumen, no tienes nada —dijo el sheriff—. Déjalo y vuelve a la oficina mañana por la mañana. Te reasignaré.

—Necesito más tiempo —dijo Elliot, la rabia empezaba a alterarle. El sheriff se estaba rindiendo demasiado rápido con esa chica—. Creo que podría…

—¿Sabes cuántos niños desaparecieron el año pasado? Setenta mil en California, trescientos setenta solo en nuestro condado. La mayoría vuelven por su cuenta cuando ven que fuera hace demasiado frío o que la comida de mamá no estaba tan mal. Y algunos nunca aparecen.

Elliot cerró la mano y golpeó el volante. Kirsten no era un número cualquiera. Era una niña asustada que huía de los malos tratos.

—Necesito más tiempo —dijo de nuevo, manteniendo un tono bajo y aparentemente tranquilo.

—Bueno, ¿tienes alguna pista? —Aunque conocía la respuesta, Logan volvió a preguntar como argumento para apoyar su decisión de poner fin a la investigación.

—De momento, no, pero espero tener algo para mañana a mediodía. Necesito unos días. No es que tengamos acumulándose un montón de asesinatos sin resolver, ¿verdad? —preguntó, arrepintiéndose al instante de su pregunta. El sheriff tenía la última palabra en las asignaciones de trabajo, y no le correspondía a él cuestionar sus decisiones. Enfadarlo no iba a ayudar en el caso de Kirsten.

—Tu colega, la doctora Sharp, podría no estar de acuerdo, pero te daré veinticuatro horas. Después, enviaremos tu informe a Oregón y dejaremos que ellos lo resuelvan.

—Necesito más tiempo —dijo, saliendo ya de la gasolinera, y puso rumbo al sur, a la siguiente—. Veinticuatro horas no serán suficientes.

—Tráeme una pista y hablaremos de ello.

Y terminó la llamada antes de que Elliot pudiera confirmar la orden.

El sheriff tenía razón. Si los carteles y las preguntas que hiciera en las gasolineras no aportaban ninguna pista, no le quedaría más remedio que renunciar a Kirsten. El coche que la recogió podría no haber parado a repostar en ningún sitio antes de llegar a San Francisco, y podría haberse ido para siempre.

Sintió un escalofrío y subió la calefacción del coche, preguntándose de nuevo por la chica.

¿Dónde estaba?

# CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

## Martha

La residencia Harrelson era un espectáculo espantoso en la oscuridad, incluso después de que Kay la hubiera visto a la luz del día. Pero no le importaba la familia de mapaches que vivía en el cobertizo, ni las criaturas que pudieran haber anidado en el rancho abandonado; iba a procesar la escena del crimen como debería haberse hecho hacía catorce años, con la esperanza de encontrar algo, cualquier cosa que se hubiera pasado por alto.

Ignorando la migraña que estaba empezando a pulsar en su cabeza, cogió la linterna grande, salió del todoterreno y abrió el maletero. Llevaba consigo su viejo equipo forense; aunque tuviera una placa, nunca salía de casa sin él. El doctor Whitmore le había enseñado a usarlo durante su primera semana de trabajo en San Francisco, cuando era una novata. «Te ahorrará tiempo, trabajo y vidas, no necesariamente en ese orden», había dicho, y a lo largo de los años le había dado la razón varias veces.

Abrió el maletín y comprobó el contenido. Polvo para huellas dactilares, pincel y portaobjetos, bolsas para pruebas, luminol, luz ultravioleta, un par de gafas amarillas para mejorar su visión cuando buscaba manchas de sangre y una variedad de bastoncillos y herramientas de recogida de muestras que podrían resultar útiles en la mayoría de las escenas del crimen. Era excesivo para una escena del crimen comprometida que se remontaba a catorce años atrás, pero aun así quiso intentarlo.

Cerró el maletín, lo llevó hasta la puerta principal y luego puso el haz de luz de su linterna sobre el tablero de fibra que habían clavado sobre las jambas. Los clavos estaban muy oxidados, y el tablero traqueteó cuando lo agarró por un lado y tiró.

De pie, bajo las luces de carretera de su Ford, sacó las llaves e introdujo la más larga del llavero junto a uno de los clavos, entre la jamba de la puerta y el tablero, y tiró, forzando el panel. Repitió el

movimiento alrededor del tablero para cada clavo, agradecida de que no fueran muchos. El viento se había levantado con la promesa de nieve en los olores que arrastraba desde las cumbres de Mount Chester, helándola hasta los huesos y alimentando su palpitante dolor de cabeza.

Cuando el panel de fibra de madera cayó al suelo, se levantó una nube de polvo, que el viento dispersó enseguida. A pesar de las fuertes ráfagas, el olor a humedad y podredumbre que desprendía la casa era persistente.

—Vaya —oyó la voz de una mujer detrás de ella. Sobresaltada, se dio la vuelta, con la mano en el arma, entrecerrando los ojos contra las potentes luces del coche para ver de quién se trataba—. Es usted Kay, ¿verdad? —preguntó la mujer con voz ronca y titubeante, acercándose despacio.

Kay, que seguía con los ojos entrecerrados, reconoció primero las zapatillas peludas, aunque el rostro de la mujer seguía oculto bajo el potente resplandor. Exhaló y apartó la mano del arma.

—Martha, ¿qué hace fuera con este frío? —Era la segunda vez que la mujer se le acercaba sigilosamente. Tenía un talento innato para aparecer de forma silenciosa, a pesar de su edad y su corpulencia.

La mujer le lanzó una amplia sonrisa, poniéndose delante del haz de luz que salía del coche.

—No se preocupe, querida, tengo este chal. Lo tejí yo misma. —Extendió una mano temblorosa y Kay la apretó—. No podía dejar que se fuera sin saludarla. —Se quedó mirando la puerta, que apenas se sostenía sobre sus goznes, y luego lanzó una mirada inquisitiva a Kay.

—No debería estar aquí a oscuras —dijo Kay, sabiendo que sus palabras caían en saco roto, desperdiciadas por la mujer que había arriesgado a sabiendas su vida y su salud solo por la emoción que significaba la presencia de Kay allí—. Y nunca se acerque sigilosamente a un policía. Podría ser peligroso.

—Va a entrar, ¿no? —preguntó Martha, frotándose las manos. Kay no estaba segura de si lo hacía por excitación o por el frío cortante—. Me hace muy feliz —le dijo, y luego se tocó el rabillo del ojo para secar una lágrima que contradecía su afirmación—. Por fin alguien está interesado de verdad en saber qué pasó con la pobre Rose, esa dulce niña.

—No descansaremos hasta averiguar qué le pasó a Rose —dijo Kay, con palabras suaves pero decididas, seguidas de un atisbo de sonrisa

triste. El mejor de sus esfuerzos podría resultar demasiado poco y demasiado tarde.

Kay abrió la puerta y entró, contenta de ver que el olor no era mucho peor que el que había percibido fuera. Mohoso, frío, con notas de madera podrida y tierra húmeda, como olían las setas recién recogidas. Enfocó su linterna hacia la habitación y comprobó cada rincón buscando animales que pudieran abalanzarse o señales de que la estructura pudiera derrumbarse, pero parecía seguro entrar.

Mientras caminaba por las habitaciones, Kay se fijó lenta y cuidadosamente en cada objeto, en cada mueble o prenda de vestir, en cada detalle que había quedado atrás.

—No se llevó sus cosas, pobre Shelley —dijo Martha, sobresaltando de nuevo a Kay. Pensó que había dejado a la mujer fuera, junto al coche, pero estaba allí mismo, a un paso por detrás de ella, observando en silencio su trabajo—. Se cayó un día, y eso fue todo. Sellaron el lugar y a nadie le importó. Yo misma vacié la nevera y saqué la basura, porque pensé que no sería por mucho tiempo y que pronto volvería. Nunca pensé que ella... —Un sollozo ahogado le quitó el aire de los pulmones—. La echo de menos. Su madre era mi mejor amiga. Shelley era como una hija para mí.

Los platos sucios seguían amontonados en el fregadero de la cocina, y la linterna de Kay provocó el pánico entre algunos insectos, que desaparecieron en un instante tras los bordes de la encimera. Algunos de los armarios seguían abiertos, como si se hubieran llevado a Shelley en mitad de la preparación de la cena.

La ropa cubría el sofá del salón, y la mesa del comedor estaba abarrotada de facturas antiguas, un juego de llaves y una bufanda roja, demasiado pequeña para ser de un adulto.

—Era de Rose —dijo Martha al ver que el haz de luz de la linterna se detenía en el objeto—. Shelley la hizo para ella. Ella esperaba que la policía trajera a los perros para rastrearla, pero nunca vinieron. Iba a darle esa bufanda al perro para que la olisqueara, porque se la había puesto justo antes de irse a la cama aquella noche. A Rose le gustaba el tejido brillante y se la llevaba a todas partes, aunque fuera verano.

—¿Cuál era el dormitorio de Rose?

—Este —contestó Martha, con la voz entrecortada. Aparentemente encantada de ser útil, señaló hacia el primer dormitorio.

Kay abrió la puerta despacio, repitiendo los movimientos anteriores y comprobando cada rincón en busca de posibles peligros. Luego entró

y se volvió hacia Martha.

—Déjeme a mí sola primero, después puede volver a unirse a mí.

—De acuerdo —respondió Martha—. Sé por qué. Veo series policíacas en la tele.

La habitación de la niña aún mostraba el amor que Shelley y Elroy habían sentido por su pequeña. La cama estaba vestida con sábanas y fundas de almohada a juego de personajes de dibujos animados, ahora deteriorados y carcomidos por el paso del tiempo. Si Kay los hubiera tocado, probablemente se habrían desintegrado. En una de las paredes había pintado un boceto de Mickey Mouse, con las orejas redondas del personaje difuminadas por las telarañas que se extendían desde las esquinas de la habitación. De la lámpara del techo colgaba un móvil de bebé con formas de animales, seguramente hecho a mano por Shelley.

—Le encantaba ese móvil —aclaró Martha desde la puerta—. Shelley quería regalarlo, pero Rose no la dejó.

Kay se acercó a la ventana, donde las manchas dejadas por el polvo revelador de huellas dactilares habían sido cubiertas por una gruesa capa de polvo. El detective Scott, o quienquiera que hubiera llevado la investigación forense en aquella escena del crimen, solo había buscado huellas en el interior del alféizar, no en el exterior.

Kay se puso un par de guantes de látex y abrió la ventana. La hoja se deslizó con facilidad hacia arriba y hacia abajo, haciendo que las partículas de polvo se arremolinaran en el haz de luz de su linterna. Detrás del cristal había una mosquitera cuyo marco estaba sujeto por el tablero de fibra que cubría la ventana por fuera.

Kay salió de la casa y retiró la tabla de la ventana del dormitorio, luego iluminó con la luz el marco de la mosquitera. Apenas se mantenía en su sitio, podía quitarse con dos dedos. Luego, con la misma facilidad, la volvió a colocar en su sitio.

Si hubiera tenido que secuestrar al niño que dormía en ese dormitorio, habría sido demasiado sencillo. La mosquitera era fácil de quitar, y la ventana se levantaba sin esfuerzo. Shelley recordaba que había dejado la ventana abierta solo un centímetro, y eso significaba que no la había cerrado con llave. Todo lo que el secuestrador necesitaba saber era en qué habitación dormía Rose.

Estudió el exterior del alféizar, cubierto del mismo polvo espeso que el resto de la casa. Se llenó los pulmones de aire y después sopló para sacudir el polvo. Hicieron falta unas cuantas repeticiones más hasta

que limpió la mayor parte, descubriendo los lugares donde el cepillo para huellas dactilares había dejado sus remolinos de polvo negro.

En el interior del umbral no se habían encontrado huellas dactilares. Los restos de revelador confirmaron lo que estaba escrito en el expediente del caso sobre el interior. Pero nadie se había molestado en comprobar el exterior.

Unas cuantas vueltas de su cepillo para huellas dactilares cubrieron el umbral exterior de polvo oscuro, aunque no había huellas que pudiera encontrar. No era cuestión de cuánto tiempo había pasado; la historia forense tenía casos en los que se habían conseguido huellas dactilares tras cuarenta años de exposición al aire y al polvo. El tablero de fibras había protegido el alféizar de las inclemencias del tiempo, lo que llevaba a una conclusión: no había ninguna huella.

Ni siquiera de Rose.

—Martha —llamó Kay, mirando a la mujer a través de la ventana abierta—, ¿sabe si Rose pasaba algún tiempo junto a la ventana, mirando el exterior?

—¡Le encantaba hacer eso! —Martha se movió inquieta en su sitio, deseosa de entrar en la habitación, pero consciente de la línea que no debía cruzar—. Se ponía ahí, y miraba los coches que pasaban. Elroy solía decirle las marcas de los coches, y ella chillaba de alegría y aplaudía con sus manitas. No sé si de verdad sabía la diferencia entre un Chevy y un...

—¿Alguna vez tocó el alféizar? —preguntó Kay, frunciendo el ceño ante la capa de polvo de huellas dactilares que no había revelado marcas grasientas en ningún lugar del alféizar.

—¿Cómo? —dijo Martha, pero luego añadió—: Todo el tiempo. Lo agarraba así. —Y se lo demostró con sus manos temblorosas. Su chal cayó al suelo—. Oh, vaya —murmuró, recogiéndolo rápidamente, y lo sacudió con fuerza antes de volver a ponérselo.

Solo había una explicación posible para la falta de huellas en el alféizar de la ventana.

Alguien lo había limpiado después de que se llevaran a Rose.

Tras cerrar el maletín de golpe, Kay se dirigió hacia el coche.

—¡Ya he terminado aquí, Martha! ¡Muchas gracias!

La mujer la alcanzó cuando la detective ya se había limpiado las manos y había metido el maletín en el coche.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Martha, con los ojos fijos en los de Kay y la mano agarrando su manga, como había hecho antes.

—Todavía nada —contestó Kay, y se dio la vuelta para marcharse. No tenía sentido compartir sus teorías con la anciana. Martha le soltó la manga y dio unos pasos hacia un lado arrastrando los pies—. No obstante, tengo una pregunta.

Martha volvió corriendo hacia ella y se detuvo a un par de metros, sonriendo.

—Sí, querida, ¿qué pasa?

—¿Sabe si Shelley conoció alguna vez a Bill Caldwell o a alguien más de esa familia?

—Oh, sí —respondió, dándole a Kay una palmadita en el antebrazo como si estuviera a punto de compartir un jugoso cotilleo—. Trabajó para los Caldwell durante años. Formaba parte del personal de limpieza, porque en una casa como la suya tienen más de una mujer para eso.

Kay sintió que una oleada de excitación corría por sus venas, calentándole la sangre y disipando su migraña. ¡Se habían conocido! Esa era la información que le faltaba, la pieza fundamental del juego para resolver el rompecabezas.

—¿Por casualidad recuerda cuándo o cuánto tiempo trabajó para ellos? —Aunque Martha no lo recordara, ahora sabía lo que buscaba y podría solicitar la vida laboral de Shelley. Llevaría tiempo, pero por fin tenía una pista.

—Bueno, a ver —respondió Martha, contando con los dedos—. Shelley salió con Elroy un par de años justo después de acabar el instituto y se casaron un año antes de que tuvieran a Rose. —De repente, el rostro de la mujer se oscureció.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Eh, nada, nada —contestó Martha, apartando los ojos de Kay y prefiriendo estudiar sus propias zapatillas.

—Martha, cualquier cosa que comparta podría ser útil. Lo sabe, ¿verdad? —Kay le cogió la mano y le dio un pequeño apretón para animarla.

La mujer asintió con la cabeza y empezó a hablar rápido, como si apenas se hubiera abstenido de compartir los secretos ocultos durante años de la hija de su mejor amiga.

—Shelley llevaba un par de años trabajando para los Caldwell cuando una noche ocurrió algo. Recuerdo que Edna y yo pasamos algunas noches preocupadas. Era la madre de Shelley, que en paz descanse —aclaró Martha, al ver la expresión de Kay.

—¿Qué pasó?

—Shelley llegó un día llorando del trabajo y se encerró en su habitación —dijo Martha, bajando la voz a un susurro, como si hubiera alguien que pudiera oírlas—. Se ausentó del trabajo durante unos días y lloró. Mi pobre corderito lloró día y noche. Ni siquiera veía a Elroy. —Sacudió la cabeza, enfatizando su afirmación—. Su madre y yo nos preocupamos mucho; no se hace a la idea. Ni se lo imagina, a menos que sea madre, querida. ¿Tiene hijos?

Kay sonrió y sacudió suavemente la cabeza.

—Todavía tengo tiempo. —Hacía años que no pensaba en tener hijos, desde que había justificado su decisión de saltarse la maternidad pensando que su trabajo no era adecuado para ser madre. Pero eso era un asunto para otro momento—. ¿Sabe lo que le ocurrió a Shelley ese día? ¿Llegó a averiguarlo?

Martha acercó la cabeza a la de Kay.

—Salió de esa desolación después de un tiempo, y empezó a verse de nuevo con Elroy. Un par de meses después, se casaron. Pero —añadió, bajando un poco más la voz—, justo nueve meses después de aquel extraño episodio de llanto suyo, nació Rose.

Kay se detuvo un momento, pensando, dejando que las piezas de su juego de Lego se reorganizaran con la nueva información encontrada. Sí, Shelley había conocido a los Caldwell. Pero ¿qué había provocado su reacción extrema ante la noticia de la muerte de Alyssa? Aunque hubiera sido el ama de llaves, o tal vez incluso la cuidadora de Alyssa en algún momento, eso no justificaba la respuesta que había provocado su segundo ictus.

A menos que...

Hubiera otro motivo para la reacción de Shelley, y Kay aún no lo supiese.

—Martha —dijo Kay, colocando las manos en un gesto suplicante—, si tuviera que aventurar una conjetura sobre lo que ocurrió aquel día con Shelley, ¿qué diría que fue?

Martha miró a Kay durante un largo y significativo momento. Cuando habló, su voz estaba llena de tristeza.

—Estoy segura de que fue algo terrible. La pobre niña no decía ni una palabra y, cuando le preguntaba, se ponía pálida y llorosa. Al cabo de un tiempo, dejé de intentarlo, y su madre también, pero... —La voz de la anciana se entrecortó, como si aún estuviera decidiendo si compartir sus pensamientos con Kay.

—Continúe, por favor —insistió Kay—, es la única persona que queda que podría compartir detalles sobre ese día.

Martha suspiró, aparentemente aún indecisa. Luego, sacudiendo un poco la cabeza, bajó la voz como si temiera que alguien escuchara demasiado sus palabras.

—Creo que alguien violó a Shelley ese día y que Rose fue fruto de esa violación. —Se tapó la boca con los dedos temblorosos y agarrotados. A la luz del coche, le brillaban los ojos.

Kay metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y palpó la bolsa de pruebas que contenía el ADN de Shelley. Antes de que amaneciera, lo sabría.

Sabría si la chica de la morgue era Alyssa o Rose.

Si era Rose después de todo, entonces era la hija de Bill Caldwell, posiblemente una niña fruto de una violación a la que más tarde secuestró y sustituyó por su propia hija.

Pero ¿por qué?

—Martha, una pregunta más si me lo permite, después la acercaré a casa —dijo, sintiéndose culpable de mantener a la anciana en el frío de esa manera.

—Tonterías, querida, vivo justo ahí —dijo, señalando a la izquierda de la propiedad—. Dígame, ¿qué necesita saber?

—¿Qué recuerda de Alyssa Caldwell, la hija de Bill?

—No mucho, la verdad —respondió Martha, rascándose la frente—. Shelley dejó de trabajar para los Caldwell justo después de que Rose desapareciera; es comprensible, pobrecita mía. Pero, antes de eso, recuerdo que decía que la tragedia había golpeado a esa familia. Evangeline estaba muy enferma. Es la mujer de Bill Caldwell. Creo que tiene esclerosis múltiple o algo así, no estoy segura. Y entonces su niña también cayó enferma, gravemente enferma, y temieron por su vida.

Kay supo que su instinto le decía que iba en la dirección correcta. «Las coincidencias no existen. ¿O sí?».

—¿Y qué ocurrió?

Martha sonrió disculpándose.

—No me acuerdo… Ha pasado tiempo, y ya no soy tan joven.

Kay dio las gracias a Martha e insistió en dejarla en su casa. Entonces, en cuanto Martha la saludó desde su porche bien iluminado y cerró la puerta tras de sí, miró la hora y vio que tenía menos de doce minutos para llegar a Katse para su reunión con el sheriff Logan.

No iba a llegar a tiempo.

Le envió un mensaje de texto con una disculpa rápida y la hora a la que esperaba llegar, luego giró hacia la autopista y aceleró a fondo.

Las piezas de Lego iban encajando, y el ADN pronto lo confirmaría.

Lo sintió en sus entrañas.

Si cerraba los ojos, podía recordar muy bien las fotos de las dos niñas, cómo había pensado que se parecían, su pelo castaño ondulado, sus hoyuelos en la barbilla, y lo había descartado, tachándolo de coincidencia, cuando debería haber considerado que podían ser hermanas.

Y, si eso era cierto, significaba una cosa.

La chica que descansaba en la unidad de almacenamiento número seis era Rose Harrelson.

# CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

## A salvo

«Hacía años que no teníamos invitados —pensó Jacob, mientras se afanaba en la cocina, recogía la mesa del comedor y cargaba el lavavajillas—. Vivía como un monje antes de que Kay llegara, y ahora somos dos monjes».

Habría sido mucho mejor si las circunstancias hubieran sido diferentes y la invitada no estuviera sentada a la mesa en silencio, demasiado avergonzada para mirarlo a los ojos, como si se mereciera lo que le había pasado.

Había estado más que encantado de pasar la aspiradora y arreglar la vieja habitación de sus padres para su huésped. Ya era hora de que alguien espantara las telarañas de aquellas paredes, aunque Kay ya había hecho su parte para renovar el lugar. Él sabía que su propia opinión era más bien simbólica. Había vivido demasiado tiempo en una casa vacía y ahora apreciaba la compañía.

Cocinar para más de uno le sentaba mejor, aunque seguía siendo un desastre. Como ya era tarde, y aquella pobre mujer probablemente estaba hambrienta y cansada y quería estar por fin sola, no se arriesgó. Se decantó por algo tan sencillo que ni siquiera él podría estropearlo. Patatas asadas al horno con tortilla de queso y pepinillos. Una especie de cena de soltero, pero, incluso así, era digna de un domingo por la noche, no de un jueves.

La tetera silbó, sobresaltando a la mujer. Miró a su alrededor con los ojos de una cierva herida antes de sentarse. Si ese inútil de su marido estuviera allí en ese momento, lo estrangularía con sus propias manos. En lugar de eso, Jacob apagó la tetera y el silbido cesó.

—Lo siento mucho —dijo con una tímida sonrisa—. Kay compró esto, se supone que es moderno, pero sigue silbando como las antiguas que vemos en las películas británicas. —Cogió dos tazas limpias del armario y las llenó de agua caliente, luego abrió el cajón donde Kay guardaba las infusiones—. Tengo manzanilla, menta y lo que sea esto.

—Le dio la vuelta a una de las bolsitas de té y leyó—: «Serenidad infinita». —La levantó en el aire como si se tratara de una pieza peligrosa—. Quizá esté bueno. ¿Quieres probarlo?

Ella cogió la bolsita que le ofrecía, rasgó el envoltorio y la sumergió en el agua.

—Gracias —susurró, lanzándole una rápida mirada antes de volver a bajar los ojos.

Se ciñó más la rebeca alrededor de su delgada figura, puso ambas manos alrededor de la taza e inhaló el vapor perfumado. El aire de la cocina se llenaba de su aroma, que chocaba con el apetitoso olor de las patatas asadas con mantequilla. Repentinamente curioso, cogió el envoltorio y leyó los ingredientes.

—Hierba, limón y flores de tilo —dijo, y luego tiró el envoltorio a la basura. Preguntándose si era apropiado, encendió la radio, pensando que podría ayudarla a sentirse mejor. A él siempre le animaba. Puede que el DJ contara un chiste en directo, o que las canciones *country* que pusieran no fueran tristes, sino divertidas, como aquella llamada *Red Solo Cup* que él solía tararear todo el día. La de Toby Keith.

Aún le quedaban unos veinte minutos para servir la cena, y le costaba soportar el silencio, sobre todo si tenía que quedarse quieto sin hacer nada. Había terminado de preparar su habitación, limpiado el baño, cargado el lavavajillas y hecho todo lo que se le ocurrió para matar el tiempo hasta que la comida estuviera lista. El DJ no paraba de hablar sobre la cuenta atrás semanal en lugar de poner algo de música.

—Mi hermana llegará pronto a casa —dijo al fin. Ella levantó sus ojos enrojecidos y lo miró un momento, sonriendo con timidez—. Pero no tenemos que esperarla para cenar. Puedo hacer la tortilla ahora mismo si quieres.

No dijo ni una palabra, solo se encogió de hombros, con sus delgados hombros asomando a través de aquella rebeca como huesos sin carne. Si iba a quedarse con ellos un tiempo, él se encargaría de que recuperase algo de peso y de que descansara un poco. Podría dormir todo el día, a él no le importaba; cuidaría de ella.

—Me llamo Jacob, por cierto —dijo, dispuesto a ofrecerle la mano si quería estrechársela, pero en lugar de eso se la metió torpemente en el bolsillo.

La sonrisa de ella se ensanchó y le mantuvo un poco más la mirada.

—Lo sé, me lo dijiste.

—Oh —respondió, y se volvió hacia el fregadero, de repente preocupado por los cubiertos que estaban en remojo.

—Yo me llamo Nicole —dijo sonriendo, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Creo que no te lo he dicho.

—Es un nombre precioso —manifestó él, empezando a preparar la mesa para tres. Ver cómo se apartaba de él cuando ponía platos y servilletas en la mesa le hizo recordar a su madre, que se estremecía cada vez que su padre pasaba junto a ella—. Estarás bien —dijo, rascándose la barba, y luego se secó el sudor de las palmas de las manos en la parte de atrás de los vaqueros. No sabía estar con la gente. Cuando se ponía nervioso, le sudaban mucho las palmas de las manos—. Kay no dejará que te pase nada.

—Gracias —murmuró ella, bajando de nuevo la mirada.

—Y puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y Nicole la atrapó enseguida con un dedo.

—Tendrás tu propia habitación y todo. Dormirás en el dormitorio principal, así que, si necesitas el baño, está ahí mismo.

Por fin sonó algo de música en esa maldita radio, librándolo de la necesidad de llenar el silencio. Una canción sobre redescubrir las ganas de vivir tras un desengaño amoroso.

Muy apropiada.

El temporizador de su teléfono avisó a Jacob de que las patatas estaban listas, y se apresuró a pasar junto a Nicole para llegar al horno, feliz de que la espera hubiera terminado. De pasada, le rozó el hombro con el brazo, un mero accidente, nada más, un roce fugaz que la mayoría de la gente habría ignorado o ni siquiera habría notado.

Ella se levantó de un salto y se precipitó hacia atrás hasta chocar con la pared, con el brazo levantado para protegerse la cara.

Había visto la misma imagen antes, en la misma cocina, pero con su madre en el lugar de Nicole. Atónito y sin habla, se quedó en el sitio y levantó las manos, como si se estuviera rindiendo a unos policías.

—Lo siento —consiguió decir, después de que el golpeteo de su corazón liberara el ahogo de su garganta—. Nunca te haría daño; te juro que no lo haría.

Ella seguía jadeando, pero bajó el brazo, y parecía avergonzada, culpable de algún pecado imperdonable.

—Mira, si lo prefieres, puedo esperar fuera hasta que Kay vuelva. Lo que quieras, solo para que te sientas segura. —Y pasó esquivándola

hasta llegar a la puerta lateral—. Lo siento —repitió—. Sé que piensas que no puedes confiar en mí, pero crecí así, y mi hermana también. Mi padre maltrataba a mi madre y yo… —Se detuvo al darse cuenta de que estaba a punto de decir demasiado—. Nunca podría ponerte un dedo encima. Déjame sacar las patatas y saldré a esperar a Kay en el camión.

Se dio la vuelta y abrió el horno, sacó la bandeja y la puso sobre la encimera para que se enfriara. Cuando Kay llegara a casa, haría la tortilla; o tal vez debería hacer antes la de Nicole y que ella pudiera comer. ¿Qué sentido tenía hacerla esperar?

Cogió una sartén pequeña, le echó unas cucharadas de mantequilla y la puso al fuego. Estaba a punto de coger los huevos de la nevera cuando sintió los dedos fríos y vacilantes de ella tocándole el antebrazo.

—Nunca nadie había sido tan bueno conmigo —murmuró con voz estrangulada, débil—. Lo siento… Sigo viéndolo en cada esquina de la habitación, a punto de abalanzarse sobre mí y hacerme daño otra vez. —Levantó brevemente los ojos llorosos y se encontró con los de él, luego apoyó la mejilla en su pecho.

—No pasa nada —susurró Jacob, rodeándole los hombros con el brazo—. Cuidaremos de ti.

Sus palabras alimentaron las lágrimas de Nicole, y pronto se agitó, con la cara hundida en su torso. ¿Dónde estaba Kay cuando la necesitaba? Ella sabría qué decir para que su dolor desapareciera.

Inseguro de sí mismo y temeroso de hacer o decir algo equivocado, se quedó lo más quieto posible, consolándola hasta que sus sollozos se debilitaron.

—Tengo mucho miedo —susurró, aferrándose a su camisa, agarrando la tela y escondiendo la cara en ella—. Sé que va a matarme. Puedo sentirlo.

# CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

## Sheriff

El letrero de Katse seguía encendido, con la luz de neón blanca en forma de taza de café parpadeando contra el cielo oscuro, justo lo contrario de lo que significaba el nombre de la cafetería, «negro», en la lengua de los nativos de la tribu Pomo. La chimenea dejaba salir humo y vapor justo detrás del rótulo, haciendo que pareciera que el café de la taza de neón humeaba, un símbolo fuerte y atrayente, un toque de genialidad de *marketing*.

Aún quedaban algunos coches en el aparcamiento, algo sorprendente en aquel momento, ya que eran más de las siete de un día laborable de noviembre, cuando los turistas de verano se habían ido y aún no había empezado la temporada de invierno.

Kay entró en el aparcamiento y se detuvo bruscamente, haciendo rechinar las ruedas contra la grava suelta. El todoterreno del sheriff Logan estaba aparcado cerca de la terraza oscura y vacía. De espaldas a ella, se encontraba apoyado contra el capó, con la capucha puesta, la cazadora cerrada hasta la barbilla y las manos metidas en los bolsillos.

O no la había oído acercarse o fingía ignorarla mientras ella acortaba la distancia entre ellos. En cualquier caso, lo hizo casi corriendo, ansiosa por acabar de una vez por todas con la reunión.

Sin aliento, se detuvo a su lado.

—Gracias por aceptar reunirse conmigo. Entiendo que esto no es lo habitual…

—Corta el rollo, Sharp, mi mujer me espera con un asado de ternera en el horno. —Había sacado un cigarro y lo estaba encendiendo, con pedantería y lentitud en sus movimientos, obsesivo con su ritual.

—Es sobre el caso del secuestro de Rose Harrelson —soltó Kay, todavía sin aliento, aunque apenas había corrido veinticinco metros. Había sido un día largo, y se había mantenido a base de café y cruasanes.

El sheriff exhaló, rodeándose de una nube de humo espeso que

permaneció un instante como un halo antes de disiparse con el viento cortante.

—Creía que estabas trabajando en el asesinato de Alyssa Caldwell. ¿Qué pasa con el caso Harrelson?

Ella abrió el expediente por la segunda página del informe de persona desaparecida y dio unos golpecitos en la hoja con el dedo.

—Fue asignado al detective Herbert Scott.

—Ah —dijo Logan, con el ceño fruncido—. Ya veo. ¿Y tu pregunta es...?

Kay estudió su rostro durante un breve instante. Sus ojos le sostenían la mirada imperturbables, sus facciones estaban relajadas, salvo por la frente, arrugada, donde se esculpían profundos surcos horizontales. Las comisuras de sus labios estaban un poco rígidas cuando no estaba aspirando el humo de aquel cigarro.

—Hay un agente Scott en su plantilla, y ningún detective con ese nombre. ¿Está...?

—Es el mismo tipo —respondió, con el humo arremolinándose en su aliento al pronunciar las palabras—. Pero eso ya lo sabías —añadió, con un atisbo de incredulidad en los ojos—. Si no, estaría comiéndome el asado de mi mujer a estas horas en vez de congelándome los huevos aquí contigo.

Ella apartó la mirada un momento y luego volvió a mirarlo. Sonreía.

—¿Qué hacemos aquí, doctora Sharp?

Estuvo a punto de invitarlo a llamarla Kay, como todo el mundo, pero decidió hacerlo en otra ocasión.

—Odio hacer esto, pero se lo tengo que preguntar, ¿qué pasó? ¿Cómo acabó de agente después de haber sido detective?

Él se burló, luego soltó una leve risita y dio otra larga calada al cigarro antes de contestar.

—Después de leer ese expediente, la pregunta correcta debería ser: ¿por qué el agente Scott sigue en el cuerpo? ¿Por qué no le despidieron por el trabajo increíblemente chapucero que hizo?

Ella asintió, levantó el cuello de su chaqueta y se subió la cremallera hasta arriba. El viento le rodeó la garganta con dedos helados, provocándole escalofríos por todo el cuerpo y avivando la tensión que le producía el doloroso calambre en los hombros.

—Gracias por decirlo con delicadeza, doctora Sharp —continuó, con un suspiro cargado de humo—. Que quede entre nosotros dos, como ya pretendías cuando me citaste aquí. Hizo falta un mal rendimiento

significativo en el trabajo para que Scott tuviera que elegir. O dimitía, o le rebajaban a agente, pero conservando la pensión si cumplía los veinte años enteros en el cuerpo sin pegarse un tiro en el pie y sin matar a nadie.

—¿Algo que destacar en cuanto al rendimiento? —preguntó ella. Estaba siguiendo su instinto, pensando que tenía que haber algo más en las acciones de Scott que no solo fueran indiferencia e indolencia.

Exhalando despacio, Logan cambió el cigarro de una mano a otra, soplando humo caliente en las palmas.

—Por decirlo suavemente, era negligente en sus obligaciones, no estaba motivado para cerrar los casos y, al mismo tiempo, era propenso a comportamientos violentos, a menudo maltratando a sospechosos y amenazando a testigos. Recortó gastos e hizo un trabajo chapucero con todo. —Murmuró un improperio que ella no captó—. Es un sujeto peculiar. Las quejas llegaban de todas partes: pruebas que faltaban, formularios mal mecanografiados, expedientes mal archivados, testigos acosados e insultados, de todo. Ahora lo único que hace son controles de tráfico, e incluso en eso se las arregla para meter la pata de vez en cuando.

Kay cambió el peso de un pie a otro, temiendo la pregunta que tenía que hacer, aunque creía saber la respuesta.

—¿Son amigos fuera del trabajo?

—¿Qué? —preguntó el sheriff, mirándola atento mientras un nuevo surco surgía en su frente, formando una V profunda en la raíz de su nariz.

—Ya sabe, tomar unas copas con el equipo, salir por Hilltop, cosas así.

—¿Yo? ¿Con ese tipo? Diablos, no. —Se arregló el cuello de la chaqueta como si quisiera recuperar su magullada dignidad—. Me sorprende que me lo preguntes, si he de ser honesto. —Tosió en el codo y luego dijo en voz baja—: Escucha, si no fuera por los sindicatos, ese tipo habría desaparecido hace tiempo. Ahora, ¿puedo irme a casa a calentarme?

Se dio la vuelta para marcharse, pero ella lo agarró del codo, deteniéndolo.

—Aún no, disculpe. Pero seré rápida. —Se llenó los pulmones con el aire frío salpicado de restos de humo del cigarro—. Actualmente, también estoy en una misión del FBI.

La mirada de Logan se volvió un poco fulminante.

—Vaya, doctora Sharp, gracias por compartirlo. —Ella notó cómo se le tensaban los hombros y se le endurecía la mandíbula. De todas las maneras en que podía reaccionar, el sheriff Logan había decidido ponerse a la defensiva—. ¿Es por Scott?

—Sí —respondió ella enseguida, contenta de que le hubiera hecho la pregunta correcta.

—¿Qué ha hecho ahora para ganarse la atención del FBI?

—Golpeó a su mujer embarazada hasta casi matarla, al menos tres veces en el último año —dijo, sintiendo un nudo en la garganta al hablar—. Ella intentó comunicarse con usted, pero fracasó. Ha estado…

—¿Por qué fracasó? Estoy en la oficina todos los días —preguntó, paseándose enfadado de un lado a otro delante de su todoterreno.

—Es una larga historia y se le va a enfriar el asado —dijo ella, tratando de aliviar la tensión crepitante en el aire entre ellos, pero él la fulminó con la mirada, sin sonreír, sin decir una palabra—. Llegaré al fondo del asunto antes de que acabe la semana. Pero, en resumen, alguien del personal ha estado redirigiendo su correo a su antojo.

—¿Y ese alguien le entregó alguna carta a su marido? —Se golpeó las piernas con las manos y miró el cielo estrellado—. ¿Uno de mis policías hizo eso?

—Diría que sí, y le prometo que estoy trabajando para averiguar quién. Por favor, tan solo deme unos días para acabar con esto de la mejor manera. Hay muchos riesgos que considerar y gestionar en los casos de maltrato doméstico en los que intervienen policías.

El sheriff asintió con la cabeza.

—¿Hasta dónde cree que puede llegar? —preguntó Kay—. Si se ve acorralado.

Logan se volvió hacia ella y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Scott? Ese hombre es un barril de pólvora sin explotar con una mecha impredecible.

—Entendido —respondió ella.

Ahora era su turno de poner mala cara. Todo lo que Logan había hecho era confirmar sus peores temores y sembrar otros nuevos encima. Por el poco tiempo que había pasado con Scott, sabía que el tipo estaba decidido a hacer algo, no sabía qué, pero no estaba faltando al deber por accidente. Era demasiado controlador para eso, demasiado impulsivo, demasiado intenso. Tal vez si pelaba las capas de aquella cebolla podrida, descubriría qué le había motivado a tirar

por la borda una carrera como único detective en plantilla de la oficina del sheriff de Mount Chester para terminar dedicándose a atrapar turistas que sobrepasaban el límite de velocidad durante todo el año.

—Le mantendré informado, jefe —dijo, y buscó las llaves del coche en el bolsillo de su chaqueta. Cuando sacó la mano, sostenía las llaves y la bolsa de pruebas con la muestra de ADN que había tomado de Shelley.

—No tan rápido, doctora Sharp —dijo el sheriff Logan, con un tono cortante como el viento frío—. Me gustaría saber si de verdad trabajas para mí o solo lo finges.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás aquí por encargo del FBI? —volvió a preguntar, elevando el tono lo suficiente como para hacerle ver que estaba furioso—. Es una pregunta justa, ¿no crees?

Estuvo a punto de sonreírle, pero logró contenerse, sabiendo el efecto explosivo que su gesto podría tener en el sheriff.

—Le prometo que esto del FBI es temporal y concluirá en un par de días. Trabajo para usted desde que me hizo la oferta y la acepté.

—Entonces, ¿por qué no me has hablado antes de Scott? —Su tono era alto, denotando un creciente enfado—. Me imagino que, o bien no confiabas en mí y me has interrogado primero según tus reglas antes de revelar tus intereses, o bien nunca has sido de los míos para empezar.

—Me asignaron el caso anoche, señor —explicó—. Y sí, le he interrogado, y le pido disculpas, pero tengo a una mujer maltratada que jura que envió cartas dirigidas directamente a usted, todo para que al final su marido llegara con ellas a casa al día siguiente y las usara como excusa para otra ronda de palizas. —Mientras hablaba, la emoción llenaba su voz, sembrando un ligero temblor en su tono. Inhaló una bocanada de aire frío y se armó de valor.

El sheriff aplaudió despacio, con calma, con un atisbo de sonrisa en los ojos.

—Ya lo dije una vez, y lo vuelvo a repetir. Cuando acabe tu misión en el FBI y me libres de ese pedazo de escoria, me alegraría que te quedaras.

—No voy a ir a ninguna parte —respondió ella, aún con las llaves y la muestra de ADN en la mano, mirándolo a los ojos.

Él le regaló una sonrisa.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Una muestra de ADN de la madre de Rose Harrelson —respondió—. La dejaré en la morgue de camino a casa.

—Puedo dejarla por ti —le ofreció, y ella aceptó con una sonrisa y un gesto de gratitud. Entonces el sheriff se rascó la cabeza, como si intentara recordar algo que tenía que hacer—. Deberías saberlo: Scott ha llamado para decir que necesitaba un par de días libres, alegando problemas familiares.

Lo miró fijamente antes de subirse a su todoterreno y, mientras se alejaba, sus preocupados pensamientos se dirigieron a Nicole. Menos mal que estaba a salvo en su casa con Jacob. Scott debía estar buscándola, y no se conformaría hasta encontrarla y hacérselo pagar por haber huido.

Era hora de amordazar a ese animal.

# CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

## Vigilancia

No volverás a verme.
No vengas a buscarme.

Scott se quedó mirando la nota manuscrita, con la rabia latiéndole en las venas.

—Ni de coña —murmuró, pisando cosas rotas y ropa desgarrada mientras preparaba una pequeña bolsa de lona con las cosas que necesitaba para las largas vigilancias que iba a hacer—. Y encima teniendo que seguir a esa federal veinticuatro horas los siete días de la semana. Hijo de puta.

Como si no supiera lo que Kay Sharp estaba tramando… Nada bueno. Por qué Triple Dólar quería que la vigilara en lugar de eliminarla cuanto antes era una pregunta que no había tenido ocasión de hacerse. El hombre nunca había sido tan brusco con él, y no era el tipo de persona que Scott quisiera como enemigo.

Bolsa de viaje en mano, se detuvo en mitad del pasillo, intentando decidirse. ¿Debería ir a por Nicole y arrastrar su lamentable culo de vuelta a donde pertenecía? La esperaba un infierno para limpiar mientras él no estaba. ¿O debía llevar a cabo lo que le habían encargado y vigilar a esa federal antes de que ella hiciera quién sabe qué para joderlo todo?

Un vistazo a su teléfono le indicó la hora: eran casi las siete. ¿Quién sabía cuándo se había ido Nicole…? Esa zorra ya podría estar en cualquier parte, aunque no tenía muchos sitios a los que ir. Quizá se había ido con su madre, a Tennessee. Si se daba prisa, aún podría llegar a la estación de Greyhound antes de que saliera el último autobús. No habría sido tan valiente como para hacer autostop; no, siempre había sido una cobarde, una zorrita miedosa.

Se dirigió a la cocina, encendió las luces y dejó caer la bolsa sobre la mesa, encima de platos rotos y comida derramada. Rebuscó en la

despensa, cogió un puñado de barritas energéticas, un paquete de galletas saladas y unas latas de Coca-Cola, y luego lo metió todo en la bolsa. Satisfecho, la cerró con la cremallera y salió, dando un portazo tan fuerte que hizo sonar las ventanas laterales y rompió el marco de la puerta.

Condujo rápidamente hasta la estación de autobuses, con las luces intermitentes y la sirena encendidas, aunque no estaba de servicio y no tenía código. Pero ¿quién pararía a un policía que responde a una emergencia? Gruñendo y sintiendo cómo las gotas de sudor le brotaban del cuero cabelludo, maldijo sin parar, agarrando el volante con tanta fuerza que le crujieron los nudillos.

Unos minutos más tarde, se detuvo frente a la estación y rio entre dientes cuando vio a un par de personas dispersarse hacia el bosque al ver sus luces intermitentes rojas y azules. Ciudadanos honrados, estaba seguro. Nicole no estaba a la vista, y una rápida pregunta en la taquilla reveló que no había comprado ningún billete esa noche, ni se la había visto subir a ninguno de los primeros autobuses que se detuvieron unos instantes en Mount Chester de camino al sur, hacia San Francisco y Los Ángeles.

¿Dónde podía estar esa zorra? ¿La habían ayudado?

La idea de que alguien más se metiera en sus asuntos lo paralizó a medio camino de vuelta a su coche patrulla. ¿Cómo no lo había visto antes? Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Nicole no podía haber organizado ella sola su propia huida; no tenía lo que había que tener. Él, en cambio, conocía a la gente; había interrogado a más delincuentes y atrapado a más matones que la mayoría de los policías en toda su carrera, solo porque sabía detectar sus puntos débiles, clavarles un cuchillo y retorcerlo.

Alguien más estaba involucrado. Tenía que ser eso.

Nicole ni siquiera tenía coche. Alguien tenía que haberla recogido de casa y haberla llevado a algún sitio, con equipaje y todo. Debía haber sido un hombre; ¿quién si no iba a perder el tiempo con esa zorra tramposa, mentirosa y pija si no era un tipo que quería tirársela?

El único problema de meter al amante secreto de Nicole en la cárcel para el resto de sus días era lo fácil que sería. Una parada de tráfico, seguida de un gramo de heroína discretamente colocado en su vehículo, y entonces se resistiría al arresto. Scott podría fingir la resistencia del sospechoso aunque su cámara corporal estuviera encendida —necesaria según la última y jodida directiva de Logan—,

y todo el mundo se lo creería. Entonces podría subir la apuesta encontrando un arma en el maletero de su vehículo, que él mismo compraría de antemano en la calle y llevaría consigo hasta que se presentara el momento. Mejor aún, un arma caliente, una pistola utilizada en algún asesinato reciente en San Francisco, cuyas balas hubieran sido recuperadas por la policía. Tenía contactos que le pagarían un buen dinero por ponerle una pistola así a un perdedor lamentable, y con gusto lo harían con el hombre secreto de Nicole.

Demasiado. Jodidamente. Fácil.

Si el cabrón sobrevivía de algún modo al arresto, con una llamada suya el gilipollas se encontraría con un navajazo entre rejas, y la historia de amor de Nicole habría terminado. Le estaría bien empleado por tirarse a su mujer, ¿no?

Esperaría a ver a Nicole arrastrándose hacia él, suplicándole perdón. No le llevaría tanto tiempo; un día, quizá dos.

Entonces le daría la lección que se había buscado todo ese tiempo. Soltó el aire de sus pulmones despacio, calmando sus nervios ahora que tenía un plan, ahora que sabía lo que ella había hecho. Haría falta indagar un poco para localizar a los tortolitos, y para eso ya habría tiempo. Al día siguiente, cuando esa federal estuviera ocupada haciendo alguna cosa, empezaría a hacer preguntas, a sacar registros telefónicos, y encontraría a Nicole y a su amante secreto.

Se puso al volante y desenvolvió una barrita energética. Todo aquel esfuerzo lo había dejado hambriento, con la furia haciéndole un agujero en el estómago. Si tuviera tiempo, si no tuviera que perseguir a la federal, se pasaría por el gimnasio y bombearía hierro hasta que dejara de sentir los brazos.

Volvió a mirar la hora. Casi las siete y media. ¿Dónde podría estar esa perra de la federal?

Condujo diez minutos hasta llegar a la oficina, pero su todoterreno no estaba allí. En ese momento, ya estaría en casa para pasar la noche. Una rápida búsqueda en su portátil reveló su dirección.

No estaba lejos.

Fue hasta allí rápido, pero sin las luces policiales, y se acercó a la residencia de Kay con los faros apagados. Al otro lado de la calle de su casa y unos cincuenta metros más al oeste, había un espeso seto que delimitaba una propiedad envuelta en la oscuridad. Se detuvo a un lado, sabiendo que su coche sería difícil de ver desde la entrada, con un par de robles en medio y varios cubos de basura tirados en la acera

para ser recogidos por la mañana.

Después, se acercó al rancho Sharp y confirmó que el todoterreno de Kay no estaba allí. Sin embargo, la luz de la cocina estaba encendida. Encontró un buen sitio para esconderse, donde podía ver a través de la ventana de la cocina sin riesgo de ser visto si la federal elegía ese momento para entrar en su casa.

El viento aullaba con furia, arremolinándose en la ladera de la montaña y trayendo el olor a nieve fresca de las cumbres. La temperatura había descendido por debajo del punto de congelación, y cada aliento que exhalaba dejaba una nube de vaho en el aire. Saltando sobre el sitio tras el tronco de un grueso roble, mantuvo los ojos fijos en la ventana iluminada de la cocina, esperando ver a Kay allí dentro. Entonces sabría que se encontraba en casa y que pasaría allí la noche, y continuaría su vigilancia en el coche, con la calefacción encendida y alguna emisora en la radio para mantenerse despierto.

Bajo la luz amarillenta de la cocina, un hombre estaba poniendo la mesa: sacó platos y cubiertos de los armarios y los colocó. Solo pudo ver un atisbo de sus movimientos cuando pasó por delante de la estrecha ventana, pero se volvió un momento y Scott pudo verlo hablar.

Reconoció al tipo: era Jacob Sharp, el hermano de la federal. Pero ¿con quién hablaba?

Se acercó con cuidado a la casa, después de comprobar si se aproximaba algún faro, y consiguió ver un poco más del interior de la cocina, pero no lo suficiente como para averiguar quién estaba allí dentro con el tipo.

¿Era Kay? ¿Había metido su todoterreno en el garaje?

Asomó la cabeza por detrás de un cubo de basura y siguió todos los movimientos de Jacob. Iba y venía entre el fregadero, los armarios y la mesa, preparando la cena, por lo que parecía. Entonces ocurrió algo, tal vez estaba contando un chiste o algo así, porque se paró en seco, levantó las manos hablando apresuradamente y dio un paso atrás. Pero no se reía; parecía serio, preocupado. ¿Alguien le apuntaba con un arma?

Scott pudo ver de reojo cómo movía los labios, pero no pudo oír ningún sonido ni saber de qué iba aquella escena. Al cabo de un rato, Jacob bajó las manos y reanudó el trasiego de la cena, abrió el horno y sacó una bandeja.

Entonces una mujer se le acercó y se acurrucó en su pecho, llorando, mientras él le acariciaba el pelo y la rodeaba con los brazos.

El corazón se le aceleró y la sangre se le subió a la cabeza a una velocidad vertiginosa.

No era Kay Sharp quien se abrazaba a ese hombre. Era Nicole.

Su Nicole.

La rabia invadió su cuerpo en un instante, y todos sus planes se olvidaron. Corrió hacia la puerta lateral y, de una patada, la derribó y entró.

El grito de Nicole avivó su ira, y ese imbécil tratando de esconderla tras su cuerpo enclenque le pareció una broma. ¿Ese era el amante de Nicole? ¿El hermano de la federal?

—Por favor, vete y no habrá consecuencias —se atrevió a decirle Jacob, mientras Nicole se encogía detrás de él como un animal acorralado, sollozando con fuerza como hacía siempre que sabía que la había cagado de verdad.

—Esto es entre mi mujer y yo —dijo despacio, con un tono grave y amenazador, con una cadencia que parecía la de las balas lanzadas a cámara lenta por una ametralladora. Sus fosas nasales se abrieron, y apretó los puños con fuerza anticipando la sensación de romper la mandíbula de Jacob.

—Y esta es mi casa, y no eres bienvenido aquí —dijo Jacob, dando un pequeño paso adelante.

El cabroncete tenía valor, pero no había tiempo que perder. Se llevó los puños al pecho y envió un derechazo, apuntando a la cara del tipo. Rápido de reflejos, Jacob se echó a un lado, cogió una sartén del fogón y la sostuvo en el aire con ambas manos, listo para atacar.

—Por favor, Herb, esto no es lo que piensas —suplicó Nicole, con las palabras entrecortadas por sollozos incontrolables—. Su hermana es mi amiga.

Cinco simples palabras y sintió como si Nicole le hubiera echado un cubo de agua helada por la cabeza. ¿Desde cuándo su mujer estaba confabulada con los federales? ¿Quién sabía qué mentiras le habría dicho Nicole a esa zorra?

Con los labios rígidos, sacó el arma y apretó el gatillo dos veces; cada bala dio en el blanco, el centro del cuerpo de su supuesto amante. Nicole chilló, y Jacob se quedó mirándolo incrédulo durante un breve instante; luego se desplomó en el suelo, con la sartén repiqueteando a sus pies.

Tranquilo y sintiéndose satisfecho por una vez aquel día, enfundó su arma y llegó hasta Nicole en dos grandes pasos, sonriendo, percibiendo su miedo primitivo, el terror en sus ojos. La agarró del pelo y la arrastró fuera de la cocina, a la fría oscuridad del exterior, mientras sus gritos resonaban en el silencio de la noche.

Entonces se quedó callada y quieta bajo sus manos.

# CAPÍTULO CUARENTA

## Testigo

Elliot casi había terminado con el conjunto de gasolineras de la interestatal, a unos treinta y dos kilómetros al sur de Mount Chester. Se dio cuenta de que había tardado un rato y miró con desaprobación la pantalla digital que había sobre la caja de aquella gasolinera Chevron. Casi una hora para cinco gasolineras, cuatro de ellas pequeñas y una con una parada de camiones que abastecía a grandes vehículos y ofrecía a los conductores servicios completos, como duchas calientes y comidas.

En el trayecto entre un baño y otro para pegar folletos en los pasillos, había cogido un perrito caliente de una de esas parrillas giratorias que los mantenían como recién hechos, atraído por el olor como un coyote hambriento dando vueltas alrededor de un cubo de basura. Le había sabido bien en ese momento, tenía los sentidos engañados por el hambre, pero el perrito caliente le había dejado un regusto en la boca digno de llamarse «aliento de gasolinera».

Pagó el perrito y una lata de caramelos de menta, fingiendo no darse cuenta de la sonrisa en los labios de la cajera. Era joven y atlética, quizá demasiado delgada y pálida bajo la luz fluorescente. Su pelo rubio y liso le llegaba a los hombros y su carmín brillaba en sus finos labios cuando hablaba. Ladeó la cabeza y bromeó con él, ignorando a propósito a los demás clientes que hacían cola detrás, uno tras otro, frunciendo el ceño y murmurando impacientes. Prometió llamarle personalmente si se enteraba de algo sobre la chica desaparecida y lamentó no haber prestado más atención a la gente que pasaba por la tienda, pero había miles cada día.

Un movimiento de sombrero amplió la sonrisa de la chica, que por alguna razón le recordaba a Kay, aunque no se parecía en nada a su compañera. Kay era más alta; su frente, más ancha; sus labios, más carnosos. Su larga melena rubia le pasaba los hombros, ondulada hacia las puntas. No, esa chica no se parecía en nada a Kay.

Y él cada vez era más idiota.

Volvió a tocarse el sombrero y se dio la vuelta para marcharse mientras una mujer mayor decía con ironía: «¿En serio?» al pasar él por su lado. Ignorándola, salió de la tienda y dio la bienvenida al aire fresco de la tarde, aunque el frío le calara hasta los huesos y el viento le hiciera perseguir su sombrero por toda la gasolinera, entreteniendo a un par de granjeros que repostaban sus camiones.

Le quedaba una salida más antes de llegar a San Francisco, donde toda esperanza desaparecería. Cuatro gasolineras diferentes, una de ellas también con una parada de camiones.

Llevaba unos minutos conduciendo cuando recibió una llamada. El tono personalizado le indicó que era de la centralita de la oficina del sheriff. Respondió a través del sistema multimedia del coche.

—Detective Young —se identificó, sabiendo que todas las llamadas de la centralita eran grabadas—. ¿Qué tienes?

—Un camionero que está en una fila para pagar dice que ha visto los carteles o algo así —dijo el agente Farrell. Los oficiales más jóvenes del equipo estaban trabajando para cubrir los turnos de despacho.

—Pásamelo —respondió—, le cojo la llamada. —En una fracción de segundo, todo el cansancio se había disipado, dejándole fresco, con la mente alerta y los sentidos agudizados.

—¿Hola? —dijo un hombre con voz ronca.

—Sí, soy el detective Elliot Young. ¿Tiene información para mí?

—Creo que he visto a la chica que busca —dijo, y luego empezó a toser, pero el sonido era amortiguado, como si hubiera tapado el micrófono del teléfono.

Elliot esperó paciente y preguntó:

—¿Ha dejado su nombre y número de contacto en la centralita por si perdemos la conexión?

—Sí, claro que sí.

—¿Cómo se llama?

—Ben. —Resolló y luego continuó—: Es Benjamin, en realidad, pero puede llamarme Ben.

—Dígame, Ben, ¿qué vio?

—¿Conoce la línea estatal entre Oregón y California, viniendo recto por la autopista?

—Sí, conozco el lugar.

—Vi subir a la chica en un sedán de lujo en la primera salida

después de eso. —Se aclaró la garganta y, por el sonido, bebió un trago de agua—. Era un Lincoln Continental gris oscuro, un modelo del año pasado.

—Eso es bastante detallado para una observación casual —comentó Elliot, preguntándose por qué alguien retendría toda esa información. ¿Podría estar intentando tenderle una trampa a alguien, aprovechando la desaparición de la chica?

—Conduzco un camión frigorífico que transporta carne congelada de México a Seattle. Llevo siete años pasando por esta carretera. Así es como paso el tiempo, miro coches. Los conozco, me paso la vida rodeado de ellos. Y ese me llamó la atención.

—¿Por qué?

—En algún momento cuando todavía estábamos en Oregón, yo conducía mi camión justo detrás. Luego aceleró y lo perdí de vista, pero justo después de la frontera estatal estuve a punto de chocar con él. —Hizo una pausa, suficiente para que Elliot oyera el crujido del plástico rompiéndose y el chasquido de un mechero—. La gente no se da cuenta de que no podemos detener el camión en cualquier momento. El conductor había parado su Lincoln al lado de la carretera, bloqueando el carril derecho, y la chica estaba subiendo al asiento del copiloto. Ni siquiera se molestó en ponerse en el arcén. —Exhaló una bocanada de humo que silbó contra el micrófono del teléfono—. Otro coche me adelantaba justo en ese momento, después de la curva, y tuve que frenar de golpe. Casi hago un trompo y nos mato a todos. Por eso recuerdo al tipo y su lujoso coche.

—Ben, por favor, alégreme el día y dígame que tiene la matrícula de ese Lincoln —dijo Elliot, conteniendo la respiración.

—No, señor, lo siento. Va a tener que trabajar un poco, ja, ja. Pero puedo decirle que era una matrícula de California.

—Muy bien, Ben, gracias, esto es muy útil —dijo Elliot—. ¿En la oficina tienen su número?, por si tengo alguna otra pregunta.

—Sí, lo tienen. Oiga, he olvidado decírselo, no creo que hayan ido más lejos de la frontera estatal.

—¿Por qué dice eso?

—Usted sabe que los camiones tienen un límite de velocidad más bajo en California, ¿verdad? Claro que lo sabe —añadió riendo en voz baja—. No volvió a adelantarme. Conduje el camión hasta San Francisco sin parar, pero no lo vi pasar, y debería haberlo hecho. —Dudó un poco y luego añadió—: Esperaba que me adelantara para

pitarle un par de veces y hacerle ensuciarse los pantalones, ya me entiende.

Elliot frunció el ceño, luego dio las gracias a Ben y terminó la llamada con una invitación a contactar con él directamente si recordaba algo más. Era la primera pista sólida que había conseguido, suficiente para ganar algo más de tiempo con el sheriff.

¿Cuál era la distancia entre la primera y la segunda salida de la autopista? Si el camión de Ben tenía que reducir la velocidad a noventa por ley estatal, y el Lincoln iba a cien o más, ¿con qué rapidez debería el Lincoln haber alcanzado al camión?

Deseando haber prestado más atención en clase de matemáticas, se preguntó si el Lincoln habría tomado la siguiente salida y por qué. ¿Era un residente local? ¿Podría ser tan sencillo? No muchos californianos rurales conducían Lincolns. Una búsqueda rápida podría indicarle la dirección correcta. O tal vez el Lincoln había pasado por delante de Ben sin que este se diera cuenta o se había detenido en una gasolinera para cenar.

Otra llamada interrumpió sus pensamientos, pero el nombre que aparecía en la pantalla le hizo sonreír.

—Kay —dijo, pero no tuvo oportunidad de decirle nada más.

Ella jadeaba con fuerza, apenas podía hablar.

—Elliot, te necesito. —Sus palabras eran apenas inteligibles, ráfagas rápidas de sonidos en respiraciones fuertes y erráticas—. Le ha disparado —dijo, luchando por mantener la coherencia y no llorar—. Herbert Scott ha disparado a mi hermano. —Y entonces la línea se cortó.

Elliot frenó en seco, encendió las luces intermitentes y la sirena, y luego encontró un lugar por el que podía cruzar la carretera, un tramo de unos cuarenta metros de terreno accidentado. Una vez en la interestatal en dirección norte, aceleró a fondo; el motor, en sincronía con sus agitados pensamientos.

¿Por qué Herbert Scott le había disparado a Jacob Sharp? ¿Qué demonios estaba pasando?

# CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

## Halloween

Se había ido hacía un par de horas.

Kirsten no podía hacer otra cosa más que pensar. Cómo se había metido en ese lío. Qué había ocurrido para acabar allí, en la casa de los horrores, que le recordaba a Dickens y sus Grandes esperanzas, un lugar congelado en el tiempo, igual que estaba congelado por la ausencia de calor. ¿Qué clase de hombre mantenía una casa así, intacta desde que lo sea que le afectó, solo para tener un lugar donde encerrar a chicas como ella?

Sabía la respuesta a esa pregunta, aunque tenía demasiado miedo de decir las palabras, ni siquiera en los confines más privados de su propia mente. En lo más profundo de sus agitadas entrañas, sabía lo que era y cómo acabaría su propia historia de Halloween.

Porque había llegado Halloween, y llevaba cuatro días cautiva. Por mucho que lo hubiera intentado, por muchas herramientas que hubiera utilizado, no había podido liberarse de aquel lugar abandonado. Las ventanas eran indestructibles, soportaban la fuerza de una silla de cocina lanzada contra ellas con todas sus fuerzas, sin un solo arañazo. La puerta, a la que le faltaba el picaporte en el interior, estaba cerrada con varios cerrojos. Incluso las bisagras estaban soldadas en su sitio, asegurándose de que no pudiera quitar los clavos que las sujetaban.

Y no había comido desde la noche anterior.

Al principio, se había interesado por su bienestar, alimentándola, preparándole él mismo los bocadillos. Pero entonces, después de haberla pillado desobedeciéndolo, había cortado toda la electricidad de la casa y dejado de reponer la nevera. La calefacción había funcionado solo durante el rato en que él había estado allí, al igual que las luces. Una vez que se marchó, la oscuridad y el frío helado se apoderaron de ella, y se metió bajo una pila de mantas con olor rancio, vistiendo ropas que habían pertenecido a otras personas como

ella y temblando sin cesar. No sabía si era el frío lo que le sacudía el cuerpo y le hacía rechinar los dientes, o si era el miedo, el puro terror que se apoderaba de ella mientras estaba tumbada de lado, intentando responder a la única pregunta que no la había dejado dormir en los últimos días.

¿Cómo moriría?

No había duda de que solo así acabaría su calvario; el hombre no era de los que dejaban a chicas como ella en libertad y se arriesgaban a que trajeran a la policía para una visita a la casa del infierno. No... Ella moriría en sus manos. Pero ¿cómo?

Hubo momentos en los que la perspectiva de morir sonaba hasta bien; era una liberación, un escape de su prisión. La muerte significaba que ya no la tocaría. Nunca tendría que soportar el peso de su cuerpo aplastándola, el olor de su aliento, la sensación de sus manos inquietas contra su piel fría y húmeda.

La muerte significaba que ya no tendría frío.

Cerró los ojos y se dejó llevar durante un momento, pero luego volvió a la realidad, alerta, sobresaltada por sus propios pensamientos. Se quedó mirando los gallos de cobre que colgaban de las paredes de la cocina, recuerdos de otra época, una época de manteles de estampados escoceses y volantes, y de cuadros ridículamente cursis colgados en la pared. Los gallos no tenían respuestas para ella, aunque podrían haber sido testigos de la muerte de muchas como ella.

¿Sufriría? ¿Gritaría, como había hecho las noches anteriores cuando el dolor había resultado insoportable? En silencio, rezó para que le pegara un tiro en la cabeza, pero la imagen de ese gran cuchillo que llevaba siempre consigo seguía introduciéndose en su cansada mente.

Pero sería libre... Y volvería a ver a su madre.

—Mamá —gimoteó, con los ojos llenos de lágrimas que no creía seguir teniendo—. Lo siento mucho... Debería haber parado en el hospital. Esta vez me habrías creído. Sé que lo habrías hecho.

El sonido de su propia voz llenó el frío silencio como una prueba de que seguía viva. Tal vez su madre podía oírla de alguna manera, podía sentir sus palabras y saber que se estaba despidiendo.

No quedaba ninguna esperanza.

La noche anterior había probado su último truco: se había vestido como la chica de aquel retrato, incluso se había arreglado las uñas con el mismo tono de esmalte que había encontrado en un cajón, y se había aplicado una barra de labios que probablemente había

pertenecido a ella, con la etiqueta amarilleada por el tiempo, pero con su aroma a fresa aún vivo bajo la superficie agrietada de la barra. Se había peinado igual que ella, todo recogido sobre el hombro derecho, ladeando un poco la cabeza.

Había pensado que tal vez podría hacer que se enamorara de ella, de Kirsten, igual que se había enamorado de la chica del retrato. Cenarían juntos, como la primera noche. Se quedaría un poco más, aunque la idea le provocara escalofríos, pero al menos tendría calor y luz. Verían la tele y ella lo escucharía hablar de su día. Se cogerían de la mano y pronto la llevaría a dar un paseo. Entonces ella correría. Rápida, enérgica, sin mirar atrás, hasta llegar a la autopista, hasta encontrar gente que pudiera ayudarla.

Y esperó.

Cuando la vio la noche anterior, se transformó por un instante. Su mandíbula se aflojó, sus ojos se fijaron en ella como si fuera una aparición de más allá de la realidad. La estrechó entre sus brazos, susurrándole palabras sin sentido al oído.

—Mira, oh, Mira —dijo—, cuánto te he echado de menos.

Se arrodilló a sus pies, y ella le puso las manos en la cabeza y le tocó el pelo con suavidad, intentando mantener viva su fantasía. Él le cogió las manos y se las besó, respirando el aroma de su piel, saboreando su tacto.

Luego la miró a los ojos. Y, en un instante, el amor que lo consumía todo murió en su rostro, y el vacío que dejó se llenó de rabia instantánea. La empujó con tanta fuerza que cayó de espaldas.

—¡Tú no eres Mira! —le gritó, agarrándola por el hombro, y la puso en pie como si fuera un muñeco de trapo—. ¿Quién demonios eres tú? —Luego se dio la vuelta, cerró la puerta tras de sí y se marchó, dejando la casa a oscuras en cuanto salió.

Había cometido un terrible error intentando ser esa chica. Ahora, solo quedaba una pregunta sin respuesta.

¿Cómo la mataría?

# CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

## Dinero manchado de sangre

Kay observaba con atención mientras el equipo de respuesta de emergencia trabajaba para estabilizar a Jacob. No les desafió ni les hizo preguntas innecesarias: quería que se centraran en salvarle la vida. De vez en cuando se enjugaba las lágrimas, pero se mantenía concentrada, alerta, lista para intervenir.

Al borde de la muerte, la vida de Jacob dependía de varios factores, y los sanitarios los abordaban en perfecto orden de prioridad: vías respiratorias, respiración, circulación. Jacob ya estaba intubado y conectado a monitores. Habían detenido la hemorragia con un vendaje hemostático QuikClot, y su presión sanguínea había dejado de bajar.

Había tenido suerte, en la medida en que se podía hablar de suerte para alguien que había recibido dos disparos en la parte superior del cuerpo. Las dos balas no habían dado en el corazón ni en las arterias principales; aún tenía posibilidades de luchar, aunque fueran escasas. Una le había perforado la parte superior del pulmón derecho y la otra había penetrado en el bajo vientre. Sabiendo lo que eso significaba para las posibilidades de Jacob, Kay gimoteó, temblando con fuerza, y sintió que apenas podía sostenerse en pie.

Escuchó al conductor llamando por radio.

—¿Centro Médico de Franklin?, aquí unidad móvil 5. Estamos listos para partir con un hombre herido por dos impactos de bala en la parte superior del cuerpo. Tengan el equipo de trauma preparado. El tiempo estimado de llegada es de cinco minutos.

Kay corrió hacia la ventanilla del conductor y golpeó el cristal hasta que él la bajó. El hombre la miró con cara de enfado, pero se tranquilizó al ver su placa.

—Soy la doctora Sharp, de la oficina del sheriff. El Centro Médico de Franklin es un centro de traumatología de nivel III. No podrán llevar a cabo la cirugía de mi hermano. Vayan a Redding.

—Señora, lo siento, pero tenemos procedimientos. Seguro que lo

entiende. Franklin lo trasladará después de que lo estabilicen si es necesario.

¿Estaba segura de que Jacob debía ser llevado a Redding? ¿Y si no sobrevivía al viaje? ¿Debía oponerse al sistema y sus procedimientos para conseguir una excepción? Era psicóloga, no cirujana; era una psiquiatra con experiencia en atrapar asesinos.

Bajó la cabeza un momento y el conductor murmuró:

—Lo que suponía… —Y subió la ventanilla.

Se precipitó a la parte trasera de la ambulancia justo cuando estaban a punto de cerrar las puertas, pero no llegó a subir junto a la camilla. Una elección difícil, pero la única posible, dadas las circunstancias. Jacob contaba con un equipo de profesionales para atenderlo y, con suerte, un centro de traumatología de nivel III bastaría para salvarle la vida. Pero Nicole no tenía a nadie. Aparte de Kay, nadie sabía que la vida de Nicole corría peligro, y eso solo le dejaba a la detective una opción posible.

Metió la mano en la ambulancia y tocó la pierna de Jacob.

—Lo siento mucho —susurró—, pero sé que lo entenderás. —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, pero ni siquiera se dio cuenta. Lanzó a su hermano una larga mirada y le apretó el tobillo—. Aguanta, hermanito. Puedes lograrlo. —Luego dio un portazo y dos golpecitos en la ventanilla, indicando al conductor que podía seguir su camino.

Las luces intermitentes rojas y las sirenas penetrantes llenaron la noche. Al ver cómo la ambulancia desaparecía en la autopista, jadeó, con los sollozos luchando por salir con fuerza después de haber estado encerrados en su pecho durante tanto tiempo.

De repente, sintió unos brazos fuertes que la agarraban y la sujetaban, y el calor del cuerpo de Elliot le debilitó las rodillas. Se aferró a él, buscando sus ojos, y encontró lo que buscaba. Su fuerza, su valor, un compañero con el que podía contar.

—Es mi culpa, Elliot, ha disparado a Jacob por mi culpa —gritó—. Si muere… —Sus palabras se interrumpieron mientras su mente lidiaba con la inconcebible alternativa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Elliot, agarrándola con suavidad—. ¿Quieres que vayamos tras la ambulancia?

—No puedo —dijo, temiendo que las palabras se quedaran en su garganta. Se forzó a llenarse los pulmones de aire frío e ignoró los escalofríos que le produjo—. Tiene a Nicole y va a matarla.

La miró fijamente durante una fracción de segundo, con expresión de absoluta confusión. No tenía ni idea de quién era Nicole. Tras soltarse del brazo de Elliot, Kay subió a su todoterreno. Momentos después, él había arrancado el motor y se dirigía a la autopista mientras ella le informaba con pocas palabras.

—Va a matarla, Elliot, sé que lo hará. Tenemos que encontrarla. —Le dio la dirección de la casa de Scott—. Es una posibilidad remota, pero tal vez se la haya llevado de vuelta a casa.

Elliot condujo rápido, con las luces encendidas y la sirena a todo volumen, mientras ella emitía una orden de búsqueda sobre los vehículos personales y de trabajo de Scott. En ese momento, policías de todas partes lo estarían buscando.

—Hablamos anoche, y parece que han pasado años —dijo él. Aunque intentaba averiguar a dónde llevaría un hombre como Scott a su mujer para matarla, Kay percibió la tristeza en la voz de Elliot. Ella lo miró, pero no pudo leer su mirada, tenía los ojos nublados por las lágrimas—. Debería haber estado ahí para ti.

—Ese no es tu trabajo, Elliot —replicó ella, aunque sus palabras le calentaron el corazón.

—Si no es trabajo de tu compañero cubrirte las espaldas, entonces, ¿de quién es?

Ella no contestó. Los segundos parecían horas de camino a casa de Scott. Cuando por fin llegaron al lugar, estaba completamente oscuro. No había rastro del coche patrulla del oficial a la vista.

—¿Y ahora qué? ¿Dónde puede estar y cómo lo encontramos? —gritó, con la desesperación estrangulándola. Nunca se había sentido tan impotente, tan sin opciones. Nicole ya podría estar muerta, o podría estarlo en cuestión de minutos. Ella había visto lo que la rabia de Scott podía hacer—. Nunca llegaremos a tiempo —dijo, sonando derrotada, como si todo estuviera ya perdido.

Sin decir palabra, Elliot buscó un número de teléfono de la memoria del sistema multimedia de su coche y lo pulsó para marcar.

—Tengo una idea —dijo mientras sonaba el tono de llamada.

El nombre en la pantalla decía: «Agente Hobbs».

—¿Sí? —dijo Hobbs, cogiendo el teléfono con voz malhumorada. La llamada probablemente había interrumpido algo.

—Necesitamos tu ayuda —dijo Elliot, y luego continuó, sin esperar confirmación alguna—. Sé que sales con Herb Scott. Bebéis juntos casi todas las noches.

—Bueno, estamos fuera de horario laboral y no creo que a nadie...

—Me da igual lo que hagas o dejes de hacer con él —dijo Elliot con frialdad—. Necesito que hagas memoria y me digas si sabes de un lugar al que iría si estuviera escondido o en problemas.

El silencio llenaba el coche, pesado; solo el ruido de fondo al otro extremo de la línea, donde estaba Hobbs, lo interrumpía: niños pequeños jugando, un perro ladrando.

—Piénsalo bien —dijo Elliot, esta vez con un tono más grave, casi amenazador—. Tu respuesta ahora mismo salvará tu carrera o te garantizará una temporada en la cárcel cuando Scott mate a su mujer, algo que tú podrías haber impedido.

—Está bien, está bien —reaccionó Hobbs, y luego murmuró un juramento—. Joder, detective, no es como si no trabajáramos juntos, caray. Estamos en el mismo equipo. —Se aclaró la garganta y dijo—: Scott tiene una cabaña de pesca en el lago, junto a la desembocadura del río Blackwater.

Para cuando Hobbs terminó de dar las indicaciones, el coche estaba en marcha, con Elliot conduciendo más rápido de lo que ella lo había visto nunca y quemando neumático en cada curva cerrada de la sinuosa carretera de montaña que conducía al Lago Silencioso.

Cuando estuvieron más cerca de la cabaña, Elliot apagó las luces intermitentes y la sirena, y después, los faros. Se desvió por un sendero a través del bosque, manteniendo una velocidad enervantemente lenta. Su única fuente de luz eran la luna llena y las estrellas. A menos de cien metros, la vieron.

Era una pequeña vivienda construida con troncos redondos, probablemente de roble, curtidos por el paso de las estaciones. Dos pequeñas ventanas flanqueaban la puerta, agrietadas y destartaladas, pero aún cumplían su función. Gruesos árboles rodeaban la cabaña, y sus estériles copas se tocaban en lo alto. El viento corría a través de ellos con un silbido siniestro mientras sus hojas caídas crujían en el suelo y eran arrastradas hacia el lago por ráfagas despiadadas.

Las luces estaban encendidas en la pequeña cabaña y podían ver movimiento a través de las ventanas; a Scott, sobre todo, pero Kay creyó ver un atisbo de Nicole.

Aún estaba viva.

—¿Te apuntas? —preguntó Elliot, y luego pidió refuerzos y una ambulancia desde su teléfono, porque no estaba seguro de si Scott estaba monitorizando la radio de la policía.

Kay comprobó su arma, la amartilló y salió del todoterreno.

—Vamos a atrapar a ese hijo de puta.

—Los refuerzos están a ocho minutos —dijo Elliot—. Deberíamos esperar… —En ese momento, el grito de Nicole rasgó el silencio del bosque.

En perfecta sincronía, y sin mediar palabra entre ellos, se precipitaron hacia la puerta y tomaron posiciones a ambos lados de la entrada, con las armas desenfundadas, listos para disparar. Elliot abrió la puerta de una patada y entró, comprobando la habitación. Nicole estaba en el suelo, sangrando, y Scott acababa de desaparecer por el estrecho pasillo hacia la parte trasera de la cabaña.

Kay lo siguió de cerca, escudriñando cada centímetro de la habitación, lista para disparar. Elliot le indicó que iba a comprobar las otras habitaciones mientras ella se quedaba allí con Nicole. Le hizo un gesto con el pulgar y se agachó cerca de Nicole, instándola a guardar silencio.

Había recibido otra paliza. Tenía el labio hinchado y agrietado, y la barbilla manchada de sangre. Se le estaba formando un nuevo moratón en el pómulo derecho, y su ropa estaba rota y sucia, como si la hubiera pisoteado con sus botas.

Con los ojos clavados en la puerta que daba a la parte trasera de la cabaña, Kay susurró:

—¿Cuántas habitaciones más hay?

—Dos —gimoteó Nicole—, y un baño. —Tragó con fuerza mientras le brillaban los ojos—. Has venido a por mí.

Kay asintió.

—¿Alguna otra salida?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y Jacob? —susurró, con la voz cargada de dolor—. Lo siento mucho.

Kay dudó.

—En el hospital. —Apretó los labios y se llevó el dedo índice a la boca para que Nicole se callase. Ya habría tiempo para eso más tarde.

Scott estaba atrapado en la parte trasera de la casa, y ella no tenía forma de avisar a Elliot de que no había otra salida. Pero podría atraer a Scott hacia su ubicación, donde estaba bien situada para tenderle una emboscada, arma en mano, poniéndose a cubierto detrás de un pequeño sofá.

—Nicole —susurró—, necesito que confíes en mí. —La pobre mujer

asintió con la cabeza, apartando las lágrimas—. Llama a Scott. Dile que los policías se han ido, que lo buscan en el bosque o algo así.

Ella sacudió violentamente la cabeza.

—No, no, por favor, no me obligues —gimoteó. La sangre empezó a brotar de su labio roto.

—Si quieres librarte de él de una vez, tienes que confiar en mí.

Nicole la miró durante lo que parecieron siglos, pero Kay le sostuvo la mirada, tranquilizándola sin palabras. Entonces Nicole asintió y tomó aire.

—¿Herb? ¡Se han ido! —gritó—. Les he dicho que había una puerta trasera y me han creído.

Kay contuvo la respiración, escuchando atenta cualquier sonido, el chirrido de una tabla del suelo, una pisada, cualquier cosa. Pero solo recibió el silencio y la respiración rápida y superficial de Nicole.

—¿Me perdonarás ahora? —suplicó, sonando convincente, al menos a oídos de Kay—. Sé que es culpa mía, pero, por favor, cariño, te lo ruego, vámonos a casa.

Alguien se acercaba, sus pisadas eran tan sigilosas que Kay sintió su presencia más que oírlo llegar. Entonces Scott apareció en la puerta, con la camisa manchada de sudor y de la sangre de Nicole, los ojos enrojecidos y la pistola apuntando al pecho de Kay.

Ella dudó una fracción de segundo, pensando que Elliot podría estar detrás de Scott, en algún lugar, y que podría recibir la bala destinada a Scott. Esa vacilación bastó para que el agente disparara antes que ella. Y ella falló.

Kay chilló y cayó al suelo, con un dolor tan intenso en el hombro que parecía que le hubieran disparado metal líquido al rojo vivo. Cambió el arma a la otra mano y se giró para buscar a Scott, pero este había desaparecido. La puerta de la cabaña se había abierto por el viento, golpeando contra las bisagras.

Elliot corrió hacia la puerta, pero se detuvo antes de seguir a Scott al bosque.

—Corre, estaré bien —dijo Kay, su voz temblorosa, ronca, sonando extraña, como si no fuera suya.

—No voy a dejarte —dijo Elliot con calma, con el arma aún en la mano. Cerró la puerta de una patada y corrió las cortinas de todas las ventanas tras asegurar sus cerraduras—. Lo atraparemos juntos, los dos.

Kay respiraba, la adrenalina hacía que su cuerpo se estremeciera de

dolor y los miembros le flaquearan. Solo faltaban unos minutos para que llegaran los refuerzos, y podía esperar. Miró la herida un momento; la visión de su propia sangre le pareció surrealista, como si perteneciera a otra persona. Hizo una mueca de dolor y se obligó a soportarlo.

Se volvió hacia Nicole y le apretó la mano.

—¿Estás bien? —preguntó.

La joven se tocó el vientre con la mano, acariciándolo como si quisiera calmar al bebé que crecía en su interior.

—Me golpeó —susurró—. Temía que le quitara su maldito dinero, pero yo nunca lo tocaría —añadió, sacudiendo la cabeza, convincente, mientras miraba a Kay—. Es dinero manchado de sangre. Sé que lo es.

Kay frunció el ceño, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para eliminar el cansancio y pensar.

—¿Qué dinero?

Nicole bajó la cabeza y se miró las piernas cubiertas de moratones, luego las dobló bajo ella y tiró del dobladillo del vestido para taparse mejor.

—Decía que solo los idiotas se dejan la piel por la carrera y la gloria. Que era el único listo —se burló—, porque él solo quería dinero.

Elliot se acercó a las dos mujeres y le tendió la mano a Kay, pero ella rechazó su ayuda y prefirió sentarse en el suelo, al lado de Nicole. Un concierto de sirenas se oyó débilmente en la distancia mientras Elliot rebuscaba en los cajones hasta encontrar una toalla limpia.

—La ambulancia está llegando —dijo, presionando la toalla doblada contra la herida de Kay—. Pero tenemos que detener la hemorragia.

—Continúa, Nicole, esto puede ser importante —dijo Kay, que hizo una mueca de dolor y cerró los ojos un momento al sentir que oleadas de cansancio y náuseas la inundaban mientras luchaba por mantener la concentración en sus palabras—. Cuéntame más.

—Todo empezó hace mucho tiempo, cuando desapareció una niña —explicó Nicole. El cansancio de Kay desapareció en un instante, dejando su cerebro animado y listo para trabajar—. Llevó el caso de esa pequeña; era el único detective. Unos días después, se emborrachó y me dijo que había conseguido un montón de dinero. Todo lo que tenía que hacer era cerrar el caso. —Se pasó la mano por la frente en señal de vergüenza, de pudor—. Por eso creo que es dinero manchado de sangre, y nunca lo tocaría. Pero sé dónde lo guarda.

Kay cerró los ojos y sus piezas de Lego volvieron a amontonarse en el aire, negándose a dejarse ensamblar en formas que tuvieran sentido.

Las coincidencias eran raras en su trabajo, casi inexistentes. Cuando se presentaba una, solía ser una pista esperando a ser descubierta. ¿Cuántos otros casos de secuestro habían sido cerrados por Herbert Scott? ¿Alguien le había pagado para que cerrase el caso del secuestro de Rose Harrelson? Eso parecía. Solo el secuestrador podría haber tenido interés en hacerlo. Si encontraba ese dinero, podría encontrar al secuestrador de Rose.

—¿Sabes cuál fue el caso por el que le pagaron? —preguntó Kay, esperando oír el nombre que tenía en primer plano en su mente desde que estuvo en las cataratas del río Blackwater.

Nicole negó con la cabeza y lanzó una mirada de disculpa a Kay.

—No, lo siento, fue hace mucho tiempo. —Se quedó un rato mirando el techo manchado de humo—. Ocurrió la semana después de mi cumpleaños, el año que murió mi madre. —Murmuró algo y movió los dedos, como si contara mentalmente—. El pasado julio hizo catorce años.

# CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

## Decisión

Estaba cansado de ella.

Había dejado de sentir ilusión por volver a la casa hacía unos días, cuando la había encontrado vestida de Mira, intentando parecerse a ella, ser ella.

Cómo se atrevía...

Desde que Mira se había ido, nunca había vuelto a ser el mismo, y nunca lo sería, no sin ella de nuevo entre sus brazos. Y eso nunca iba a ocurrir, por mucho que lo deseara o por mucho que estuviera dispuesto a hacer para que su sueño se hiciera realidad.

Era hermosa, su primer y único amor, su Mira. Era tímida y cariñosa, y estaba dispuesta a soportar el dolor solo para proporcionarle placer. Vivía para las noches que pasaban juntos en abrazos furtivos, un secreto aterrador y excitante al mismo tiempo, un peligro inmenso. Sin embargo, eso nunca la detuvo. Cuando estaban separados, ella sufría tanto como él, contando los segundos que faltaban para volver a estar juntos. Cuando la miraba a los ojos, veía lo profundo de su amor por él, su devoción, su voluntad de seguirlo hasta el fin del mundo.

Entonces ella se marchó, le fue arrebatada para siempre, perdida para siempre. Aunque hubieran pasado décadas desde entonces, nunca olvidaría la mirada cariñosa de Mira, la expresión de sus hermosos labios cuando le susurraba su amor, la sensación de su cuerpo moldeándose alrededor del suyo, una combinación perfecta sin igual.

Y esa chica, esa descarriada, esa Kirsten o como se llamase, se había atrevido a imitar a Mira. Se había puesto ropa parecida a la de ella y se había peinado como solía hacerlo, pero sus ojos eran fríos y estaban llenos de desprecio, de odio y de miedo. No había amor en esos iris ni ternura en su tacto. Podía sentir cómo su cuerpo se tensaba cada vez que él se acercaba, cada vez que sus dedos tocaban su piel helada.

Lo había hecho solo para perturbarle la mente, para convertirlo en

alguien a quien poder mangonear a su antojo.

Por mucho que se hubiera esforzado en imaginar a Mira de nuevo entre sus brazos, la criatura que sostenía en su lugar era peligrosa y odiosa, una serpiente que esperaba el momento oportuno para hincarle el diente en la yugular y matarlo en el acto.

Y había sido así desde el principio, esa descarriada que él había recogido al borde de la carretera. Al igual que otras antes que ella, había luchado duramente contra él, sus ojos lanzándole dagas de rabia cuando la tocaba, gritando, pataleando, arruinándolo todo para él, incluso cuando tenía los ojos vendados y estaba atada a los barrotes de la cama. Él había aguantado y esperaba que ella aprendiera su rutina e intentara respetarla, que aprendiera a quererlo un poco, lo suficiente para que él cerrara los ojos y creyera que Mira había vuelto, aunque fuera por un momento fugaz.

Pero no ocurría.

Incontables días después de que él la hubiera llevado a la vieja casa, ella seguía indómita, dispuesta a luchar con él hasta la muerte.

No era buena para él.

Pero pronto habría otras, y no tendría que soportar la soledad de sus noches solo con el recuerdo de Mira a su lado, un fantasma, una fantasía etérea que no podía estrechar entre sus brazos anhelantes.

Habría alguien más, alguien mejor, una chica que estaría agradecida de compartir su cama y su vida, alguien que lo miraría con ojos llenos de amor. Alguien que quisiera pasar el resto de su vida con él, y quizá entonces el recuerdo de Mira se desvanecería y él podría dejar de hacer daño. Entonces apagaría la vida del corazón traidor de Mira con sus propias manos, sabiendo que así se libraría de ella para siempre. Sabiendo que ella nunca volvería a él, por mucho que esperara.

Sentado al volante de su coche y mirando la vieja casa, supo que había llegado el momento de tomar una decisión.

Kirsten tenía que irse. Se acabó seguir intentándolo.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

## Dada de alta

Una disonancia de pitidos y campanadas despertó a Kay. El primer contacto con la realidad le recordó bruscamente que le habían disparado. El dolor punzante en el hombro la hizo cambiar de postura, igual de incómoda. El movimiento la despertó por completo, y se dio cuenta de dónde había pasado la noche cuando empezaron a venirle recuerdos borrosos, cada uno de ellos cargado con su propia marca de dolor.

Había compartido una ambulancia con Nicole, mientras que Elliot se había quedado atrás para organizar la búsqueda de Scott. Una vez en el Centro Médico de Franklin, había exigido que la pusieran en la habitación de su hermano, aunque eso significara pasar la noche en un sofá para visitas apartado de la sala de espera. Al poco, le habían instalado una segunda cama, bajo protesta, pero la relación del centro con las fuerzas de seguridad locales era lo bastante valiosa como para utilizarla como baza.

La habían curado y la habían atiborrado a analgésicos, pero seguía controlando a Nicole. Ella y el bebé estaban bien. Con esa única buena noticia, se había retirado a la habitación de su hermano, ahora también suya, y había pasado una hora hablándole en voz baja, diciéndole lo mucho que lo quería, lo mucho que necesitaba que viviera, que luchara, que volviera con ella. Qué valiente había sido al defender a Nicole y arriesgar su vida por una completa desconocida. Qué orgullosa habría estado su madre al ver lo bien que lo había criado.

Estaba inconsciente, intubado, y el pitido rítmico de su monitor le recordaba que su vida pendía de un hilo. Pero al menos su corazón latía; y con esa idea diciéndole que había esperanza, y finalmente vencida por el cansancio y los analgésicos, se había tumbado en la segunda cama y se había quedado dormida antes de poder cubrirse con la manta.

Elliot se había encargado de taparla más tarde, suave, con cuidado de no molestarla, pero Kay se había despertado lo suficiente para saber que él estaba allí, a salvo, velando por ella. Murmuró una pregunta sobre Scott, pero él la mandó callar y dormir. Si le hubieran pillado, Elliot se lo habría dicho.

Se sentó en el borde de la cama y se sujetó con la mano buena, luchando contra un mareo. Luego se acercó a la de su hermano y comprobó las notas de su historial y las constantes vitales de los monitores.

La puerta de la habitación se abrió y entró un hombre alto vestido con el uniforme del centro. Su placa tenía un «Doctor» delante de un nombre muy largo de origen asiático.

Detrás de él, vislumbró a Elliot durmiendo en un sofá para visitas demasiado corto para su estatura, con los pies colgando en el aire y el sombrero sobre la cara.

—Buenos días, doctora Sharp —dijo el médico, con una sonrisa rápida y profesional—. Soy el médico que está atendiendo a su hermano, y el suyo también, por cierto.

—¿Cómo está? —preguntó ella, sintiendo la garganta seca y la respiración abrasadora. Su estómago vacío gruñía y la debilidad que sentía en su cuerpo hablaba de su interminable día sin sustento.

—Sus constantes vitales son estables y se está recuperando bien. Aún no se encuentra fuera de peligro, pero le han administrado tres unidades de sangre y los cirujanos han podido operarlo rápidamente. No hay daños importantes en ninguno de los órganos clave. Por suerte, la bala inferior no le tocó el hígado por dos centímetros.

Sintiéndose débil, sonrió y se sentó en el borde de la cama, insegura de sus piernas.

—Gracias —susurró.

—Lo mantendremos dormido e intubado al menos doce horas más. —Anotó algo en su historial y luego lo colocó en el soporte—. Eso le dará tiempo a usted para recuperarse. Su herida de bala es superficial, pero aún necesita descansar y una buena comida.

El teléfono de Kay sonó con un timbre entrecortado, dos mensajes de texto enviados casi al mismo tiempo. Lo apagó y asintió.

—Mi cuerpo y yo estamos de acuerdo con usted. Pero el hombre que puso a mi hermano en esa cama sigue en libertad. Tengo que irme. —El médico la miró con empatía y una pizca de desaprobación —. Por favor, llámeme para cualquier noticia sobre mi hermano,

buena o mala.

Él asintió con la cabeza y se apartó, dejando espacio para que ella pasara por su lado. Kay buscó sus zapatos y los encontró debajo de la cama, sus pies estaban desnudos y helados por el contacto con el frío suelo. Se preguntó dónde habrían ido a parar sus calcetines. Entonces levantó la vista y vio los ojos azules de Elliot mirándola con preocupación.

—¿Qué tal? —le preguntó, dándole una palmada en el brazo—. Gracias por estar aquí para mí —añadió, antes de que él pudiera responder.

—Siempre que lo necesites —respondió con una rápida sonrisa y un movimiento de cabeza—. Scott sigue en paradero desconocido. Logan ha venido esta mañana. Ha pedido una unidad K9; traerán un perro de Redding.

Ella gimió, aceptando su brazo como apoyo mientras se ponía los zapatos sin desatarse los cordones.

—Es inútil. No seguirá a pie durante mucho tiempo. Creo que, a estas alturas, ya habrá huido. ¿Y el dinero?

—Estaba donde Nicole dijo que estaría, en la caja fuerte de la estación de Greyhound. Casi medio millón de dólares.

—¿Por un secuestro? —preguntó Kay, dirigiéndose hacia la salida —. No... Eso es demasiado para un solo encubrimiento. Quien lo hace una vez lo vuelve a hacer. Ser un poli corrupto es un estado mental, no un accidente que ocurra una sola vez. Deberíamos mirar todos los casos abiertos en los que trabajó, y todos sus arrestos.

—Ha estado tan ocupado como un perro en la temporada de pulgas, eso seguro —dijo Elliot, cuyo acento tejano era más notable cuando utilizaba frases que le recordaban a su hogar. En su voz, el disgusto por lo ocurrido con Scott era inconfundible—. Necesito hacer una búsqueda rápida de un vehículo en el sistema. Un testigo vio a Kirsten, la niña perdida de Oregón, subir a un Lincoln el día que desapareció.

—Y yo tengo que comprobar unos mensajes —dijo Kay, recordando la armonía de las campanadas que la habían despertado. Uno le informaba del envío de la unidad K9 para buscar a Scott. El otro era una actualización sobre el estado de Nicole, todas buenas noticias—. ¡Oh! —exclamó, tras abrir un mensaje de texto del doctor Whitmore que le aceleró el pulso—. Ya están los resultados del ADN. La chica del río Blackwater era la hija de Shelley Harrelson..., pero también era la hija de Bill Caldwell.

—¿Era Rose Harrelson, después de todo?

—Sí. Y, por un extraño giro del destino y un acto criminal, también era Alyssa Caldwell.

Elliot se quitó el sombrero un momento, el suficiente para pasarse los dedos por el pelo rebelde.

—Solo he estado fuera un día, por el amor de Dios. Parece que me he perdido toda la acción. ¿Cómo diablos puede ser eso? ¿Y qué significa? Lo cambia todo.

—Sí, ¿verdad? —replicó Kay, pensando aún en todas las implicaciones, en lo que eso significaba. Los dos casos, el secuestro de Harrelson catorce años atrás y el asesinato de Alyssa Caldwell se habían unido en un misterio multifacético que estaba lejos de ser desentrañado. Tenía que haber una conexión entre los dos crímenes; siempre la había—. Lo solucionaremos, compañero. Creo que sé por dónde empezar.

***

Una rápida mirada a la cara de confusión de Elliot hizo que se le escapara una risita silenciosa mientras salían del hospital y él se dirigía a su todoterreno. Kay llevaba el brazo en cabestrillo, encima de una bata de hospital desechable que se había metido por dentro de los vaqueros. La brillante luz del sol, que le calentaba la cara a pesar del frío viento del norte, la hizo sentirse dolorosamente cohibida. Se encogió de hombros al darse cuenta de su aspecto.

—Ha sido un día ajetreado —admitió—, y me he puesto la misma ropa para demasiados asuntos. ¿Podrías dejarme en mi casa?

—Claro —dijo Elliot, saliendo del aparcamiento y girando hacia la calle—. Entonces, ¿qué tienes en mente?

—Creo que Bill Caldwell tiene que responder a dos preguntas —contestó ella, mirando por la ventanilla los picos de Mount Chester con su contorno en roca negra y nieve blanca contra el cielo azul. Esa vista nunca pasaba de moda—. Debería contarnos la historia de su relación con Shelley. Una testigo... Martha, la recuerdas, ¿verdad? Dijo que Shelley podría haber sido violada y que Rose era la niña fruto de ese calvario.

—Vale, eso es nuevo —dijo Elliot, lanzándole una rápida mirada—. Has estado muy ocupada.

—La segunda pregunta es: ¿cómo se convirtió Rose Harrelson en

Alyssa? ¿Qué le pasó a Alyssa? ¿Eso convierte a Bill en el secuestrador de Rose? —Formuló las preguntas a medida que le venían a la mente con la claridad de un nuevo día y gracias a las nuevas pruebas aportadas por los resultados del ADN. Las piezas de Lego volvían a encajar. Esta vez, la estructura que construían era más sólida y llevaba a una conclusión: Bill Caldwell estaba en el centro de todo el caso, y ella tenía preguntas que debía responder.

—Son más bien cinco preguntas —respondió Elliot, llegando a casa de Kay, y se detuvo detrás de su todoterreno—. ¿Algo más?

—Me muero de hambre —dijo Kay, sintiéndose optimista por primera vez desde que había puesto un pie bajo las cataratas del río Blackwater.

Salió del coche de Elliot y se dirigió a la puerta. Debió verla esforzarse por abrirla, porque el detective apagó el motor y se acercó a echarle una mano. Unos minutos después, salieron de la casa. A Kay se le había quitado el apetito al ver el charco de sangre seco en el suelo de la cocina, lo que le despertó recuerdos no deseados, viejos y nuevos. La habitación era testimonio de la lucha que se había albergado en ella la noche anterior. Las manchas de sangre en las paredes y la mesa, los muebles destrozados, la puerta lateral colgando de una bisagra y la vajilla desparramada contaban la historia de una noche terrorífica que nunca podría olvidar.

Dejándolo atrás mientras luchaba por respirar y mantener los ojos secos, se subió al todoterreno de Elliot, intentando deshacerse del nudo en la garganta con unos tragos de agua de una botella que encontró en el portavasos entre los asientos.

Condujeron hacia Granjas Caldwell mientras Kay realizaba la búsqueda del Lincoln Continental gris en el portátil, tecleando con una mano y sintiendo punzadas de dolor cada vez que se movía o torcía la espalda, aunque solo fuera una fracción de centímetro.

No había ningún Lincoln Continental registrado en su área. Había muchos en las grandes ciudades; en San Francisco más de ciento cincuenta, veintisiete después de añadir el filtro de color. Sin embargo, ninguno de ellos estaba registrado en el condado de Franklin.

—Podría haberla llevado a cualquier parte —dijo Elliot, decepcionado—. Nunca encontraré a esa chica. Es una aguja en un pajar del tamaño de Dallas.

—Más grande —respondió Kay con una rápida sonrisa—. En Silicon

Valley viven unos tres millones de personas, mientras que en Dallas...

—La mitad de eso —murmuró—, sí, lo sé. Gracias por hacerme sentir mejor. Y, si añadimos el resto de California, estamos muy jodidos.

Se volvió hacia él, a pesar de que el dolor en el hombro la hacía estremecerse.

—La encontraremos, Elliot. Tú y yo. Encontraremos a Kirsten, te lo prometo.

La miró durante un instante, la consternación en sus ojos azules no necesitaba palabras. Entonces preguntó:

—¿Cómo lo haremos?

# CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

## Evangeline

La misma ama de llaves abrió la puerta en cuanto sonó la campanilla, reconoció a Kay de inmediato y frunció el ceño con desconfianza al ver la placa de Elliot. Se quedó de pie en la puerta, reacia a dejarlos entrar, con los labios apretados en una línea que corría paralela a las arrugas de su frente.

Kay negó con la cabeza, sin apartar los ojos de los suyos.

—¿Tenemos que repetir todo esto? —preguntó, haciendo un gesto con el teléfono—. ¿Tengo que recordarle...?

—¿A quién desea ver esta vez, señora? —preguntó la mujer, cuya cortesía era una fachada congelada y agrietada. Todavía sujetaba con fuerza el picaporte de la puerta con una mano mientras apoyaba la otra en el marco, impidiéndoles la entrada.

—A Bill Caldwell —respondió Kay, casi aliviada. La mujer de mediana edad no parecía ansiosa por enfrentarse a ella, o tal vez Bill Caldwell había dejado instrucciones específicas por si la policía volvía a llamar.

Sus labios se entreabrieron en una fría sonrisa, con un destello de satisfacción parpadeando en sus ojos.

—El señor Caldwell no está en este momento. ¿Desean dejarle un mensaje?

Kay estudió a la mujer. ¿Estaba mintiendo? No... Parecía contenta con el mensaje que estaba transmitiendo, y esa satisfacción tenía que venir del hecho de que podía decir la verdad y seguir impidiéndoles hablar con su jefe.

—¿Normalmente se va tan temprano? —preguntó Elliot—. Ni siquiera son las nueve.

La mujer no se inmutó.

—A veces, viaja por negocios o pasa la noche en la ciudad.

—¿Qué ciudad? —preguntó Kay.

—Lo siento, señora, pero el señor Caldwell no tiene obligación de

informarme de su paradero.

—Seguro que no —replicó Elliot, con un sarcasmo abrasador pero ineficaz.

La mujer permaneció pétrea.

Reacia a dar media vuelta y marcharse sin respuesta a sus preguntas, Kay vaciló y clavó la mirada en los severos ojos del ama de llaves que custodiaba la puerta. Tal vez había alguien más que pudiera arrojar algo de luz sobre lo que había sucedido. Si la chica de la morgue era Rose, pero había vivido como Alyssa desde que la secuestraron, una de las preguntas era por qué. ¿Qué había llevado a Bill Caldwell, al parecer el único que sabía que era el padre de la hija de Shelley, a sustituir a su hija legítima? ¿Era porque, como Martha había mencionado, Alyssa había estado enferma? ¿Había muerto ese año? ¿Quién más podría saberlo?

—En ese caso, tendremos que hablar con la señora Caldwell —dijo Kay, en un tono que no dejaba lugar a réplicas.

—¿Con cuál de las dos? —preguntó fríamente la mujer.

—La mujer de Bill Caldwell.

—Me temo que no es posible —respondió el ama de llaves—. La señora *Evangeline* Caldwell no recibe visitas. Está muy enferma. —Pronunció su nombre con desprecio por la ignorancia de Kay.

—De acuerdo —respondió Kay, pulsando el código de acceso para desbloquear su teléfono—. Pediré una orden. Los agentes vendrán a recogerla y la llevarán a comisaría para un interrogatorio formal, en lugar de hacer nosotros dos un par de preguntas, discretamente, junto a su cama. Pero es su decisión.

La mujer se apartó con la boca crispada, como si los improperios que retenía estuvieran a punto de salir.

—Síganme.

Subió las escaleras hasta el segundo piso sin apresurarse y los condujo al dormitorio más alejado, a la izquierda de un largo pasillo. Llamó dos veces antes de abrir la puerta y dejarlos pasar.

La habitación era una combinación de mobiliario exuberante, decoración tradicional y moderna tecnología hospitalaria. Donde antes debía haber una cama con dosel, ahora había una cama articulada de hospital, rodeada de monitores y equipos médicos sobre carros. Era como si el mundo se detuviera en la puerta y, dentro de ese espacio, la realidad de la enfermedad de Evangeline cambiara todo lo que tocaba. Las cortinas se encontraban casi cerradas, dejando un palmo de

apertura, atenuando la luz de la habitación hasta una oscuridad casi total, excepto en la esquina más alejada de la habitación, donde un rayo de sol la atravesaba y daba en la pared opuesta. El leve olor a desinfectante y productos farmacéuticos se aferró a las fosas nasales de Kay, recordándole otras habitaciones de hospital que había visitado recientemente; pero, en esta ocasión, el olor tenía matices de ambientadores y jabón corporal.

Junto a la cama, a la luz de una lamparita, una enfermera con bata de hospital leía una novela, que dejó con rapidez en cuanto entraron. Corrió a su encuentro.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó con voz susurrante.

Kay mostró su placa.

—Somos los detectives Sharp y Young. Tenemos algunas preguntas para la señora Caldwell.

La enfermera juntó las manos delante de su cuerpo.

—Me temo que no será posible —respondió ella—. La señora Caldwell está descansando y no debe ser molestada.

Kay dio un paso adelante, pero la enfermera se mantuvo firme.

—Me temo que he de insistir. Esto es un asunto oficial de la policía.

—Y me temo que no puedo permitirlo —respondió la enfermera. Era una mujer pelirroja de unos cuarenta años con pecas—. Mi único deber es el bienestar de mi paciente.

—Deja que vengan, Gina —dijo la señora Caldwell, con la voz ronca y apagada. Los saludó con un gesto de su frágil mano. Entonces encontró un mando a distancia entre los pliegues de sus mantas y pulsó un botón. La cama zumbó, elevándola.

Evangeline Caldwell estaba demacrada, su pálida piel parecía casi azulada a la escasa luz de la habitación. Sus altos pómulos atravesaban su piel, dando a su rostro enjuto un aspecto casi esquelético, agravado por sus labios finos y secos y sus inexpresivos ojos azules. Su brazo era como un bastón, y sus dedos largos y temblorosos parecían demasiado frágiles para manejar el mando a distancia.

Se acercaron rápidamente y se detuvieron junto a la cama. Evangeline giró la cabeza hacia ellos, pero no estableció contacto visual. Kay contrajo el rostro y lanzó una mirada inquisitiva a la enfermera. Sacudió la mano, apretando los labios.

Evangeline Caldwell era ciega.

Elliot lanzó una rápida mirada a Kay con una afirmación tácita, y

ella asintió, segura de entender por dónde iba su mente. La ceguera de Evangeline podría explicar por qué Rose había estado viviendo bajo el mismo techo que su hija y ella no se había dado cuenta. Una madre habría notado la más mínima diferencia en el color de su pelo, la curva de sus labios cuando sonreía, la forma en que sus hoyuelos se hacían más profundos cuando reía.

—Gracias por hablar con nosotros —dijo Kay, con voz amable y tranquila. Con cuidado de no revelar su juego y comprendiendo por qué Bill Caldwell había ocultado a su mujer moribunda la noticia de la muerte de Alyssa, empezó por ofrecer una explicación de su presencia —. Investigamos el secuestro de una chica de la edad de su hija, Rose Harrelson.

La enfermera respiró con tranquilidad, despacio, y asintió con gratitud hacia Kay. Por supuesto, la mujer sabía de la muerte de Alyssa; Evangeline era probablemente el único miembro de la casa que lo desconocía.

La señora Caldwell levantó la mano, pero luego la dejó caer sobre las mantas.

—¿Una amiga de Alyssa?

—Este secuestro ocurrió hace catorce años —aclaró Kay, y Evangeline pareció perder interés—. Pero, sí, Alyssa y Rose podrían haber sido amigas en ese momento.

Una sonrisa se dibujó en los labios marchitos de Evangeline.

—¿Hace catorce años? Alyssa tendría tres años. —Una nube de oscuridad recorrió su rostro, pero no dijo ni una palabra.

—Hábleme de la infancia de Alyssa —pidió Kay. Obtener las respuestas adecuadas sin ser capaz de formular las preguntas correctas y proporcionar el contexto estaba resultando una tarea difícil—. ¿Tenía amigos? ¿Con quién jugaba?

Evangeline giró la cabeza hacia un lado mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Estoy en cama desde que ella tenía un año. Me perdí toda la infancia de mi niña. Nunca jugué con ella y nunca conocí a sus amigos. Y pensé que eso era lo peor, pero, cuando tenía tres años, Alyssa estuvo a punto de morir. —Dejó de hablar, luchando por respirar.

Gina ajustó su oxígeno y Evangeline se acomodó.

—¿Qué sucedió? —preguntó Kay, al ver que la mujer no continuaba su relato y sabiendo que estaba cerca de descubrir una pieza

importante del rompecabezas.

—Alyssa contrajo una grave meningitis vírica —explicó—. Los médicos intentaron todo lo que pudieron, pero se estaba muriendo. Entonces mi querido Bill consiguió lo imposible... Fletó un avión y la llevó a una lujosa clínica en algún lugar de la Costa Este. Y la salvaron.

—Increíble —respondió Elliot—. ¿La enfermedad le dejó secuelas?

—No —susurró Evangeline, con una leve sonrisa aleteando en sus labios—. Estuvieron fuera un tiempo, pero los mejores expertos en la materia trabajaron en su caso y me devolvieron a mi dulce niña. —Tragó con dificultad, y Gina le acercó un vaso de agua provisto de tapa y pajita.

Un escenario coherente empezaba a formarse en la mente de Kay. Alyssa se estaba muriendo de meningitis viral, y al final murió. Por alguna razón, Bill decidió secuestrar a Rose Harrelson y sustituir a Alyssa por ella, pero ¿por qué? ¿Por la herencia? ¿Y cómo lo había conseguido? Puede que la visión de Evangeline hubiera disminuido o desaparecido a causa de su esclerosis múltiple, pero ¿y la del resto de la familia? Personal, familiares, ¿nadie se había dado cuenta de que no era la misma? ¿Cuánto tiempo tiene que desaparecer una niña para que la gente olvide detalles como los rizos de su pelo, la forma en que pronunciaba ciertas palabras, el sonido de su voz?

—Qué historia tan conmovedora —dijo Kay, sonriendo ampliamente —. ¿Cuánto tiempo estuvieron fuera?

—No lo recuerdo... Unos meses. Cuatro, tal vez seis. El tiempo pasa despacio cuando estás atrapado en una cama. Desearía... —Dejó de hablar y cerró los párpados con fuerza, haciendo que las lágrimas cayeran por sus mejillas—. Debería haberme muerto hace mucho tiempo. No le hace bien a nadie que siga viviendo, pero lo hago.

—Muchas gracias por su tiempo —dijo Kay—. Me parece que después de todo Alyssa no conocía a Rose Harrelson.

—No. Imagino que mi hija no sabía nada de esa chica desaparecida; no tenía amigos en aquella época. No podría haberlos tenido. Incluso después de su regreso, pasó mucho tiempo durmiendo. Su recuperación fue larga y difícil.

Así que, probablemente, la niña había sido sedada, hasta que poco a poco todos se habían acostumbrado a ella lo suficiente como para dejar de notar cualquier ligera diferencia con la pequeña que una vez conocieron como Alyssa.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

## A la luz del día

Kirsten lo había esperado toda la noche, despreciándose a sí misma por desearlo allí, porque traía calor, luz y sustento. Porque quería vivir. Sin embargo, temía lo que significaba su llegada, el ritual de la ducha que parecía excitarle, sus manos sobre su cuerpo húmedo, el dolor infinito provocado por sus retorcidos deseos.

Cuando el cielo empezó a ponerse gris y él seguía sin aparecer, se resignó al frío y al hambre, y se acurrucó en el sofá, envuelta en mantas rasposas que olían a moho y pertenecían a otra época, deseando poder dormirse solo una hora. El miedo la había mantenido despierta durante días, dándole momentos de somnolencia cuando menos lo esperaba, solo para volver a despertarse de repente, dispuesta a luchar por su vida, agotada hasta lo indecible.

Sabía que la mataría en algún momento; no le cabía ninguna duda. Se sintió impotente ante él, con su gran cuchillo y su mando a distancia y lo que se le ocurriera a continuación a su retorcida mente. Sabía que moriría. Solo deseaba que fuera indoloro, y pronto, para poner fin a su sufrimiento.

Cuando se abrió la puerta, se levantó de un salto, aunque solo había dormido unos minutos. Nunca la había visitado durante el día. Un escalofrío recorrió sus venas al darse cuenta de que el momento de su muerte podría estar más cerca de lo que esperaba.

—No —gimoteó, mirándolo, intentando leer su mente. Ella se quedó de pie en medio de la habitación, con una manta todavía pegada a los hombros, mientras él la miraba sin emoción, como si fuera un problema que tuviera que resolver, nada más. Sus rasgos estaban relajados, con aquella elegancia que la había atraído al principio como una etiqueta discordante, engañosa, traicionera, cuando en su lugar debería haber llevado pegada una advertencia en aquel rostro carismático—. No, por favor —susurró ella, acercándose un paso más a él, e intentó cogerle la mano.

—¡No! —exclamó él, y la mano de ella se congeló en el aire.

La puerta estaba abierta detrás de él, el sol entraba a raudales, golpeando el gallo de cobre martillado de la pared y enviando fragmentos de colores reflejados a las paredes. Si salía corriendo, ¿podría pasar por su lado lo bastante rápido como para llegar al exterior?

—Ni se te ocurra —dijo él, como si le leyera el pensamiento, y le agarró el brazo con fuerza—. Vamos.

Ella se apartó de él, pero su agarre se hizo más fuerte, aplastando su carne, y gritó.

—Por favor, no quiero ir —suplicó con la voz llena de lágrimas—. Me portaré bien, lo prometo.

Él dibujó una extraña sonrisa ladeada en su rostro que le produjo escalofríos.

—Siempre quisiste salir a pasear. Se cumplió tu deseo... Vamos.

La arrastró hacia la puerta mientras ella retrocedía, luchando contra él lo mejor que podía, dándole patadas en las piernas, apuntándole a la ingle y fallando cada vez.

Se había dejado los zapatos junto al sofá y les lanzó una mirada de arrepentimiento. Si tuviera la oportunidad, correría más rápido con ellos.

—Por favor, déjame coger mis zapatos.

Él se rio y volvió a tirar de su brazo.

—A donde vamos no necesitas zapatos.

Ella se calló y finalmente dejó de luchar. No podía ganar.

La arrastró fuera de la casa, sin molestarse en cerrar la puerta tras de sí. Ella esperaba que la llevara al coche, pero él rodeó la casa y la condujo al interior del bosque.

Al final, iba a ser en el bosque, tal y como había imaginado noche tras noche. Iba a arrastrarla hasta algún lugar donde enterraba los cadáveres, y luego le dispararía, o la apuñalaría, o la estrangularía. Casi prefería una bala; la perspectiva de recibir un disparo en la cabeza o en el corazón era la más atractiva de las alternativas que imaginaba, la más misericordiosa de las muertes.

Pero el hombre que la arrastraba más hacia el interior del bosque no tenía piedad. Se lo había demostrado una y otra vez atándola y observando cómo su cuerpo húmedo temblaba en la oscuridad de aquella habitación helada mientras ella se retorcía contra sus ataduras, intentando liberarse. Si la quería muerta, lo más probable es

que hubiera pensado en algo insoportablemente doloroso.

Ella chilló al pisar una roca afilada, pero él siguió adelante; su delgado cuerpo era una carga fácil para la fuerte complexión de él. No se detuvo y no pareció inmutarse por su grito. Le castañeteaban los dientes, aunque el sol había salido por encima de los árboles, calentando un poco el aire. El bosque yermo parecía inquieto y silencioso, las hojas caídas amortiguaban todos los sonidos. Ningún pájaro cantaba, como si el inminente invierno les hubiera quitado la voz.

De repente, la arboleda se despejó. Llegaron a un claro cubierto de hierba al borde de un profundo barranco, escarpado y rocoso, bordeado de afiladas rocas cubiertas de musgo. Unos cuantos enebros y cipreses retorcidos colgaban de las rocas; sus semillas habían encontrado un terreno inhóspito, pero, a pesar de todo, habían prevalecido. En el fondo del barranco, a unos treinta metros de profundidad, los coyotes acechaban en círculos sobre el suelo oscuro, y los aullidos ocasionales sembraban ecos siniestros contra las paredes verticales. Debían ser los mismos coyotes que había visto a través de la ventana del salón pero que nunca había podido oír. Ahora que los escuchaba, sus aullidos tenían un trasfondo siniestro que preferiría no haber oído nunca.

Luchando contra el mareo mientras miraba hacia abajo, observó docenas de motas blancas en el fondo del barranco, como cerillas blanqueadas, esparcidas por toda la zona. Los coyotes se paraban a veces a olisquearlas o las cogían y empezaban a roerlas, se tumbaban y las sujetaban entre las patas.

Huesos.

Blanqueados por el ambiente y limpiados por los coyotes.

Un gemido gutural y estrangulado salió de su pecho mientras la mano de él pasaba de sujetarle el brazo a agarrarle el cuello, dispuesto a empujarla al abismo.

Se agarró a su brazo con las dos manos intentando quitárselo de encima, pero no lo logró. Ella luchó contra él todo lo que pudo, oponiéndose a su empuje hacia delante, con los pies apenas aferrados al borde del barranco.

—Te llevaré conmigo, enfermo hijo de puta —murmuró ella, satisfecha de su decisión mientras lo miraba fijamente a los ojos y le agarraba la garganta con las manos.

Ella se dejó colgar de su garganta mientras él la empujaba,

haciéndola perder el equilibrio, con los pies pendiendo en el aire por encima del barranco. Entonces él la zarandeó, empujándola con la única mano que aún le sujetaba la garganta, y ella cayó gritando.

Agitándose, se agarró al borde del barranco con los dedos y sus pies se movieron rápidamente, buscando con desesperación el equilibrio. Sintió que sus manos resbalaban contra el musgo que cubría las rocas, y volvió a gritar cuando perdió el agarre y cayó unos metros más antes de poder asir una rama de enebro, que resistió su peso.

Por encima de ella, de pie, al borde del barranco, él miró hacia abajo, se alisó la chaqueta y se pasó las manos por el pelo con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Las manos de Kirsten se deslizaban por la rama de enebro, centímetro a centímetro, más cerca de donde se rompería bajo su peso. Jadeaba con fuerza, intentando encontrar algo más a lo que agarrarse, pero temerosa de soltarse.

Cuando cedió, gritó durante una fracción de segundo, antes de que se le escapara el aire de los pulmones al aterrizar bocabajo sobre un gran ciprés enraizado entre dos peñascos, con los pies pegados a la pared y la cabeza por encima del abismo; lo único que la sujetaba era una rama flexible y anudada que crujía y gemía.

Rodeó la rama con las piernas y contuvo la respiración hasta que el ciprés se asentó y dejó de moverse. Se agarró fuerte con ambas manos. La única dirección en la que podía mirar era hacia abajo, al fondo del barranco, donde los coyotes roían huesos, gruñían y aullaban, mirando hacia arriba, esperándola.

Nada más podría frenar su caída si volvía a perder el agarre. En la pared del barranco solo había musgo y excrementos de pájaros.

Petrificada, gritó:

—¡Ayuda, por favor! —Esperó un momento, con los músculos temblorosos por el esfuerzo mientras se sujetaba a la rama—. ¡Por favor! Haré lo que quieras.

El hombre se echó a reír y su voz resonó un instante en la oscuridad después de que se hubiera marchado, silenciando a los animales que esperaban abajo.

Justo después, los coyotes empezaron a aullar.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

## Probabilidades

Kay y Elliot casi habían llegado a la planta baja; bajaban las escaleras rápidamente, con sus pisadas amortiguadas por la gruesa y afelpada alfombra burdeos. La visita a Evangeline Caldwell había traído respuestas y una nueva teoría, una posible explicación de cómo Rose Harrelson había sustituido a Alyssa Caldwell y había crecido adoptando su nombre y su papel en la familia.

Pero no había respondido a la pregunta de por qué.

Si Alyssa había muerto de su enfermedad a los tres años, ¿por qué recurrió Bill a un plan tan elaborado para sustituir a su hija legítima por la ilegítima? ¿Cuál podría haber sido el motivo? Un hombre de su edad podría haber engendrado fácilmente innumerables hijos, aunque quisiera seguir casado con Evangeline. ¿Por qué arriesgarse a ir a la cárcel secuestrando a una niña?

Carole Caldwell los esperaba al pie de la escalera. Llevaba un jersey negro de cuello alto con un colgante de tres vueltas de perlas, igual que el día anterior. Tanto las perlas como la prenda eran diferentes, pero ambos le seguían dando un aire de austera dignidad, de sombría corrección.

Después de clavar sus ojos de acero en los de Kay, habló; sus palabras, heladas, tenían una finalidad abrasadora.

—Por favor, no hablen con nadie más de esta familia sin la presencia de nuestros abogados.

Kay intercambió una breve mirada con Elliot. Esperaban esa reacción. En todo caso, Kay se preguntaba por qué habían tardado tanto en pedirles que se marcharan.

—Su ama de llaves puede dar fe de que nos han invitado a entrar —declaró Kay—. ¿Dónde está?

—En la cola del paro —respondió secamente Carole—. Por favor, váyanse.

—¿Tiene algo que ocultar? —preguntó Kay, que sabía muy bien que

no podía hacer nada desde el momento en que Carole había mencionado a los abogados. Legalmente, no podía hacer ninguna pregunta más, y sin embargo la hizo.

El labio de Carole se curvó en una mueca llena de desdén. Les señaló la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Las familias ricas tienen mucho que perder por simples malentendidos. Mi deber es asegurarme de que no los haya.

Elliot sostuvo la puerta para Kay y luego la cerró con suavidad tras ellos. Ella se detuvo en el porche, mirando distraídamente la casa.

—¿De verdad ha despedido a esa mujer por dejarnos hablar con Evangeline? —preguntó Elliot, y luego silbó.

—Es probable —respondió Kay—. Tiene razones de peso por las que no nos quiere cerca de su familia. —Se dio la vuelta para marcharse, preguntándose dónde podrían encontrar a Bill. Para cuando lo localizaran, él estaría al tanto de su visita y de su conversación con Evangeline. Podría incluso estarlo ya—. Esta familia tiene muchos secretos que ocultar.

El sonido de un coche que se acercaba llamó su atención. Se giraron a tiempo para ver un Lincoln Continental gris detenerse en la puerta.

—¿Cuáles son las probabilidades? —susurró Elliot cerca del oído de Kay.

—Vaya —respondió ella, justo cuando Bill Caldwell salía del vehículo, dejando la puerta abierta para que un joven aparcacoches se lo llevara para aparcarlo en otro lugar.

Más allá del borde del camino de entrada, los jardineros habían plantado rosas en un parterre ondulado que habían recuperado del césped perfectamente cortado, moviéndose con rapidez, cavando los agujeros y vertiendo agua de una manguera, antes de poner cada planta en el suelo, recoger la tierra y dar palmaditas alrededor de las raíces con las manos desnudas. Miraban a Kay, Elliot y Bill como cualquier trabajador aburrido miraría cualquier entretenimiento disponible mientras hace su trabajo.

Ignorando por completo a los jardineros, Bill se volvió hacia los dos detectives. Su ceño se frunció y sus ojos se oscurecieron al ver a Kay. Pareció prestar demasiada atención al cabestrillo que Kay llevaba en el brazo, cuya visión le hizo arrugar la frente por alguna razón. Se acercó con paso ligero y se detuvo justo delante de Kay.

—¿Algo nuevo sobre el asesinato de mi hija? ¿Han atrapado al bastardo que la mató?

—Todavía no —respondió Kay con calma—, pero tenemos algunas preguntas más, si no le importa.

La puerta se abrió y Carole se plantó en el umbral. Sujetaba el teléfono como si acabara de convocar a sus abogados, con los nudillos pálidos bajo su piel marchita.

—Se lo advertí. No sin la presencia de nuestro equipo legal. Ni una palabra, Bill —ordenó—, esto termina aquí.

—¿Por qué? —preguntó él, volviéndose hacia su madre con enfado —. ¿Porque tú lo digas? —El hecho de que hubiera elevado la voz hizo que los jardineros se asomaran curiosos por detrás de los rosales —. No sé tú, madre, pero a mí me gustaría saber quién mató a mi hija. Así que deja que hagan sus malditas preguntas.

—William Earnest Caldwell, te lo advierto —dijo Carole, siseando las palabras a su hijo.

Este ni pestañeó. En lugar de eso, se volvió hacia Kay y le dijo:

—Dispare.

Kay tomó aire y formuló la pregunta que llevaba rondándole la cabeza el último día, sabiendo que la franqueza podría jugar a su favor.

—Señor Caldwell, ¿secuestró usted a Rose Harrelson hace catorce años para reemplazar a su hija muerta?

Carole soltó un grito ahogado, cubierto por el ruido del teléfono que se le había caído al romperse en pedazos contra el suelo de mármol. Perceptiva, a pesar de estar conmocionada, notó las mandíbulas desencajadas y las miradas curiosas del grupo de jardineros, y volvió a entrar en la casa.

—Hablemos de esto dentro.

# CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

## Plan de vuelo

## Hace catorce años

La luna llena brillaba sobre un cielo perfectamente despejado. La brisa, que era fresca, provenía del aire de las montañas y refrescaba las rocas tras un día de abrasador sol veraniego. Montones de niebla persistían aquí y allá, ya que por la noche empezaba a acumularse cerca del suelo, manteniendo cautivo, embriagador, el olor a combustible de avión quemado.

El pequeño aeropuerto ya había cerrado su vestíbulo a las siete, hacía horas, y la mayoría de las luces se habían apagado. Bill saludó con la cabeza al único empleado que permanecía allí, murmurando maldiciones sobre la gente que se creía con derechos y no podía volar en horario laboral con el convencimiento de que el mundo entero giraba a su alrededor. Acababa de hacer señas para que el coche de Bill y el de la niñera entraran en la pista, mirando a Caldwell desde debajo de una gorra manchada de sudor con la insignia de los Gigantes de San Francisco. El avión fletado encargado de mantener al empleado trabajando a deshoras en una noche de partido calentaba motores frente a los grandes hangares, con la luz encendida en su cabina.

También tendría que pagar a ese trabajador frustrado; de lo contrario, el muy imbécil se pasaría todo el día siguiente quejándose de él, del retraso del vuelo y de por qué se había perdido el lanzamiento o el *home run* que iba a hacer historia y cambiar su vida si se hubiera quedado en casa rascándose las pelotas y emborrachándose delante de la tele, en vez de trabajar hasta tarde. Probablemente diez mil dólares bastarían, con una clara amenaza si abría la boca ante alguien.

El avión aterrizó despacio y se detuvo a solo diez metros del coche de Bill. El piloto abrió de un empujón la puerta del avión, descendió

por los seis escalones y se acercó a él.

Bill bajó la ventanilla.

—Su avión está listo, señor —dijo el piloto, haciendo un gesto de saludo con dos dedos levantados en su visera.

—Embarcaremos enseguida —respondió Bill—. Estén listos para el despegue en tres minutos. —Estudió su cara, sus ojos, buscando señales de que el piloto pudiera sospechar de los motivos que podía tener o de que corriera el riesgo de hacerle una jugarreta y llamar a la policía. Pero la mirada del hombre alto era honesta y directa, y su comportamiento profesional, impecable. La firma del acuerdo de confidencialidad de cinco páginas que le habían presentado le había llevado menos de treinta segundos. No había leído el documento, pero en su trabajo firmaba muchos de esos documentos y dependía de las referencias para conseguir más negocios; nunca haría nada que molestara a un cliente.

Era perfecto.

—Eso es todo por ahora, gracias —añadió Bill, despidiéndolo con un gesto de la mano.

—Señor —respondió, y se dirigió con rapidez hacia el avión en ralentí.

Bill esperó a que el piloto volviera a su asiento y bajó del coche. Abrió la puerta trasera y cogió a una niña en brazos.

No se movía.

Su pelo largo y ondulado se escapó de la manta en la que estaba envuelta y se agitó con el viento fresco. Su pequeño cuerpo estaba inmóvil, sin vida, frío.

Llevándola con cuidado y tapándole la cara con el borde de la manta, subió al avión y la dejó en uno de los asientos. Le puso el cinturón y miró detenidamente el cuerpo atado antes de volver al coche de la niñera.

La mujer, una pelirroja de mediana edad con algo de sobrepeso que trabajaba como enfermera en el Centro Médico de Franklin y como niñera ocasional de Rose Harrelson, lo esperaba de pie con otra niña en brazos. Esta dormía profundamente, a pesar del ruido de los motores de los reactores al ralentí que giraban a pocos metros de su cabeza.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Bill.

—Tal y como habíamos planeado —respondió la mujer—. Les preparé la cena, y la dosifiqué con suficiente sedante para mantenerlos

en el país de los sueños durante diez horas. No sabrán qué les ocurrió.

—¿Dejaste algún rastro?

La mujer pareció ofendida por la pregunta y se burló, frunciendo el ceño.

—Entré por la ventana, como me dijiste, aunque estaban profundamente dormidos y tengo las llaves de la puerta principal. Pero eso no importa —suspiró—. Seguí todas tus instrucciones al pie de la letra. —Él la animó a continuar con un gesto impaciente de la cabeza—. Quité la mosquitera, entré, cogí a la niña, luego limpié el alféizar por si quedaron huellas, bajé de nuevo la ventana y volví a colocar la mosquitera. Después conduje hasta aquí y nadie me siguió. —Con una sonrisa de satisfacción, añadió—: Lo he comprobado. Ahora, ¿tienes mi dinero?

Bill volvió a su coche y regresó enseguida con una pequeña bolsa de lona. Abrió la cremallera y le mostró el contenido: fajos de billetes bien atados con bandas de colores, como los que emiten los bancos.

—Trescientos mil en billetes pequeños, imposibles de rastrear, como pediste. ¿Estás lista para irte antes de que todo esto explote? —Cerró la cremallera de la bolsa y la dejó en el suelo, junto a los pies de la mujer.

Ella puso a la niña en brazos de Bill y luego cogió la bolsa del dinero, sujetándola con fuerza con ambas manos. Se le iluminó la cara cuando agarró las asas como si su vida dependiera de ello.

—Mi marido y yo tenemos los billetes para irnos a Venezuela mañana por la mañana —respondió sonriendo—. Estaremos muy lejos para cuando se despierten. Es un vuelo directo desde San Francisco. Salimos en una hora.

Pero Bill ya no escuchaba a la mujer, ahora miraba la cara de la niña. Estaba profundamente dormida, con la boca entreabierta y la respiración tranquila. Su pelo castaño ondeaba al viento, con mechones sueltos que a veces le tocaban la cara, y tuvo un *déjà vu.* El hoyuelo en su barbilla y la forma en que su labio inferior se curvaba por encima le recordaban tanto a Alyssa como a sí mismo cuando era joven. Bien.

—¿Y las medicinas? —preguntó, mirando a su alrededor con cuidado para ver si alguien presenciaba su conversación. Todo les estaba llevando demasiado tiempo. Alguien podría tropezar con ellos en cualquier momento.

—Ah, sí —respondió la mujer, sonriendo tímida—. Casi lo olvido. —

Dejó la bolsa de viaje en el asiento del copiloto de su coche y volvió con una pequeña, de papel, que crujía con cada movimiento que hacía. De ella sacó dos grandes frascos de pastillas, uno naranja y otro azul. Cogió el azul—. Este es un somnífero, temazepam. Dáselo dos veces al día cuando vuelvas. Aquí tienes para seis meses. —Volvió a guardarlo en la bolsa y le mostró a Bill el frasco naranja, lleno de cápsulas bicolores—. Este es un brebaje especial, Valium con un toque de ketamina. La mantendrá sedada y le borrará la memoria si se lo das a diario. Después dáselo con menos frecuencia y no sabrá quién es a menos que se lo digas. Será entonces cuando podrás reconstruir su identidad. También tienes para seis meses de esto, solo que ten cuidado y no abuses. Podría morir.

La mujer le habló como si fuera idiota. Sujetando a Rose con un brazo, Bill se metió los frascos de pastillas en el bolsillo mientras lanzaba una rápida mirada al piloto, con la esperanza de que no hubiera presenciado el cambio de manos de las drogas. Parecía inmerso en la lectura de algo de un pequeño portapapeles, donde de vez en cuando escribía alguna anotación.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, la luz de la luna reflejó algo en el cuello de la niña.

—¿Qué es esto? —Tomó el cuerpo de Rose con un brazo y buscó el pequeño objeto con dos dedos de la otra mano. Era un medallón de madera lacada de aspecto extraño que llevaba una cadena de plata al cuello—. ¿Qué hace esto aquí? —preguntó, pensando que tiraría el medallón en cuanto aterrizaran en la Costa Este.

La niñera lanzó una mirada al pequeño objeto brillante.

—Su madre se lo hizo. Grita como una *banshee* desquiciada sin él. Pensé que deberías tenerlo, tal vez dejar que se lo quede durante un tiempo, hasta que se olvide de su pasado. Hay una foto de sus padres dentro. No dejes que la vea.

—Sí, como quieras —respondió. Cambiaría esa foto por una de Evangeline en cuanto llegara a la casa que había alquilado en Florida. Después de todo, el objeto podría resultar útil.

Desde la escalerilla del avión, esperó a que la mujer saliera de la pista y abandonara el aeropuerto. Tras subir a bordo, ató a Rose a un asiento. Volvió corriendo a la pista una vez más, para pagar al frustrado empleado del aeropuerto y alegrarle la noche, y luego entró en la cabina.

—Ya podemos despegar —le dijo Bill al piloto.

El hombre sonrió y asintió con un rápido movimiento de cabeza.

—¿Algún cambio en el plan de vuelo? —preguntó el piloto, accionando interruptores y acelerando los motores.

—No. Iremos a Jacksonville; llevaré a mis hijas a la Clínica Mayo.

—Sí, señor. —El piloto empezó a rodar hacia la pista, el asfalto iluminado por la luna brillaba delante del avión—. Deberíamos estar sobre el terreno en Florida en unas seis horas.

Bill volvió a la cabina, tomó asiento frente a Rose y se abrochó el cinturón. Apoyó la cabeza contra la pared, sintiendo el agradable frío del plástico contra su acalorada sien.

Alyssa estaba muerta, y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Había hecho todo lo humanamente posible por salvarle la vida durante los últimos meses, y había sido en vano. Los dioses estaban enfadados con él y le habían quitado a su hija.

Pero tenía otra, y no había razón para que el mundo supiera lo que había ocurrido aquella noche, lo único que podía hacer para que el nombre de la familia siguiera adelante y la finca estuviera en las manos adecuadas. De lo contrario, ese pequeño bastardo, Dylan, no tardaría en reclamarla, y él nunca podría conformarse con eso.

Cerró los ojos y se durmió justo cuando el avión entraba en la pista, preparándose para despegar.

Fuera, escondida en las sombras, junto al edificio del aeropuerto, una mujer observaba cómo el avión aceleraba, despegaba y desaparecía en la noche. Siguió el fuselaje iluminado por la luna y flanqueado por luces estroboscópicas parpadeantes hasta que dejó de verlo. Luego, se secó una lágrima y desapareció, sin ser vista, caminando tranquila, con la cabeza alta, mientras su larga melena rubia ondeaba al soplo de la fuerte brisa.

# CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

## Madre e hijo

Carole cerró la puerta con manos temblorosas, que enseguida escondió a su espalda. La sangre había abandonado su rostro, dejando su piel de un enfermizo tono grisáceo pálido. De pie, en medio del vestíbulo, miró a Bill con ojos despiadados y mortalmente heridos al mismo tiempo.

—¿De qué habla esta gente? —preguntó Carole, cuya voz era un susurro tembloroso.

Una sonrisa ladeada estiró la boca de Bill mientras un destello de diversión coloreaba sus ojos.

—El plazo de prescripción se ha cumplido, madre. No pueden hacer nada. —Desvió la mirada de Carole hacia Kay mientras su sonrisa se ensanchaba, llena de orgullo—. Sí, secuestré a Rose Harrelson, y no hay nada que puedan hacer al respecto. Ya está, ya lo he dicho. —Puntuó sus palabras con un gesto de la mano y empezó a pasearse por el gran vestíbulo con calma, con paso medido y firme.

No había ningún signo de decepción en el rostro de Bill, ni de miedo. El hombre era un enigma, sus motivaciones merecían ser exploradas. Pero ¿había matado a su hija?

Carole lo alcanzó en dos pasos furiosos y lo agarró de la manga, deteniéndolo en seco.

—¿Secuestraste a la hija del ama de llaves y la trajiste a mi casa? —La voz de Carole había subido a un tono agudo y chirriante, y sus jadeos destrozaban sus palabras.

Bill la miró fijamente, acortando la distancia entre sus rostros hasta que sus ojos quedaron a escasos centímetros.

—Era mi hija —se quejó con furia abrasadora—. ¡Mía!

Era como si Carole se hubiera convertido en piedra. Había dejado de respirar, asimilando las palabras de Bill y ahogándose con ellas, como si fuera incapaz de comprender su significado.

—¿Cómo pudiste? —susurró. El asco en su rostro era palpable,

crudo—. ¿Cómo no lo vi? —Se apartó de Bill, desviando la mirada como si su sola visión la enfermara—. Esa dulce niña murió de meningitis, ¿verdad? —Clavó sus ojos ardientes en los de su hijo, que soportó su escrutinio sin inmutarse—. Fue ese viaje a la Clínica Mayo, ¿no? Fue entonces cuando volviste con la hija del ama de llaves e hiciste que yo, nosotros la acogiéramos como si fuera de nuestra sangre. —Sin previo aviso, abofeteó a Bill en la cara, con fuerza, y sus huesudos dedos le dejaron una marca roja en la mejilla—. No eres hijo mío.

La sonrisa de Bill se convirtió en una mueca.

—Oh, sí que lo soy, madre. Soy exactamente lo que me hiciste, de tu carne, y sangre, y vísceras, y maldad. Y Rose era mi hija, te guste o no.

Kay observó la interacción, intercambiando de vez en cuando miradas con Elliot mientras se respondían sus preguntas. Seguía sin entender la razón por la que Bill había sustituido a Alyssa por Rose; ¿qué podría haberlo motivado? No se trataba solo de la logística de secuestrar a una niña y hacer que toda una familia la aceptara como otra; aunque eso, en sí mismo, debió ser una hazaña tremenda. Pero ¿controlar su propio dolor todo ese tiempo?

A menos que...

Kay volvió a estudiar al hombre como si lo viera por primera vez, con la cabeza algo ladeada. Elliot la miraba con preguntas implícitas, pero ella no apartaba su atención de Bill Caldwell.

¿Podría ser un psicópata altamente funcional? Eso explicaría la ausencia de miedo o remordimiento, de cualquier atisbo de conciencia cuando hablaba de un secuestro que les había costado la vida a los padres de Rose. Las motivaciones de un psicópata son justo eso... suyas y solo suyas, tan retorcidas y feroces que resultan incomprensibles para otras mentes. ¿Había hecho todo eso para hacerse con el control del negocio? Carole había establecido esa ridícula regla, haciendo pasar la herencia por derechos de sangre real. A su manera, ella había tenido la misma culpa.

Pero los motivos de Bill parecían ir más allá de los económicos; había allí un componente de emoción, de sentimientos en carne viva que se agitaban cuando se lanzaban las palabras adecuadas durante el acalorado diálogo. Había un intenso resentimiento entre madre e hijo, que iba en ambas direcciones y era igual de letal, aunque Kay se había dado cuenta de que la acritud de Carole parecía teñida de un profundo

disgusto, mientras que la ira de Bill parecía alimentada por el dolor. La forma en que sus ojos se oscurecían cuando se enfrentaba a su madre, la manera en que se tensaba, apretando los labios en una línea rígida, como para mantener sus palabras encerradas dentro de su pecho, la volatilidad en que su tristeza pasaba a estallidos de furia feroz, solo para cocerse a fuego lento y volverse hacia dentro de nuevo, coloreada en tonos de tristeza interminable.

Acababa de perder a su hija en un crimen violento; eso en sí mismo era motivo suficiente para llorar. Incluso los psicópatas quieren a sus hijos, aunque a su manera, de forma posesiva en lugar de empática. Pero la tristeza de Bill parecía anterior a la muerte de su hija, visiblemente arraigada en su interior, casi como una segunda naturaleza. La forma en que la familia respondía a su rabia era una prueba de ello; para ellos, eran emociones lejanas. Fuera lo que fuese lo que Bill lloraba, todos sabían lo que era, y todos guardaban silencio al respecto; el secreto era tan aterrador que una mirada de Carole o de Blanche calmaba la ira de Bill como el agua ahoga el fuego.

Pero ¿había matado Bill a Rose? ¿Y qué razón podría haber tenido para sustituir a una niña por la otra? Debían existir diferentes maneras de asegurar su control sobre el negocio familiar, más fáciles, maneras legales.

Kay se acercó a Bill y le puso una mano firme en el antebrazo.

—Tendrá que venir con nosotros, señor Caldwell.

—¿Para qué? —respondió, sin ningún atisbo de miedo en sus ojos, solo curiosidad, como si se preguntara en qué punto de sus bien concebidos planes se había equivocado.

—El cargo de secuestro puede estar fuera de plazo, pero en el estado de California la violación no prescribe.

Se quedó boquiabierto.

—¿Qué?

No había razón para contarle a Bill lo de Martha y su declaración; solo se opondría, diría que eran rumores. Y así sucesivamente. Era mejor ir al grano y conseguir una confesión.

—Shelley Harrelson testificó que usted la violó hace dieciocho años. Su hija, Rose, era fruto de una violación.

Elliot la miró, consciente de que mentía, pero estaba en su derecho de hacerlo durante el interrogatorio de un sospechoso.

Carole, que momentos antes le habría arrancado la cabeza a Bill con sus manos bien cuidadas, se acercó y se puso a su lado, agarrándolo

del otro brazo.

—Ni una palabra más, Bill. No hasta que lleguen los abogados. Te sacaré de este lío. No es más que una cacería. Los policías se lo hacen a los ricos todo el tiempo —añadió, mirando a Kay durante un largo y cargado instante.

Su hijo no contestó. Tenía el rostro esculpido en piedra, inexpresivo, desprovisto de miedo o de cualquier otra emoción, excepto ese matiz de pena que lo envolvía como un halo.

—Me parece justo —respondió Kay, soltando el brazo de Bill—. Podemos esperar aquí a su abogado antes de llevárnoslo.

—Me da igual —respondió él con voz ronca y mirada vacía.

—Solo por curiosidad —dijo Kay—, y puede contestar antes de que llegue su abogado, porque tiene que ver con el secuestro y ese ya no es un delito imputable… ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué sustituyó a Alyssa por Rose? Debió ser un infierno para usted, ocultar su dolor, temer que lo descubrieran si alguien notaba que la niña era diferente.

Como reacción al quebrantar los derechos de Bill, Kay se ganó una mirada atónita de Elliot. Ella seguía interrogándolo después de que él hubiera solicitado la presencia de un abogado. Aunque, y se dio cuenta con una sonrisa, él no había pedido un abogado, sino su madre. Y las demandas de la mujer eran irrelevantes ante la ley. En cualquier caso, no iba a dejar de buscar respuestas solo porque aquella vieja y pretenciosa arpía no quisiera que se descubrieran los secretos de su familia.

Bill bajó la mirada durante un breve instante y luego miró a Kay como si no tuviera nada que ocultar. Ese momento en que había desviado la mirada era suficiente para que un psicópata se metiera en su papel y así preparar su mente y su cuerpo para la siguiente manipulación que tenía planeada.

—Mi mujer lleva enferma los últimos dieciséis años. Su enfermedad, como seguro que ya sabe, empeora con el estrés y las dificultades. Decirle que Alyssa había perdido la batalla contra la meningitis la habría matado. Todavía no lo sabe.

Como si le quemara, Carole soltó el brazo de Bill y se apartó.

—¡Esa es la mentira más grande que he escuchado en mi vida, William Earnest Caldwell! ¿Fue tu preocupación por ese insignificante enclenque que no puede morir lo bastante rápido la razón por la que consideraste oportuno hacerme criar a la hija de un ama de llaves como mi heredera? —El veneno se derramó de sus palabras, borrando

su autocontrol, pero dando en el blanco con Bill, cuya rabia bullía, a punto de explotar—. ¡No me lo creo! —bramó—. Fue por el dinero, ¿verdad? Lo querías todo para ti. —Se acercó un paso más y bajó la voz hasta un susurro conspirativo—. Te habría matado que la herencia acabara en manos del hijo de Blanche, ¿verdad, mi querido muchacho? —Sus fosas nasales se abrieron cuando miró fijamente a Bill—. Bueno, ¿adivina qué? Lo hará.

La rabia dilató las pupilas de Bill. Él apretó los puños y se acercó un paso. Kay intervino agarrándolo del brazo y lo apartó de Carole. Los dos estaban destinados a matarse si ella no los mantenía separados.

Pero Carole tampoco se callaba, aparentemente satisfecha de herir a su hijo todo lo que pudiera cuando solo unos momentos antes le había prometido apoyo.

—Tener un heredero era tu única oportunidad de cortarle el paso a Dylan —continuó—. Creíste que no tenías otra opción que traer a la hija de un ama de llaves a esta casa. —Hizo una pausa, mirando a su alrededor como si tratara de encontrar algo que arrojarle a Bill, pero el amplio vestíbulo estaba vacío, salvo por los cuadros de las paredes y una pequeña consola desprovista de cualquier objeto. Frustrada, dio un pisotón contra el suelo de mármol, y el choque de su tacón resonó como un disparo en el silencio electrizado—. Para ti, incluso la hija de un ama de llaves era mejor que Dylan. Debería darte vergüenza.

—Eso es ridículo —soltó él—. Podría haber tenido un ejército de hijos. Entonces solo tenía cuarenta años. ¿De qué estás hablando?

—Bueno, todos sabemos que en realidad no hubieras podido —susurró Carole—, ¿no es así, querido? —Y exhaló un largo suspiro que salió de sus labios marchitos y rugosos. Después enderezó la columna y echó la barbilla hacia delante. Cuando habló, su voz era fría y objetiva, desprovista de toda emoción, como si hubiera conseguido descargar toda su energía de alguna manera—. No quiero que este escándalo manche el nombre de la familia, y por eso me aseguraré de que tengas la mejor defensa legal que el dinero pueda comprar. Pero hasta ahí. Haré los cambios necesarios en mis disposiciones y quedarás totalmente apartado del negocio, con efecto inmediato.

Bill no bajó la mirada y no reaccionó como Kay habría esperado. Solo esa pena indefinida bañaba su rostro, sus ojos. Ya se lo esperaba; la reacción de su madre no era nueva para él. Cuando Rose fue asesinada, probablemente todo su plan se había venido abajo.

Y eso solo significaba una cosa, pero Kay pensó en preguntar de

todos modos.

—Señor Caldwell, si eso es cierto, ¿por qué mató a Rose? —preguntó ella, observando atenta las microexpresiones de su rostro, aunque los psicópatas mostraban muchas menos que una persona común.

No parpadeó, sus pupilas no se dilataron, sus manos permanecieron inmóviles; la misma pena bañó sus ojos durante otro latido, y luego se disipó.

—Yo no maté a mi hija —dijo con calma, justo cuando Blanche entraba en el salón, caminando con rapidez hacia ellos, seguida de Dylan—. Juro que no lo hice.

—Y yo le creo —dijo Blanche, deteniéndose a su lado, y le cogió el brazo con ambas manos—. Puedo dar fe de ello. Bill no mató a su hija.

# CAPÍTULO CINCUENTA

## Loco

El viento se había levantado, girando en ráfagas heladas desde las laderas de la montaña de Mount Chester y precipitándose por el borde del barranco. Algunas eran lo bastante potentes como para silbar entre las agujas de los cipreses, moviendo la rama que aún resistía el peso de Kirsten. Aterrorizada por cada movimiento, se aferró al trozo del árbol con todas sus fuerzas, con los músculos doloridos por el esfuerzo y el corazón latiéndole en el pecho.

Cada tanto, cuando se atrevía a inhalar una bocanada de aire y gritaba, pedía ayuda. Su voz temblorosa resonó en las paredes del barranco, silenciando a bestias y pájaros por igual. Nadie respondía y, al cabo de unos instantes, la naturaleza reanudaba su concierto de sonidos. Los coyotes de abajo roían los restos esparcidos por el fondo de aquel abismo, peleándose de vez en cuando por un hueso carnoso.

Gimió y se encogió cuando una ráfaga más fuerte movió la rama, amenazando con sacudirla como una carga no deseada. Al final, la rama se asentó, ahora casi horizontal; el árbol cedía bajo ella poco a poco, como erosionado por su peso, venciéndose despacio. Pronto se inclinaría hacia abajo y ella resbalaría, incapaz de sostenerse contra la gravedad.

Las sombras empezaban a alargarse. Había aguantado desde el amanecer, y el dolor de sus músculos le decía que no podría soportar mucho más. Sabía que llegaría un momento en que se soltaría, vencida por el cansancio o arrojada por una ráfaga de viento. Estuvo a punto de quedarse dormida un par de veces, pero se obligó a espabilarse y despertarse, aferrándose de nuevo a la rama aunque la corteza le cortara la piel.

Había rodeado la rama con los muslos y se había acercado al tronco, donde era más grueso, centímetro a centímetro, temerosa de soltarse, pero desesperada por alejarse del agarre vacilante. Después, se acomodó, cansada, jadeando y gimoteando al mismo tiempo, mareada

por mirar hacia abajo y muerta de miedo.

—¿Hay alguien? —llamó, pero su voz sonó débil, el cansancio le pasaba factura a pesar de la adrenalina que recorría su cuerpo—. ¡Ayuda!

Escuchó, pero nadie respondió.

—¡Que alguien me ayude, por favor! —gritó de nuevo tan alto como pudo, pero su llamada terminó en un lloriqueo.

Otra ráfaga de viento atrapó el aliento de sus pulmones. Volvió a agarrarse a la rama mientras sus brazos y piernas temblaban por el esfuerzo, llevados más allá de sus límites por su desesperada voluntad de sobrevivir. Haría cualquier cosa por vivir, por volver a Oregón y abrazar de nuevo a su madre. Luego iría directa a la policía y les hablaría de aquella casa y del hombre que había matado a tantas otras chicas antes.

Un buitre voló en círculos sobre su cabeza, planeando y batiendo sus poderosas alas. Sintió el aire moviéndose contra su cara antes de verlo acercarse, extendiendo las garras y preparándose para aferrarse a la rama de un árbol.

—¡No, no! —gritó, demasiado asustada para soltarse y agitar el brazo para ahuyentar al pájaro.

Aterrizó en la rama por encima de su cabeza, su peso añadido hizo que el ciprés se tambaleara y crujiera.

—¡¡Aaah!! —gritó, aferrándose a la rama, tratando desesperada de mantenerse a nivel hasta que se estabilizara. Hasta que el árbol no dejó de moverse, ella no respiró, pero entonces el olor del pájaro llenó sus fosas nasales con la promesa de la muerte.

El buitre atravesó las agujas del ciprés y le hirió el hombro. Ella gritó, el dolor agudo avivó su ira.

—¡Todavía no! —gritó—, ¡todavía no estoy muerta! —chilló, con la esperanza de que el sonido de su voz le hiciera volar y, aun así, temiendo el momento en que su despegue volviera a sacudir el ciprés. Entonces su mente se desvió y perdió el control de la realidad. Se imaginó a sí misma contando la historia de su terrible experiencia a sus amigos en casa, en las calles de Creswell, Oregón. Se reían y le decían que se había vuelto loca, negándose a creer ni una palabra. Le decían: «Chica, ¿qué demonios has estado fumando? ¿*Crack* del malo o algo así? Una mierda así no le pasa a la gente».

Se echó a reír a carcajadas y su voz resonó en las paredes rocosas del barranco.

Se estaba volviendo loca. Y pronto tendría que dejarse ir. No podía soportarlo más.

En el abismo que se abría bajo su cuerpo cansado, dos coyotes gruñían y aullaban, peleando ferozmente por un hueso.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

## Escondite

Scott no se lo esperaba, pero Triple Dólar lo había ayudado.

Le había llamado después de que huyera de la cabaña, a pesar de que era casi medianoche, y el hombre se había ensañado con él, metódicamente, sin dudar en llamarle la atención por su incompetencia, por su incapacidad para detener en seco a aquella federal estúpida convertida en detective. Mientras que él estaba muerto de frío.

Poco sabía ese tipo que las preocupaciones de Scott no estaban ni un poco cerca de esa zorra federal, aunque con gusto le habría retorcido el cuello como una ramita, deleitándose en oír crujir sus huesos mientras la vida abandonaba su cuerpo, viéndola agitarse hasta quedarse quieta. Pero no, su mente estaba en su dinero ganado con tanto esfuerzo.

¿Qué le había poseído para contarle a Nicole lo de su alijo todos esos años atrás? Una buena cantidad de alcohol, si no recordaba mal, pero siempre se había enorgullecido de su capacidad para aguantar la bebida y mantener la boca cerrada cuando estaba borracho. Ahora la mujer probablemente estaba contándoselo todo a la policía, enviándoles de camino a limpiar cada centavo que él había acumulado tras veinte años de duro trabajo.

Un día no muy lejano, la atraparía y le haría pagar por ello, por todo. Si de algo se arrepentía era de no haberla matado antes de salir de aquella cabaña, para que esa boca suya dejara por fin de ladrar.

Había salido corriendo de allí acortando por el bosque y mirando por encima del hombro, esperando ver a Young y al resto de la comisaría dándole alcance, pero se había alejado sin ver a nadie. Había encontrado su coche y se había apresurado a ponerse al volante, para luego arrancar lanzando tierra y guijarros al aire, derrapando de mala manera sobre el suelo embarrado y cubierto de hojas.

Tan pronto como llegó a la autopista, llamó a Triple Dólar. No tenía

a dónde ir, y no quería abandonar la zona mientras tantos cabos sueltos quedaran colgando en el aire como la ropa interior de una anciana en día de colada.

Podría haber corrido a la terminal para tratar de salvar su dinero, pero tenía demasiado miedo de que lo atraparan. Tal vez los policías ya estaban vigilando el lugar. ¿Podría resistir a toda su comisaría reunida a su alrededor, con las armas desenfundadas, y salir con vida? Para nada, aunque le habría gustado partirle la cara a alguno de esos traidores. ¿Quién le había dicho al federal lo de su cabaña sino uno de ellos, uno de los hombres a los que consideraba sus hermanos y que había invitado a pasar un fin de semana de cervezas y pesca?

Su única esperanza seguía siendo Nicole, de entre todas las personas. Quizá fuera lo bastante lista como para mantener la boca cerrada, con la esperanza de poder hacerse con ese dinero ella misma. Tal vez ella no se acordaba; después de todo, habían pasado catorce años desde la última vez que él lo había mencionado, y su indiscreción de borracho no se había vuelto a repetir.

Pero, por ahora, tenía que pasar desapercibido, y Triple Dólar tenía el lugar adecuado para ello.

Con una voz abrasadora y untada de desprecio, le había indicado que se dirigiera al norte y tomara la antepenúltima salida antes de llegar a la frontera con el estado de Oregón, y luego condujera por una carretera secundaria hacia el oeste durante unos tres kilómetros. Después encontraría una granja abandonada al final de un largo camino de entrada, a la izquierda de la carretera.

Las instrucciones del hombre lo habían llevado hasta allí sin problemas, pero no se había detenido en las indicaciones para guiar a Scott a que accediera a la caja de fusibles del garaje y accionara unos cuantos interruptores que le dibujaron una mueca de duda bajo el débil resplandor de su linterna. Alguien había improvisado unos circuitos retorcidos en aquella caja de fusibles, puenteando algunos pero centralizando el resto en un interruptor provisto de un emisor remoto. ¿Por qué alguien haría eso?

Pero los ricos eran diferentes de la gente como él, y podían hacer lo que quisieran, porque podían permitírselo. Como mantener esa granja así, en completa oscuridad, sin calefacción en el frío enérgico de noviembre, oliendo a humedad y moho, dejando que se pudriera en la oscuridad como un viejo cadáver.

Le había ordenado a Scott que entrara en la casa y encendiera la

calefacción. Antes de terminar la llamada, el hombre le había advertido que se quedara en el salón y no pusiera un pie en ninguno de los dormitorios, y que mantuviera sus narices fuera de cualquier asunto que no le incumbiera. Triple Dólar había concluido su advertencia con otra amenaza, esta vez diciéndole a Scott que su vida pendía de un hilo si no seguía sus instrucciones.

Y Scott le creyó. Se había encontrado con él unas cuantas veces, las suficientes para saber que podría acabar con su vida sin perder un momento el sueño por ello, un asesino reconociendo a otro sin atisbo de duda.

Pero no estaba allí para vigilar sus movimientos.

Al entrar en la residencia, encendió las luces y se aseguró de que la calefacción empezaba a expulsar aire caliente por los conductos de ventilación del suelo. La casa estaba congelada, tanto en el tiempo como en la temperatura. Era como si hubiera retrocedido unas décadas, y los gallos de cobre martillado que colgaban de la pared de la cocina le hicieron gracia. Su abuela solía tener algo así.

Mientras las paredes volvían a la vida bajo el flujo de aire caliente, recorrió la casa y abrió todas las habitaciones, en las que encendió las luces para asegurarse de que no había sorpresas esperándolo en los rincones oscuros y llenos de telarañas. No había nada, solo una casa congelada en el tiempo. Lo único que hablaba del presente eran los rollos de papel higiénico del cuarto de baño y el queso en lonchas que había mordisqueado en la nevera, aún en buen estado a pesar de que hacía quién sabe cuánto tiempo que se había ido la luz.

Sin embargo, uno de los dormitorios pequeños le llamó la atención. Estaba tan atrapado en el pasado como el resto de la casa, con un armario lleno de ropa y zapatos pasados de moda, pero la cama estaba deshecha, las sábanas arrugadas y mojadas, y encima había una gran toalla de baño, también mojada e igual de arrugada, como si alguien hubiera pasado de la ducha directamente a la cama. Sintió la almohada empapada bajo su tacto; el relleno había retenido la humedad, que no se había secado por la ausencia de calor.

—¿Qué demonios? —murmuró, oliendo la almohada desde muy cerca. Olía a champú perfumado de lilas, como si alguien acabara de dormir en aquella cama, sin importarle su pelo mojado en aquella casa fría y espeluznante.

Se encogió de hombros. Salió de la habitación tras apagar las luces y cerró la puerta, con cuidado de dejarlo todo como lo había

encontrado. Luego se quedó dormido en el sofá bajo unas mantas que encontró allí, echadas a un lado como si alguien se hubiera levantado de su sueño a toda prisa.

La última sensación que tuvo antes de sumirse en un profundo sueño fue el olor de las viejas mantas, rancio, mohoso, mezclado con toques de jabón de lavanda.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

## El secreto

Blanche condujo a su hermano al salón. Carole la siguió de mala gana, con una expresión de consternación escrita en sus facciones desde el momento en que había descubierto que Rose Harrelson había sido criada como la heredera del negocio familiar. Dos pasos detrás de ella, Dylan terminaba la procesión. El hijo de Blanche era un hombre intrigante. Vestido elegantemente con un traje gris marengo y camisa blanca, se distanció del drama familiar, guardando silencio, en apariencia desinteresado, mientras consultaba de vez en cuando su teléfono. Kay podía intuir por las arrugas de su ceño y el nerviosismo de sus gestos que no compartía la devoción de su madre por Bill. Habría sido imposible esperar alguna muestra de cariño, dado que Bill nunca perdía la oportunidad de llamar bastardo y otros muchos apelativos al joven. Ver a su madre ponerse de su lado y preocuparse tanto por el hombre que lo insultaba constantemente debía ser traumático y exasperante para Dylan, pero no lo demostró.

Kay siguió a la familia hasta el salón, con Elliot a su lado. Su compañero la seguía, pero se daba cuenta de que estaba deseando preguntar a Bill por la chica desaparecida de Oregón que había sido vista por última vez subiendo a un Lincoln como el suyo. ¿Qué papel jugaba esa chica en todo eso? ¿O era una extraña coincidencia, un juego del destino con gente que les lanzaba pistas falsas solo para que persiguieran sombras y perdieran el tiempo? Había casi mil vehículos de ese tipo registrados en California.

El salón era grande, con techo abovedado y ventanales que dejaban entrar la luz del sol. Decorada con gusto en blanco con detalles en negro, la habitación reflejaba al máximo la personalidad de Carole, sombría pero perfectamente ordenada, contenida, calculada. Los retratos de la pared eran una historia familiar, por lo que Kay pudo deducir, y la pieza central, encima de la chimenea, era una foto de Carole y su marido cuando eran jóvenes, rodeados de sus cuatro hijos.

Bill debía tener unos veinte años en esa foto, Blanche era una joven adolescente y los otros dos eran más jovencitos. Algo atrajo la atención de Kay hacia la imagen, pero no pudo precisar qué era. Su instinto le decía que algo no iba bien, pero ¿qué? Siguió mirando la fotografía desde la distancia, deseando poder dejar todo en suspenso durante un minuto y acercarse al retrato, estudiarlo, descubrir qué había llamado su atención.

En general, había docenas de cosas mal con los Caldwell. La lista era larga e impresionante, empezando por la absurda forma en que Carole había decidido gestionar la finca y terminando por lo que fuera que llenaba el aire de electricidad cada vez que Blanche entraba en la habitación.

Nadie se sentó en el sofá modular de cuero blanco ni en los sillones situados en el centro de la sala de estar; los Caldwell prefirieron permanecer de pie, agrupados en un círculo cerrado, como si tuvieran la intención de mantener a los dos policías al margen de sus asuntos familiares. Kay se acercó a Bill y le puso una mano en el hombro.

—Señor Caldwell, espero que su abogado se nos una pronto. Vamos a arrestarlo.

Con la cara contraída por la ira, Bill Caldwell miró fijamente a Kay.

—Yo no maté a mi hija, y no sé quién lo hizo. Si lo supiera, su cuerpo estaría en algún lugar que ustedes nunca encontrarían, pudriéndose al sol. —Sus palabras sonaban sinceras y frías, una afirmación muy objetiva viniendo de un hombre cuya familia poseía decenas de miles de acres de tierra.

—Oh, vaya —dijo Carole, apresurándose a tomar asiento en un sillón. Su apariencia de firme compostura empezaba a resquebrajarse. De repente le flaquearon las rodillas, buscó el reposabrazos y se agarró a él con los nudillos apretados.

Blanche tiró del brazo de su hermano, alejándolo de Kay en un gesto protector. Sus ojos azules buscaron los de Kay con terror en ellos. Sus manos, que agarraban con fuerza el brazo de Bill, temblaban un poco.

—Voy a dejarlo pasar y considerarlo como las palabras de un padre afligido —dijo Kay—. Pero eso no cambia nada. Lo estamos arrestando. Se le acusa de otros delitos, la violación de Shelley Harrelson entre ellos.

Esa frase enfrió el ambiente al instante. Blanche soltó el brazo de su hermano y dio un paso atrás. No lo miró con asco ni decepción, sino

con tristeza y compasión, con empatía. Bill bajó los ojos, avergonzado, luego los levantó y miró a su hermana, disculpándose.

Kay percibió las interacciones con incredulidad. La dinámica entre los dos hermanos estaba completamente fuera de lugar, añadiéndose a la lista de cosas que planteaban dudas sobre la familia Caldwell. Se dio cuenta de que lo peor que podía hacer era sacar a Bill de allí e interrogarlo en la comisaría, donde volvería a estar tranquilo y controlado, escondiéndose detrás de su carísimo abogado. No... Si quería llegar al fondo de lo que fuera que estaba ocurriendo en aquella familia, tenía que quedarse quieta, observar y, de vez en cuando, hacer las preguntas adecuadas para seguir avivando el fuego y desentrañar los misterios.

Blanche volvió a coger el brazo de Bill, como si lo hubiera perdonado, pero sus ojos buscaron los de Kay.

—Puedo demostrar que mi hermano no tuvo nada que ver con la muerte de su hija.

Kay frunció el ceño.

—¿Demostrar? ¿Cómo?

—Alyssa, bueno, la chica que todos conocíamos como Alyssa vino a mí cuando encontró la segunda foto en su medallón.

—¿Había una segunda foto en esa maldita cosa? —preguntó Bill—. ¿De quién?

—De Shelley Harrelson —respondió Blanche, bajando la voz hasta apenas un susurro, sin apartar los ojos de la cara de su hermano.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Bill, volviendo toda su atención hacia ella, como si todo el mundo a su alrededor se hubiera desvanecido.

Blanche hizo una pausa y se secó una lágrima del rabillo del ojo.

—Te vi esa noche, en la pista de despegue. Había ido a despedirme pensando que ya te habías cansado de esta farsa, con el temor de que nos dejaras para siempre. —Sacudió despacio la cabeza bajando la mirada—. No sabía quién era la segunda niña. Me enteré del secuestro más tarde, pero no pude decir nada. Ni a ti, ni a nadie. —Blanche miró a Bill de cierta manera, como había hecho antes, y las facciones de este se calmaron, como si la mirada de su hermana hubiera lavado la agitación que llevaba dentro.

¿Qué pasaba entre esos dos? ¿Qué tipo de poder tenía Blanche sobre su hermano? Todo era extraño en sus interacciones y, sin embargo, Kay no sabía qué era, como tampoco sabía qué era lo que no encajaba en el retrato familiar. No obstante, su instinto la empujaba a mirar esa

foto cada vez que podía.

Blanche rompió el contacto visual con pesar y volvió a dirigirse a Kay, lanzando una mirada de pasada a Elliot.

—Vino a mí buscando respuestas, sobre la mujer del medallón, sobre su pasado. Desalenté su curiosidad todo lo que pude, pero estaba decidida a averiguarlo.

El ceño de Bill reapareció, cavando zanjas en su entrecejo.

—No te creo. Ella nunca me dijo nada. Era una chica feliz, sin preocupaciones en este mundo.

—Era una chica inteligente que pensaba por sí misma —respondió Blanche—. La última vez que habló conmigo, un par de días antes de morir, dijo que iba a buscar al detective que había investigado la desaparición de Rose.

—¿Cómo supo de la desaparición de Rose? —preguntó Kay.

—Averiguó quién era Shelley a partir de esa foto en su relicario. Alguien del personal debió decírselo. Creo que les enseñó la foto a todos y les preguntó si sabían quién era la mujer. Luego la buscó en internet y encontró los artículos sobre Rose.

Otra oleada de rabia se apoderó de Bill.

—Mientes para proteger al inútil de tu bastardo —le gritó, y entonces la empujó.

Ella vaciló, pero consiguió recuperar el equilibrio, aunque la violencia física parecía haberla herido más que sus palabras. Elliot se acercó con paso rápido y flanqueó a Bill por el otro lado, dispuesto a intervenir.

Los ojos de Bill taladraron a Dylan, que observaba todo desde la distancia, con expresión impenetrable. ¿Era porque ahora era el nuevo heredero y no le importaba nada, sabiendo que había ganado el juego enfermizo que Carole había ideado? Que le llamaran de todo delante de los demás tenía que haber dejado huella en el joven, y aun así no parecía afectarle. Quizá había sido así durante toda su existencia. Tal vez se había acostumbrado a aceptar todo lo que Bill le soltaba, y la razón por la que el treintañero no se había rebelado contra los abusos de Bill era otro misterio. Aguantó la ardiente mirada de su tío con calma y un poco de desprecio aleteando en las comisuras de los labios.

Sin previo aviso, Bill sacó una pistola y apuntó a su sobrino. La expresión del joven pasó de la calma al estupor, con los ojos entornados y la boca abierta, pero sin pronunciar palabra. Antes de que Bill pudiera apretar el gatillo, Elliot lo derribó, pero aun así

disparó. La bala impactó en el cuello de Dylan mientras Blanche gritaba. El joven cayó al suelo, con la mano presionando espasmódicamente su cuello sangrante y una mirada de desconcierto en sus ojos.

—Me has disparado, enfermo hijo de puta —gimió Dylan.

Elliot había cogido el arma de Bill y tenía al hombre de rodillas, con las manos esposadas delante de él. El procedimiento exigía que el sospechoso fuera esposado por la espalda, pero Kay había hecho una señal a Elliot para que hiciera una excepción. Quería que las manos de Bill revelaran, a través de gestos y reacciones, el mayor número posible de sus secretos.

Bill observó, conmocionado, cómo Blanche sollozaba al lado de su hijo, y se afligió con ella como si otra persona acabara de apretar el gatillo. Entonces Blanche se volvió hacia él, acortó la distancia que los separaba hasta elevarse por encima de su hermano y bajó el rostro desfigurado por la ira hasta casi rozar el suyo, con los pequeños puños apretados en el pecho.

—Tonto estúpido y arrogante. Dylan es tu hijo. Tuyo y mío.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

## Primera noche

## Hace treinta y un años

Se estaban mudando.

La madre de Bill había decidido construir otra casa, casi tres veces más grande que la antigua, y abandonar el hogar de su infancia. Había elegido un gran terreno cerca de la autopista, en una suave pendiente, adornado con árboles maduros que darían sombra a la casa en verano. Como siempre, si su madre había elegido, así sería. Decidido.

En junio de ese año habían puesto la primera piedra. Cada día, sus padres pasaban más tiempo en la obra de su nueva casa, supervisando la instalación de accesorios y electrodomésticos, dando instrucciones, volviendo loca a la gente. Su madre había inventado el término «maniático del control», y la riqueza de la familia era una paradoja, porque, como había aprendido en la escuela de negocios, las empresas dirigidas por líderes tan controladores, volubles e incompetentes estaban condenadas al fracaso. Solo que su negocio no lo estaba, lo que hizo que Bill se preguntara sobre el valor de todo lo que había aprendido en clase.

Aún le quedaban algunas asignaturas y se licenciaría en Administración de Empresas en otoño, casi un año antes de lo previsto. Durante todo el tiempo que fue estudiante vivió en su casa, lo que hizo que sus padres —que habrían acogido con alegría la oportunidad de que su hijo socializara y conociera a jóvenes ricas de Stanford, a compañeras a las que les habría encantado salir con el apuesto joven que conducía un Porsche negro descapotable— se sintieran disconformes.

Él prefirió conducir de vuelta a casa cada noche.

Nadie sabía la razón, y Bill no la compartía.

Se acercaba el día de la mudanza y Carole decidió enviar a sus hijos preadolescentes al campamento para librarse de sus constantes

discusiones sobre quién tendría la habitación más grande, si tendrían su propia televisión o cómo se trasladarían sus cosas. Bill y Blanche fueron los únicos que se quedaron, ambos dispuestos a ayudar a sus padres con la logística del cambio de casa.

A ellos les tocó supervisar a los de la mudanza mientras escogían y seleccionaban los objetos que Carole quería trasladar. La gran mayoría de los enseres se quedarían atrás, incluso el gallo de cobre martillado que colgaba de las paredes de la cocina, un regalo de los bisabuelos de Bill cuya imagen se había colado en el estilizado logotipo de la empresa. Los muebles, el televisor, la mayor parte de su ropa, todo iba a ser abandonado, y a Carole no podía importarle menos lo que aquello podía significar.

—Pertenece a otra época —había respondido cuando se lo preguntaron, y era inflexible al respecto. En su nueva casa, todo sería nuevo.

Esa noche, sus padres iban a quedarse en la recién construida residencia para supervisar la entrega e instalación de los muebles a medida. Bill se quedó en la vieja casa, terminando unos deberes para su proyecto de economía, mientras Blanche se alegraba de que la dejaran sola para leer y ver la tele en el sofá junto al gran ventanal con vistas al bosque.

Cuando terminó sus deberes, Bill se dirigió al salón y encontró a Blanche leyendo y escuchando música. Él le propuso ver una película y hacer unas palomitas de microondas, y ella chilló de alegría, pero le pidió que le diera tiempo a ducharse primero. Ella se apresuró a entrar en el cuarto de baño y pronto él pudo oír correr el agua y la melodiosa voz de Blanche tarareando un éxito pop que les gustaba a los dos.

Entonces todo se oscureció.

Cuando se fue la luz, Blanche gritó. Bill saltó del sofá y corrió al baño. Llamó a la puerta, pero Blanche seguía gritando, los sollozos se mezclaban con sus lamentos. Dudó una fracción de segundo, abrió la puerta y dejó que los gritos de Blanche lo guiaran hasta ella en la más absoluta oscuridad.

Estaba de pie en la bañera, temblando bajo el chorro de agua caliente. Cerró el grifo y extendió el brazo, rozando su pecho por accidente. Ella se aferró a él con ambas manos.

—Está bien, Blanche, es solo un apagón, nada más.

—Tengo mucho miedo —gimoteó—. No puedo ver. No puedo...

—Shhh... Está bien —le dijo, cogiendo una toalla del perchero, y se

la entregó.

—N-no —balbuceó ella, sin soltarle el brazo—. Tápame tú.

—Estoy aquí mismo. No voy a ir a ninguna parte.

Blanche lloraba desconsoladamente.

—Tengo miedo de caerme. —Así era Blanche: sensible, frágil; su vívida imaginación era su peor enemigo.

Dejando que ella se agarrara a su mano, consiguió ponerle la toalla sobre los hombros, pero ella seguía sin moverse. Se estremeció y le castañetearon los dientes, aunque no hacía tanto frío.

—Vamos, sal de la bañera. No te dejaré caer.

—Ay —gimoteó—. Tengo miedo. Me voy a sentar en la bañera hasta que encuentres una linterna.

—¡Gallina! —bromeó Bill—. Coc-coc-coc-coc, mi hermana no deja de lloriquear, y yo la tengo que aguantar —improvisó, y luego se rio a carcajadas.

Ella se unió a su risa, con lágrimas aún envolviendo su voz.

—Vamos, no seas pesado. —Le soltó el brazo y le dio una palmada en el hombro—. No soy una llorica. Me da miedo la oscuridad. Pero no se lo digas a nadie. Maddie se reirá de mí y Kendall empezará a apagar las luces siempre que pueda. —Le entrechocaron los dientes—. Me estoy congelando. ¿Crees que la calefacción sigue funcionando?

Se iba a resfriar. Estaba mojada, su larga cabellera goteaba, y el apagón podía durar un rato. Sin previo aviso, la cogió en brazos y la sacó del cuarto de baño. Ella chilló y le rodeó el cuello con los brazos.

Sin saber a dónde ir, se detuvo en el pasillo frente al cuarto de baño, aún con ella en brazos. La luz de la luna yacía plateada en el salón, lo justo para ver el brillo de sus iris azules, el calor de sus ojos encendiendo un fuego en su cuerpo. Respiró, tratando de pensar, de seguir siendo racional, pero la forma de los pechos húmedos de ella contra su torso bloqueó hasta la última pizca de razón que le quedaba.

Cerró los ojos durante un largo instante, aún sosteniendo el cuerpo tembloroso de su hermana, y se sobresaltó cuando los finos dedos de ella le rozaron los labios.

—No —susurró Bill—. Para.

Decidió dejarla y salir a correr con la fresca brisa de la montaña, pero antes la llevó a su dormitorio y la dejó con suavidad sobre las sábanas, guiando sus pasos con la luz de la luna. Cuando la tumbó, completamente mojada, sobre las sábanas de seda, su toalla se abrió, dejando al descubierto su cuerpo perfecto.

Blanche se agarró a su cuello y tiró de él hacia ella.

—Quédate conmigo —le suplicó—, hasta que vuelva la luz. Por favor. —Ella le acarició la mejilla y luego le pasó el pulgar por el labio inferior, y él se deshizo.

Creyó que se iba, pero se sintió atraído hacia ella, anhelando sentir su cuerpo húmedo contra el suyo, oler el champú de su pelo empapado, saber que podía calentarla y mantenerla a salvo entre sus brazos. Antes de agarrarla, se dio cuenta de que siempre la había querido así. No como una hermana, sino como una amante que había estado esperando. Ella era la razón por la que había conducido a casa todas las noches después de las clases y se había levantado a las seis cada mañana para conducir de vuelta. Verla, aunque solo fuera sentada a la mesa, era la razón de su existencia.

Y, aun así, era su hermana. Pensar en lo que estaba a punto de hacer le provocaba mareos y náuseas, pero no podía detenerse. Se acercó a ella y le rozó los labios con la punta del pulgar, preguntándose si su beso sería bien recibido. Ella se estremeció bajo su contacto, su cuerpo se acercó al suyo, se plegó a él. Era como si toda su existencia dependiera de que Blanche y él se convirtieran en uno.

Y lo hicieron.

Aquella noche grabó a fuego en su mente un recuerdo que perduraría durante años. Ella había dormido en sus brazos, respirando suavemente, con el pecho sin apenas moverse, mientras él no se atrevía a dormirse porque no quería perderse ni un solo momento. Cuando él se acercaba y la tocaba, ella respondía, ansiándolo igual que él a ella, como una adicción inquebrantable y letal. Era tímida y nunca antes la habían tocado, pero sus instintos la atrajeron hacia él sin piedad, su suave cuerpo ondulaba y se moldeaba alrededor del suyo, una pareja perfecta.

La electricidad volvió momentos antes de que regresaran sus padres. A duras penas llegó a su dormitorio, y aquella noche se habría saltado gustosamente la cena de no ser por su anhelo de volver a verla, de buscar en sus ojos y leer en ellos si sentía algún remordimiento o tan solo una alegría desbordante. Pero ella aparentaba estar igual que siempre, a veces haciéndole preguntarse si lo había soñado todo, hasta que ella aprovechaba la oportunidad para sonreírle de una manera especial.

Estaba enganchado, sería suyo de por vida.

Era la elegida, la única, y ella se enamoró de él con la misma intensidad. Durante un tiempo se colaron en la habitación del otro, con cuidado de que no les pillaran, y sin pensar ni hablar nunca del futuro. Sus padres, entretenidos pasando los días en la nueva casa, apenas se fijaron en ellos.

Fue el mejor verano de su vida. Hacían excursiones de un día juntos. Big Sur, Miramar, la bahía Half Moon, Inverness, la bahía Drakes, paseos por playas desiertas contemplando las furiosas olas del Pacífico chocar contra la costa rocosa. Se escondían de todos, porque nadie lo entendería.

Un día, todo llegó a su fin. Carole llegó tarde a casa y se encontró a Bill durmiendo en el sofá y a Blanche pálida, enferma, vomitando en el baño y llorando. Carole se encerró en el dormitorio con su hija y no salió durante horas. Cuando lo hizo, comunicó sus decisiones en un tono que nadie se atrevía a tomar a la ligera.

—Blanche irá a un internado en la Costa Este —anunció. Las palabras de Carole le cortaron como un cuchillo, destripándolo, dejándolo sin aliento. Buscó los ojos de Blanche, pero ella evitó mirarlo—. Terminará el bachillerato allí, quizá continúe en una universidad de la Ivy League. Se irá mañana por la mañana. —Luego volvió su atención hacia él—. Es hora de encontrarte una mujer, mi querido muchacho, alguien que pueda traer felicidad y riqueza a esta familia. Yo te ayudaré —añadió, dándole una palmada en el hombro.

El tacto de su madre le quemaba la piel y, por un momento, se imaginó rompiendo aquel brazo y retorciéndole el cuello. Pero Blanche ya no estaba allí para él; miraba hacia otro lado, evitaba su mirada, se distanciaba.

Aquella noche, horas después de que él cerrara la puerta de su dormitorio y sucumbiera a las lágrimas que le quemaban los ojos y ahogaban cada una de sus respiraciones, ella fue a verlo por última vez. Hubo fuego y dolor en su abrazo, y luego, mientras sus lágrimas se mezclaban, se hicieron promesas. Se escribirían. Alquilarían apartados de correos con nombres falsos y mantendrían correspondencia en secreto. Seguirían siéndose fieles, aunque Carole obligara a Bill a casarse. En cuanto él tuviera su propio dinero, iría a buscarla.

Ella nunca cumplió esas promesas; esa fue su primera traición. Simplemente desapareció de su vida, dejando su buzón vacío y su corazón destrozado. El verano siguiente no volvió, y el siguiente le

dijo a todo el mundo que se iba a Europa.

Se había ido.

Ese mismo año, Bill se licenció *cum laude* y su padre le preguntó qué quería como regalo de graduación. Debía esperar otra cosa, porque cuando Bill le pidió que le dejara quedarse con la vieja casa, el hombre se quedó boquiabierto. Carole y él intercambiaron una rápida mirada y su madre se encogió de hombros.

Llevaba un tiempo viviendo allí con su nueva mujer, Evangeline, sintiendo cada día como la prisión dorada de un pájaro enjaulado. Las interminables horas pasaban despacio una tras otra mientras él vivía una mentira y fingía preocuparse por su futura hija y por la desconocida que la llevaba en su vientre. El embarazo de Evangeline fue un alivio y le ofreció una excusa para mantenerse alejado de su cama. Después, ella abortó, y él agradeció en secreto la prórroga y siguió durmiendo en la habitación de al lado.

Cuando Blanche regresó de repente, llevaba cinco años fuera. Se había enterado por Kendall y había conducido como un loco hasta la nueva casa para verla. Cuando se apresuró a entrar en el gran salón, allí estaba ella, una mujer adulta y asombrosamente hermosa, con su largo cabello rubio ondulado y suave, sus ojos azules cálidos y cariñosos cuando lo miraban, un destello del viejo fuego aún latente en ellos.

La llamó por el nombre que le había dado, lo susurró solo para que ella lo oyera.

—Mira, mi hermosa Mira.

Y ella sonrió.

Entonces vio al mocoso que llevaba de la mano y se le encogió el corazón. Su segunda traición.

—Este es Dylan —se apresuró a presentarlo Carole—. Tiene tres años. —Hizo una pausa y sonrió con ternura a Blanche—. Tu hermana tuvo una aventura con un francés en Europa y, bueno, este es Dylan —terminó, riendo. Le revolvió el pelo y añadió—: ¿A que es un niño precioso?

Aquella noche condujo furioso, sin saber a dónde ir para apagar el infierno que ardía en su pecho. ¿Cómo había podido traicionarlo así? Ella era su Mira, la única mujer a la que había amado, la única a la que amaría. ¿Un francés? ¿En qué convertía eso a Mira, si no en una zorra infiel? Y, sin embargo, habría hecho cualquier cosa por otra noche en sus brazos.

No podía dejar de conducir, no sabía a dónde ir. Su falta de rumbo lo llevó a Redding, donde vio a una joven en el barrio rojo cuyo pelo rubio y cuerpo delgado le recordaron a la Mira que una vez conoció. Se la llevó consigo, buscando un lugar donde recrear su mejor recuerdo y revivir su primera noche con Blanche.

En aquel momento decidió que Evangeline tendría que mudarse a la nueva casa, y él también.

La vieja residencia les pertenecía a él y a Mira.

Para siempre.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

## Retrato de familia

—Soy la detective Kay Sharp, de la oficina del sheriff del condado de Franklin. Necesito una ambulancia en mi ubicación, de inmediato. Varón de treinta y un años con herida de bala en el cuello. ¡Rápido!

—¿Qué necesitas que haga yo? —preguntó Elliot, con la mano agarrando firme el brazo de Bill. Caldwell estaba arrodillado en el suelo, tratando de alcanzar a Dylan, pero Elliot lo mantuvo alejado.

Había apartado a Blanche y a Carole, que había corrido al lado de Dylan sollozando, pero aún no era el momento de llorar. La bala le había rozado el cuello, sin llegar a la carótida ni a la yugular, aunque había lacerado suficientes vasos sanguíneos pequeños como para que el desangramiento fuera un riesgo inminente.

Kay seguía presionando el cuello de Dylan, luchando contra él al mismo tiempo; sus pensamientos se dirigían a Jacob, a cómo había encontrado su cuerpo tendido en el suelo de la cocina, el crudo recuerdo de su sangre estallando entre sus dedos temblorosos, haciéndola gemir. Atrayéndola de nuevo al momento, Dylan arañó sus manos en un intento de alcanzar la herida y se agitó, empeorando las cosas con cada latido acelerado que expulsaba más sangre de su cuerpo.

—Ven aquí —respondió Kay, mirando un instante a Elliot—. Ayúdame a sujetarlo.

Elliot se volvió hacia Bill.

—Voy a soltarte el brazo para ayudar a tu hijo. Un movimiento, una palabra, y eres hombre muerto, ¿entiendes?

Bill asintió, con los ojos clavados en el rostro agonizante de Dylan, en la sangre que rezumaba entre los dedos de Kay mientras ella mantenía la presión sobre su herida.

—Sujétale las piernas, con cuidado —le indicó Kay a Elliot—. Tenemos que frenar la hemorragia.

Elliot se puso en cuclillas y presionó un poco las piernas de Dylan,

pero la reluciente madera era resbaladiza y las sacudidas de Dylan casi lo hicieron perder el equilibrio. Puso una rodilla en tierra y agarró los tobillos del joven.

Sin dejar de presionar la herida sangrante, Kay miró a Dylan con una confianza tranquilizadora que no sentía.

—Tienes que bajar el ritmo cardíaco —le dijo con voz firme—. Tienes que inspirar durante tres segundos, aguantar cuatro y espirar cinco. ¿Puedes hacer eso por mí?

Él gimió, con los ojos entornados por el miedo.

—L-lo intentaré.

Kay respiró con él, y la estimulación del nervio vago tuvo un efecto inmediato en la reducción de su ritmo cardíaco.

—Muy bien —susurró, lanzando una mirada de reojo a Bill.

Este había caído de rodillas ante Blanche y sollozó con fuerza, con los hombros agitados.

—Mira… Mi hijo… Nuestro hijo. ¿Por qué no me lo dijiste?

Blanche se secó una lágrima.

—Lo odiaste desde el momento en que le pusiste los ojos encima. Ni siquiera preguntaste. Y entonces ella…

Miró brevemente hacia Carole, que permanecía de pie, pálida y digna, pero conmocionada, con la mano temblorosa tapándole la boca abierta. ¿Era porque corría el riesgo de perder al último heredero de su precioso patrimonio? ¿O era el imperdonable secreto que habían estado guardando durante tanto tiempo, ahora al descubierto, una amenaza que ella no podía controlar?

Pero Carole espabiló y miró a su hijo con frialdad.

—Era lo correcto, hijo. Lo único que podíamos haber hecho.

Los ojos de Bill se volvieron odiosos, abrasadores.

—Maldita seas, madre. ¡Arruinaste nuestras vidas!

Los sanitarios se apresuraron a entrar y, durante seis tensos minutos, mientras estabilizaban a Dylan y lo subían en la camilla, nadie habló. El secreto que guardaban era tan traicionero que mantenía amordazadas, en silencio, hasta las emociones más intensas.

—¿A dónde lo llevan? —preguntó Blanche, mientras los sanitarios llevaban a Dylan a la ambulancia.

—Al Centro Médico de Franklin, señora.

Ella apretó la mano de su hijo y le prometió que estaría allí en unos minutos; luego volvieron a reunirse en el gran salón, donde el cuadro sobre la chimenea seguía royendo las tripas de Kay.

Entonces se dio cuenta de lo que se había estado perdiendo, algo que había estado delante de ella todo el tiempo. Fascinada, se acercó a la foto y la estudió de cerca. Luego, se volvió hacia Carole con una sonrisa empática.

—Entiendo por qué tuvo que mantener a estos dos separados, por qué rompió su romance y mintió sobre Dylan. Porque eran hermanos, claro. El incesto es ilegal en el estado de California, y así ha sido siempre. —Carole asintió, con una sonrisa amarga en la comisura de los labios—. Por no mencionar el escándalo. Los habría destruido a todos.

—Exacto —respondió Carole—. No tenía otra opción.

Kay se quitó la sonrisa falsa de los labios y puso voz de hielo.

—Solo que no son hermanos, ¿verdad?

Su pregunta cayó como una bomba, llenando el aire de tensión, espesa como la niebla en una mañana de otoño.

—¿Qué? —preguntó Bill. Había estado de rodillas todo ese tiempo, pero se levantó de un salto y se acercó a Kay. En una fracción de segundo, su brazo aterrizó con firmeza en el agarre de Elliot, lo bastante fuerte como para hacerlo estremecerse.

—¿Lo son, señora Caldwell? —Kay siguió adelante, ignorando a Bill y centrándose en Carole. La mujer les había destrozado la vida. Se merecía lo que le había ocurrido.

Carole se dio la vuelta y se alejó; después, probablemente dándose cuenta de que el asunto no iba a desaparecer por sí solo si ella lo ignoraba, se acercó a Kay y le cogió la mano entre las suyas.

—No tengo ni idea de lo que está diciendo, querida. Pero se lo ruego, esta familia ya ha sufrido bastante. Es hora de que se vayan, aunque eso signifique que se lleven a Bill sin representación legal. Nuestro abogado estaba en San Francisco cuando llamé; por eso se retrasa, pero se reunirá con ustedes en la comisaría. Ahora, por favor, váyase o haré que la escolten fuera de mi propiedad.

—Lo sabía —respondió Kay con calma—. Sabía que no eran familia y lo mantuvo en secreto para salvar su propia reputación.

—Ya está bien, o se van, o si no… —Carole se acercó al teléfono de la mesa, descolgó el auricular y marcó rápidamente un número.

Antes de que pudiera decir nada, Blanche le arrebató el teléfono de la mano y lo colgó con fuerza.

—Quiero saberlo —dijo Blanche, de pie junto a Bill y mirando a su madre. Luego se volvió hacia Kay, con voz suplicante, llena de

lágrimas—. Es nuestro derecho.

Kay asintió despacio, pensando que debería haber leyes contra lo que Carole había hecho a sus hijos. Habían vivido toda su vida bajo el peso de una inmensa culpa y vergüenza por su amor, obligados a mentirse a sí mismos y a todos los demás, incluido su hijo.

Miró a Carole, anticipando la mirada que sus palabras provocarían en los ojos de la mujer.

—¿Ve ese hoyuelo en la barbilla que tienen usted y su marido? —Kay señaló el cuadro que había sobre la chimenea. Bill se tocó distraído la barbilla—. Se llama mentón hendido y, en la gran mayoría de los casos, es hereditario, a menos que haya un traumatismo de por medio. El gen que lo porta es dominante. —Se detuvo un momento. Carole se había puesto pálida como una sábana, mientras que Blanche y Bill parecían confusos—. Eso significa que cualquiera de los padres lo transmitirá. —Se volvió hacia Blanche, señalándole la barbilla—. Blanche no es su hija, y tampoco era hija de su marido.

—Oh, Dios —susurró Blanche, empezando a llorar.

Bill apretó los puños, fulminando con la mirada a su madre, y bramó:

—¡Te mataré! —Elliot lo contuvo con dificultad mientras Bill luchaba por liberarse y abalanzarse sobre Carole—. Aunque sea lo último que haga, acabaré con tu miserable vida. Nos destruiste —sollozó, temblando, agitándose, su rabia fundiéndose en impotencia y derrota. Luego se acercó a Blanche con las dos manos esposadas—. Mira..., lo siento mucho. Debería haberlo sabido. Sentí... Ambos lo sentimos. Nuestro amor era real.

Con la sangre abandonando su rostro, Blanche agarró a Carole por el brazo.

—¿Fui adoptada? ¿Por qué lo ocultaste?

Carole los miró a los dos con infinito desprecio.

—No os debo ninguna explicación —dijo ella, echando la barbilla hacia delante y rechinando los dientes—. Hice lo que tenía que hacer para proteger vuestro legado.

—¿Qué legado? —se burló Bill—. ¡Es una maldita granja! Cuando el viento sopla del sur, ¡tu precioso legado huele a estiércol! No eres más que una esnob, una granjera pretenciosa llena de aires y delirios de grandeza. Eres patética. —Escupió al suelo, a los pies de Carole, pero la anciana ni se inmutó—. Envidio a Blanche por no tener tu sangre corriendo por sus venas.

—Por favor, dímelo —pidió Blanche—. Por favor. Tengo derecho a saberlo.

Kay observó la infinita arrogancia en el rostro de la mujer. No sentía empatía por ninguno de los dos ni remordimiento por el daño que había causado.

—Saldrá a la luz en el juicio de todos modos —dijo Kay—. Estará bajo juramento y no tendrá más remedio que responder. Ahora mismo, lo mejor para usted es cooperar.

La anciana bajó la cabeza, aparentemente derrotada, al menos por un momento.

—Mi marido tuvo una aventura —dijo con voz áspera—. Típica historia sórdida, nada original. Su ayudante, una rubia cazafortunas con faldas cortas y sin moral, lo tenía embobado. Unos meses después, apareció en nuestra puerta contigo. —Señaló a Blanche—. Llegamos a un acuerdo por dinero a cambio de su silencio jurado y te vendió barato. —Sacudió la cabeza, perdida en sus recuerdos—. Pero entonces, cuando empezaste a crecer, me di cuenta de cosas. Todos somos morenos, tú eres rubia. En nuestra familia, por parte de mi marido, todos tienen los ojos marrones, pero los tuyos seguían siendo azules. Envié tu ADN y el de William a analizar, y lo supe. —Suspiró y cerró los ojos durante un largo instante—. Lo sé desde que tenías dos años.

—¿Y por qué te quedaste conmigo? Debías odiarme mucho— preguntó Blanche, con la piel mortalmente pálida y los labios temblorosos.

Carole se encogió de hombros.

—No se trata de ti. Nunca lo fue. Mi querido William se merecía la punzada de culpabilidad que sentía cada vez que tú y yo estábamos en la misma habitación —dijo, con la voz bañada en veneno—. Yo lo miraba y él bajaba la mirada como el cabrón infiel que era, y vivió el resto de sus días avergonzado por su traición. Se merecía cada minuto.

Un estremecimiento sacudió los delgados hombros de Blanche y su mirada se quedó en blanco durante un momento.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Blanche, con la voz llena de inmenso pesar—. ¿Por qué nos destruiste? ¿Solo para castigarle?

Carole enderezó la espalda, sacudiéndose cualquier sentimiento de culpabilidad que hubiera tenido.

—¿Te imaginas el escándalo si la gente se hubiera enterado de que mi marido había traído a la hija de una puta a mi puerta?

—¿Quién lo hubiera sabido? ¿A quién le habría importado? —preguntó Kay, curiosa por descubrir cómo funcionaba la mente de Carole. Rara vez tenía la oportunidad de ver a un narcisista sociópata desmoronarse.

—Esto no es para que lo entiendan personas como usted —replicó la mujer, cada palabra impregnada de veneno—. Y creo que le he pedido que se marchen. Ahora, por favor.

Kay ignoró la petición de Carole y siguió observando el retrato familiar que colgaba sobre la chimenea. Su instinto no dejaba de insistirle sobre esa imagen. Había algo más que necesitaba ver en esa foto, algo relevante. Se quedó mirándola un momento mientras veía a su vez cómo Bill y Blanche se perdían el uno en el otro, sus frentes juntas como los había visto el día anterior, las manos de ella en la cara de él, secándole las lágrimas.

Entonces Kay miró a Carole, que llamaba a una criada mientras se paseaba furiosa por la habitación. La asistenta debía haber estado escondiéndose de ella, anticipando su rabia al menor error.

Toda la situación le resultaba familiar de una forma extraña, como si la hubiera observado antes, solo que a gran distancia. ¿Cómo? ¿Qué intentaba decirle su instinto?

Cerró los ojos un momento, estructurando lo que había descubierto, lo que había aprendido sobre los jugadores. Carole era narcisista, maligna y sociópata. Había abusado psicológicamente de sus hijos, pero sobre todo de Bill. Los había hecho jugar a todos, pero los dos más jóvenes se habían salvado y habían puesto distancia con su madre, aunque eso les hiciera perder el derecho a heredar. Gente inteligente. Bill y Blanche se habían quedado, abrumados por la culpa, pero aún enamorados el uno del otro. El primer romance de Bill había sido sofocado brutalmente por Carole, que de hecho había castrado al joven. Creció resentido con su madre, sin recuperarse nunca del trauma que había sufrido a manos de ella, arrastrando una carga de culpa y vergüenza durante décadas.

Y había violado a Shelley Harrelson, evolucionando hacia un comportamiento criminal desde muy joven. Y, después, se había apoderado de la hija de esa mujer cuando había servido para sus propósitos, sin remordimientos ni preocupación por la familia que había destruido. De tal palo, tal astilla.

Kay acababa de confirmar lo que antes solo sospechaba. Bill Caldwell era un psicópata, y tenía que agradecérselo a los genes y la

educación de su madre, a sus traumas, a la vida de mentiras que ella había construido para él. Pero la naturaleza del trauma, su fijación con Blanche, sus estados de ánimo volátiles y el mal genio que había demostrado en abundancia dibujaron el retrato de un asesino en serie. Uno que no se había descubierto, uno que aún no había matado.

Cuando el siguiente pensamiento se agolpó en su mente, Kay jadeó y sintió un escalofrío correr por sus venas. ¿Y si ya lo había hecho?

—Enséñame otra vez su foto —le dijo a Elliot, incapaz de apartar los ojos del retrato colgado en la pared—. La de tu chica desaparecida de Oregón.

Él cogió su teléfono, aún sujetando el brazo de Bill con una mano, buscó la foto de Kirsten y se la mostró en la pantalla a Kay. Ella volvió a mirar el retrato y Elliot siguió su mirada. La piel se le puso de gallina.

—No me jodas, es igualita a Blanche —susurró Elliot.

¿Significaba eso algo? ¿Era otra coincidencia, además de que Bill tuviera un Lincoln gris? Tal vez, pero las posibilidades de que lo fueran acababan de caer peligrosamente cerca de cero.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Elliot empezó a teclear con rapidez en la pantalla de su teléfono e, instantes después, una campanilla anunció un nuevo mensaje de texto. Volvió a tocar la pantalla para abrirla y se la mostró a Kay.

El Lincoln que Bill Caldwell conducía ese mismo día había sido matriculado en San Francisco bajo el nombre de la empresa. Por eso no había aparecido en su primera búsqueda.

La coincidencia parecía cada vez menos probable. Necesitaba remover un poco más las cosas.

—Por descorazonador que sea el drama familiar que hemos presenciado —dijo Kay, alzando un poco la voz para llamar la atención de todos—, el motivo de nuestra visita aquí es investigar la muerte de la hija de Bill.

Este se apartó de Blanche y miró a Kay como si tuviera dificultades para recordar que antes tenía una hija. Parecía como si lo hubieran despertado de un trance; su mirada, vacía e inmensamente cansada, distraída, devastada.

—¿Dónde está? —preguntó Kay, acercándose a Bill e interponiéndose entre él y Blanche para obligarlo a centrarse en ella —. Le pagó entonces, ¿no? Le pagó para que cerrara el caso del secuestro.

Bill asintió y luego bajó la cabeza, mirando el reluciente suelo de madera.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar Kay, agarrándolo del otro brazo, y lo sacudió un poco, obligándolo a volver a la realidad—. Cuando encontró el medallón y vio la foto, su hija debió acercarse a él y hacerle preguntas. Había averiguado de algún modo quién era el detective del caso del secuestro de Rose Harrelson, ¿no? —Él levantó despacio los ojos y la miró con una súplica tácita de que lo dejara en paz para llorar—. Pero Scott no podía arriesgarse, ¿verdad? —Kay siguió adelante, sintiendo en sus entrañas que se estaba acercando. Los hombros de Bill habían caído, una señal de músculos relajados que viene con el abandono, con la admisión de la derrota. Bajó la cabeza para mirarlo a los ojos y le sostuvo la mirada imperiosamente—. Todo encaja —dijo, palabras que iban dirigidas a Elliot, aunque no rompió el contacto visual con Bill—. Scott tiene formación militar y puede rebanar un pescuezo sin dudarlo. No se equivoque: el policía al que pagó hace catorce años es el asesino de su hija. Y usted lo está protegiendo.

Bill permaneció en silencio, aparentemente perdido en sus pensamientos.

Entonces Elliot le enseñó a Bill la foto de Kirsten.

—¿Y ella? —le preguntó, sin que su acento tejano atenuara la rabia de su voz—. Lo vieron llevándosela en su coche, y luego desapareció. ¿Dónde está, Bill?

Carole y Blanche se quedaron de piedra. Se miraron un instante, disipada su angustia anterior por las palabras de Elliot.

Kay se inclinó más hacia Bill y le susurró cerca del oído.

—Esa chica se parece a Blanche cuando tenía su edad, ¿verdad? —Se puso un poco rígido, pero apretó las mandíbulas y no dijo ni una palabra—. Debió ser como si retrocediera en el tiempo y volviera a tener a Mira entre sus brazos, reviviendo las mejores noches de tu vida.

—Mira —dijo él, acercándose a Blanche, como si el hecho de que Kay mencionara su nombre se la hubiera recordado.

Sin dejar de susurrar, Kay continuó con su discurso:

—Blanche siempre lo quiso, Bill. Era el amor de su vida, igual que ella era el suyo. Cometió un error: no confiar en su amor, no reconocerse en Dylan; pero es comprensible, y ella ya lo ha perdonado. Mírela... Está aquí, a su lado, no junto a Dylan. —Sus

palabras inundaron los ojos de Bill. Él bajó la cabeza, pero por lo demás no hizo ningún esfuerzo por controlar u ocultar sus lágrimas—. Y ahora está cometiendo otro terrible error. Está dejando libre al asesino de su hija.

Cuando miró a Kay, ella se estremeció. Era como si estuviera mirando a los ojos de un hombre muerto. Cuando habló, sus palabras tenían una finalidad que ella no entendió.

—La llevaré con él.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

## Scott

La puerta principal estaba abierta de par en par. Kay esperaba impaciente fuera, aunque no podía apartar los ojos de Bill. La firmeza de su voz cuando aceptó llevarlos ante el asesino de su hija y la expresión de sus ojos hundidos desconcertaron a Kay. Vio cómo Bill agarraba la mano de Blanche con la suya y se la llevaba a los labios. La besó suavemente mientras ella le acariciaba la cara susurrando palabras ininteligibles. Entonces él se apartó y ella le soltó. La mano de Blanche cayó flácida cuando él dejó de sujetarla, y sus ojos estaban cerrados y rebosantes de lágrimas.

Después, Bill se dejó subir al todoterreno de Kay y Elliot se puso al volante. Una sensación de calma, de paz interior había descendido sobre él, haciendo que Kay se preguntara cómo era eso posible. Nadie entendía de verdad la mente psicópata, aunque ella se acercaba. Se le había activado algún proceso mental, algo que lo ayudaba a lidiar con todo lo que estaba ocurriendo. Sin remordimientos y sin conocer el miedo, seguía sintiendo el dolor y la pérdida como cualquier otra persona, quizá incluso más.

—Tome la autopista, luego coja la siguiente salida —indicó con voz firme, imperturbable—. Creo que sé dónde está.

Kay lo miró a los ojos, buscando señales de que pudiera estar jugando con ellos, tomándoles el pelo, pero en aquellos ojos vacíos no había nada más que una inmensa pena y aquella calma enfermiza.

—No tenía ni idea de que Scott había matado a su hija, ¿verdad? —preguntó.

—No —susurró.

Tenía sentido. Si no sabía que Rose había descubierto su verdadera identidad o estaba a punto de hacerlo, no habría tenido forma de conocer al asesino. Para él, la muerte de su hija había sido una completa sorpresa.

—¿Ha visto a Scott durante estos últimos catorce años? —le

preguntó, siguiendo una corazonada tan delgada que parecía invisible.

Un latido.

—Sí. A veces, le he pedido que haga cosas por mí —dijo, lanzándole una mirada directa teñida de frustración—. Algunas no las hizo bien. —Su boca esbozó una sonrisa ladeada—. Se suponía que tenía que matarla.

Kay alzó las cejas.

—¿En serio? ¿Por qué?

Elliot lo miró por el retrovisor con una amenaza silenciosa en los ojos.

—Se estaba acercando demasiado. —Suspiró—. Y él metió la pata, supongo. Es difícil encontrar a gente competente hoy en día.

Aturdida, intentó recordar si había visto a Scott cerca de ella. Entonces se dio cuenta de que debió ser la forma en que encontró a Nicole. Había ido allí por ella, y disparó a Jacob en su lugar cuando encontró a Nicole con él.

Ignorando el dolor en el hombro, Kay se giró en su asiento para mirar a Bill.

—Una cosa que no ha compartido —dijo, rechinando los dientes de rabia, dándose cuenta de lo cerca que había estado de perder a su hermano por culpa de aquel hombre—. ¿Por qué violó a Shelley Harrelson? No se parece en nada a Blanche, ¿a que no? —Kay omitió el tiempo pasado al hablar de Shelley, pero no se guardó nada más. Ese bastardo se merecía todo lo que lo esperaba.

Bill cerró los ojos y una mueca de rabia bañó su rostro durante un breve instante. Cuando volvió a abrirlos, sus iris estaban desprovistos de toda emoción.

—Mi madre y yo discutimos un día —dijo con palabras lentas y relajadas, como si contara una historia olvidada hacía tiempo mientras tomaba café y comía pastel—. Evangeline estaba embarazada, y yo no... —Tragó saliva y apartó la mirada un momento—. Ya no nos acostábamos. Pero no creo que se tratara de sexo en absoluto. Mamá me volvió loco de rabia un día con sus aberrantes planes para mi hija nonata, su preciosa heredera, cuya vida quería controlar minuto a minuto. Cuando salí de aquella reunión, me bebí un par de vasos de *bourbon* y me fui a mi habitación, donde aquella mujer, Harrelson, estaba limpiando o algo así. —Se detuvo un momento, contemplando el sombrío paisaje otoñal a través de la ventanilla del coche—. Tan solo ocurrió... Lo siguiente que recuerdo es subirme la cremallera de

los pantalones mientras ella lloraba en el suelo.

Hecha una furia, Kay luchó durante unos segundos por contenerse, pero no lo consiguió.

—¡Las violaciones no ocurren porque sí, enfermo hijo de puta! —gritó—. ¿Qué hizo después?

Él se burló y se encogió de hombros, sin que le afectara lo más mínimo el arrebato de Kay. En todo caso, parecía entretenido.

—Nada, en realidad. La envié a casa y me duché. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Respiraba con calma, indiferente a los hechos que estaba relatando; la ausencia total de empatía y conciencia era un claro indicio que confirmaba la evaluación inicial de Kay.

Bill Caldwell era un psicópata.

—Me pone enferma —murmuró Kay, cambiando de postura en la silla para echar la vista hacia delante y aliviar la tensión de su hombro herido. Ya no soportaba mirarlo.

Elliot le apretó la mano sin decir palabra y ella respiró, la calidez de su tacto aflojó el puño de hierro que atenazaba su corazón.

Por el rabillo del ojo, vio un destello de sonrisa en el labio de Bill.

—Gire aquí y siga recto unos tres kilómetros. Entonces verá un largo camino de entrada a su izquierda.

—Entendido —confirmó Elliot.

Con el brazo aún en cabestrillo, Kay comprobó su arma y luego la enfundó. Pensó en quitarse la sujeción, pero, cada vez que intentaba mover el brazo, le dolía. Tenía que ser paciente.

—¿Qué es este lugar? —preguntó cuando Elliot giró a la izquierda y ella vio la casa a lo lejos; una ventana se iluminaba con una luz pálida y amarillenta.

—Nuestra antigua casa, la de Mira y la mía —respondió, con un deje de pena en la voz por un momento, que desapareció en un instante—. Me dijo que usted estaba tras él, y lo dejé quedarse hasta que pudiera terminar el trabajo que le había encargado.

—¿Y cuál era? —preguntó ella; lo sabía, pero quería estar segura.

—Matarla —respondió con calma.

—Vaya —susurró, sin que la manifestación universal de consternación fuera suficiente para expresar sus sentimientos. Estaba allí sentado, esposado, en la parte trasera de un coche de policía, admitiendo más delitos de los que ella había podido acusarle. Y seguía adelante, aparentemente desinteresado en las consecuencias de sus confesiones. Pero ¿por qué? Era más listo que eso.

Elliot condujo despacio y se detuvo a unos diez metros de la puerta, luego apagó el motor. Pidió refuerzos, después se volvió hacia Kay y le dijo:

—Doce minutos para que lleguen. —Pero estaba decidido a ir tras Scott en ese momento, sin demora.

Con el arma desenfundada, Kay salió del todoterreno.

—Quédese aquí —ordenó.

Bill asintió.

—Por supuesto. —Cerró los ojos y se reclinó en el asiento, aparentemente dispuesto a dormirse.

Estaba demasiado tranquilo. Kay sintió que algo volvía a tirarle de las tripas, pero lo ignoró y se concentró en la tarea que tenía entre manos. Se colocaron a ambos lados de la puerta. Se sentía incómoda sosteniendo con torpeza la pistola con la mano izquierda, con el equilibrio perdido por el brazo inmovilizado.

—Lista —susurró, y Elliot abrió la puerta de una patada.

—¡Quieto! —gritó, manteniendo a Scott en su punto de mira.

Pero el hombre no obedeció. Con un rugido lleno de rabia, se adelantó, levantando el brazo de Elliot justo cuando este apretó el gatillo. La bala entró en el techo, entonces Scott retorció el brazo de Elliot hasta que soltó el arma. Esta cayó estrepitosamente al suelo y Scott la pateó hacia un lado con una amplia sonrisa.

—Ahora estamos igual, hijo de puta —dijo, dando dos pasos atrás. Se acercó a una mesa y sacó de su funda un gran cuchillo militar—. Y ahora no. —Cargó contra él y Elliot apenas tuvo tiempo de esquivar el golpe mortal.

—¡Quieto! —Kay levantó su arma contra Scott tratando de ralentizar su respiración para apuntar, pues sabía el riesgo que corría de fallar el blanco con su mano no dominante. Podría alcanzar a Elliot en su lugar. Pensar en eso hizo que su postura se debilitara y su mano temblase.

Como si leyera su mente, Scott se rio justo antes de golpear a Elliot en el estómago. Este se dobló y recibió un segundo golpe, directo al ojo.

—¡Dispárale ya! —dijo Elliot, y ella volvió a apuntar. Tomó aire, exhaló la mitad y apretó el gatillo.

Scott cayó de lado, sujetándose el muslo derecho con ambas manos. Volvió a apuntar, preparada para disparar si este reaccionaba de la manera que no esperaba. Ese pedazo de escoria no merecía vivir.

—¿Estás bien, compañero? —preguntó, su voz transmitía más preocupación de la que quería que Elliot oyera.

Elliot gimió:

—Viviré.

—Esperad —gritó Scott—, ¿y si os los entrego a todos? —jadeó, con la herida goteándole sangre entre los dedos—. A Carole y Bill. Puedo entregaros a los dos.

Kay se rio.

—¿Qué podrías darme cuando Bill es el que nos ha traído aquí?

Scott frunció el ceño.

—Maldito bastardo —murmuró—. Carole, entonces —dijo, aún negociando.

—No me interesa —respondió ella—. Irás a la cárcel el resto de tu vida. No hay trato.

—Ella puso precio a tu cabeza, y puedo dar fe de ello. —Scott sonrió torcidamente.

—¿Ella? —preguntó Kay, casi divertida—. Pensé que había sido Bill.

—Ambos lo hicieron —respondió Scott—. No es que yo no necesitara el doble de dinero y ellos no necesitaran que les dijera lo que el otro planeaba, ¿verdad? —Sonrió, mostrando unos dientes torcidos y amarillentos—. Entonces, ¿hay trato? Me estoy muriendo aquí, perra estúpida.

—No es suficiente. —Haría que Carole confesara de otra manera. No quería que el hombre que había atacado a tiros a su hermano volviera a ver la luz del día. Pero aún podía responder a algunas preguntas—. ¿Por qué mataste a Alyssa?

Él gimió y apretó la mandíbula.

—No puedes culparme de eso —espetó—. Era Bill quien quería mantener el viejo negocio sobre secuestro en secreto. Ha hecho un gran trabajo —añadió, escupiendo saliva ensangrentada al suelo—. La chica se presentó en comisaría, nada menos, diciéndole a todo el mundo que tenía preguntas sobre una chica secuestrada hacía tiempo. Tenía mi nombre. No pude hacer otra cosa, y todo es culpa de Bill. —Se detuvo un momento, lo suficiente para limpiarse la boca con la manga y hacer una mueca de dolor al cambiar de posición en el suelo, y luego continuó—: Tan solo la cogí y me fui. La llevé a las cataratas del río Blackwater. Nunca hay nadie a las ocho de la mañana. Nadie debía encontrarla; soy bueno en lo que hago.

Consternada, Kay se quedó mirando al hombre con las cejas

enarcadas. Era como si estuviera anunciando sus habilidades de asesino a sueldo. Solo una mente retorcida y enferma podría pensar en hacer eso con otros policías presentes y en ausencia de un acuerdo con la firma del fiscal del distrito.

—No hay trato —respondió Kay despacio, saboreando las palabras —. Morirás en prisión.

Sin previo aviso, Scott se abalanzó sobre ella. El peso de su cuerpo era demasiado para que ella lo resistiera y cayó al suelo, gritando de dolor por el hombro herido, sin aliento en los pulmones. Seguía aferrada a su pistola, pero no podía dispararla desde debajo de su cuerpo. Sin embargo, el peso del agente empezó a ser menor cuando Elliot tiró de su brazo y se lo retorció en la espalda. Scott se zafó y se dio la vuelta, golpeando a Elliot en el costado con un fuerte puñetazo con la derecha.

Tumbada en el suelo, Kay disparó; la bala entró por la parte posterior de la cabeza de Scott en ángulo y salió por encima de su oreja, sin alcanzar a Elliot por unos buenos centímetros. Respiró cuando oyó la bala estrellarse contra la lámpara del techo, cubriéndolos de fragmentos de cristal y atenuando la luz a más de la mitad.

Momentos después, volvieron al todoterreno. Elliot caminaba encorvado y sobre el ojo llevaba una bolsa de hielo improvisada con cubitos que había encontrado en el congelador envueltos en una toalla pequeña. Kay miró dentro del coche para ver cómo estaba Bill y se quedó sin aliento.

Se había ido.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

## Barranco

—¡Se ha ido! —gritó, mirando desesperada a su alrededor. Sabía que no podía estar muy lejos. Estaban en medio de un campo abierto, con las hierbas bajas por la escarcha. Si hubiera corrido hacia la autopista, sería visible desde lejos, no tendría dónde esconderse. A lo lejos, detrás de la casa, la linde del bosque dibujaba una línea recta que cortaba kilómetros de terreno, paralela a la carretera.

Por el rabillo del ojo, captó un indicio de movimiento.

—Allí... —Señaló hacia el bosque, donde había visto el alto cuerpo de Bill desapareciendo entre los áridos árboles. No era fácil verlo, con su traje oscuro casi del color de la corteza húmeda de un árbol a la tenue luz del crepúsculo.

Se apresuraron en su persecución, ambos corriendo semiencorvados, titubeando a veces. A ella le dolía el hombro cada vez que sus piernas golpeaban el suelo, pero no se detuvo. Su mente se agitaba, dando vueltas y vueltas a hipótesis y teorías. Por eso estaba tan tranquilo. Su plan ya estaba concebido; su estrategia de huida, clara. Pero ¿hacia dónde?

Estaba ganando terreno, pero pronto el bosque se despejó y se encontraron en una llanura cubierta de hierba, con la silueta de Bill congelada a unos cincuenta metros por delante de ellos en una extraña pose.

Había dejado de correr. Permanecía tranquilo, mirando al frente, sin preocuparse por ellos. Esa molesta sensación le revolvía las tripas.

—¿Hay un barranco o algo ahí? —preguntó jadeando, sin aliento. Entonces, sin esperar respuesta, se adelantó corriendo lo más rápido que pudo. Elliot le seguía el ritmo, con pisadas cansadas y gruñidos a veces.

Sabía dónde había visto antes esa inquietante calma. En personas que habían decidido poner fin a sus vidas. En pacientes suicidas con los que había trabajado durante su rotación en el hospital.

Ella estaba a unos metros cuando él se tiró, yendo de cabeza hacia su muerte, en perfecto silencio. Kay llegó al borde justo a tiempo de verlo caer al fondo del profundo barranco rocoso.

Entonces un grito de mujer rasgó el aire.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

## Al límite

Dos camiones de bomberos se acercaron al barranco y silenciaron sus sirenas al entrar en la extensión de hierba. Kay los dirigió con un brazo en alto mientras Elliot se apresuraba a hablar con el conductor del primer camión. La oscuridad iluminada por sus luces rojas intermitentes parecía surrealista, alterando los colores del paisaje y cegándola cada vez que miraba hacia ellas.

En el silencio que dejaron las sirenas, Kay oyó un grito procedente de abajo.

—¡Que alguien me ayude, por favor! —chilló la muchacha, con la voz debilitada por el prolongado esfuerzo de agarrarse a la rama de ciprés que había estado soportando su peso sobre el abismo.

Kay corrió hacia el borde y se arrodilló en la hierba húmeda.

—Estamos aquí, ¿vale? —gritó, asegurándose de que su voz llegaba hasta la chica—. Solo unos minutos más, eso es todo. Te juro que no tardaremos —dijo, mientras un ceño de preocupación se instalaba en su frente.

Un gemido estrangulado le llegó desde abajo. Entrecerró los ojos, pero no podía ver gran cosa en la oscuridad; las luces rojas parpadeantes perjudicaban más que favorecían su visión nocturna. Aunque esas luces intermitentes le dijeron a la chica que la ayuda había llegado.

—Aguanta, ¿vale? Lo has hecho muy bien, has sobrevivido, aguantando como lo has hecho —añadió Kay, forzándose a sonar convincente, pero temiendo que la adrenalina estuviera abandonando el cuerpo exhausto de la chica, debilitando sus músculos y ablandando su fuerza por subsistir—. ¿Cómo te llamas?

—No puedo… —respondió la chica, tartamudeando, y después dejó de hablar.

—Sí que puedes —exigió Kay, poniéndose en pie para salir al encuentro del bombero que se acercaba con Elliot a su lado.

—Soy el jefe Hopper —se presentó el bombero. Le estrechó la mano y asintió, pero su pregunta iba dirigida a la chica de abajo.

—¿Cómo te llamas?

El silencio envolvió la escena durante un largo momento, luego su débil voz fue apenas audible.

—Kirsten.

—Bien —respondió Kay, mirando a Elliot—. Yo soy Kay. Mi compañero y yo hemos estado buscando por todas partes a una chica llamada Kirsten. Es de Oregón.

—¡Oh, Dios! —gritó, y luego empezó a sollozar—. No puedo... No puedo aguantar.

—Un minuto, Kirsten —pidió Kay—. Cuenta conmigo. Cuenta los segundos, cada tres. ¡Uno! —empezó, pero escuchó y no oyó nada—. ¡Cuatro! —continuó gritando, con voz exigente.

—Siete —se oyó la débil voz de Kirsten, y Kay levantó el pulgar sonriendo ampliamente.

Los bomberos desplegaron potentes focos de trabajo que inundaron la escena de luminosidad. Uno de ellos se acercó con una cámara de imagen térmica y les mostró el contorno del cuerpo de la chica tendido en la rama, en tonos rojos, verdes y azules en la pantalla de una *tablet*.

—Diez —contaron Kay y Kirsten juntas cuando hubieron pasado tres segundos más, un poco más alto esta vez—. Sí, eso es —animó Kay—, sigue. Ya casi hemos llegado.

—Primero tenemos que asegurar el árbol —dijo el hombre que sostenía la cámara de imagen térmica. En su identificador ponía que se llamaba Boone—. Puede ceder cuando menos lo esperemos. Me sorprende que haya aguantado tanto.

Uno de los camiones había extendido la escalera por encima del barranco. Una cesta estaba unida a él con un cabrestante que el conductor controlaba desde una cabina. En el interior de la cesta, un joven se aferraba a su borde con ambas manos, su casco parecía demasiado grande para su esbelto cuerpo. Vista de cerca, aquella cesta era lo bastante grande como para albergar a tres personas, pero colgada en el aire, sobre el abismo, parecía frágil y una muy mala idea.

—¡Trece! —gritó Kay, justo cuando oyó a Kirsten pronunciar el número—. Así se hace. —Entonces apretó la mandíbula y dijo—: Trae esa cesta. Voy a bajar.

El jefe Hopper se acercó dos pasos.

—Con el debido respeto, detective, usted no puede bajar ahí. Sabemos lo que hacemos. Y usted no será capaz de cuidar de sí misma —añadió, echándole una larga mirada al brazo inmovilizado.

—¡Dieciséis! —dijo Kirsten débilmente.

—Es cierto —reconoció Kay, y luego se volvió hacia el bombero—, pero voy a ir —replicó ella, con su mirada impaciente clavada en los ojos del hombre—. Está exhausta, aguantando a duras penas y a punto de soltarse. Necesita un psiquiatra ahí abajo. Por favor.

—Diecinueve —contó Kirsten, pero esta vez Kay no lo repitió con ella.

El jefe Hopper negó con la cabeza y luego se volvió para mirar al sheriff, que acababa de llegar, como pidiéndole ayuda.

—Ya la has oído —dijo el sheriff—. Vale la pena seguir su consejo.

Hopper apretó los labios durante una fracción de segundo antes de dar la orden en la radio colgada de su traje.

—Trae la cesta de vuelta.

—Veintidós —dijo Kirsten, con voz temblorosa—. ¿Cuándo vienes?

—Enseguida, cariño —respondió Kay—. Antes de que puedas contar hasta cuarenta, estaré allí.

Kirsten gimoteó y, un momento después, mientras Elliot ayudaba a Kay subir a la cesta, esta contó:

—Veinticinco.

La cesta era sólida, soldada con gruesas barras metálicas, pero parecía peligrosamente frágil. El bombero que estaba a su lado ató un cinturón con una cuerda de seguridad a uno de los bordes, utilizando un mosquetón grande; luego se lo enrolló alrededor de la cintura y lo apretó con un tirón firme.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Kay —dijo ella, preguntándose si el hombre podía ver lo asustada que estaba.

Pero el bombero tenía apenas veinte años, y no parecía importarle lo más mínimo que la cesta colgara del extremo de un cable de acero y empezara a descender.

—Mike —respondió el chico, sonriendo con torpeza. Llevaba una funda dental, sus dientes todavía estaban un poco torcidos, pero blancos—. Debería quedarse ahí arriba, señora —añadió, aún sonriendo—. Lo último que necesitamos ahora es un civil aterrorizado.

—Prometo que no cundirá el pánico —respondió ella, preguntándose si sería capaz de cumplir esa promesa. El movimiento

de la cesta le revolvió el estómago. Luchó contra las ganas de vomitar, agarrando la barra con la mano buena hasta que le dolieron los nudillos.

—Doble un poco las rodillas y déjese mecer —dijo Mike—. Será mejor.

Ella asintió, agradecida y avergonzada al mismo tiempo.

La cesta descendió unos metros más hasta llegar al ciprés. Podía ver el cuerpo de Kirsten iluminado por las fuertes luces que venían de arriba. El segundo camión de bomberos estaba situado al otro lado, con los focos encendidos, y estaban preparando otra cesta.

—Estoy aquí —dijo Kay—, ¿ves? —Quiso saludar a la chica con la mano, pero no se atrevió a soltarse de la barra. Al darse cuenta del efecto paralizante que tenía su propio miedo, aunque estuviera bien sujeta a la cesta con un cinturón de seguridad, comprendió mejor la terrible experiencia de la niña.

—¡No me dejes caer! —gritó Kirsten, girando la cabeza para mirarla. Estaba tumbada, con los brazos rodeando la rama y agarrándola con fuerza. Sus piernas también la rodeaban, más cerca del tronco del árbol. Bajo su peso, la rama había empezado a ceder y ya no apuntaba hacia arriba, sino hacia abajo.

Podía resbalar en cualquier momento.

Olvidando su propio miedo, se agarró al brazo de Mike para llamar su atención, pero él ya estaba informando de sus hallazgos por radio.

Para su sorpresa y la de Kirsten, la cesta empezó a ascender.

—¡Por favor, no me dejes aquí! —gritó la chica—. ¡Lo prometiste!

—¿Qué demonios? —le preguntó a Mike, todavía agarrada a la rígida tela de su traje.

—Tenemos que acercarnos por encima —aclaró—. No iremos a ninguna parte sin ella, no se preocupe —respondió él, soltándose de su agarre, y abrió una gran bolsa. Sacó una pequeña motosierra a pilas y algunas correas, bien empaquetadas y provistas de mosquetones en un extremo y hebillas ajustables en el otro.

Kay volvió su atención hacia Kirsten.

—No te dejaremos, te lo juro —dijo, haciendo todo lo posible por ocultar el pánico que sentía desde que había visto lo frágil que parecía aquella rama, que se doblaba despacio bajo el peso de la niña. Las raíces del árbol eran parcialmente visibles, serpenteando entre las rocas, como habían crecido a lo largo de los años en aquel insólito lugar.

La cesta había dejado de subir, ahora se desplazaba poco a poco hacia los lados hasta situarse por encima del ciprés. Mike estaba arrodillado en el suelo, sujetando la motosierra con un brazo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kay, horrorizada—. No pensarás cortar el árbol con ella en él. Un error y…

—No hay otra manera —respondió Mike. Su voz era sombría, sonaba más madura, como si de repente hubiera envejecido unos cuantos años—. Si puede, manténgala calmada mientras quitamos algunas de las ramas superiores. Eso aliviará la carga sobre la raíz y permitirá que las correas lleguen hasta ella.

El corazón le latía con fuerza y las náuseas se alternaban con escalofríos que le subían y le bajaban por la espalda mientras veía cómo Mike enrollaba una correa alrededor de una rama y la sujetaba a la cesta, luego deslizaba la pequeña motosierra entre las barras laterales y empezaba a cortar.

En cuanto la motosierra empezó a zumbar, Kirsten gritó y Mike tuvo que parar.

—Kirsten —dijo Kay, manteniendo la voz firme, calmada—. Necesito que estés conmigo en esto. Necesito que mantengas la calma y…

—¡Cálmate tú! —le espetó, y luego empezó a sollozar—. No puedo más… Por favor, ayúdame.

—Te sacaremos de aquí, y luego tú y yo iremos a tomar una cena espectacular —ofreció Kay—. Tu comida favorita, tantas patatas fritas como podamos comer y helado también. —Sus sollozos se habían calmado un poco y Kay le hizo un gesto a Mike para que continuara—. Solo está cortando algunas ramas, eso es todo. Si no, no podremos alcanzarte.

—Vale —gimoteó—. Tengo miedo —añadió, apenas audible por encima del ruido de la motosierra.

Cuando Mike terminó de serrar la rama, esta cayó contra la correa, enredándose en otra que había debajo. Mike estiró la mano y la agarró, luego la levantó y la arrojó fuera del camino.

—Sé que lo tienes, cariño —respondió Kay—. Pronto todo esto habrá terminado, será solo un mal recuerdo. Llamaremos a tus padres…

—¡No! —gritó Kirsten—. Prométeme que no lo harás.

—No lo haremos —dijo Kay enseguida—. Si no quieres, no lo haremos. Por ahora, vamos a planear esa cena tú y yo. ¿Tienes

hambre?

Ella no contestó. Se quedó allí tumbada, temerosa de mirar a Kay, temerosa de hacer el más mínimo movimiento. El sonido de la motosierra variaba de tono a medida que retiraba cada rama. Kay escuchó atenta durante un rato, esperando que Kirsten respondiera, pero no pudo oír nada. Ni un quejido, ni una palabra.

—Háblame, cariño —suplicó Kay—. Dime algo, lo que sea. Mira, a mí me da un poco de miedo estar aquí arriba.

La chica permaneció en silencio, pero Kay pudo ver cómo sus lágrimas corrían por su rostro, brillando bajo las potentes luces.

—Prométeme que no me llevarás de vuelta a casa —acabó diciendo —. No sabes...

—Lo prometo —se apresuró a responder Kay, sabiendo que necesitaba mantener a Kirsten concentrada en pensamientos positivos, en su voluntad de sobrevivir.

—Estamos listos —anunció Mike. Pulsó un botón y habló por la radio—. Bájalo despacio, dos centímetros cada vez.

La cesta empezó a descender, increíblemente despacio, tocando algunas de las ramas que quedaban en su camino. Kirsten gemía, cada movimiento amenazaba con desequilibrarla.

El corazón de Kay latía con fuerza en su pecho, su sangre corría por sus venas casi en estado de pánico mientras veía a Mike desenrollar dos correas y asegurarlas a la cesta. Luego arrojó ambas sobre el cuerpo de Kirsten. Después de comprobar que estaban bien sujetas, trepó por la barandilla de la cesta y se colgó de ella con una mano mientras alcanzaba los extremos sueltos de las correas con la otra.

—Te las pasaré por debajo del cuerpo —dijo, deslizando la mano con el extremo de una correa entre el pecho de Kirsten y la rama.

—¡No, no! —gritó, con la voz llena de un miedo indescriptible—. Harás que me caiga.

—No dejaré que te caigas —dijo Mike, tirando despacio del extremo de la correa por debajo de su cuerpo.

—No, por favor —gimoteó Kirsten. Empezaba a moverse erráticamente, amenazando con perder el equilibrio.

En ese momento sopló una fuerte ráfaga de viento, y la cesta se estampó contra el árbol. Kirsten gritó.

Kay jadeó y se arrodilló rápido en la cesta. Se quitó el cabestrillo que le inmovilizaba el brazo izquierdo, se acercó a Kirsten por entre los barrotes, le cogió el antebrazo con ambas manos y apretó con

fuerza.

—Yo tampoco te dejaré caer —dijo—. ¿Me oyes? No te dejaré caer.

Mike deslizó la segunda correa entre los muslos de la chica y la rama, y luego tiró de ella hasta que quedó bien sujeta alrededor de su cuerpo.

—Estamos listos —dijo Mike en su radio—. A mi señal. —Después volvió a tirar de las correas para comprobar si estaban lo bastante apretadas, y dijo—: Tienes que soltarte ya, señorita.

Kirsten se agarró a la rama igual, petrificada.

—No, no puedo... Por favor, no me obligues.

Otra ráfaga de viento estrelló la cesta contra el muro del barranco, lanzando guijarros sueltos al abismo. Mike miró preocupado a Kay y ella asintió.

—A la de tres —dijo con entereza, todavía agarrando con fuerza el brazo de Kirsten, ignorando el dolor punzante de su hombro—. Kirsten, respira conmigo —pidió—. Respira hondo y aguanta un poco. —Observó cómo se hinchaba el pecho de la chica e hizo una señal a Mike.

—Ahora —dijo él por la radio.

La cesta empezó a levantarse, llevándose consigo el cuerpo de Kirsten, que colgaba como un muñeco de trapo de las dos correas que la rodeaban. Gritó y se retorció, aferrándose desesperadamente a los brazos de Kay en cuanto perdió el agarre del ciprés.

—Vas bien —dijo Kay en voz baja, mientras la chica seguía gritando—. No te dejaré caer. Vas a estar bien.

Cuando la cesta tocó tierra junto al camión de bomberos, Kirsten se había desmayado.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

## En el fondo

La boca de Elliot estaba un poco torcida, su mejilla hinchada le restaba simetría. Sin embargo, sonrió, y no había dejado de hacerlo desde que habían subido a Kirsten a la ambulancia y los sanitarios habían dicho que se pondría bien. Estaba en estado de *shock*, deshidratada y agotada, pero sus constantes vitales eran fuertes.

—Hemos tenido suerte —dijo Elliot, palmeando a Kay en su hombro bueno por quinta vez.

Habían descendido al barranco, donde todo el equipo tomó fotos, recogió pruebas y ayudó al doctor Whitmore a cargar los restos en bolsas para cadáveres o cajas de plástico. El suelo estaba húmedo, y olía a orina, a heces de coyote y a carne en descomposición. Kay miró hacia el borde del barranco sintiendo casi claustrofobia; desde el borde tenía que haber por lo menos treinta metros hasta el fondo. El borde, cubierto de hierba, apenas se distinguía en el cielo nocturno, con una luna casi en cuarto creciente que arrojaba algo de luz sobre el claro. Alrededor de una docena de proyectores led inundaron de luz brillante la morbosa escena.

—¿Y sabes qué más? —preguntó ella, pero Elliot esperó, aún sonriendo—. Que eres diligente. Minucioso, preparado, decidido. No te rendiste, fuiste contra una orden directa del sheriff, y eso te convierte en un policía impresionante, Elliot. No desististe de encontrar a esta chica, una de las miles que desaparecen cada año. Eso te hace increíble.

Él cambió el peso de un pie a otro, claramente incómodo por su cumplido.

—Y hemos tenido suerte —añadió él, sin dejar de sonreír—. Hoy hemos salvado una vida. —Se frotó las manos, probablemente el frío de la noche le afectaba tanto como a ella.

—Hemos salvado muchas —susurró Kay, echando otro vistazo al espantoso lugar. Donde antes había huesos esparcidos por el suelo,

ahora había marcadores de la escena del crimen por toda la zona. No tenían suficientes, y algunos se habían utilizado varias veces con notas Post-it pegadas encima y garabateadas con rotuladores, y llegaban a los trescientos. Si nadie hubiera asesinado a su hija, Bill Caldwell podría haber seguido eternamente matando a fugitivas como Kirsten en la casa que nadie visitaba nunca. Las chicas como ella desaparecían sin más, para no volver a ser vistas ni a saberse de ellas; demasiadas habían encontrado su destino en el fondo de aquel barranco.

Se acercó al doctor Whitmore, que estaba cerrando otro maletín lleno de huesos.

—¿Cómo lo llevas, doctor?

Él suspiró y una nube de vaho se formó alrededor de su cara. La temperatura había descendido por debajo del punto de congelación.

—Al menos hay dieciocho cadáveres, sin contarlo a él. —Señaló hacia una bolsa negra tirada en el suelo junto a la pared del barranco —. Pero podría haber más. No se sabe hasta dónde los coyotes y los linces pueden haber esparcido los huesos por estos bosques. Pero he encontrado dieciocho cráneos, todos femeninos, todos adolescentes. Me llevará meses reconstruir e identificar todos estos cuerpos.

Llevó el maletín junto a la pared, donde los bomberos bajaron la cesta de rescate y sacaron del abismo bolsas para cadáveres, antes de cargarlas en la furgoneta del forense. Luego volvió, puso otra caja de plástico en el suelo y empezó a llenarla de huesos.

—Creo que esta es la última —dijo, colocando con cuidado etiquetas con números que coincidían con el marcador de la escena del crimen asociado al hueso respectivo. El doctor Whitmore era muy minucioso, teniendo en cuenta que la escena había sido totalmente corrompida por los carroñeros de la fauna.

Varios de los agentes se habían reunido alrededor del sheriff, agitados, con el trabajo ya finalizado, seguramente ansiosos por irse a casa. Era tan buen momento como cualquier otro. Kay contó en silencio, asegurándose de que no faltaba nadie. Todo el equipo estaba allí, incluida la recepcionista, a la que se había pedido que ayudara a marcar y etiquetar.

Se acercó al sheriff y le dijo:

—Sheriff, ¿puedo preguntarle si ha recibido una carta en la que se le informa de que uno de sus oficiales es un hombre maltratador que golpea a su novia habitualmente?

Pareció confundido durante un breve instante, pero un atisbo de

reconocimiento brilló en sus ojos. Lanzó una mirada severa a su equipo y respondió:

—No, no he recibido nada.

—Yo sí —anunció Elliot, sacando un papel doblado del bolsillo—. Imagina mi sorpresa, cuando yo ni siquiera tengo novia —dijo, ruborizándose de inmediato. Pocos se fijaron en la luz fluorescente procedente de los numerosos proyectores de trabajo diseminados por el fondo del barranco, que proyectaban sombras por todas partes—. Encontré esto en el buzón de mi oficina.

—Interesante dato sobre esa carta —dijo Kay, luego se volvió rápidamente y cogió la linterna ultravioleta del botiquín del médico—. ¿Puedo? —El doctor asintió, invitándola a continuar con un gesto de la mano. La encendió y se acercó al grupo de agentes—. La carta fue tratada con una sustancia química que se pega a la piel y hace que se ilumine bajo la luz ultravioleta.

Estudió al grupo. La mayoría se habían metido las manos en los bolsillos, pero era comprensible con temperaturas bajo cero. Un oficial intentó distanciarse del grupo, caminando despacio hacia el fondo del barranco.

—Daugherty —llamó el sheriff Logan—, ven aquí. Déjame ver tus manos.

El hombre se quedó inmóvil, se dio la vuelta y se acercó reticente.

—No sé nada de ninguna carta —dijo Daugherty—. ¿Qué mierda es esta? —Seguía con las manos en los bolsillos.

Kay lo conocía, y había pensado que era de otra manera; pero se había equivocado. La había invitado a unas copas aquella noche en Hilltop y parecía un tipo divertido. Fornido y con barba a lo *Duck Dynasty*, rara vez lo había visto sin gafas de sol. Nunca lo había mirado a los ojos.

Kay encendió la linterna y apuntó a las manos de Elliot.

—Mi compañero tocó la carta, y brillará bajo esta luz durante unos días, aunque se lave mucho las manos. —Los dedos de Elliot se iluminaron, pareciendo casi blancos bajo la luz.

—Muéstranos las manos, Daugherty —ordenó el sheriff.

Él cumplió, murmurando un juramento y lanzándole una mirada venenosa. Sus dedos se iluminaron igual que los de Elliot.

Kay miró al sheriff y le preguntó:

—¿Puedo? —Logan asintió, con expresión sombría, decepcionada—. Agente Daugherty, está detenido por el delito federal de robo de

correo y obstrucción a la administración del Gobierno. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y va a...

—Oh, cállate ya con los derechos. Me has tendido una trampa —gritó, mientras Elliot le esposaba.

Entonces el sheriff ordenó que se lo llevaran. Dos oficiales lo acompañaron por el sendero rocoso para salir del barranco.

—Ahora, vosotros dos —llamó el sheriff Logan, mirando a Kay y Elliot—, marchaos a casa y descansad un poco.

—Sí, señor —respondió ella, consciente de repente del dolor punzante en el hombro y del cansancio en los huesos. Se volvió hacia Elliot y le dijo—: Necesito una copa. Ya.

—Por supuesto, lo que la señora desee —respondió él con una sonrisa torcida que le llenaba la mirada. Había un calor en esos ojos que ella aún temía.

Recordó cómo había querido besarlo en el aparcamiento de Hilltop después de tomarse unas copas, y dejó de sonreír. No iba a seguir los pasos de su padre, emborrachándose y luego intentando ligar. Tal vez una copa, dadas las circunstancias, era una mala idea.

Y también estaba Jacob.

—¿Sabes qué? Creo que me conformaré con un té y dejaré la bebida para otro día. —Él frunció un poco el ceño, sin entender su cambio de opinión—. Llévame al hospital, por favor. Me quedaré con Jacob esta noche. Me han dicho que aún lo mantienen sedado. —Hizo una pequeña pausa, conteniendo las lágrimas que amenazaban con desatarse. Quiso que su voz sonara fuerte, firme, pero solo pudo susurrar temblorosamente—: Dicen que ahora está estable, pero ha estado mucho tiempo en el quirófano y yo... —Se interrumpió hasta que pudo forzar un poco de aire en sus pulmones—. Solo quiero estar con él esta noche.

—Claro —respondió Elliot, caminando detrás de ella mientras se acercaba a la pared del barranco—. ¿Quieres subir por el ascensor? —bromeó, señalando la cesta que giraba mientras elevaba la última caja de huesos a la superficie.

Con lo cansada que estaba, Kay se lo pensó un momento, pero luego se echó a reír.

—¿Puedes imaginarme colgando al viento allí otra vez? No, gracias, caminaré.

Empezó a subir por el sendero hasta la superficie, gruñendo a veces y apoyándose en el brazo de Elliot siempre que lo necesitaba.

—¿Sabes? —dijo él con un deje de diversión en la voz y un brillo en los ojos—, debería ir a que me miraran este moratón. Creo que hay un sofá en ese hospital con mi nombre.

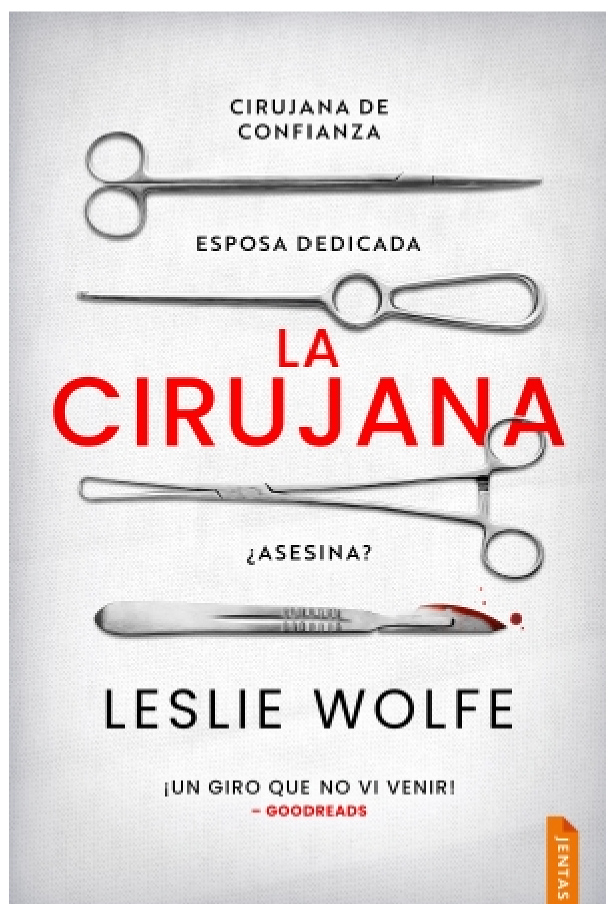
Kay se volvió hacia él con una pequeña sonrisa en los labios.

—Apuesto a que sí.

El camino se estrechó y ella se detuvo, pero él hizo un gesto galante con la mano.

—Después de ti, compañera.

Cuando le dio la espalda y supo que Elliot no podía verla, sonrió ampliamente. Le gustaba cómo sonaba eso.




# La cirujana

Wolfe, Leslie

9788742812631

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina? Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora

siempre me hicieron sentir segura. Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados. Nunca he perdido a un paciente hasta hoy. Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho. Nunca he odiado a un paciente hasta hoy. Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido? ¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad? Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final. --- Opiniones sobre "La cirujana": «¡¡¡Guau!!!… ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar!!!… ¡¡Te sorprenderá una y otra vez!!… Absolutamente adictivo». – Ratón de biblioteca86 ☆☆☆☆☆ «Me estaba aferrando a cada palabra… Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados… ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – Reseña en NetGalley ☆☆☆☆☆ «¡¡¡Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro… ¡Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas!». – Reseña en Goodreads ☆☆☆☆☆ «Un thriller fascinante y de ritmo rápido… Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido… Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más… ¡Suspense increíble, absolutamente adictivo!». – @rubie_reads ☆☆☆☆☆ «¡Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «No podía dejar de leer… ¡Alucinante!». – Reseña en Goodreads ☆☆☆☆☆




# Cinco minutos a solas

Cleave, Paul

9788742812778

566 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Carl Schroder y Theodore Tate, a quienes los medios de comunicación llaman los Policías del Coma, por fin están recuperando sus vidas. Tate ha vuelto al cuerpo de policía y está agradecido de que su mujer, Bridget, haya regresado a casa.   Sin embargo, para

Schroder, las cosas no son ni buenas ni malas; hace seis meses recibió un disparo en la cabeza que lo ha arrojado a un desierto emocional casi tan mortífero como la bala.   Cuando un violador convicto es encontrado sin vida tras ser arrollado por un tren, Tate tiene que determinar si se trata de un caso de asesinato o de un suicidio. A la noche siguiente, otros dos violadores desaparecen y la investigación se intensifica. Pero es difícil investigar cuando parece que todos los miembros del cuerpo de policía apoyan al asesino.   Hay una súplica común que los detectives reciben de los seres queridos de las víctimas: «Cuando encuentres al hombre que hizo esto, dame cinco minutos a solas con él». Y eso es exactamente lo que está sucediendo: alguien se está tomando la justicia por su mano ayudando a estas víctimas a tener sus cinco minutos. Pero, cuando comienzan a morir personas inocentes, Tate y Schroder se enfrentan a objetivos distintos, y pronto no solo luchan contra un asesino desconocido, sino también entre sí.   «Paul Cleave es lectura obligatoria para mí». —Lee Child   «Intensamente cautivador, deliciosamente retorcido y con un toque de humor oscuro como el infierno».—Mark Billingham «Impresionante narración que te hace pensar y sentir».—The Listener (Nueva Zelanda). «[Un] thriller diabólicamente retorcido… La brillante escritura de Cleave se combina con una velocidad y un desarrollo de personajes sobresalientes». —Publishers Weekley (reseña destacada). «Breaking Bad reimaginado por los hermanos Coen».—Kirkus Reviews (reseña destacada). «Una historia poderosa… Un thriller apasionante de principio a fin». —Booklist (reseña destacada). «Me cuesta encontrar palabras para describir lo perfecta que creo que es esta novela… Si eres fanático de los thrillers rápidos y descarnados y nunca antes has leído a Paul Cleave, pide prestado/compra todo lo que ha escrito. ¡No te arrepentirás!». —The Sweet Escape.com «¡Cinco minutos a solas es lo mejor de lo mejor! Un thriller criminal realmente cautivador, intenso, emocionante y trepidante. Brillantemente escrito y pronosticado como "thriller criminal del año"». —reseña en Goodreads «Cleave ofrece una novela profunda y bien escrita, involucrando al lector de principio a fin. Un thriller oscuro con personajes profundos y complejos». —reseña en Goodreads




# Promesa fatal

Marsons, Angela

9788742812822

460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¡Pito, pito, gorgorito! Yo decido si tu vida quito… Cuando se descubre el cuerpo de un médico brutalmente asesinado en un bosque local, la detective Kim Stone se sorprende al descubrir que la víctima es Gordon Cordell, un hombre vinculado a un caso anterior en

el que murió una joven colegiala. Gordon tiene un pasado accidentado, pero ¿quién querría que muriera? A medida que avanza la investigación, el hijo de Gordon se ve involucrado en un horrible accidente automovilístico que lo deja luchando por su vida. Y Kim está segura de que no fue un accidente. Cuando una mujer es encontrada muerta en circunstancias sospechosas, Kim establece un vínculo inquietante entre las víctimas y el Hospital Russells Hall, el mismo donde trabajaba Gordon. Con Kim y su equipo todavía de luto por la pérdida de uno de los suyos, están en su momento más débil y se enfrentan a uno de los asesinos en serie más peligrosos que jamás hayan encontrado. Todo está en juego. ¿Podrá Kim mantener unido a su equipo y encontrar al asesino antes de que se cobre su próxima víctima? El asesino está matando a sus víctimas a un ritmo aterrador, y aún no ha terminado. Dicho sobre Promesa fatal: « Con una trama experta, la autora demuestra una vez más su talento para dar vida a sus personajes y trama… Una lectura fascinante llena de giros… Si aún no has leído ninguno de sus libros, ¡estás loco! ¿A qué esperas? ». – Chapterinmylife ☆☆☆☆☆ « ¡¡Un thriller brillante!!… Sin lugar a duda, esta es mi serie de crímenes favorita ahora mismo. ¡Es una historia increíble y la recomendaré una y otra vez! » . – Donna's Book Blog ☆☆☆☆☆




# Grito del silencio

Marsons, Angela

9788742812167

300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ni siquiera los secretos más tenebrosos pueden permanecer enterrados para siempre Cinco figuras se reúnen alrededor de una sepultura poco profunda. Se han turnado para excavar. La fosa de un adulto les habría tomado más tiempo. Una vida inocente ha caído en

sus manos, pero han hecho un pacto. Sus secretos quedarán enterrados, sellados con sangre… Años más tarde, la directora de un colegio aparecerá brutalmente estrangulada, y ella será solo la primera de una serie de horribles asesinatos que conmoverán Black Country. Después, cuando se descubren restos humanos en una antigua casa de asistencia, con ellos se desentierran, también, secretos inquietantes. La detective Kim Stone pronto se dará cuenta de que está a la caza de un individuo tortuoso cuya ola de homicidios se ha extendido por decenios. Se acumularán más muertes y Kim se verá forzada a detener al homicida antes de que vuelva a atacar. Pero, para atraparlo, ¿podrá confrontar los demonios de su propio pasado antes de que sea demasiado tarde?




# Una verdad mortal

Marsons, Angela

9788742812570

460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuán lejos estás dispuesto a ir para proteger tus secretos más siniestros? «Suicidio», dicen todos cuando encuentran a la adolescente Sadie Winters muerta a un lado del edificio. Este parece haber sido el devastador acto final de una niña cargada de problemas.

Pero, cuando en la misma escuela aparece el cuerpo maltrecho de otro chico, se hace evidente, para la detective Kim Stone, que estas muertes no han sido accidentes trágicos. Mientras Kim y su equipo comienzan a desentrañar la siniestra red de secretos, una de las profesoras parece tener la clave de la verdad; pero, cuando está a punto de romper el silencio, muere en circunstancias sospechosas. Con más vidas de niños en peligro, la detective tiene que arrostrar lo impensable: la posibilidad de que un alumno pudiera ser el culpable de los asesinatos. Sus intentos por profundizar en la psicología de los niños asesinos la ponen en contacto con su antigua adversaria, la doctora Alex Thorne, una peligrosa sociópata que tiene por vocación destruir a Kim. Desesperada por atrapar al asesino, la detective descubre un vínculo entre los homicidios recientes y las novatadas de hace algunos decenios. Pero la salvación de esas vidas inocentes tiene un costo… Y, en el equipo de Kim, alguien tendrá que pagar el precio más alto.